
Le robé la corona.
Luego le robé el alma.
IMPERIO
Robado
ARIANA COOPER

IMPERIO ROBADO

ARIANA COOPER

Copyright © 2026 de Ariana Cooper

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de la autora, a excepción del uso de breves citas en una reseña literaria.

Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sinopsis

1. Katya
2. Dimitri
3. Katya
4. Dimitri
5. Katya
6. Dimitri
7. Katya
8. Dimitri
9. Katya
10. Dimitri
11. Katya
12. Dimitri
13. Katya
14. Dimitri
15. Katya
16. Dimitri
17. Katya
18. Dimitri
19. Katya
20. Dimitri
21. Katya
22. Dimitri
23. Katya
24. Dimitri
25. Katya
26. Dimitri
27. Katya
28. Dimitri
29. Katya
30. Epílogo

[También por Ariana Cooper]

SINOPSIS

Nací ladrona.

Crecí entre mentiras.

Entrenada para tomar lo que no es mío—

hasta que intenté robarle al mismísimo diablo.

Dimitri Vetrov.

Frío. Metódico. Cruel.

Un sicario de la Bratva que me pilló entrando en su imperio

y decidió quedarse conmigo.

Él lo llama protección.

Yo lo llamo posesión.

Pero cada vez que me toca,

olvido de qué lado estoy.

Entonces mi verdadero nombre sale a la luz—**Ekaterina Morozova.**

Heredera. Objetivo. Baza.

Y la única mujer a la que no puede dejar morir.

Ahora la ciudad arde a nuestro alrededor,

y el hombre que se adueñó de mi libertad

podría ser el único que puede salvarme la vida—

y el padre del secreto que llevo en mi vientre.

Nota de la autora:

Oscura, emotiva y adictivamente erótica, Imperio Robado *es una novela romántica sobre la Bratva que trata del peligro, la obsesión y un amor lo bastante poderoso como para empezar una guerra.*

1

KATYA

La valla cede bajo mis dedos a las once y cuarenta y siete, la alambrada se abre por donde la he cortado.

Me cuelo por el hueco y me agacho contra la pared exterior de la cuadra, dejando que mis ojos se acostumbren a la oscuridad.

El turno de los guardias de seguridad ha cambiado a las once y media, lo que me da dieciocho minutos antes de que la siguiente patrulla vuelva a pasar por la puerta principal.

Dieciocho minutos para entrar, localizar a la yegua y sacarla por la salida de servicio del lado sur, donde el comprador espera con un dinero que ya casi puedo sentir en las manos.

Me aprendí la distribución de memoria durante mis dos primeras visitas.

El pasillo principal recorre el centro del edificio, flanqueado por boxes a ambos lados.

La yegua a la que llaman Rusalka está en el cuarto box desde la entrada este, y el ronzal que necesito está colgado en un gancho justo dentro del guadarnés, tres puertas más allá.

He ensayado esto tantas veces en mi cabeza que mis pies saben adónde ir incluso antes de que mi cerebro sea consciente.

La gravilla cruje bajo mis botas mientras avanzo junto a la pared, manteniéndome a la sombra del alero.

Un foco montado cerca de la entrada principal ilumina el solar de tierra, pero el resto del edificio está a oscuras.

Llego a la puerta lateral y el pomo gira sin oponer resistencia, así que abro la puerta con cuidado lo justo para deslizarme dentro.

El aire del interior es denso y cálido, cargado de olores a heno, estiércol y cuero.

Los caballos se mueven en sus boxes, pero ninguno hace ruido.

Cierro la puerta tras de mí y espero, dejando que el silencio se asiente a mi alrededor antes de moverme.

Los latidos de mi corazón son constantes, mi respiración controlada.

He hecho esto las suficientes veces como para saber que lo que hace que te pillen es el pánico, no la mala suerte.

Avanzo por el pasillo de espaldas a la pared, con pasos sigilosos.

Los boxes están oscuros, pero puedo ver las siluetas de los caballos en su interior, con la cabeza vuelta hacia mí a medida que paso.

Uno de ellos resopla, un sonido que hace que se me revuelva el estómago, pero sigo caminando.

El guadarnés está justo delante, con la puerta entreabierta, y me cuelo dentro sin detenerme.

El ronzal está donde lo recordaba, colgado en el segundo gancho desde la izquierda.

Lo descuelgo y pruebo la hebilla para asegurarme de que aguantará.

El cuero está desgastado pero es resistente, y me lo paso por el hombro antes de volver al pasillo.

El box de la yegua está a diez pasos, y recorro la distancia rápidamente, con los dedos ya buscando el pestillo.

Rusalka es una yegua torda con una lista blanca en la cara, y me observa mientras abro la puerta.

No se asusta cuando entro, y me lo tomo como una buena señal.

Siempre se me han dado bien los animales, mejor que las personas.

No hacen preguntas ni exigen explicaciones.

O confían en ti o no, y esta parece dispuesta a dejar que me acerque.

Le paso el ronzal por la cabeza y le abrocho la hebilla bajo la mandíbula, hablándole con una voz tranquila que espero que le suene relajante. —Chis, eh, pequeña…

Cambia de peso, pero no se aparta. Cojo el ramal y la guío hacia la puerta del box.

Me sigue sin oponer resistencia, con los pequeños chasquidos de sus cascos contra el suelo, y siento que la tensión en mi pecho empieza a disminuir.

La salida de servicio está a treinta metros, todo recto por el pasillo y hacia la parte de atrás.

Veo la puerta desde aquí, el resplandor rojo de la señal de salida sobre ella, y tiro suavemente del ramal para que la yegua siga andando.

Viene de buen grado, con las orejas aguzadas, y por medio segundo me permito creer que esto va a funcionar.

Entonces se encienden las luces.

Inundan el pasillo de golpe, cegándome, y me quedo helada en el sitio, haciendo una mueca mientras parpadeo varias veces.

La yegua sacude la cabeza, asustada, y refuerzo el agarre de la cuerda para que no se desboque.

Mis ojos todavía se están acostumbrando cuando oigo unos pasos que vienen de la dirección de la salida de servicio.

Un hombre aparece en mi campo de visión, y sé de inmediato que estoy en problemas.

Es bajo y de hombros anchos, con un pecho amplio y bíceps gruesos.

Lleva la cabeza rapada y su rostro es todo ángulos duros, una mandíbula inclinada y unas cejas pobladas que hacen que sus ojos parezcan hundidos.

Los tatuajes le suben por el cuello y desaparecen bajo el cuello de la camisa, y se acerca a mí con una expresión amenazadora.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Suelte la cuerda —dice en un tono oscuro pero tranquilo.

Ni siquiera necesita levantar la voz para sonar como si estuviera al mando.

No me muevo.

Tengo los dedos aferrados al ramal y mi mente busca a toda velocidad opciones que no existen.

La salida detrás de él está bloqueada, y la puerta por la que he entrado está demasiado lejos.

La yegua se mueve, con la respiración agitada, y me obligo a quedarme quieta.

—He dicho que la suelte.

Da otro paso hacia mí y ahora puedo verle los ojos, de un marrón oscuro e inexpresivos. No hay ira en ellos, ni sorpresa.

La forma en que me mira me dice que me estaba esperando, que mi planificación y mi reconocimiento no pasaron desapercibidos.

Enarca las cejas y yo me burlo de él, sintiéndome derrotada.

Mi comprador se va a cabrear, y más que eso, si no logro salir de esta con la labia, voy a acabar en un gulag.

—Yo, eh…

—¿Qué hace con ese caballo? —pregunta, rodeándose una muñeca con la otra mano.

—Solo la estoy paseando —mascullo, pero no tengo excusa.

Por primera vez en mi vida, un trabajo se ha torcido y voy a pagar por él.

Normalmente tengo planes de contingencia, planes alternativos, lo que haga falta.

Pero se suponía que esto era un visto y no visto.

—¿Quién la ha enviado? —dice, entornando los ojos.

—Estoy sola —digo, y siento que las tripas se me vuelven gelatina—. Nadie me ha enviado.

—¿Y cree que me voy a creer eso?

Se detiene a tres pasos, con los brazos relajados a los costados.

—Ha entrado aquí a robar un caballo que vale más de lo que verá en toda su vida, ¿y espera que me crea que trabaja sola?

—Crea lo que quiera.

Suelto la cuerda y levanto las manos lentamente, con las palmas hacia fuera.

La yegua se hace a un lado, pero no corre.

—Le estoy diciendo la verdad.

Ladea la cabeza, estudiándome.

—Exploró este lugar. Conocía la rotación de los guardias, la distribución, dónde estaba el ronzal. Eso lleva tiempo y planificación. ¿Y ahora me va a decir que lo ha hecho todo sola por qué? ¿Simplemente quería un poni para montar?

—Sí.

—Entonces, o está mintiendo o es estúpida.

Acorta la distancia entre nosotros en dos zancadas y, antes de que pueda moverme, me agarra del brazo.

Lo tiene como el hierro mientras tira de mí hacia delante con la fuerza suficiente como para que mis dientes castañeteen.

—Sea como sea, usted viene conmigo.

Intento soltarme, pero sus dedos se clavan con más fuerza y el dolor me sube por el hombro.

La yegua se encabrita y corre por el pasillo hacia la entrada principal.

El hombre ni siquiera la mira.

Mantiene su atención fija en mí y me arrastra hacia una puerta en el lado izquierdo del pasillo.

—Suélteme —espeto, y retuerzo el brazo, intentando liberarme.

No afloja el agarre.

Empuja la puerta con la mano libre y tira de mí, y la habitación que hay detrás es pequeña y fría, iluminada por una única bombilla desnuda que cuelga del techo.

Hay un escritorio contra la pared del fondo, desordenado con papeles y una botella de vodka medio vacía, y una silla metida debajo.

Me suelta el brazo y retrocede, colocándose entre la puerta y yo.

Me froto el moratón que ya se está formando en mi piel y lo fulmino con la mirada, pero él no reacciona.

Se apoya en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, y me observa con la misma expresión inexpresiva.

—Siéntese —dice, señalando la silla con la cabeza.

—Prefiero estar de pie.

—No me importa lo que usted prefiera hacer.

Su voz no se alza, pero la amenaza en ella es clara.

—Siéntese.

Dudo, sopesando mis opciones, y luego me dirijo a la silla y me siento.

La madera cruje bajo mi peso, y mantengo las manos a la vista, apoyadas en mis rodillas.

Él se queda junto a la puerta, bloqueando la única salida.

—¿Quién es usted? —pregunto, porque necesito saber con quién estoy tratando.

—Dimitri Vetrov.

Dice el nombre como si debiera significar algo para mí, y cuando no reacciono, su boca se contrae.

—Este es el hipódromo de mi familia, nuestros caballos, nuestro negocio. Y usted acaba de intentar robarme.

No respondo.

No tiene sentido negarlo, y no pienso disculparme.

—¿Quién la envió? —pregunta de nuevo, y esta vez su tono es más duro.

—Nadie.

—Miente.

—No miento —siseo, dejando ver mi ira.

Se aparta del marco de la puerta y cruza la habitación en tres zancadas.

Me inclino hacia atrás en la silla, encogiéndome, pero no tengo adónde ir.

Planta las manos en los reposabrazos, enjaulándome, y su rostro está a centímetros del mío.

Puedo oler el ligero rastro de tabaco en su aliento, ver la cicatriz que le atraviesa la ceja izquierda.

—Escúcheme —dice, y su voz baja a casi un susurro—.

—Llevo semanas vigilando este lugar. Las cosas no van como deberían, y entonces aparece usted, vestida de negro, cortando la valla y dirigiéndose directamente al único caballo que más me dolería si desapareciera. Así que va a decirme para quién trabaja, o me aseguraré de que no salga nunca de esta habitación.

Le sostengo la mirada, negándome a retroceder, pero por dentro se me revuelven las tripas.

Me saca dos cabezas, y aunque en otras circunstancias lo encontraría atractivo, ahora mismo, me siento aterrorizada.

—No trabajo para nadie. Vi una oportunidad y la aproveché. Eso es todo.

Me estudia durante un largo momento, sus ojos buscando en mi rostro cualquier señal de mentira.

Luego se endereza y retrocede, pasándose una mano por el cuero cabelludo.

—O es usted la ladrona más tonta que he conocido o es muy buena fingiendo.

—¿Importa?

—A mí sí.

Vuelve hacia la puerta, pero no la abre.

En lugar de eso, vuelve a apoyarse en el marco, con los brazos cruzados.

—No se irá de aquí hasta que decida qué hacer con usted.

—No puede retenerme aquí —protesto, poniéndome de pie bruscamente.

—Puedo hacer lo que me dé la gana.

Su tono es práctico, como si estuviera declarando un simple hecho.

—Esta es mi propiedad, y usted es una delincuente que ha entrado a robar. Nadie va a venir a buscarla. Nadie sabe siquiera que está aquí.

Sus palabras se abaten sobre mí y siento que se me hiela la sangre.

Tiene razón.

No tengo a nadie que me espere, nadie que se dé cuenta si desaparezco.

He construido mi vida así a propósito, y ahora se está volviendo en mi contra.

—¿Qué quiere de mí? —pregunto, y odio lo débil que suena mi voz.

—Respuestas.

Ladea la cabeza, observándome.

—Y si no puede dármelas, entonces le encontraré otro uso.

No me muevo.

—¿Y si me niego?

Me mira con esos ojos oscuros e inexpresivos, y veo un destello de diversión cruzar su rostro.

—No tiene elección.

Se me hace un nudo en la garganta y contengo unas cuantas lágrimas.

Muchos trabajos me han salido mal, pero nunca como este.

Conozco a los hombres que dirigen este hipódromo y he oído hablar de su reputación.

Esto es lo peor que podría pasar.

Puede que no salga de esta con vida.

2

DIMITRI

El cerrojo encaja en su sitio con un chasquido metálico que resuena por el pasillo de las cuadras.

Compruebo la puerta una vez para confirmar que está asegurada, luego doy un paso atrás y hago girar los hombros.

La chica está encerrada en el guadarnés después de haber estado interrogándola durante más de una hora en mi despacho.

Está encajada entre estanterías de bridas y cubos de pienso, sin ventanas y sin salida, a menos que yo decida abrir.

No se resistió cuando la metí dentro, lo que me dice que es más lista que la mayoría de los ladrones con los que he tratado.

Lo bastante lista como para saber que la resistencia solo empeorará las cosas.

Saco el móvil del bolsillo y miro la hora. La 1:14 de la madrugada.

El siguiente turno de guardia empieza a las dos, y necesito hacer mis rondas antes de esa hora.

El intento de robo me ha puesto los nervios de punta y no puedo permitirme dejar ninguna parte de la operación sin revisar.

El clan Radich lleva meses buscando puntos débiles, probando nuestras defensas, esperando a que cometamos un desliz, y mis hermanos mayores ya han tenido sus encontronazos.

La aparición de la chica esta noche parece demasiado oportuna, demasiado calculada, y no soy tan ingenuo como para creer en las coincidencias.

Supongo que es posible que haya ido a por uno de nuestros caballos sola, pero no es probable.

Algo me dice que, después de que Sonya Radich derramara su sangre en este suelo, su familia ha decidido intensificar las cosas, y que la guerra iniciada bajo la vigilancia de mis hermanos será mi herencia.

Vuelvo hacia el bloque principal de las cuadras, donde los caballos se han tranquilizado tras el alboroto, con su respiración sosegada en la oscuridad.

Rusalka está de vuelta en su box, encerrada y asegurada, y me detengo ante su puerta para asegurarme de que está tranquila.

Gira la cabeza hacia mí, con las orejas hacia delante, y meto la mano entre los barrotes para acariciarle el cuello.

Su pelaje está cálido y suave, y se apoya en mi mano.

—Estás bien —le digo—. Nadie te va a llevar a ningún sitio.

Resopla una vez y se vuelve hacia su red de heno, ignorándome.

Sigo adelante, revisando cada box al pasar, contando cabezas y buscando cualquier cosa fuera de lugar.

La operación lleva semanas comprometida, pequeñas cosas que salen mal y que se van acumulando: horarios de guardia alterados, cosas que se dejan sin asegurar.

Puertas que deberían estar cerradas con llave y que se encuentran abiertas a horas intempestivas, dejándonos vulnerables.

Alguien de mi personal está filtrando información a gente que quiere verme fracasar o quedar expuesto, y no he sido capaz de aislarlo.

La chica podría ser parte de ello.

Podría ser una distracción, enviada para desviar mi atención mientras se produce una jugada más importante en otro lugar.

O podría ser exactamente lo que dice ser: una ladrona solitaria que ha tenido mala suerte.

Sea como sea, la mantendré cerca hasta que lo sepa con certeza.

Llego al final del pasillo y atravieso las puertas que dan al patio de entrenamiento.

El aire exterior es más fresco que en el establo, cortante contra mi piel, y lo inspiro profundamente.

El patio está vacío a esta hora, la tierra rastrillada y el equipo guardado.

Los focos montados en postes altos proyectan largas sombras sobre el suelo, y examino el perímetro por costumbre, buscando movimientos que no deberían estar ahí.

Todo está quieto, excepto mi pulso.

Cruzo el patio hacia el cobertizo del otro lado, donde se guardan las sillas de montar y el equipo de entrenamiento.

La puerta debería estar cerrada por la noche, pero cuando llego, me la encuentro abierta.

Mi cuerpo se tensa, entro y enciendo la luz.

El interior es un desastre.

Las sillas de montar están apiladas al azar en sus soportes, las bridas enredadas en los ganchos, y un cubo de herramientas de aseo se ha volcado, esparciendo cepillos y peines por el suelo.

Me doy la vuelta y salgo, saco de nuevo el móvil, busco en mis contactos y encuentro el número que necesito, y pulso *Llamar*.

Suena dos veces antes de que una voz somnolienta y molesta responda.

—¿Qué?

—Venga al patio de entrenamiento —digo—. Ahora.

Hay una pausa, luego un sonido de movimiento mientras la persona al otro lado se despierta del todo.

—Es la una de la madrugada, Dimitri. ¿Qué pasa?

—Ha dejado el cobertizo del equipo sin cerrar. Venga aquí y traiga a los demás.

Cuelgo antes de que pueda discutir y me guardo el móvil en el bolsillo.

Me apoyo en la pared exterior del cobertizo, con los brazos cruzados, y espero.

Tardan menos de quince minutos en llegar desde su barracón, al otro extremo de la pista.

Tres hombres entran a trompicones en el patio, todavía poniéndose las chaquetas y frotándose los ojos.

El que va delante es Rodion, el mozo de cuadra que se suponía que debía cerrar esta noche.

Es joven, quizá de veinticinco años, con un rostro delgado y ojos nerviosos que recorren el patio antes de posarse en mí.

Noorse y Sylvan le siguen, ambos con cara de estar igual de molestos por haber sido sacados a estas horas de la noche, pero no voy a permitir que sigan metiendo la pata y no enterarse.

—Jefe —dice con incertidumbre—. ¿De qué se trata esto?

Me separo de la pared y camino hacia él, parándome lo suficientemente cerca como para que tenga que inclinar la cabeza hacia atrás para encontrarme la mirada.

Es un hombre más bajo, pero va encorvado, lo que lo empeora.

Sin embargo, el antiguo jockey sabe lo serio que soy con el mantenimiento del lugar de trabajo.

—El cobertizo estaba abierto..., sin cerrar. Cualquiera podría haber entrado y cogido lo que quisiera.

Su rostro palidece.

—Lo cerré. Se lo juro.

—Entonces explíqueme por qué me la he encontrado abierta de par en par hace diez minutos.

Balbucea, moviendo las manos inútilmente a los lados.

—No lo sé. Quizá el cerrojo no enganchó. Quizá alguien volvió después de que me fuera.

Sus excusas van a hacer que se lleve una hostia.

—O quizá no la cerró y punto.

Dejo que las palabras floten entre nosotros por un momento, observándolo retorcerse.

—No es la primera vez que se descuida. La semana pasada, dejó una silla de montar bajo la lluvia. La anterior, se olvidó de cerrar la puerta del picadero. Y ahora esto.

Juro que me siento como si estuviera criando a adolescentes, no dirigiendo a adultos profesionales.

—Lo siento —dice, y se le quiebra la voz—. No volverá a pasar.

—Tiene razón. No volverá a pasar.

Me vuelvo hacia los otros dos hombres, que están unos pasos más atrás, observando con expresión cautelosa.

—El clan Radich está ahí fuera, buscando cualquier excusa para actuar contra nosotros. Cada error que cometen ustedes les da una oportunidad. Cada puerta que se deja abierta, cada pieza de equipo que se deja sin asegurar, cada horario que dejan que se filtre a la persona equivocada..., todo suma. Y cuando vengan a por nosotros, no será mi cabeza la que esté en juego. Será la de ustedes.

La respiración de Rodion es ahora superficial, sus ojos muy abiertos.

Me acerco más, bajando la voz para que solo él pueda oírme.

—Arregle sus cagadas, Rode, porque si esto vuelve a pasar, las consecuencias serán peores que perder una noche de sueño.

Abre la boca para discutir, pero se lo piensa mejor.

Asiente una vez, rápidamente, y se vuelve hacia el cobertizo.

Los otros dos hombres lo ven irse y lo siguen.

No necesito decir nada más.

Han visto lo que pasa cuando pierdo la paciencia y no tienen interés en ponerme a prueba de nuevo.

—Cierren el cobertizo cuando esté recogido —les digo—. Después, ya pueden ponerse a trabajar.

Asienten y se mueven para obedecer, y yo me doy la vuelta y regreso al edificio principal.

El enfrentamiento me ha dejado tenso, con los músculos contraídos, y necesito moverme antes de que la energía me consuma.

Tomo el camino largo a través del patio, rodeando el perímetro y revisando las vallas, buscando cualquier signo de manipulación.

Todo está intacto, excepto un punto en la alambrada que revela por dónde se coló la chica.

Encuentro su bolso abandonado allí en la oscuridad y me lo llevo.

Me dice que quizá sí que trabaja sola.

¿Por qué otro motivo habría cortado la valla?

Si hubiera estado con alguien más, la habrían hecho pasar por la puerta y nunca habría tenido que cortar nada.

Pero eso no aplaca la inquietud que siento en el fondo de mis entrañas.

Cuando llego al guadarnés donde está encerrada la chica, son casi las cuatro de la madrugada.

Abro la cerradura y la puerta, dejando que la luz del pasillo se derrame en el interior.

Está sentada en el suelo con la espalda contra la pared, las rodillas flexionadas contra el pecho.

Levanta la vista cuando entro, sus ojos gris verdoso, agudos a pesar de la hora.

—Levántese —digo.

No se mueve. —¿Por qué?

—Porque se lo he ordenado.

Me sostiene la mirada un momento más y luego se pone en pie.

Me fijo en cómo mantiene la espalda recta, negándose a mostrar debilidad.

La habitación está más fría que antes, ya que la calefacción se ha apagado y el efecto de la noche sobre la Tierra se está haciendo notar.

Tiembla, pero intenta no mostrar su escalofrío ni la energía ansiosa que tiene.

Pero veo su mano temblar mientras se cruza de brazos.

—Dígamelo otra vez —digo—. ¿Quién la ha enviado?

—Nadie. —Su voz es plana, cansada—. Ya se lo he dicho.

Echa un vistazo a su bolso, que todavía agarro con el puño.

Lo dejo caer al suelo a mi lado y le lanzo una mirada furiosa.

—Y yo no la creo.

—Ese es su problema, no el mío.

Camina a lo largo de la pared como un animal atrapado en una jaula con un depredador.

Chica lista. Entiende quién soy.

La estudio, observando el rictus de su mandíbula, la forma en que se mantiene a pesar del agotamiento que veo que se apodera de su postura.

Está demasiado controlada para alguien que debería estar aterrorizada.

La mayoría de la gente se quiebra bajo presión, pero ella se mantiene firme.

—Usted no es una simple ladrona —digo.

—Las ladronas simples no exploran un lugar tan a fondo. No calculan su entrada al minuto. No van directas al objetivo más valioso sin dudar. Usted tenía un plan, y ese plan estaba bien pensado. Así que, o trabaja para alguien, o sabía un montón sobre este lugar antes de venir aquí.

No responde, y me aparto del escritorio, acortando la distancia entre nosotros.

No se inmuta ni retrocede, y me detengo lo suficientemente cerca como para poder ver el leve moratón que se le está formando en el brazo donde la agarré antes.

—Esto es lo que va a pasar —digo, manteniendo la voz serena.

—Va a quedarse aquí. Va a hacer lo que yo le diga, cuando yo se lo diga. Va a hacer recados, llevar mensajes y mantener la boca cerrada. Y mientras hace todo eso, yo la voy a observar. Voy a ver quién le habla, quién la evita y quién intenta quedarse a solas con usted. Si está conectada con la gente que sabotea mi operación, me va a llevar directamente a ellos. Y si no lo está, entonces sigue siendo útil como un par de manos que puedo controlar.

—No haré nada de eso por usted, estúpido cabrón —espeta.

—Entonces la mataré.

Lo digo de forma natural.

—Ha entrado en mi propiedad. Ha intentado robarme. Nadie sabe que está aquí y nadie la echará de menos si desaparece. No es una amenaza. Es un hecho.

Me mantiene el contacto visual, y por un momento, veo una emoción parpadear en sus ojos —¿miedo, quizá?, ¿o cálculo?

Luego desaparece, y su expresión se suaviza.

Me mira fijamente mientras salgo de la habitación y cierro la puerta detrás de mí.

El cielo exterior empieza a clarear, los primeros indicios del amanecer se arrastran por el horizonte, y siento el agotamiento de la larga noche instalándose en mis huesos.

Pero no puedo permitirme descansar hasta que sepa a qué me enfrento.

La chica es una herramienta ahora, se dé cuenta o no.

Y voy a usarla para encontrar al traidor en mis filas.

3

KATYA

Alguien abre la puerta de una patada a las seis de la mañana y el estruendo de la madera contra la pared me arranca de un duermevela que nunca fue reparador.

Me incorporo de golpe, con la espalda dolorida por las horas que he pasado desplomada contra la pared, y Dimitri está de pie en el umbral con el ceño fruncido mientras se inclina para recoger mi bolsa.

No dice nada, no ofrece ninguna explicación.

Se da la vuelta y sale, y de alguna manera, sé que se supone que debo seguirle.

Me pongo en pie con esfuerzo, con las piernas rígidas y negándose a cooperar, y voy tras él a trompicones por el pasillo.

Las luces fluorescentes del techo son demasiado intensas y tengo que entrecerrar los ojos para protegerme de ellas mientras lo sigo por el edificio.

Tengo un sabor agrio en la boca y soy muy consciente de lo sucia que me siento: el sudor de la noche anterior se ha secado en mi

piel, mi ropa está arrugada y huele ligeramente a heno y a mi propio olor corporal.

Maldito cabrón, ni siquiera ha tenido la decencia de darme una habitación con baño o ducha, y mucho menos una cama.

Me conduce al exterior, al patio de entrenamiento, donde cuatro hombres ya están reunidos cerca del cobertizo de material.

Se giran para observarnos mientras nos acercamos y siento sus miradas recorriéndome.

Mantengo la barbilla alta, negándome a apartar la vista a pesar de que se me revuelve el estómago.

Dimitri se detiene en el centro del grupo y deja caer mi bolsa al suelo entre nosotros.

La lona golpea la tierra con un ruido sordo y resoplo ante la forma en que trata mis únicas posesiones en todo el mundo como si fueran una bolsa de basura.

—Ábrala —dice.

No me muevo.

—¿Por qué?

—Porque se lo he dicho.

Su voz es plana, desprovista de emoción, y me mira con tal hostilidad que me tiemblan las manos.

Esa pequeña bolsa es todo lo que tengo en este mundo: mis pocas pertenencias y un colgante que me dio mi madre cuando era pequeña.

El resto de mi «vida» está en un hostal cualquiera al otro lado de la ciudad, un lugar que encontré y que era lo suficientemente barato como para llamarlo hogar durante unos días.

Me agacho, abro la cremallera de la bolsa y despliego las solapas.

Me tiemblan las manos y odio que lo vea, que todos lo vean.

Dimitri se adelanta y se pone en cuclillas a mi lado; antes de que pueda reaccionar, mete la mano en la bolsa y va sacando las cosas una a una.

Mi juego de ganzúas envuelto en un paño.

Lo tira a un lado.

Un carné de identidad falso con un nombre que no es el mío y una foto que apenas se me parece.

Lo sostiene a contraluz, estudiándolo, y luego lee el nombre en voz alta.

—Oksana Belov. —Me mira con frialdad—. ¿Es usted?

—No.

—Entonces, ¿cuál es su verdadero nombre?

Dudo y él aprieta la mandíbula.

Deja caer el carné falso y hurga más a fondo en la bolsa, sacando un fajo arrugado de billetes de metro, un paquete de cigarrillos a medio vaciar y una pequeña bolsita de cuero que sé que contiene lo último que me queda de dinero.

Abre la bolsita y cuenta rápidamente los billetes; luego se los guarda en el bolsillo sin decir nada.

Quiero protestar, pero las palabras mueren en mi garganta.

Acabo de rodillas, con las rótulas hincadas en el duro suelo, mientras él continúa.

Su mano se cierra sobre algo y lo saca, y cuando abre la palma para mostrarlo, casi se lo arrebato.

Es pequeño, de plata deslustrada y con una cadena fina, y lo he tenido desde que tengo uso de razón.

Es una de las pocas cosas que mi madre no empeñó ni perdió durante nuestros años de mudanzas de un sitio a otro.

Ni siquiera sé si significa algo, pero es mío, y verlo en su mano hace que se me encoja el pecho.

—Devuélvame eso —espeto, intentando darle un manotazo, pero lo mantiene fuera de mi alcance.

No me mira.

Gira el colgante en la palma de la mano, examinándolo, y luego se lo guarda en el bolsillo. —No.

—Es mío.

—Ahora todo lo que hay en esta bolsa es mío.

Se levanta y le da una patada a la bolsa hacia uno de los hombres, que la recoge y se la echa al hombro.

—Aquí no posee nada. Ni sus herramientas, ni su dinero, ni ninguna basura sentimental que llevara encima. Tendrá que ganárselo de vuelta si lo quiere.

Me pongo en pie, con la furia quemándome en el pecho, pero antes de que pueda decir nada, él se acerca y baja la voz para que solo yo pueda oírle.

—No me ponga a prueba. No le gustará lo que pasará si lo hace.

Los hombres nos observan, con expresiones que van de la curiosidad a la hostilidad, y sé que tiene razón.

Desafiarlo aquí, delante de su gente, solo empeorará las cosas.

Así que me trago la rabia y asiento una vez con tensión. Él da un paso atrás.

—¿Cuál es su verdadero nombre? —pregunta de nuevo, esta vez más alto, y aunque sé que podría darle un nombre falso, no tiene sentido.

Los hombres como los Vetrov lo averiguan todo de una forma u otra.

—Katya Volsky.

—Bien. Ahora va a trabajar, Katya.

Se vuelve hacia los hombres y señala en dirección a los establos.

—Métela en las cuadras. Quiero que estén limpias para el mediodía.

Uno de los hombres se adelanta, un tipo flaco con la cara quemada por el sol y una mueca de desprecio que no desaparece cuando me mira.

—¿Quieres que haga el trabajo pesado?

Él suelta una risita y eleva una comisura de los labios.

—Quiero que haga lo que yo le diga. Si se queja, avísame.

Dimitri no espera una respuesta.

Se aleja, dejándome allí de pie con los hombres, y siento el peso de su atención sobre mí.

El hombre flaco se acerca, moviendo la cabeza hacia los establos.

—Ya lo has oído. Vamos.

Lo sigo a través del patio. Los otros hombres se dispersan y vuelven a las tareas que estaban haciendo antes de que yo llegara.

Los establos se alzan ante mí y ya noto el olor denso y penetrante del estiércol y la paja húmeda.

Se me revuelve el estómago, pero me obligo a seguir caminando.

Dentro, el aire es sofocante y los caballos se mueven inquietos en sus cuadras.

El hombre flaco se detiene en la primera y señala una horca apoyada en la pared.

—Empieza por aquí. Límpiala, lleva los excrementos al montón que hay detrás del edificio y pon paja nueva. No pares hasta que hayas terminado con todas.

—¿Cuántas cuadras hay? —pregunto, mirando el largo pasillo hacia los otros caballos.

—Dieciséis. —Sonríe y solo veo sus asquerosos dientes—. Más vale que te pongas en marcha.

Me deja allí y cojo la horca.

Abro el pestillo de la primera cuadra y entro. El caballo —un castrado alazán— resopla y se aparta de mí.

Murmuro sonidos tranquilizadores, aunque no estoy segura de si son para él o para mí, y empiezo a usar la horca.

El trabajo es brutal.

Cada cuadra es peor que la anterior, los suelos están cubiertos de una gruesa capa de cama sucia que hay que raspar, levantar y sacar al exterior en cubos demasiado grandes e incómodos de transportar.

Me duelen los brazos en la primera hora, la espalda me mata para la segunda y el sudor me gotea en los ojos, nublándome la vista.

Los hombres van y vienen, comprobando cómo estoy de vez en cuando, y sé que están esperando a que intente escapar.

Quiero hacerlo, no me malinterpretes, pero no dejaré ese colgante en posesión de Dimitri Vetrov.

Así que tengo que hacer lo que sea para recuperarlo.

Y juro que después, lo primero que haré será llamar a casa, a Perm, donde vive mi madre, y decirle que siento haber desaparecido y no haberme despedido nunca.

Al mediodía he terminado la mitad de las cuadras y tengo las manos llenas de ampollas y en carne viva.

Estoy apoyada en la pared exterior, intentando recuperar el aliento, cuando uno de los mozos de cuadra pasa a mi lado.

Es mayor, con un cuello grueso y una barriga que le cuelga por encima del cinturón, y no se molesta en ocultar su desprecio al mirarme de arriba abajo.

—Apártate —dice, empujándome al pasar.

Tropiezo, pero consigo mantener el equilibrio, y la rabia vuelve a encenderse en mi pecho.

—¡Cuidado! —espeto.

Él se detiene y se gira con los ojos entornados.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que cuidado.

Me enderezo y le sostengo la mirada, y sé que es un error incluso mientras las palabras salen de mi boca.

Da un paso hacia mí, levantando la mano, y me preparo para el golpe.

Pero antes de que pueda alcanzarme, otra voz resuena en el aire.

—Tócala y te romperé el brazo.

Dimitri está de pie a unos pasos, con los brazos cruzados y una expresión severa.

El mozo de cuadra se queda helado, con la mano aún levantada, y luego la baja lentamente.

Mira a Dimitri, luego a mí, y su rostro se contrae con resentimiento.

—Está en medio —murmura.

—Entonces rodéala.

El tono de Dimitri es tranquilo, pero tiene una firmeza que hace que el mozo retroceda.

Se da la vuelta y se aleja, murmurando entre dientes, y me quedo allí de pie con Dimitri observándome.

—Vuelva al trabajo —dice, y luego se va, desapareciendo tras la esquina del edificio.

Me quedo allí un momento, con el corazón desbocado, y me doy cuenta de que lo que ha hecho no ha sido por amabilidad.

Ha sido un acto de posesión.

Ha detenido al hombre no porque yo le importara, sino porque ahora le pertenezco, y sus hombres saben que nadie más puede tocarme sin su permiso.

La idea me pone la piel de gallina, pero también asienta algo en mi pecho.

Sé cuál es mi lugar.

Conozco las reglas, aunque las odie.

Cojo la horca y vuelvo a las cuadras.

A última hora de la tarde, apenas me tengo en pie.

Me tiemblan las piernas, me sangran las manos a través de las ampollas y he perdido la cuenta de las veces que he acarreado cubos de excrementos hasta el montón que hay detrás del edificio.

Uno de los hombres de Dimitri —no el flaco, otro— aparece en la puerta y me dice que lo siga.

No pregunto adónde vamos. Estoy demasiado cansada para que me importe.

Me lleva a través del patio a una pequeña oficina cerca de la puerta principal.

Dentro hay un escritorio lleno de papeles y me entrega un sobre cerrado.

—Lleva esto a la sala de vigilancia. ¿Sabes dónde está?

Niego con la cabeza.

Suspira y me da indicaciones, señalando hacia el otro lado de la pista.

Cojo el sobre y salgo, arrastrando los pies.

El patio está ahora muy concurrido: hombres moviéndose entre los edificios, caballos que salen a entrenar… Mantengo la cabeza gacha mientras me abro paso entre ellos.

Nadie me presta atención, pero siento sus ojos sobre mí cuando creen que no miro.

La sala de vigilancia está exactamente donde me dijo, un edificio achaparrado sin ventanas y con una sola puerta.

Llamo y una voz desde dentro me dice que entre.

Entro y la habitación está oscura, excepto por el brillo de los monitores que cubren las paredes.

Un hombre está sentado frente a ellos, de espaldas a mí, y no se da la vuelta cuando me acerco.

—Una entrega —digo, tendiéndole el sobre.

Lo coge sin mirarme y me hace un gesto para que me vaya.

Salgo, cierro la puerta detrás de mí y me quedo allí un momento, intentando averiguar qué se supone que debo hacer ahora.

El sobre podría haber contenido cualquier cosa —dinero, instrucciones, amenazas— y no tengo ni idea de por qué Dimitri me

mandó a entregarlo.

Pero sé que no ha sido al azar.

Me está poniendo a prueba, observando si escaparé, si intentaré abrirlo, si haré cualquier cosa que no sea lo que me ha dicho que haga.

Considero la posibilidad de huir.

Hay un hueco en la valla que corté anoche, caminos de servicio que se alejan de la pista, lugares por los que podría colarme si lo hiciera en el momento adecuado.

He pasado toda mi vida buscando salidas, trazando rutas de escape antes incluso de saber si las necesitaré.

Pero mientras escaneo el patio, veo a sus hombres situados en cada esquina, las cámaras montadas en lo alto de los edificios, la forma en que cada puerta por la que paso tiene a alguien cerca que me mira sin que parezca que me está observando.

Dimitri no se arriesga.

Ha construido una jaula alrededor de este lugar que no necesita barrotes.

Vuelvo a cruzar el patio, y cuando me presento ante el hombre que me dio el sobre, asiente y me envía de vuelta a los establos. Paso el resto del día terminando las cuadras, y para cuando el sol empieza a ponerse, estoy tan agotada que apenas puedo mantenerme en pie.

Dimitri me encuentra en la última cuadra, apoyada en la pared, con las manos temblando demasiado para sostener la horca.

Al principio no dice nada.

Me mira, su mirada recorre la suciedad que cubre mi ropa, la sangre en mis palmas, el sudor que me pega el pelo a la frente.

Luego se acerca y me quita la horca de las manos, dejándola a un lado.

—Ha terminado por hoy —dice.

No tengo energía para responder.

Me separo de la pared y paso a su lado, con las piernas apenas sosteniéndome.

Me sigue fuera de los establos y, cuando llegamos al guadarnés, abre la puerta y me indica que entre.

Me desplomo en la silla, demasiado cansada para preocuparme por otra cosa que no sea descansar.

—Pasará la noche aquí —dice—. Mañana volverá a hacerlo. Y pasado mañana, y al día siguiente, hasta que yo decida qué hacer con usted.

Lo miro e intento decidir qué quiere de mí, estudiando sus rasgos como si, por algún milagro, fueran a revelar su motivación.

Su rostro es duro, pero hay una mirada en sus ojos que no sé si me gusta o no.

Los demás guardan silencio cuando él habla.

Lo he visto suceder todo el día, la forma en que las conversaciones se detienen a media frase cuando entra en una habitación, la forma en que los hombres se apartan sin que se les pida.

No exige respeto con gritos o teatralidad.

Sea lo que sea que les haya hecho en el pasado, se lo dan voluntariamente.

Y me doy cuenta, con una claridad que me hunde, de que podría destrozarme si quisiera.

Podría presionarme hasta que no quedara nada de mí, y yo no sabría cómo detenerlo.

Ese tipo de poder me aterra.

Pero también es muy magnético.

Tener tanta autoridad e influencia en la mente de otras personas es algo aterrador y peligroso.

Y Dimitri Vetrov no aguanta tonterías de nadie.

Es algo seductor cuando lo pienso.

Por alguna razón, este hombre endurecido me ha cogido y tiene algún tipo de fijación conmigo.

En cualquier mundo normal, una chica como yo no tendría cabida en su presencia, y mucho menos la más mínima posibilidad de escapar.

Pero aún no me ha hecho daño, y si algo he aprendido sobre este tipo de hombres en mis días en la calle, es que solo te dejan con vida si eres útil.

Gracias a Dios que por ahora le soy útil.

Pero ¿por qué?

¿Y adónde me llevará esto?

4

DIMITRI

Abro el guadarnés a las siete de la mañana y el olor me golpea antes de que la vea.

Sudor rancio, excrementos de animales y el hedor agrio del miedo que no se ha desvanecido durante la noche.

Katya está acurrucada en un rincón, en el suelo, con los brazos alrededor de las rodillas y los ojos entreabiertos y vidriosos.

No se mueve cuando entro y me agacho frente a ella.

Casi siento lástima por haberla hecho dormir en el hormigón.

Casi.

—Levántese —digo.

Esta mujer intentó robar el caballo más valioso de este hipódromo, y uno que también costó mucho conservar.

Esa yegua es lo mejor que le ha pasado a este hipódromo en una década.

De ninguna manera va a librarse de esta sin más.

Parpadea lentamente y, por un momento, creo que va a negarse.

Entonces se incorpora y se pone en pie.

Lleva la ropa mugrienta, el pelo enredado y tiene unas ojeras que ayer no estaban ahí.

Me mira con una expresión a medio camino entre el desafío y el agotamiento, y sé que está a punto de romperse.

Pero la necesito avispada, no hecha pedazos.

—Venga conmigo —digo, girándome hacia la puerta.

Me sigue sin rechistar, tropezando ligeramente al salir a la luz de la mañana.

La guío a través del patio hasta mi despacho, una pequeña habitación en la parte trasera del edificio principal con un escritorio, una silla y nada más.

Las paredes están desnudas, la ventana, cubierta con una persiana que siempre está bajada, y la única luz proviene de una única lámpara de techo.

Le hago un gesto para que se siente y ella se deja caer en la silla, aferrándose a los reposabrazos.

Cierro la puerta y me apoyo en el escritorio, cruzándome de brazos mientras la estudio.

No aparta la vista, no baja la mirada, y recuerdo una vez más que no es una ladrona cualquiera.

Tiene autocontrol, incluso cuando se está desmoronando.

—Va a trabajar para mí —digo—. No limpiando establos ni acarreando cubos. Una tarea que requiere sus verdaderas habilidades.

Entrecierra los ojos.

—¿De qué está hablando?

—Es una estafadora. Entró en este lugar con un plan, lo estudió durante días y entró aquí sabiendo exactamente lo que buscaba. Eso requiere talento. Y yo necesito ese talento.

—¿Para qué? —pregunta con escepticismo.

Me mira con los ojos entornados, como si estuviera intrigada, y los posa en mi cara mientras decido cuánto quiero contarle.

—Para encontrar al traidor entre mi gente.

Me aparto del escritorio y me acerco a la ventana, abriendo la persiana para mirar al patio.

Los hombres se mueven entre los edificios, empezando sus turnos, y desde aquí, puedo ver la mayor parte de la operación.

—Alguien de mi personal ha estado filtrando información al clan de Radich. Rotaciones de guardia, horarios de entrega, puntos ciegos en la seguridad. Lo han estado filtrando todo, y lleva semanas ocurriendo. Necesito saber quién es, y necesito pruebas antes de poder actuar.

—¿Y cree que puedo ayudarle con eso?

Su voz es neutra mientras me mira con una expresión impávida.

—Sé que puede.

Me vuelvo para mirarla de frente.

—Hay un mozo de cuadra llamado Rodion. Ha estado actuando de forma nerviosa, evitando el contacto visual, llegando tarde. Le he tenido el ojo echado un tiempo, pero no puedo probar nada. La otra noche, dejó uno de los cobertizos sin cerrar con llave. Pensé que estaba compinchado con usted para robar ese caballo, pero está claro que no es así.

Lo deduje por la forma en que actúa cuando ella está cerca.

No la conoce.

—Ahí es donde entra usted.

—¿Qué quiere que haga?

—Hacerse pasar por una compradora. Alguien interesado en comprar información sobre las próximas carreras. Se acercará a él, lo tanteará y verá si está dispuesto a vender. Si lo está, sabré que él es el soplón. Si no, pasaré al siguiente sospechoso.

Me mira fijamente, apretando la boca.

—Quiere que sea su espía.

—Quiero que haga lo que se le da bien. Mentir. Manipular. Conseguir que la gente confíe en usted el tiempo suficiente para darle lo que necesita.

—¿Y si me niego?

Me acerco más, inclinándome para que mi cara quede a la altura de la suya.

—Entonces la mataré. Ya se lo dije. Se coló en mi propiedad. Intentó robarme. La he dejado vivir hasta ahora porque es útil, pero en el segundo en que deje de serlo, se acabó.

Aprieta la mandíbula y veo la ira destellar en sus ojos, pero no discute.

Sabe que lo digo en serio.

Tan cerca de ella, puedo notar que se siente intimidada por mí.

Hay pequeños indicios: la forma en que le tiembla el labio antes de hablar, la forma en que sus dedos se enroscan y se desenroscan.

Ese brillo en sus ojos cuando me mira.

Todo eso se suma al hecho de que tiene miedo.

Si tan solo pudiera mantenerme concentrado en leerla y no distraerme con lo delicadas que son sus pestañas cuando sus ojos se cierran y se abren lentamente, o la forma en que su pelo enmarca su cara, captando la luz.

—¿Cuándo? —pregunta finalmente.

—Hoy. Pero primero, necesita aprender lo suficiente sobre caballos y apuestas para que esto resulte creíble. Si se acerca a él sonando como una novata, la rechazará de inmediato. Así que va a sentarse aquí, y yo voy a enseñarle. —Me echo hacia atrás, todavía evaluándola, pero me doy cuenta de que mi examen debe seguir siendo puramente profesional.

No puedo permitir que su belleza o la curva de su culo en esos vaqueros se me metan bajo la piel.

Deja escapar una risa amarga.

—¿Usted va a enseñarme sobre caballos?

—A menos que ya sepa qué es una trifecta, o cómo se calculan las cuotas, o qué demonios significa un *furlong*, entonces sí. Voy a enseñarle.

Me dirijo al escritorio y saco una pila de papeles —gráficos, boletos de apuestas, programas de carreras— y los extiendo sobre la superficie.

Katya me observa con una mirada de fastidio en su rostro, y le hago un gesto para que se levante.

Lo hace, acercándose al escritorio, y me detengo a su lado, lo suficientemente cerca como para ver la tensión en sus hombros.

—Empiece por aquí —digo, señalando un gráfico que muestra las cuotas de una carrera reciente.

—Así es como funcionan las apuestas. Los números representan la relación de pago. Si un caballo está listado a cinco contra uno,

significa que por cada rublo que apueste, recupera cinco si gana. Cuanto más bajo sea el número, más favorito es el caballo.

Se inclina sobre el gráfico, sus ojos escanean las filas de números, y puedo ver su mente trabajando.

Es rápida, absorbe la información más rápido de lo que esperaba.

—¿Qué es una trifecta?

—Es una apuesta en la que se eligen los tres primeros caballos en el orden exacto. Alto riesgo, alta recompensa. La mayoría de la gente no se molesta con ella a menos que tenga información privilegiada.

—¿Y eso es lo que cree que Rodion está vendiendo? ¿Información sobre qué caballos son los favoritos?

Se cruza de brazos sobre el pecho, lo que resalta sus tetas, y me doy cuenta.

Joder, claro que me doy cuenta.

Aparto la vista para concentrarme en los papeles, pero se me está hinchando la polla.

—No favoritos. Amañados. Hay formas de manipular una carrera si sabes lo que haces. Drogar a un caballo, sobornar a un jockey, interferir con los horarios de entrenamiento. Si Rodion está filtrando detalles sobre esos amaños, entonces la gente puede apostar en consecuencia y hacer una fortuna.

Se endereza, descruzando los brazos para meter las manos en los bolsillos.

—¿Y cree que es tan estúpido como para admitírselo a una extraña?

—Creo que está lo suficientemente desesperado. Está endeudado y asustado. Si se le acerca de la manera correcta, picará el anzuelo.

—¿Cuál es la manera correcta?

Me muevo para ponerme detrás de ella, pasando un brazo por encima de su hombro para señalar otra sección del gráfico.

Mi brazo roza el suyo y la siento ponerse rígida.

No me aparto.

—Le dice que tiene dinero para gastar, pero que es nueva en el juego y necesita una ventaja. Al principio hágase la tonta, hágale pensar que es fácil de manipular. Luego deje caer pistas de que está dispuesta a pagar por información fiable. Déjele pensar que es idea suya ofrecerle un trato.

—¿Y si no pica el anzuelo?

—Entonces presione más. Adúlelo. Hágale sentir importante. Apele a su codicia.

Me inclino más, bajando la voz.

—Ha hecho esto antes. Sé que lo ha hecho. No ha llegado tan lejos como ladrona sin saber leer a la gente.

Gira la cabeza ligeramente y nuestros rostros quedan a centímetros de distancia.

Sus ojos se clavan en los míos y, por un momento, ninguno de los dos se mueve.

El aire entre nosotros se siente cargado, demasiado íntimo, y soy consciente del calor que irradia su cuerpo.

Katya Volsky bien podría ser crack en una pipa, suplicándome que me meta una dosis.

Seré un hombre perdido si cedo a mi deseo carnal de doblegarla sobre este escritorio antes de obtener mis respuestas.

—Bien —dice ella, con la voz tensa—. ¿Qué más necesito saber?

Me aparto, poniendo distancia entre nosotros, y vuelvo al escritorio.

La sangre me bombea y la polla se me tensa contra la cremallera de los pantalones, pero intento mantenerme centrado en la tarea que nos ocupa.

—Necesita conocer la terminología básica. Un *furlong* son unos doscientos metros. Una carrera de *maiden* es para caballos que aún no han ganado. Una carrera de reclamación es donde otros propietarios pueden comprar los caballos. Si Rodion empieza a hablar de cosas específicas, tiene que ser capaz de seguirle el ritmo sin parecer perdida.

Katya asiente, y paso la siguiente hora interrogándola sobre términos, tipos de carreras y estrategias de apuestas.

Hace preguntas agudas, me desafía cuando algo no tiene sentido y absorbe todo lo que le lanzo con una concentración casi inquietante.

Cuando terminamos, estoy convencido de que puede manejar la misión.

Pero también soy consciente de otra cosa.

Verla trabajar, ver la forma en que su mente se adapta y cambia, la forma en que asume el papel sin dudarlo... despierta sentimientos que no quiero reconocer.

Es inteligente, más lista que la mayoría de los hombres con los que trabajo, y hay una crueldad bajo su superficie que refleja la mía.

No es una apreciación profesional.

Es algo más oscuro, más complicado, y lo reprimo antes de que pueda arraigar.

—Está lista —digo, apoyándome de nuevo en el escritorio—. Se le acercará esta tarde. Suele tomarse su descanso sobre las tres, y estará en la sala de cartas detrás del establo principal. Entre, pida una copa y siéntese lo suficientemente cerca como para iniciar una conversación. No lo fuerce. Deje que él se le acerque.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces haga que suceda. Engañó a alguien para que creyera que podía entregarle mi yegua campeona. Puede hacer esto.

Se pone de pie, todavía con los brazos cruzados, y me mira con una expresión que no puedo leer.

—¿Por qué me confía esto? Por lo que sabe, podría entrar en esa habitación y contarle exactamente lo que está planeando.

—Podría —admito—. Pero no lo hará.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque es lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que traicionarme sería el último error que cometa. Y porque, quiera admitirlo o no, está empezando a entender cómo funciona esto. Ahora está en mi mundo, y la única salida es seguir adelante.

No responde, pero veo cómo la verdad se asienta en sus ojos.

Sabe que tengo razón.

—Lárguese de aquí —digo, señalando la puerta con la cabeza—. Límpiese antes de esta tarde. No puede entrar en esa habitación con el aspecto que tiene ahora.

Se da la vuelta y se va, y la veo marcharse, la puerta se cierra tras ella.

Me quedo ahí un momento, mirando los gráficos extendidos sobre mi escritorio, y pienso en la forma en que me miró antes.

La forma en que su cuerpo se tensó cuando me acerqué, la forma en que su voz bajó cuando me desafió.

Esta es una complicación que no necesito.

Es una herramienta, un medio para un fin, y no puedo permitirme verla como algo más.

Pero el pensamiento persiste, y me veo obligado a apartarlo con la misma disciplina que he usado para sobrevivir hasta ahora.

Tengo un traidor que atrapar, y Katya va a ayudarme a hacerlo.

5

KATYA

En el vestuario de los jockeys, me froto las manos para quitarme la suciedad del trabajo manual que hice ayer y me doy cuenta de los moratones que se me están formando en el brazo, donde Dimitri me clavó los dedos.

Mi ropa sigue sucia, pero cuando nadie mira, consigo rebuscar en algunas taquillas abiertas y encuentro una camisa limpia y un peine para arreglarme el pelo.

No estoy ni de lejos presentable, pero al menos ya no huelo a mierda de caballo.

Cruzo el patio hacia el establo principal, donde está la sala de juego, escondida detrás de unas oficinas.

Supongo que es donde el personal del hipódromo se relaja, pero es tan cutre como el resto de este viejo y destartalado lugar.

Abro la puerta de un empujón; el interior está en penumbra, iluminado por unas pocas lámparas de techo.

Hay una mesa de juego en una esquina, una barra a lo largo de una pared, varias mesas pequeñas repartidas por el local y un montón de

hombres, la mayoría de los cuales no parecen jockeys.

Levantan la vista cuando entro y la conversación se apaga.

Siento sus ojos sobre mí, evaluándome, con desdén, y mantengo una expresión neutra mientras cruzo hacia la pequeña barra de la esquina.

Una botella de vodka reposa en el mostrador junto a una pila de vasos, y me sirvo un chupito, de espaldas a la sala.

Justo el tipo de situación por la que matan a la gente por aquí, pero no puedo negarme a obedecer a Dimitri.

Él tiene mi colgante, y quiero recuperarlo antes de escabullirme y no volver a aparecer por aquí nunca más.

Así que tengo que agachar la cabeza, seguirle el juego y, con un poco de suerte, me dará lo que quiero y podré largarme.

—¿Estás perdida? —gruñe uno de ellos.

—No —digo, volviéndome para encararlos—. Busco una partida.

Me bebo el vodka de un trago como si fuera una bebedora habitual y finjo que no me quema al bajar por la garganta.

El hombre que ha hablado es mayor, de unos cincuenta años, con una barba canosa y una tripa que presiona contra su camisa.

Me recorre con la mirada, deteniéndose donde no debería, y luego se ríe.

—Esto no es un juego para ti, corazón. Deberías largarte.

—Tengo dinero —digo, apoyándome en la barra—. Y tengo tiempo. Si no lo quiere, encontraré a alguien que sí.

Otro hombre se levanta, su silla raspa contra el suelo.

Es más joven, más delgado, con una cicatriz que le recorre un lado de la cara.

—Ya lo has oído. Lárgate.

No me muevo.

Dejo el vaso en el mostrador y apoyo el codo allí.

—No he venido a jugar a las cartas con ustedes. He venido a ganar dinero. Si no pueden ayudarme con eso, indíquenme quién puede.

La forma en que me miran me pone nerviosa.

He tenido conversaciones más duras antes, pero nunca sin un ancla esperando para venir a mi rescate.

Dimitri estaba allí ayer cuando uno de sus hombres amenazó con propasarse, pero no sé dónde está hoy ni si se arriesgaría a ayudarme en esta situación.

Quiere que yo venda esto, así que solo tengo que quedarme aquí temblando.

El hombre más joven da un paso hacia mí, y puedo ver la amenaza en su postura, la forma en que sus manos se cierran en puños.

Pero antes de que me alcance, otra voz resuena en la sala.

—Dejadla en paz.

Me giro y veo a un hombre de pie en la entrada.

Es delgado, con una cara afilada y unos ojos nerviosos que recorren la habitación antes de posarse en mí.

Rodion.

Lo reconozco del otro día, cuando Dimitri revisó mi bolso.

Eso hace que se me relajen los hombros, y sé que voy a destrozar a este hombre.

Puedo ver su debilidad con solo mirar su apariencia.

El hombre más joven mira a Rodion, luego a mí, y escupe en el suelo antes de volver a su asiento.

La tensión en la sala cambia, pero no desaparece.

Rodion se acerca a la barra, parándose lo suficientemente cerca como para que pueda oler el tabaco de su ropa.

—Eres nueva —dice en voz baja.

—Lo soy.

—¿Qué quieres?

—Información —digo, manteniendo un tono casual.

—He estado apostando en las carreras, pero no dejo de perder. Necesito una ventaja.

Nuestro volumen es lo suficientemente bajo como para que nadie pueda oírnos, pero de ninguna manera voy a dejar que se pierda mi intención.

Entorna los ojos mientras coge un vaso y la botella de vodka.

—¿Qué quieres decir con «una ventaja»?

—Quiero decir que necesito saber las probabilidades antes de que se publiquen. Necesito saber qué caballos son los favoritos, cuáles van a fracasar. Estoy dispuesta a pagar por esa información.

Me estudia durante un largo momento, y puedo ver los engranajes girando en su cabeza.

Está sopesando el riesgo, tratando de decidir si soy de fiar o si esto es una trampa.

Le sostengo la mirada, dejando que vea la desesperación que estoy fingiendo, el ansia de dinero fácil.

—Esto no funciona así —dice finalmente—.

—No puedes llegar aquí y pedir información privilegiada. Matan a gente por menos.

—Entonces iré a otro sitio.

Me aparto de la barra y me dirijo hacia la puerta, y le oigo moverse detrás de mí.

Salgo por la puerta con él siguiéndome antes de que vuelva a hablar, que es exactamente lo que esperaba.

Es un corrupto y quiere mi dinero, pero no quiere que nadie sepa lo que está haciendo.

—Espera.

Me detengo y me giro.

Ahora está más cerca, con las manos en los bolsillos y los hombros encogidos.

Mira hacia la sala, asegurándose de que nadie está prestando atención, y luego baja la voz.

—Puede que pueda ayudarte, pero te va a costar.

—¿Cuánto?

—Un cuarto de millón de rublos. Por el primer trabajo.

Dejo escapar un silbido bajo, negando con la cabeza.

—Es mucho.

Por supuesto que este imbécil no va a ver ni un céntimo, y solo saber que uno de los hombres de Dimitri le es infiel me enciende, pero se me da tan bien vender una mentira que este hombre probablemente piensa que me estoy pensando dos veces lo de invertir en su plan.

Ni de coña sabe que me han enviado para pillarlo.

—Vale la pena. Lo recuperarás diez veces si apuestas con inteligencia.

—¿Y cuándo recibiré esa información?

—Reúnete conmigo mañana por la noche. Detrás del picadero, a medianoche. Trae el dinero y yo traeré lo que necesitas.

Asiento lentamente, como si lo estuviera considerando.

—De acuerdo. Allí estaré.

Retrocede, y veo el alivio en su cara, la codicia apoderándose ya de él.

El aire fresco de fuera es un alivio después del calor viciado del interior de la sala de juego.

Me tiemblan las manos, y las meto en los bolsillos mientras vuelvo a cruzar el patio.

Dimitri me está esperando en el guadarnés.

Está apoyado en la pared, con los brazos cruzados, y levanta la vista cuando entro.

Cierro la puerta detrás de mí y cruzo la habitación, deteniéndome a unos pasos de él.

—¿Y bien? —dice.

—Ha picado el anzuelo —digo y me paso la punta de la lengua por un diente.

Dimitri tiene un problema entre manos y yo le he ayudado a resolver una parte.

Joder, espero que me devuelva mi colgante ahora y me deje ir a casa.

—Quiere un cuarto de millón de rublos por información sobre las carreras. Va a reunirse conmigo mañana por la noche detrás del

picadero.

Dimitri asiente y dice: —Bien. Lo ha hecho bien.

—He hecho lo que me dijo que hiciera —espeto.

—Estamos en paz. Ya he terminado.

Aprieta la mandíbula y se separa de la pared, acortando la distancia entre nosotros.

—No ha terminado. No está ni cerca de terminar.

—Le he conseguido lo que necesitaba. Le he entregado a Rodion. Ese era el trato.

—No había ningún trato —dice, su voz bajando a un gruñido retumbante.

—Usted no está en posición de negociar conmigo. No puede marcharse porque crea que ha pagado su deuda. Está aquí porque yo lo permito, y se irá cuando yo decida que ya no es útil.

—Que te jodan —digo, y me vuelvo hacia la puerta.

Su mano sale disparada, me agarra la muñeca y tira de mí hacia atrás.

Me giro, con la furia ardiendo en mi pecho, y le lanzo un golpe.

Mi palma impacta en su cara, la bofetada resuena en la pequeña habitación, y por un momento, todo se detiene.

Entonces su mano está alrededor de mi garganta.

Se mueve rápido, estampándome contra la pared, y el impacto me deja sin aliento.

Sus dedos aprietan, no lo suficiente para ahogarme, pero lo bastante para dejar claro que podría si quisiera.

Su cara está a centímetros de la mía, sus intensos ojos fijos en mí, y me quedo helada.

Está tan cerca que puedo sentir el calor que irradia su cuerpo, oler el ligero rastro de tabaco y esa nube de colonia que se le pega.

Su mano es áspera, callosa, y su agarre es firme.

Debería estar aterrorizada.

Una parte de mí lo está.

Pero hay otra parte, una parte que no quiero reconocer, que se fija en lo fuerte que es, en cómo domina por completo el espacio entre nosotros.

Su pulgar me roza la mandíbula, un contacto casi delicado, y se me corta la respiración.

Se acerca más, su voz baja a un susurro que me provoca un escalofrío por la espalda.

—Ahora me pertenece —dice.

—La única salida es la muerte. Así que debería acostumbrarse a que la utilice para cualquier propósito que me convenga.

Sus ojos bajan a mis labios, luego a mi pecho, donde su codo me roza las tetas, y luego vuelven a subir para encontrarse con mi mirada.

—¿Entendido?

No puedo hablar.

Tengo un nudo en la garganta y el pulso me martillea en los oídos.

Por supuesto que lo entiendo.

Sé perfectamente lo que intenta decir y hace que se me contraigan las entrañas.

Su mano se afloja ligeramente y tomo aire, pero no me muevo.

No puedo moverme.

Está demasiado cerca, es demasiado abrumador, y cada nervio de mi cuerpo me grita que corra, que luche, que haga cualquier cosa que no sea quedarme aquí paralizada contra la pared.

Pero permanezco inmóvil, observándolo, y veo el destello de algo en sus ojos.

No es ira.

No es crueldad.

Es algo más oscuro que eso, más peligroso, y me produce una emoción que no comprendo.

Su mano se desliza de mi garganta y retrocede, poniendo espacio entre nosotros.

Sigo pegada a la pared, con las piernas débiles, y observo cómo se acerca a la puerta.

La abre, me mira una vez más por encima del hombro y luego desaparece.

El cerrojo hace clic al encajar en su sitio, y oigo sus pasos desvanecerse por el pasillo.

Me deslizo por la pared, mis rodillas ceden y me quedo sentada en el suelo, tratando de recuperar el aliento.

Me tiemblan las manos y las aprieto contra mis muslos, deseando que se detengan.

Me duele la garganta donde estuvieron sus dedos, y levanto la mano, tocando la piel con suavidad, sintiendo la presión fantasma de su agarre.

Ningún hombre me había maltratado antes.

He estado rodeada de hombres poderosos, hombres peligrosos, y siempre he mantenido la distancia, siempre he mantenido el control.

Pero Dimitri es diferente.

No intenta demostrar nada.

No está fanfarroneando ni poniéndome a prueba.

Simplemente está declarando hechos, y la certeza en su voz hace imposible discutir.

Si hubiera querido hacerme daño, lo habría hecho.

Lo sé.

He visto de lo que es capaz, la forma en que se mueve por este lugar con autoridad absoluta.

Pero no lo hizo.

Me sujetó allí, con su mano alrededor de mi garganta, y luego me soltó.

Y la peor parte, la que me revuelve el estómago, es que no estaba del todo asustada.

Había miedo, sí, pero también había algo que me provoca un vuelco en el estómago y náuseas al mismo tiempo.

La forma en que se paró tan cerca, la forma en que su aliento rozó mi cara, la forma en que su pulgar trazó mi mandíbula... fue deliberado.

Quería que lo sintiera, que entendiera lo que significaba.

Y cuando dijo que me usaría para cualquier propósito que le conviniera, no había lugar a dudas sobre la implicación.

No se refería al trabajo.

No se refería a hacer recados o a jugar a ser espía.

Se refería a algo más oscuro, algo que me produjo una sacudida que todavía estoy sintiendo.

Cierro los ojos, apretando las palmas de las manos contra el suelo, intentando anclarme a la realidad.

Siempre me he enorgullecido de ser inteligente, de leer a la gente, de ir dos pasos por delante.

Pero Dimitri es un muro que no puedo ver por encima, una fuerza que no sé cómo manejar.

Y el hecho de que una parte de mí le respondiera, que una parte de mí quisiera inclinarse hacia su agarre en lugar de apartarse... eso me asusta.

Me pongo de pie, con las piernas temblorosas, y me acerco a la silla para hundirme en ella.

La habitación está fría ahora, el calor de antes se ha desvanecido, y me abrazo a mí misma.

Mi mente va a toda velocidad, reproduciendo el momento una y otra vez, y no consigo darle sentido.

Es peligroso.

Es despiadado.

Podría matarme sin pensárselo dos veces.

Pero cuando me tocó, sentí algo que no había sentido nunca.

Una atracción.

Un hambre.

Una necesidad.

Me quedo sentada esperando a que vuelva y sé, con una certeza desoladora, que estoy metida en esto mucho más de lo que pretendía.

6

DIMITRI

Me palpita la mejilla donde me ha golpeado, y no puedo reprimir la sonrisa que se dibuja en mi cara mientras vuelvo a mi despacho.

El escozor es un recordatorio satisfactorio de que Katya Volsky no es de las que agachan la cabeza y obedecen sin rechistar.

La mayoría de la gente en su situación ya se habría venido abajo, habría suplicado, llorado o intentado negociar una salida.

Pero ella no.

Me ha abofeteado, y el desafío en su mirada era real.

Me llevo la mano a la mejilla, noto el calor que desprende, y mi sonrisa se ensancha.

Es fuerte, luchadora, irascible, inteligente y está que arde.

Cada parte de ella es exactamente lo que quiero, y acorralarla contra esa pared casi me ha puesto la polla dura.

La forma en que se le cortó la respiración cuando apreté mi agarre, la forma en que su cuerpo se quedó inmóvil bajo el mío… Quería

presionar más, ver hasta dónde podía llevarla antes de que se rompiera.

Pero me contuve.

A duras penas.

Cuando le dije que la usaría para cualquier propósito que me conviniera, no me refería a hacer recados. Me refería a algo mucho más personal, mucho más visceral.

Me refería a tenerla en mi cama, a hacerla gritar mi nombre, a ponerla a cuatro patas sobre cada superficie de este lugar hasta que entienda exactamente a quién pertenece.

Pero ahora mismo no tengo tiempo para eso, por mucho que lo desee.

Abro la puerta de mi despacho de un empujón y me dirijo al escritorio, sacando el móvil.

Repaso mis contactos y encuentro el número de Rodion, y luego le escribo un mensaje.

Dimitri 16:47: Despacho. Ahora.

Dejo el móvil y me sirvo una copa, vodka solo, y me la bebo de un trago.

El ardor me despeja la cabeza, y me sirvo otra antes de acercarme a la ventana.

El patio está tranquilo esta tarde, mañana hay una carrera importante.

Los caballos están descansando y los entrenadores probablemente se estén entregando a cualquier placer culpable del que disfruten.

Rodion va a morir esta noche.

Lo sé desde que Katya volvió con la información, pero oírselo decir en voz alta ha solidificado la decisión.

Nos ha estado vendiendo a la banda de los Radich, filtrando nuestros detalles de seguridad, nuestros horarios, nuestras debilidades.

Y ahora está tratando de sacarle dinero a una desconocida que entró en la sala de juego haciendo preguntas.

Es codicioso, estúpido y desleal, y de eso no hay vuelta atrás.

Oigo pasos en el pasillo y, un instante después, llaman a la puerta.

Me aparto de la ventana y le digo que entre.

Rodion entra con el rostro pálido y los ojos recorriendo la habitación antes de posarse en mí.

Está nervioso, y no es para menos.

—Cierre la puerta —le digo.

Lo hace, y le hago un gesto para que se siente.

Se deja caer en la silla frente al escritorio, con las manos aferradas a los reposabrazos, y puedo ver las gotas de sudor perlando su frente.

Le sirvo una copa y se la deslizo por el escritorio.

La coge, con los dedos temblando ligeramente, y se la bebe de un trago.

—Relájese —digo, apoyándome en el escritorio—.

Solo quiero hablar.

—¿Sobre qué?

Su voz es tensa, forzada.

—Negocios. La operación. Últimamente las cosas han ido raras, y estoy intentando averiguar por qué.

Me bebo mi segunda copa y luego me cruzo de brazos, observándolo.

—Lleva un tiempo aquí. Ve cosas. Oye cosas. Me pregunto si ha notado algo extraño en las cuadras.

Niega con la cabeza rápidamente, demasiado rápidamente.

—No. Nada.

—¿Nada de nada? —ladeo la cabeza—.

Porque corre un rumor. Alguien ha estado compartiendo información de seguridad con gente de fuera. Secretos de las carreras también. Detalles sobre amaños, horarios, qué caballos van a fracasar. Ese es el tipo de información que podría hacer ganar a alguien mucho dinero si se lo vendiera a la gente adecuada.

Rodion traga saliva con dificultad, y veo cómo su nuez sube y baja.

—No sé nada de eso.

—¿Está seguro? Porque si hay una filtración en esta operación, necesito saberlo. Nos está poniendo a todos en peligro. La banda de los Radich nos está observando, esperando una oportunidad, y cada dato que obtienen los hace más fuertes.

—Probablemente sea uno de los nuevos reclutas —dice, e intenta reír, pero le sale un sonido forzado—.

Ya sabe cómo es. La gente se desespera, comete errores.

Asiento lentamente, como si estuviera considerando sus palabras.

Luego saco mi móvil y busco entre los mensajes hasta que encuentro el que necesito.

Lo levanto para que pueda ver la pantalla.

—Qué curioso que lo mencione —digo.

—Porque le tenemos grabado hoy. Hablando con una mujer en la sala de juego. Mis hombres lo han señalado. ¿Quién es?

Su cara se vuelve aún más pálida, y abre la boca, y luego la vuelve a cerrar.

Está buscando una respuesta a la desesperada, y yo le dejo sudar.

—No es nadie —dice finalmente—.

Una puta pidiendo a un hombre para poder comer esta noche. Le dije que se largara.

Su comentario me cabrea y siento que la rabia estalla en mi pecho.

Este repentino sentimiento protector que tengo hacia ella es nuevo, pero no me desagrada.

Pero al ver mi expresión de enfado, Rodion se encoge en su silla mientras saco mi móvil de nuevo, enviando un rápido mensaje a Gavriil, porque tengo algo en mente para este malnacido que no puedo hacer sin la herramienta adecuada.

Dimitri: 17:03: Despacho. Trae una palanca.

Me guardo el móvil en el bolsillo y me sirvo otra copa.

Rodion me observa ahora, con los ojos muy abiertos, y puedo ver que el miedo empieza a apoderarse de él.

Bien.

Debería tener miedo.

—¿Sabe cuál es el problema de los mentirosos? —digo, volviéndome para mirarlo de frente.

—Siempre se creen más listos que los demás. Creen que pueden salir de cualquier situación con la labia, que pueden inventarse una historia y la gente se la creerá. Pero la verdad siempre acaba saliendo a la luz.

—Dimitri, se lo juro, no sé de qué me está hablan…

—Cállese.

Las palabras salen secas y se detiene a media frase.

Me acerco más, de pie sobre él, y veo la comprensión amanecer en sus ojos mientras lo miro fijamente.

Como el amanecer sobre las montañas, la revelación provoca cambios en el paisaje de su apariencia.

—Jefe… —murmura mientras me bebo el vodka y lo fulmino con la mirada.

Me ha traicionado por última vez, y gracias a mi nueva mascotita, por fin puedo zanjar al menos uno de mis problemas.

La puerta se abre y Gavriil entra.

Sostiene una palanca, y me mira a mí, y luego a Rodion.

Incluso Gavriil sabe lo que se avecina mientras extiendo la mano, y me pasa la palanca sin decir palabra.

Le doy la vuelta en mis manos, sintiendo su peso.

Rodion está congelado en la silla, con la respiración acelerada y superficial, y veo el momento en que considera echar a correr.

Pero no lo hace.

Sabe que es demasiado tarde.

—Sabe, Rodion, se dice que los mentirosos tienen su lugar en el lago de fuego, pero yo me los imagino a todos desdentados…

Mi mirada se desvía del metal en mi mano a la piel pálida y pastosa de su cara.

Luego asiento a Gavriil, que cierra la puerta y se queda allí como un centinela, listo para ayudarme si Rodion se defiende.

—Abra la boca —le digo, y él gime.

—Vamos, jefe, se lo juro…

—¡Abra la puta boca! —grito, agitando la barra hacia él con tanta fuerza que casi le doy prematuramente.

—Mierda —gime, sudando ahora como un puto cerdo.

—Mierda, jefe… —dice antes de abrir sus fauces como si estuviera en el dentista.

Le meto la barra en la boca con fuerza, empujándole las mejillas hacia atrás hasta que sus dientes sobresalen cómicamente a lo largo del metal, y entonces le digo: —Muerda.

Masculla algo ininteligible, pero yo ya estoy en movimiento.

Una mano está cerrada en un puño, en su trayectoria descendente hacia el cabrón que se cree que puede mentirme.

Un golpe fuerte y se rompen varios dientes, pero no es hasta que le clavo la rodilla en la mandíbula que algo cruje.

La sangre brota de su labio y lengua, rezuma por las encías donde múltiples dientes se parten y ruedan por el suelo.

Rodion recurre a gritar y a cubrirse la cara, escupiéndome la palanca.

Está sollozando, pero no se defiende.

—Eso es lo que les hago a los mentirosos, Rodion. ¿Le gustaría decirme ahora qué secretos vendió?

Está demasiado aterrorizado, temblando y sangrando tanto, que necesitaré un limpiador profesional para quitar esta mierda de la asquerosa moqueta de este despacho.

—Levántese —ordeno, pero no se mueve.

—¡He dicho que se levante!

Se impulsa para salir de la silla, con las piernas temblando, y da un paso atrás, sin dejar de escupir sangre.

Le sigo, acortando la distancia, y veo el pánico en sus ojos.

—Dimitri, por favor… —balbucea, pero apenas se le entiende.

El primer golpe le alcanza en las costillas, y oigo el crujido de un hueso.

Se dobla, boqueando, y vuelvo a bajar la palanca, esta vez en su hombro.

Se desploma de rodillas, y camino a su alrededor, rodeándolo lentamente.

Gavriil observa como un buen soldado, sin interferir.

Sabe que si dice algo, él es el siguiente.

—Nos ha estado vendiendo —digo con voz calmada—.

Ha suspendido mi prueba, Rodion. No estoy contento con usted.

—Yo no… Se lo juro…

Otro golpe, esta vez en la pierna, y grita.

El sonido es crudo, desesperado, y llena la pequeña habitación.

Gavriil está junto a la puerta, con el rostro pálido, pero no aparta la mirada.

Está aprendiendo, y esta es la lección.

—Y encima la ha llamado puta —digo, inclinándome para que mi cara esté cerca de la suya—.

Le ha faltado al respeto a ella. Me ha faltado al respeto a mí. Y eso es imperdonable.

Levanto la palanca una última vez y la bajo con fuerza.

El golpe conecta con la parte posterior de su cráneo, y el sonido es húmedo y hueco, como golpear un melón cuando está bien maduro.

Rodion se desploma en el suelo, su cuerpo se queda inerte, y yo retrocedo, dejando que la palanca cuelgue a mi lado.

La habitación está en silencio, salvo por mi respiración, y miro el cuerpo en el suelo.

No siento ningún remordimiento.

Él se lo ha buscado.

Me vuelvo hacia Gavriil, que sigue de pie junto a la puerta.

Su rostro está pálido como la cera, pero su mirada es firme.

Lo entiende.

—Deshágase de él —digo, lanzando la palanca sobre el escritorio—.

Asegúrese de que nadie lo encuentre. Y corra la voz. Cualquiera que piense en traicionarme acabará de la misma manera.

—Jefe —dice Gavriil, y sé que es su acuse de recibo de mis órdenes.

Hará lo que le digo porque me teme, y esa es la mejor posición en la que puede estar cualquiera de mis hombres ahora mismo.

Me respetarán o aprenderán todos la misma lección.

Salgo de mi despacho, limpiándome el sudor de las palmas de las manos en los pantalones.

Rodion era la filtración.

Ahora ha desaparecido, y la operación vuelve a ser segura.

Pero hay más trabajo que hacer.

La banda de los Radich sigue ahí fuera, todavía merodeando, y ahora que han perdido su fuente, atacarán con más fuerza.

Y no solo eso, cuando se enteren de que soy yo quien ha cortado el flujo de información a sus corredores, se cabrearán el doble.

Nunca me han perdonado que matara a su preciado miembro después de que me robara, y no puedo contar las veces que he tenido que repeler algún tipo de ataque de un hombre conocido por asociarse con ellos.

Paso la mayor parte de mis días trabajando duro aquí, dentro del perímetro seguro, pero si tuvieran la oportunidad, me liquidarían como venganza, y lo sé.

Ahora es mi turno de actuar primero, y tengo el viento a mi favor.

Si puedo averiguar cómo aprovechar las habilidades de Katya en mi beneficio, mejor aún.

Y ahora que esto está hecho, tengo tiempo para ella.

Sonrío para mis adentros mientras me dirijo a la puerta.

Es fuerte, desafiante y completamente inconsciente de cuánto la deseo.

Pero lo aprenderá muy pronto.

Y cuando lo haga, entenderá exactamente lo que significa pertenecerme.

7

KATYA

Siete días.

Llevo siete días encerrada en este guadarnés y estoy empezando a perder la noción del tiempo.

La oscuridad se confunde con breves momentos de luz cuando alguien abre la puerta para meterme comida a empujones o cambiar el cubo que me veo obligada a usar como retrete.

El olor es insoportable ahora, aunque lo vacían con regularidad.

El hedor se ha impregnado en las paredes, en mi ropa, en mi piel.

Duermo en el suelo porque no hay otro sitio, acurrucada contra la pared con los brazos rodeando mis rodillas.

Me duele el cuerpo constantemente y he dejado de intentar llevar la cuenta de los moratones.

Ahora están por todas partes, por el suelo duro, por trabajar demasiado, por la forma en que se me agarrotan los músculos cuando no puedo moverme.

Quiero recuperar ese colgante, pero no puedo seguir aquí siendo la esclava de ese hombre.

Quiero ir a casa, volver a la rutina de mi vida de timadora.

Creo que me he convencido de que estoy lista para volver a Perm cuando tenga suficiente dinero, y ver a mi madre será mejor que un colgante de todas formas.

Solo tengo que salir de aquí, y estoy esperando mi oportunidad.

Así que, cuando la puerta se abre, entrecierro los ojos contra la luz y me preparo.

Gavriil entra, con un cubo de agua limpia, y veo mi oportunidad.

No pienso. Simplemente, actúo.

Me abalanzo sobre él, empujándolo con fuerza, y consigo dar tres pasos antes de que su brazo me rodee la cintura.

Me levanta del suelo, me coloca bajo su brazo como si no pesara nada, y grito.

Pataleo y me debato, mis puños golpean su espalda, pero ni siquiera se inmuta.

Me saca de la habitación y me lleva por el pasillo, y estoy demasiado agotada para seguir luchando.

Para cuando llegamos al despacho de Dimitri, tengo la voz ronca y el cuerpo flácido.

Gavriil me baja al suelo frente a la puerta y llama una vez antes de abrirla.

Dimitri está sentado en su escritorio y levanta la vista cuando entramos.

Sus ojos están muy abiertos por la curiosidad, con la ceja tan arqueada que le aparecen arrugas en la frente.

—Ha intentado escapar —dice Gavriil.

Dimitri asiente una vez, y Gavriil se va, cerrando la puerta tras de sí.

Estoy de pie en medio de la habitación, balanceándome ligeramente, y la rabia vuelve a surgir en mí mientras me bajo la camiseta sobre la cintura y lo fulmino con la mirada.

—Déjeme ir a casa —digo, y se me quiebra la voz—. Por favor. Déjeme ir.

No responde.

Se reclina en la silla, con los brazos cruzados, y me observa con esos ojos oscuros e inexpresivos que no revelan nada.

—Me iré de Moscú —digo, y ahora las palabras salen más deprisa—. Volveré a Perm. Desapareceré. No volverá a verme. Déjeme ir.

—¿Has terminado? —Su voz es tranquila, casi aburrida, y hace que la rabia se encienda más.

—¡No, no he terminado! —grito, y doy un paso hacia él—.

¡No puede retenerme aquí! ¡No soy de su propiedad! No soy….

—Sí que lo eres.

Me interrumpe, todavía con un tono tranquilo, y la certeza en su voz me detiene en seco.

—Me perteneces. Ya te lo he explicado.

—¡No puede decidir eso y ya está!

—Ya lo he hecho.

Lo miro fijamente, con el pecho agitado, y siento las lágrimas ardiendo en el borde de mis ojos.

No lloraré.

Me niego a llorar delante de él.

Pero el miedo me atenaza ahora, más profundo y oscuro que antes.

Pienso en mi madre, sola en Perm, sin saber nunca qué me ha pasado.

No me buscará.

No presentará una denuncia ni llamará a la policía.

Supondrá que he seguido adelante, como siempre hago, y al final, se olvidará de que existo.

Ese pensamiento me deja sin aliento y caigo de rodillas.

Me tiemblan las manos y las presiono contra el suelo, intentando estabilizarme.

—Por favor —susurro—. Solo quiero ir a casa.

Dimitri se levanta de la silla y cruza la habitación.

Se detiene frente a mí, y siento su presencia cerniéndose sobre mí antes de que se agache, con su rostro a la altura del mío.

Me obligo a mirarlo, aunque me duela el cuello.

—¿Has aprendido la lección? —pregunta.

No respondo.

—Te he hecho una pregunta, Katya. ¿Has aprendido la lección? ¿Entiendes que me perteneces, que puedo hacer contigo lo que me plazca?

Las palabras tienen un sabor amargo, pero las fuerzo a salir.

—Sí.

—Dilo.

—Le pertenezco. —Mi voz es apenas audible, y odio lo débil que suena—. Puede hacer conmigo lo que le plazca.

En este contexto, es degradante, que me domen como a un puto caballo en un corral.

Lo siguiente será que me ponga una brida y una silla e intente meterme en vereda a latigazos.

Me estudia un momento y luego se levanta, ofreciéndome la mano.

Dudo un instante, mirándola, y luego la cojo.

Su agarre es firme y me pone en pie.

Mis piernas están inestables y me tambaleo ligeramente, pero él no me suelta.

—Bien —dice—. Ahora podemos seguir adelante.

Suelta mi mano y se dirige al escritorio, sacando su móvil de uno de los cajones.

Hace una llamada en voz baja, y lo oigo pedir que le traigan un coche a la parte de atrás.

Cuando cuelga, se vuelve hacia mí y, esta vez, su expresión es más suave.

Es la primera vez que lo veo con una expresión que no sea hostil.

—Vienes conmigo —dice.

—¿Adónde?

—A mi casa.

Abre un cajón y saca una pistola, comprueba la recámara antes de metérsela en la cinturilla del pantalón.

—No me obligues a usarla —dice, y luego coge la cartera y se la desliza en el bolsillo.

Asiento, demasiado cansada para discutir, y lo sigo fuera del despacho.

El coche espera en el patio, una berlina negra con los cristales tintados, y Dimitri abre la puerta de atrás, indicándome que entre.

Me deslizo en el asiento y él se sienta a mi lado, con la pistola apoyada en su regazo.

El conductor no se da la vuelta, ni nos presta atención, y el coche se aleja del hipódromo.

Pego la cara a la ventanilla, observando los edificios pasar borrosos, y pienso en saltar.

La puerta no está cerrada con seguro.

Podría abrirla, lanzarme a la calle y correr.

Pero la pistola está ahí, un recordatorio constante de lo que ocurrirá si lo intento.

El trayecto dura veinte minutos, y cuando paramos frente a un edificio en las afueras de la ciudad, Dimitri sale y me indica con un gesto que lo siga.

El piso está en una tercera planta, es sencillo y funcional, con paredes blancas y muebles escasos.

Cierra la puerta detrás de nosotros y echa la llave, guardándosela en el bolsillo.

No sé, para un hombre en su posición, supuse que su piso sería diferente: quizá más desordenado, o quizá más lujoso.

Parece que, o bien es un hombre muy rudimentario, o no pasa mucho tiempo aquí.

—Dúchate —dice, señalando el pasillo—.

Hay toallas en el armario. Cuando termines, ven a la cocina.

No discuto.

Voy por el pasillo y encuentro el baño, pequeño y limpio, con un plato de ducha estrecho y un lavabo.

Me quito la ropa sucia, la dejo en un montón en el suelo y me meto bajo el agua.

Está caliente, casi demasiado, y dejo que me queme la mugre, el hedor y el miedo.

Me froto la piel hasta dejarla en carne viva y me lavo el pelo dos veces, intentando quitarme la grasa y la suciedad.

Cuando termino, me envuelvo en una toalla y salgo.

Hay una camiseta y unos bóxers doblados en el lavabo, ambos demasiado grandes para mí, pero me los pongo de todos modos.

Huelen a limpio, un ligero olor a detergente, y me doy cuenta de que son suyos.

La idea me revuelve el estómago, pero la reprimo.

Tampoco es que pueda escaparme vestida solo con una camiseta y unos bóxers.

Incluso a principios de verano aquí en Moscú, la vestimenta no es apropiada.

Llamaría la atención como una almeja en un camposanto, así que voy a tener que soportar lo que sea esto un poco más antes de intentar escabullirme de nuevo.

Al menos, por ahora, estoy limpia y no estoy encerrada en una habitación diminuta.

Cuando me aventuro a salir del baño, lo encuentro en la cocina, de pie junto a los fogones.

Está cocinando algo, el olor es intenso y sabroso, y me rugen las tripas.

Me lanza una mirada, recorriendo con sus ojos la ropa demasiado grande, y luego asiente hacia la mesa.

—Siéntate —ordena, y lo hago; unos minutos después, pone un plato delante de mí.

Patatas, carne, verduras.

Comida sencilla, pero es la primera comida de verdad que tomo en una semana.

Cojo el tenedor y como, demasiado hambrienta para preocuparme por los modales o el orgullo, y él se sienta frente a mí, observando.

—He eliminado al topo del hipódromo —dice, con voz coloquial—. Rodion ya no será un problema.

Dejo de masticar, la comida se convierte en ceniza en mi boca.

—¿Lo ha matado?

—Sí.

Dejo el tenedor, se me ha quitado el apetito, y me quedo mirando el plato.

Dimitri se reclina en la silla, con los brazos cruzados, y continúa como si fuera una conversación informal.

—Ahora hay un asunto más urgente —dice—. Uno para el que creo que puedes ser útil.

Lo miro, y el miedo vuelve, enroscándose en mi pecho.

—¿Qué asunto?

—La banda de los Radich. Han estado merodeando durante meses, poniendo a prueba mis defensas, esperando una oportunidad. Rodion les pasaba información, pero ahora que ha desaparecido, vendrán con más fuerza. Necesito saber qué están planeando y

necesito a alguien que pueda acercarse lo suficiente para averiguarlo.

—¿Quiere que los espíe?

Mi voz es plana, incrédula.

—Quiero que te infiltres. Eres buena mintiendo, interpretando papeles. Ya lo has demostrado. Y ellos no te conocen, lo que te hace perfecta.

—¿Y si me niego?

Se inclina hacia delante, con los codos apoyados en la mesa, y clava sus ojos en los míos.

—No lo harás. Porque has aprendido la lección. Me perteneces y harás lo que te diga. Y si lo haces bien, si me consigues la información que necesito, entonces quizá te ganes una correa más larga. A lo mejor consigues dormir en una cama en vez de en una habitación diminuta. Quizás consigas comer comida de verdad y darte duchas calientes. Pero si te niegas, si intentas volver a escapar, te meteré de nuevo en esa habitación y te dejaré allí hasta que te pudras.

Las palabras se asientan sobre mí y sé que no bromea.

Miro el plato, la comida que no puedo terminar, y siento cómo la trampa se cierra a mi alrededor.

Ahora mismo no hay salida, pero si le sigo el juego, si me gano su confianza y consigo esa correa, entonces quizás pueda encontrar una forma de escapar.

Quizás.

—¿Qué necesita que haga? —pregunto, y mi tono está teñido de resignación.

No me gusta, pero he pasado por cosas peores.

Y tiene razón.

Soy buena en lo que hago o no habría tenido éxito durante tanto tiempo.

Puedo apoyarme en mis puntos fuertes y usarlos para liberarme, y luego podré largarme de Moscú y volver a casa, a donde pertenezco.

Sonríe, y es la primera vez que lo veo sonreír.

No es cálida ni amable. Es depredadora, como si estuviera satisfecho conmigo, y me pone la piel de gallina.

—Buena chica —dice—.

Empezaremos mañana.

8

DIMITRI

Katya está sentada a la mesa de mi cocina, con las piernas encogidas debajo de ella, vistiendo mi camiseta y mis bóxers, y cada vez que le echo un vistazo, recuerdo lo bien que le queda mi ropa.

La camiseta le queda demasiado grande y le cae por un hombro, y los bóxers los lleva bajos, sobre las caderas.

Tiene el pelo húmedo de la ducha y le cae en ondas rubias oscuras alrededor de la cara. Come despacio, como si estuviera saboreando cada bocado como si fuera su última cena.

He deseado a otras mujeres antes.

Las he tomado cuando lo he necesitado, me he marchado cuando he terminado y nunca he vuelto a pensar en ellas.

Pero Katya es diferente. Se me ha metido bajo la piel de una forma que no entiendo y, cuanto más tiempo paso con ella, peor es.

Pienso en ella cuando se supone que estoy trabajando.

Pienso en su aspecto cuando la tenía inmovilizada contra la pared, en cómo se le cortó la respiración, en cómo su cuerpo se quedó

quieto bajo mi mano.

Pienso en qué se sentiría teniéndola debajo de mí, con sus piernas enroscadas en mi cintura y sus uñas clavándose en mi espalda.

La deseo.

La deseo de una forma peligrosa y absorbente, y necesito controlarme antes de hacer una estupidez como dejar que mis emociones se enreden con un activo y empezar a cometer errores.

¿A que a mi familia le encantaría eso?

Ya me están dando la lata con este problema de los Radich, que parece atraer a nuestros enemigos como polillas a la llama, todo por algo que ocurrió hace más de una década.

Me sirvo una copa y me apoyo en la encimera, observándola.

Está concentrada en la comida, pero puedo ver la tensión en sus hombros, la forma en que sus dedos aprietan el tenedor con demasiada fuerza.

Sabe que la estoy mirando e intenta ignorarlo.

No deja de lanzarme una mirada y yo no la aparto.

He estado esperando que ocurriera algo como esto, que la herramienta adecuada cayera en mi regazo.

Ahora tengo esa herramienta y si la jodo por distraerme con ella, puede que no vuelva a ocurrir.

Desde que maté a ese hombre, su familia ha estado ansiosa por vengarse.

Se ha manifestado de formas violentas: robándonos, presionando en el circuito, atosigando a nuestros contactos y activos.

Y, más recientemente, con ataques directos contra mi vida cada vez que salgo del circuito y se dan cuenta.

Tiene que parar.

—Tengo que explicarte por qué estás aquí —le digo en voz baja.

Tengo una oportunidad, una sola, para hacer que el don de Katya Volsky trabaje a mi favor en vez de en mi contra.

Fue lo bastante buena como para conseguir que Rodion metiera la pata, y ahora convencerá a mis enemigos para que también la metan.

Levanta la vista, sus ojos gris verdoso están recelosos.

—Estoy aquí porque me trajiste a punta de pistola.

—Estás aquí porque tengo un trabajo para ti. Uno que requiere tus particulares habilidades.

—¿Qué trabajo?

Dejo mi copa, me cruzo de brazos, me recuesto contra la encimera y respiro hondo para deshacerme de parte de mi tensión.

—Hace nueve años, mi padre me ordenó que matara a un hombre. Formaba parte del equipo de los Radich, un soldado que nos había estado robando. Yo tenía diecinueve años y era mi iniciación en el negocio familiar. Así que lo hice. Lo maté a golpes en un callejón detrás de un bar en Mytishchi y lo dejé allí para que su gente lo encontrara.

El rostro de Katya no cambia, pero veo un destello de comprensión en sus ojos.

Ahora mismo no me tiene miedo, pero sabe de lo que soy capaz.

Después de que me ayudara a deshacerme de Rodion y se enterara, entonces fue cuando se manifestó el miedo.

Esto es comprensión paciente; está absorbiendo partes de mi mundo que normalmente se dejan cubiertas y ocultas, pero tiene que saber

por qué la necesito como mi activo o no tendrá motivación para seguir adelante.

—El hombre que maté tenía un hermano pequeño —continúo—.

Él ha ascendido en el escalafón desde entonces y ahora busca sangre. Mi sangre. Durante los últimos nueve meses, he tenido hombres acechándome, cazándome, esperando el momento adecuado para atacar. Son del equipo de los Radich y no van a parar hasta que esté muerto.

—Pues mátalos —dice con voz inexpresiva—.

Se te da bien eso.

Baja la mirada a su comida y la remueve en el plato con el cubierto antes de tomar otro bocado.

Luego enarca una ceja y me dedica una sonrisita irónica.

No es gracioso, y ella lo sabe, pero he aprendido a no buscarle las cosquillas al tigre.

Ella no me pinchará de esa manera.

—No puedo matarlos a todos. Son demasiados y no sé quién dio la orden. Necesito averiguar quién mueve los hilos, quién está orquestando esta cacería, para poder terminarla de forma permanente. Y ahí es donde entras tú.

Deja el tenedor en la mesa y entrecierra los ojos.

—¿Cómo?

—Te vas a acercar a ellos. Te vas a infiltrar en el equipo de los Radich, averiguarás quién toma las decisiones y me informarás. Una vez que tenga esa información, podré tomar represalias y terminar esta disputa para siempre.

Me mira fijamente durante un largo momento y luego se reclina en la silla, cruzándose de brazos.

—¿Y yo qué gano con esto? —pregunta, y la actitud en su cara me da ganas de quitársela de una bofetada.

—Sigues viva —digo sin inflexión, y veo la ira brillar en sus ojos.

—¿Eso es todo? ¿Arriesgo mi vida por ti y lo único que gano es seguir respirando?

—Eso es más de lo que la mayoría de la gente en tu posición obtendría.

Me aparto de la encimera y me acerco, deteniéndome en el borde de la mesa.

—Pero si quieres más, puedo organizar otras recompensas.

La forma en que la miro no deja lugar a dudas.

Dejo que mi mirada recorra su cuerpo, deteniéndome en la curva de su hombro, en la forma en que mi camiseta se ciñe a su pecho, en la piel desnuda de sus muslos.

Quiero que sepa exactamente a qué me refiero, y cuando veo el rubor subir por su cuello, sé que lo ha entendido.

Aparta el plato, con las manos temblando ligeramente.

—Estás loco.

—Puede ser.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no uno de tus hombres?

—Porque se te da bien esto. Eres una estafadora. Sabes cómo pasar desapercibida, cómo mentir, cómo hacer que la gente confíe en ti. Entraste en mi sala de cartas y convenciste a Rodion para que te vendiera información en cuestión de minutos. Además, el equipo de los Radich no te conoce. No tienen ninguna razón para sospechar que trabajas para mí. Mis hombres llamarían la atención.

Niega con la cabeza y puedo ver su mente trabajando, tratando de encontrar una salida.

Pero no la hay.

Ella lo sabe tan bien como yo.

—Sabes cómo interpretar un papel —continúo—.

Sabes cómo manipular a la gente, cómo conseguir que te den lo que necesitas. Eso es lo que te estoy pidiendo que hagas. Acércate a ellos. Averigua quién dirige la operación. Y cuando lo hagas, vuelve a mí.

—¿Y si no puedo?

—Entonces mueres. O te matarán ellos cuando descubran lo que estás haciendo, o te mataré yo por fracasar. De cualquier manera, tus probabilidades son mejores si tienes éxito.

Se queda en silencio un largo momento, con la mirada fija en su plato, y puedo ver su mente analizando las opciones.

No hay muchas, pero es una mujer inteligente.

Lo resolverá.

Me acerco más, rodeando la mesa hasta que estoy de pie junto a su silla.

Ella no levanta la vista, pero veo la forma en que su cuerpo se tensa, la forma en que su respiración cambia.

Estoy lo bastante cerca como para oler el jabón de su ducha, y me inclino para aspirar su aroma.

—¿Alguna vez te has acostado con un hombre por información? —pregunto, manteniendo la voz baja.

Levanta la cabeza de golpe, con los ojos centelleando.

—¿Qué? —sisea.

Su cara está tan cerca de la mía que podría besarla.

—Me has oído. ¿Alguna vez te has follado a alguien para conseguir lo que necesitabas?

—Eso no es asunto tuyo.

—Lo es si te voy a enviar con el equipo de los Radich. Necesito saber de lo que eres capaz. Lo que has hecho antes.

Aparta la silla de un empujón y se pone de pie, poniendo distancia entre nosotros, pero yo la sigo.

No voy a dejar que se retire de esto.

No cuando necesito su conjunto de habilidades específicas para ayudarme a poner mi mundo en orden de nuevo.

No cuando la idea de ella con otros hombres hace que algo oscuro y posesivo se retuerza en mi pecho.

—No voy a responder a eso —murmura con voz tensa.

Doy otro paso hacia ella y retrocede hasta que choca con la encimera.

—Así que lo has hecho. Quizás más de una vez. Quizás es parte de cómo has sobrevivido todos estos años, vagando por Moscú sin nadie en quien confiar.

Su cara se sonroja, la ira y la vergüenza luchan en su expresión, y sé que he dado en el clavo.

El pensamiento hace que apriete la mandíbula y que mis manos se cierren en puños.

No debería importar lo que ha hecho, con quién ha estado, pero importa.

Importa más de lo que quiero admitir.

Quiero ser el último hombre que la toque.

Quiero borrar todas las demás caras, todos los demás nombres, hasta que yo sea el único grabado a fuego en su memoria.

—No sabes nada de mí —sisea con voz temblorosa, pero sus ojos danzan por mi cara, hacia mis labios, de vuelta a mis ojos.

—Entonces dime que me equivoco.

No lo hace.

No puede.

Y el silencio entre nosotros es respuesta suficiente.

Ahora, todo en lo que puedo pensar es en lo bien que le queda mi ropa, en cómo se sentiría su piel bajo mis manos, en lo bien que sonarían sus gemidos cuando estuviera debajo de mí.

Coge un plato de la encimera y lo lanza, y yo me hago a un lado para evitar que me golpee.

El plato se hace añicos contra la pared detrás de mí, la porcelana esparciéndose por el suelo.

El sonido es fuerte, violento, y me recorre un subidón de adrenalina.

Antes de que pueda moverse, antes de que pueda siquiera pensar en correr, estoy sobre ella.

La agarro por la muñeca y tiro de ella hacia delante, haciéndola girar y estampándola contra la pared.

Su espalda está pegada a mi pecho, y puedo sentir cada centímetro de su cuerpo contra el mío, la rápida subida y bajada de su respiración, el calor que irradia su piel.

Mi otra mano se levanta para apoyarse en la pared junto a su cabeza, enjaulándola, y me inclino para que mi boca esté cerca de su oreja.

—Cuidado —murmuro, y mi voz no es más que un gruñido.

Sigue tirándome cosas y voy a empezar a pensar que quieres llamar mi atención.

Intenta zafarse, pero no la dejo.

Aprieto mi agarre en su muñeca, no lo suficiente como para hacerle daño, pero sí para mantenerla quieta, y siento que su cuerpo se pone rígido contra el mío.

Dios, qué bien sienta.

La curva de su espalda contra mi pecho, la forma en que su culo se presiona contra mí cuando lucha, el aroma de su pelo... me está volviendo loco.

Quiero deslizar mi mano por su cuerpo, sentir su forma bajo mi palma, descubrir si es tan suave como imagino.

Quiero darle la vuelta y besarla hasta que deje de luchar, hasta que se derrita en mí y admita que ella también quiere esto.

Pero no lo hago.

—¿Me follarías por tu libertad? —pregunto, y las palabras salen tan crudas como el deseo que siento por ella.

Se queda completamente quieta y siento el cambio en su respiración, la forma en que su cuerpo se tensa de una manera diferente ahora.

—Ese es el trato —continúo—.

Haces este trabajo para mí. Te infiltras en el equipo de los Radich, me consigues la información que necesito y te acuestas conmigo. Una vez. Y entonces te dejo ir. Te marchas de aquí, vuelves a Perm o a Moscú o a donde demonios quieras, y no vuelves a verme nunca más.

Se retuerce en mi agarre y aflojo la presa lo justo para dejar que se gire.

Su cara está a centímetros de la mía ahora, sus ojos ardiendo de furia.

Juro que también veo deseo en su expresión, como si estuviera luchando contra el deseo de follarme en lugar de simplemente ceder.

—Vas a tomarlo de todas formas —espeta, y luego me escupe en la cara—. Los hombres como tú no piden consentimiento.

La saliva me da en la mejilla y por un momento no me muevo.

Me quedo ahí, dejándola estar, sintiendo el insulto.

Luego le suelto la muñeca y doy un paso atrás, limpiándome la cara con el dorso de la mano.

El desafío, el fuego, la negativa absoluta a someterse... hace que la desee aún más.

Estoy tan jodidamente excitado por cómo lucha conmigo que estoy realmente tentado a hacer exactamente lo que dijo.

No soy el tipo de hombre que daña a una mujer, pero me está volviendo loco, llevándome al límite.

—No voy a tomar nada de ti a la fuerza —le digo, y mi voz es más tranquila ahora—.

Soy un caballero, Katya. No te pondré una mano encima sin tu consentimiento.

Me mira fijamente, con la incredulidad escrita en toda su cara mientras se frota las muñecas.

Un cambio en su expresión casi parece también decepción.

—Pero si aceptas este trato —continúo, dando un paso más cerca—, si te acuestas conmigo, cuando el trabajo esté hecho, te prometo que te dejaré libre. Serás libre. Se acabaron las puertas cerradas, se acabó el mirar por encima del hombro preguntándote cuándo voy a ir a por ti. Haces este trabajo, me das una noche y te marchas.

Su pecho sube y baja, y puedo ver la guerra que se libra en sus ojos.

No confía en mí.

No debería.

Pero también es lo bastante inteligente como para saber que esta es la mejor oferta que va a recibir.

Extiendo la mano y le ahueco la mandíbula, mi pulgar rozando su pómulo, y la siento respingar.

Pero no se aparta.

Se queda ahí, congelada, y me permito imaginar cómo sería besarla ahora mismo.

Reclamar su boca, sentir sus labios separarse bajo los míos, saborearla.

Hay fuego en sus ojos, pero no estoy seguro de poder doblegarlo a mi voluntad.

Pero joder si no quiero intentarlo.

9

KATYA

Mi espalda se aprieta contra la pared, con su cuerpo formando una jaula a mi alrededor.

Puedo sentir cada una de sus respiraciones, el calor que irradia.

El pulso me martillea en la garganta.

Esto es una locura.

Este es el hombre que me encerró durante una semana.

El hombre que me trajo aquí a punta de pistola.

El hombre que podría romperme el cuello sin inmutarse.

Y lo deseo.

Joder, cómo lo deseo.

El cuerpo me palpita, el vientre es un charco de lava ardiente y él está insinuando que me desea con la misma intensidad.

Pero ¿cómo voy a usar mi cuerpo como moneda de cambio?

Se equivoca: nunca antes me he follado a un hombre a cambio de información.

Pero no es que no haya tenido sexo nunca.

Solo que no a cambio de favores o «recompensas», como a él le gusta llamarlo.

Su mano me ahueca la mandíbula y su pulgar me roza la comisura de la boca.

—No me has respondido, Katya.

Trago saliva con dificultad.

Mi mente da vueltas, analizando cada ángulo, cada vía de escape que he aprendido.

Es un solo trabajo.

Es todo lo que pide.

Un trabajo y quedaré libre.

Se acabaron las habitaciones cerradas.

Se acabaron las amenazas.

Volveré a las calles, a la vida que conozco, a la libertad.

Lo único que tengo que hacer es follármelo primero.

—Yo… —se me quiebra la voz.

Me aclaro la garganta y lo intento de nuevo—. ¿Hablas en serio? Un trabajo y me dejas marchar.

—No hago promesas que no pueda cumplir.

Sus ojos son tan oscuros que casi parecen negros, con las pupilas dilatadas en la penumbra de la habitación.

—Acuéstate conmigo. Ayúdame a terminar esto. Luego, sales por esa puerta y no volveré a tocarte jamás.

Echa las caderas hacia delante y siento lo duro que está contra mi muslo.

Una sacudida me recorre el cuerpo y hace que me fallen las piernas.

La boca se me seca.

Este hombre es peligroso.

Es brutal y frío, y todo aquello de lo que mi madre me enseñó a huir.

Pero a mi cuerpo no le importa nada de eso.

Mi cuerpo solo conoce la sensación de su mano sobre mi piel, el tono áspero de su voz, la forma en que me mira ahora, como si yo fuera lo único en el mundo capaz de ponerle dura la polla.

—¿Y si digo que no? —pregunto, odiando lo entrecortada que suena mi voz.

Siempre hay otra alternativa, una forma de conseguir lo que quieres cuando no te gustan las primeras condiciones.

Así es como consigo lo que quiero: negociando.

Aprendí a hacerlo cuando solo tenía siete años y mi madre quería que me acostara a mi hora.

Buscaba otras opciones y presionaba sutilmente hasta que conseguía lo que quería.

Esto no es diferente.

Es por esa misma habilidad por la que él me quiere.

—Entonces, dormirás en la cama de invitados.

Su pulgar se desliza por mi labio inferior, curvándolo ligeramente hacia abajo antes de soltarlo.

—Y mañana encontraremos otra forma de que seas útil.

Su caricia es tan suave que casi pensaría que su cuerpo no está unido a la misma mente violenta que he visto controlar a sus hombres.

¿Otra forma?

No quiero ni pensar en lo que eso significa.

¿Qué otras formas podría encontrar de hacerme útil?

¿Y cuántas veces encontrarían sus hombres formas de «usarme» también?

Es aterrador.

Su otra mano se desliza por mi costado, con los dedos extendidos sobre mis costillas.

Todavía llevo su camisa; la tela es fina y demasiado grande, y se me cae por un hombro.

Apenas me está tocando y ya tengo la piel en llamas.

—Piensas demasiado —murmura, inclinándose más cerca.

Su aliento me roza la mejilla, la mandíbula.

—Puedo ver todos esos pensamientos corriendo por tu cabeza. Intentando encontrar el truco. Buscando el engaño.

—Siempre hay un engaño —consigo decir.

—Esta vez no. —Su nariz me roza la sien.

—Esta vez es muy simple. Tú me das lo que quiero. Yo te doy lo que quieres. Sin juegos.

Tengo las manos planas contra la pared detrás de mí, congeladas, cada nervio encendido, cada músculo tenso.

Las pulsaciones de corriente eléctrica que fluyen justo bajo mi piel al contacto de su mano son eróticas.

En mi vida me he sentido tan excitada.

Podría soplarme en el clítoris y me correría en su puta cara.

Desde que me acorraló contra la pared en su despacho el otro día, he tenido este dolor sordo creciendo en mi bajo vientre, y joder si no quiero simplemente decir que sí.

Solo es sexo, ¿no?

Y luego, la libertad…

Su mano se desliza más abajo, rozando mi cadera.

La camisa se sube y sus dedos encuentran la piel desnuda.

Sueto un jadeo antes de poder evitarlo.

—¿Sientes eso? —Su voz se vuelve más grave.

—Tu cuerpo ya sabe la respuesta. Solo eres demasiado terca para admitirlo.

Odio que tenga razón.

Odio cómo se me acelera el pulso cuando me toca.

Odio el calor que se acumula en mi bajo vientre, la forma en que mis muslos se aprietan involuntariamente.

Odio que este hombre —este hombre violento y controlador— pueda hacerme sentir algo en absoluto.

Pero lo siento.

Y él lo sabe.

—Di que sí, Katya.

Sus labios me rozan la oreja, enviando un escalofrío por mi espalda.

—Di que sí y haré que olvides todas las razones por las que viniste a Moscú. Haré que olvides tu propio nombre.

Se me entrecorta la respiración.

Su mano se mueve de nuevo, deslizándose hacia la parte baja de mi espalda, atrayéndome más cerca.

La presión de su erección contra mi muslo es insoportable ahora.

Mi cuerpo se arquea hacia él sin permiso, traicionándome por completo.

—Eres preciosa —dice, con la voz más suave ahora, casi reverente.

—Eres feroz y salvaje, y te he deseado desde el momento en que te pillé en esa cuadra intentando robarme el caballo.

Sus palabras se clavan en mi pecho, se envuelven alrededor de mis costillas y aprietan.

Me encuentro echando la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados mientras las sensaciones de excitación me consumen.

Se me hace la boca agua; el coño probablemente me está chorreando como las putas cataratas de Kivach.

—No tienes que tenerme miedo —continúa.

Su mano sube por mi nuca y sus dedos se enredan en mi pelo formando un puño apretado, inclinando mi cabeza hacia atrás para que no tenga más remedio que mirarlo a los ojos.

—Te atesoraré como al diamante Hope, te devoraré como a un festín de Novy Dod y, lo más importante, adoraré tu cuerpo como si fueras la reencarnación de la Gran Madre.

Su aliento es tan caliente contra mi piel que me estoy derritiendo.

Le escudriño el rostro, buscando la mentira.

Pero no hay nada más que pura necesidad y un deseo más oscuro bajo sus párpados entornados.

Echa las caderas hacia delante de nuevo y las rodillas casi se me doblan.

Se me escapa un sonido —mitad jadeo, mitad gemido— y sus ojos arden.

—Ahí está —susurra.

—Ahí está la verdad.

Ya no puedo pensar.

No puedo planear, ni conspirar, ni calcular mis posibilidades.

Todo lo que puedo hacer es sentir.

Sus manos en mi cuerpo.

Su aliento en mi piel.

El calor entre nosotros parece lo bastante peligroso como para quemar.

Se inclina, con su boca suspendida sobre la mía.

Todavía no es un beso.

Sigue esperándome.

No sé qué me posee.

Quizá es la semana en el guadarnés lo que me ha roto.

Quizá es el agotamiento, el miedo, el retorcido alivio de estar limpia, alimentada y a salvo por primera vez en días.

Quizá es la forma en que me está mirando ahora: no como a una prisionera o una herramienta, sino como a una mujer a la que realmente desea.

O quizá, simplemente, estoy cansada de huir.

Acorto la distancia.

Mis labios encuentran los suyos suavemente, poniendo a prueba el contacto tentativamente para ver si la chispa está ahí, y joder, vaya si está.

Se queda quieto durante una fracción de segundo.

Luego, su mano se cierra en mi pelo y me devuelve el beso; nada que ver con el suave roce que yo le di.

Me devora, separando mis labios de forma agresiva, explorando mi boca mientras su cuerpo me inmoviliza contra la pared.

Cuando finalmente se aparta, sus ojos están en llamas.

—¿Es esa tu manera de decir que sí? —Su voz está apenas contenida.

No puedo hablar.

El corazón me late con demasiada fuerza, mis pensamientos están dispersos. Así que asiento.

No se mueve ni un instante, solo me sujeta el pelo con fuerza, con sus ojos fijos en los míos.

—Dilo —murmura—. Di que sí.

—Sí —susurro, con la voz temblorosa.

Algo en su expresión se quiebra.

Su boca se estampa contra la mía de nuevo, esta vez con más fuerza, mientras sus manos me quitan la camiseta por la cabeza y la tiran a un lado.

El aire frío me golpea la piel desnuda y me estremezco.

Me ahueca los pechos con las manos y rodea mis pezones con los pulgares hasta que se convierten en picos duros, luego se inclina para llevarse uno a la boca.

Un sonido ronco se me escapa, mitad gemido, mitad súplica.

Mis dedos se aferran a sus hombros, clavándose en el músculo mientras él succiona y muerde.

El calor se acumula en mi vientre y se extiende hacia fuera hasta que tiemblo por su causa.

Murmura algo obsceno en ruso contra mi piel y desliza una mano entre mis muslos, por debajo del elástico de sus bóxeres, que me quedan demasiado grandes en las caderas.

Sus dedos me encuentran, deslizándose por la humedad, provocándome antes de introducirse.

Se me corta la respiración y un sonido ahogado sale de mi garganta mientras los mueve con caricias lentas y profundas, curvándolos lo justo para que mis caderas se aplasten contra la pared, con la dura superficie fría contra mi espalda mientras me sujeta allí.

Su boca no abandona mi piel en ningún momento: recorre con besos desde mi pecho hasta mi clavícula, subiendo por la curva de mi cuello, hasta que sus labios me rozan la oreja.

—Ya estás mojada —gruñe—. Tu coño prácticamente me está suplicando por esto, ¿no es así, Katya?

No puedo responder.

Lo único que puedo hacer es suspirar su nombre mientras introduce otro dedo en mí y su pulgar encuentra ese punto sensible que hace que la habitación desaparezca.

El sonido —sus dedos, mi respiración, su gruñido cuando me contraigo a su alrededor— llena el aire.

Me trabaja como si conociera cada parte de mí, y quizá sea así.

Sus dientes se clavan en mi hombro mientras mueve los dedos más rápido, más fuerte, hasta que todo mi cuerpo se pone rígido.

—Córrete para mí —susurra, con las palabras entrecortadas por su respiración.

—Justo aquí, en mi mano.

Me golpea rápido, robándome el aire de los pulmones.

Mi espalda se arquea separándose de la pared, todo mi cuerpo tiembla alrededor de su muñeca mientras las olas me atraviesan.

Mantiene los dedos enterrados en mi interior, introduciéndolos con caricias rítmicas y superficiales que me hacen gritar de nuevo, hasta que mis muslos tiemblan y mi visión se vuelve borrosa.

El pulso entre mis piernas se intensifica, latiendo con más fuerza cada vez que se mueve, hasta que tiemblo sin control, con la cabeza cayendo hacia atrás contra la pared con un suave golpe.

Él lo observa todo, con la respiración entrecortada y la mandíbula apretada por la contención.

Incluso mientras jadeo y me agarro a sus brazos, suplicando en silencio piedad, no se detiene hasta que el último temblor me abandona y quedo agotada y temblorosa.

Solo entonces Dimitri saca los dedos y los arrastra contra mi hinchada y dolorida intimidad antes de apartarse.

Me mira desde arriba: su pecho sube y baja, sus ojos oscuros de hambre y algo cercano a la reverencia.

Se lleva los dedos a la boca y me saborea, con los ojos fijos en los míos.

—Podría vivir de esto —dice con voz oscura y hambrienta.

Antes de que pueda responder, se coloca entre mis piernas, bajando hasta que su boca reemplaza su mano.

Su lengua se desliza por mi interior, lenta al principio, luego más rápida, más áspera, hasta que le agarro el pelo y grito de nuevo.

Gime contra mí, la vibración me hace retorcerme.

Su lengua es magia, dibuja círculos alrededor de mi clítoris hasta que no puedo distinguir dónde empieza o acaba el placer.

Cada lametón es más lento, más profundo, más absorbente; su boca se sella sobre mí, succionando hasta que mis rodillas amenazan con ceder.

El sonido de su aliento contra mi piel, el calor de su lengua deslizándose por mi interior una y otra vez… es demasiado, demasiado perfecto, y me estoy rompiendo con ello, cada nervio vivo.

Cuando empiezo a temblar, él levanta la vista, con la boca húmeda y los ojos desbocados.

—Vas a correrte otra vez —dice—. Y luego te follaré hasta que no puedas ni andar.

Y entonces su lengua vuelve a mí, implacable, sus manos me mantienen los muslos separados mientras me deshago de nuevo.

El clímax me desgarra, más agudo esta vez, más profundo, arrancando un grito de un lugar que no sabía que existía.

Mis músculos se contraen en el vacío, temblando con tanta fuerza que se me nubla la vista.

Me mantiene ahí, su lengua arrastrando caricias lentas y codiciosas hasta que los pulsos se convierten en réplicas y tiemblo contra la pared.

Aún siento el pulso acelerado bajo su boca cuando finalmente se aparta, su aliento cálido contra el calor húmedo que ha dejado atrás.

Dimitri se levanta, su pecho rozando el mío, el aire entre nosotros caliente y cargado.

Sus manos se deslizan por mis muslos, los dedos se curvan en mis caderas mientras se acerca más, la dura longitud de su miembro rozando mi vientre a través de sus pantalones.

Puedo sentir lo mucho que tiembla, la tensión de contenerse.

Me sujeta la barbilla entre los dedos y me obliga a mirarlo.

—He pensado en esto desde la noche en que te conocí —gruñe—, y voy a disfrutar de tu dulce coño cada segundo que me lo des. ¿Quién sabe? Quizá lo quieras por segunda vez.

Se desabrocha los pantalones con una mano y se la saca.

Es gruesa y pesada, la punta se desliza contra mi piel húmeda mientras me encuentra.

El contacto hace que mis rodillas flaqueen.

Me estabiliza con una mano en la cadera, con los ojos fijos en los míos.

—Dime si te hago daño —dice, aunque su tono deja claro que ya sabe que no lo hará.

Entonces empuja hacia dentro, lento pero constante, estirándome centímetro a centímetro.

Se me corta la respiración.

La presión es aguda, luego se funde en calor.

Me agarro a sus hombros, clavándole las uñas mientras se hunde más profundo hasta que está enterrado hasta la empuñadura.

Gime, y el sonido vibra a través de los dos.

—Joder, Katya… siento como si estuvieras hecha para mí.

De repente siento una desesperación por tener su piel contra la mía, su pecho desnudo a mi alcance, así que araño sus botones, desabrochándolos febrilmente mientras él empieza a moverse.

La primera embestida es cautelosa, luego otra, más profunda.

El escozor se desvanece, reemplazado por algo abrumador.

Mi cabeza se inclina hacia atrás contra la pared mientras él se mueve más rápido, sus caderas se disparan hacia delante, el sonido de la piel chocando contra la piel resuena en la cocina.

Cada embestida me arranca un nuevo sonido: mitad grito, mitad súplica.

Su camisa se abre, el pecho aplastando mis tetas, pero el calor es exquisito.

Dimitri es exquisito.

Estoy en el cielo siendo follada por el Diablo.

Apoya un brazo junto a mi cabeza, el otro agarrando mi muslo para mantenerme abierta para él.

—Mírame —gruñe, con la respiración entrecortada.

—Quiero verte correrte en mí. Quiero verte perder el control.

La fricción se intensifica rápido, enroscándose velozmente.

Puedo sentirlo en todas partes: dentro, alrededor, bajo mi piel.

Mis gemidos se convierten en gimoteos entrecortados.

Embesta contra mí una vez, dos, luego frena, rozándose contra mí hasta que jadeo: —Sí, Dimitri…

—Eso es —susurra él, con la voz destrozada.

—Rézame. Dime lo que quieres.

—Voy a… —El clímax me desgarra antes de que pueda respirar, mi cuerpo se contrae a su alrededor mientras un calor blanco inunda cada nervio.

Embesta a través de cada espasmo y confusión, persiguiendo su propia liberación, murmurando maldiciones en ruso que se desdibujan en mi piel.

Se entierra profundamente y me mantiene ahí, gimiendo mi nombre mientras se corre, su pulso latiendo contra el mío.

Siento el latido de su polla, el chorro de calor húmedo dentro de mí mientras mi cuerpo se aprieta en su miembro.

Cada terminación nerviosa está viva de placer.

Siento cada espasmo recorrerlo, la pesada explosión de su liberación golpeándome.

Se le corta la respiración, un sonido ronco que se rompe en un gruñido intimidante mientras embiste de nuevo, hundiéndose tan profundo como puede.

El calor nos inunda, extendiéndose por mi interior, mi cuerpo se contrae con fuerza a su alrededor.

Sigue moviéndose con pequeños e inestables giros de cadera, extrayendo hasta la última gota hasta que sus músculos finalmente ceden.

Permanecemos unidos, ambos temblando, hasta que su frente descansa en mi hombro y su respiración se ralentiza, sus manos todavía agarrándome como si soltarme pudiera deshacerlo todo.

Siento las piernas como si no tuvieran huesos.

Mi mente está en blanco, incluso cuando su boca vuelve a cubrir la mía y reclama otro beso abrasador.

Se lo devuelvo con el mismo calor y deseo, y entonces él se aparta.

En el instante en que su polla me abandona, siento el dolor de echarlo de menos, seguido por el calor de su semen deslizándose por mi muslo.

Se queda a mi lado, apartándome un mechón de pelo de la cara.

—Mi cama está disponible si quieres más de esto —dice despreocupadamente, como si no acabáramos de destrozarnos mutuamente.

—Pero eres libre de dormir en la cama de invitados si lo prefieres.

Lo miro fijamente, incapaz de articular palabra.

Es como si me hubiera arrancado las ganas de huir de un tirón.

Él retrocede, metiéndose de nuevo la polla todavía dura y empapada en los pantalones y subiéndose la cremallera.

Me quedo ahí, sintiéndome avergonzada y sorprendida por lo increíble que ha sido.

Pero él se arregla la camisa con una sonrisa de suficiencia y una mirada de satisfacción.

Tiemblo mientras recojo los bóxeres y la camiseta, y mis bragas, que bien podrían tirarse a la basura.

Están demasiado mojadas para ser útiles y no sé dónde tiene la lavadora.

—La habitación de invitados está al fondo del pasillo —dice, señalando hacia el corredor a oscuras.

—La segunda puerta a la derecha. Hay sábanas limpias. Toallas en el baño.

Asiento, aturdida.

Me observa por un momento, luego se da la vuelta y camina hacia su dormitorio sin decir una palabra más.

La puerta se cierra tras él.

Me quedo sola en la cocina, con el cuerpo todavía vibrando y la mente dando vueltas.

¿Qué he hecho? ¿Y qué pensaría mi madre de mí?

He hecho un pacto con el diablo. Y ahora tengo que cumplirlo.

10

DIMITRI

Me despierto antes del amanecer.

La cama a mi lado está vacía, lo que me dice todo lo que necesito saber.

Katya ha elegido el cuarto de invitados.

Probablemente sea la decisión más inteligente.

Si se hubiera metido en la cama conmigo, la habría cogido una y otra vez, y eso complicaría las cosas.

Esta mañana, la misión vuelve a ser mi prioridad, que es donde debe estar.

Tengo que localizar al hombre que ha puesto precio a mi cabeza dentro del clan Radich, y Katya va a ayudarme.

Me ducho rápidamente y me visto con la misma ropa que llevo al circuito todos los días: vaqueros oscuros, botas y una camiseta lisa que no llame la atención.

Cuando entro en la cocina, ella ya está despierta, sentada a la mesa con las rodillas pegadas al pecho.

Todavía lleva mi camiseta y mis bóxeres.

Tiene el pelo enmarañado de haber dormido, el rostro pálido.

No me mira cuando entro.

Su mirada permanece fija en el bol de cereales que tiene delante, a medio comer y ya ablandándose.

—Vístete —le digo, sabiendo que solo tiene la misma ropa sucia que se quitó ayer.

Tendré que comprarle algunas cosas en algún momento—. Tenemos trabajo que hacer.

Sus ojos se alzan, recelosos. —¿Qué trabajo?

—El que aceptaste hacer.

Sirvo café en dos tazas y le pongo una delante.

—Ahora eres mía. Eso significa que haces lo que yo diga, cuando yo lo diga, hasta que este trabajo termine, momento en el que volverás a ser tuya.

Me siento frente a ella, recostándome en la silla.

—Tú quieres tu libertad. Yo quiero información. Ambos conseguiremos lo que necesitamos si sigues mis instrucciones.

Aprieta la mandíbula, pero no discute.

Bien.

Está aprendiendo.

Me bebo el café de dos largos tragos y me levanto.

—Espérame en la puerta en diez minutos.

Asiente, todavía sin mirarme a los ojos mientras da el primer sorbo a su café solo y suspira levemente.

Voy al dormitorio y saco el colgante del cajón de la mesilla de noche.

El chip de rastreo que metí dentro no es más grande que un grano de arroz, incrustado en el metal con tal limpieza que, incluso bajo una inspección minuciosa, pasaría desapercibido.

Lo probé yo mismo antes de instalarlo.

La señal alcanza hasta cinco kilómetros y se conecta directamente a una aplicación en mi móvil.

Nunca estará más que a tiro de piedra de mí.

Cuando sale del cuarto de invitados, vestida de nuevo con su propia ropa, le tiendo el colgante.

Sus ojos se abren de par en par mientras abre la palma de la mano y yo se lo dejo caer encima.

—Pensaba que te lo quedabas.

—Anoche conseguí algo mejor... Y ya te sabes las reglas.

Le guiño un ojo y me arreglo el cuello mientras el calor le sube a las mejillas.

Se abrocha la cadena alrededor del cuello y yo me dirijo a la puerta sin volver a decirle que me siga.

El trayecto en coche hasta el circuito es silencioso.

Ella mira por la ventanilla todo el camino con las manos cruzadas en el regazo.

Yo me concentro en la carretera, repasando el plan en mi mente.

Hay detalles que pulir, imprevistos que tener en cuenta.

No está entrenada, es impredecible, y su instinto será huir en cuanto vea una oportunidad.

Tengo que asegurarme de que no tenga esa oportunidad.

Cuando llegamos, el circuito aún está vacío.

El equipo de la mañana no llegará hasta dentro de una hora.

Aparco cerca de la oficina de entrenamiento y la hago entrar.

—Siéntate —le digo, señalando la silla frente a mi escritorio.

Se sienta, con la postura tensa y los ojos en la puerta como si ya estuviera planeando su huida.

Me apoyo en el escritorio, con los brazos cruzados.

—¿Sabes quién es la familia Radich?

Niega con la cabeza, y me doy cuenta de que tengo mucho trabajo por delante.

Saber sobre el crimen organizado y conocer bien los métodos de una organización concreta son dos cosas diferentes.

—Son nuestros rivales. Matones, contrabandistas, extorsionadores. Operan desde las afueras y se han estado expandiendo por Moscú durante los últimos cinco años. Mi familia los tolera porque una guerra abierta es cara, pero tolerancia no significa confianza.

Hago una pausa, observando su rostro.

Está escuchando, pero su atención está dividida.

La necesito concentrada.

—Hace nueve meses, me avisaron de que esperara represalias. Maté a uno de sus hombres hace años, y su hermano no lo ha olvidado. Desde entonces, me han estado siguiendo. Vigilando mis rutinas. Esperando el momento adecuado para atacar.

Entorna los ojos.

—Y quieres que me acerque a ellos.

—Sí.

Me aparto del escritorio y camino hacia la ventana.

—Pero no puedes acercarte a ellos directamente. Se darían cuenta del engaño de inmediato. Necesitas una razón para dejarte llevar. Una razón que se crean.

—¿Qué razón?

—Ahora eres mi mensajera. Llevas mensajes, entregas pagos, asistes a reuniones cuando necesito un par de ojos extra. Pero también eres una bocazas. Indisciplinada. Tienes la costumbre de hacer apuestas que no puedes permitirte perder, y no tienes miedo de replicar cuando crees que no hay nadie importante escuchando.

Ella parpadea.

—Quieres que me haga la tonta.

La expresión con la que me mira es un insulto.

Siente que el trabajo que le he encomendado es degradante.

—Quiero que actúes de forma creíble.

Me vuelvo para mirarla.

—Los Radich no se fiarán de alguien que sea demasiado pulcro, demasiado cuidadoso. Quieren gente desesperada e imprudente. Gente a la que puedan explotar.

Se recuesta en la silla, ahora con los brazos cruzados.

—¿Y qué pasa cuando intenten explotarme?

—Les dejas. Hasta cierto punto.

Me acerco más, de pie sobre ella.

—Les das pequeños trozos de información: entregas que no importan, reuniones que ya han tenido lugar, nombres de gente que ya no trabaja aquí. Lo suficiente para que piensen que eres útil. Lo suficiente para que quieran más.

—¿Y entonces seré libre...?

Hoy está nerviosa.

Estoy empezando a dudar de si puedo confiar en ella, pero no tengo otra opción.

No voy a sacar a alguien de la calle sin más.

La forma en que todo ha sucedido tan perfectamente, es como si el destino me la hubiera entregado.

O es ella, o no puedo hacer esto.

—Sí.

Exhala lentamente, y sus hombros se hunden.

—Bien. Dime lo que necesito saber.

Paso las siguientes tres horas instruyéndola.

Ella se sienta en el escritorio mientras yo camino de un lado a otro, soltando detalles que necesita memorizar.

Los mensajeros de Radich usan bolsas de lona negras sin logotipos, siempre llegan en parejas.

Su contable es un hombre llamado Varlam que fuma cigarrillos sin filtro y nunca lleva móvil.

Sus matones callejeros llevan cordones rojos como identificación, y se espera que sus mensajeros usen jerga codificada al hacer apuestas.

Ella lo absorbe todo sin quejarse, aunque puedo ver la tensión en sus ojos.

Se frota las sienes.

—Esto es una locura.

Dejo de caminar y me planto frente a ella.

—Necesitas entender en qué te estás metiendo. Esos hombres no perdonan. No dan segundas oportunidades. Si metes la pata, si entras en pánico, si dices lo que no debes en el momento equivocado, te enterrarán en una zanja a las afueras de la ciudad y nadie encontrará nunca tu cuerpo.

Su rostro palidece, pero no aparta la mirada.

—No dejaré que eso ocurra —añado, agachándome frente a ella con las manos en los reposabrazos de la silla en la que está—. Pero tienes que confiar en mí. Tienes que seguir el plan.

Traga saliva.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

Saco un papel doblado del bolsillo y lo extiendo sobre el escritorio.

Es un mapa aproximado del circuito y las manzanas circundantes, marcado con círculos rojos y azules.

—El rojo es donde se ha visto a los Radich en las últimas dos semanas. El azul es donde sus mensajeros hacen las recogidas. Rotan cada tres días, pero el patrón es consistente.

Doy un golpecito en el marcador de la puerta sur.

—Aquí es donde empezarás. El jueves por la tarde. Estarás allí para cobrar un pago de uno de nuestros clientes habituales, un hombre que siempre paga tarde. El clan Radich vigila esa puerta porque es la menos vigilada. Si te ven allí sola, llevando dinero, se acercarán.

—¿Y entonces qué?

—Te haces la tonta. Actúas con nerviosismo. Les dices que trabajas para mí, pero que no eres leal. Mencionas que tienes deudas. Les dejas pensar que eres vulnerable, pero les vendes la historia a fondo.

Niega con la cabeza y se pasa una mano por el pelo.

—Se darán cuenta del engaño.

—No lo harán.

Me enderezo, cruzando los brazos.

—Voy a darte una tapadera que no pueda ser cuestionada.

La miro a los ojos, sin vacilar.

—Esto no es opcional. Si quieres sobrevivir, desempeñarás el papel que te doy.

Exhala lentamente, sus hombros desplomándose.

—¿De verdad crees que esto funcionará?

La Katya Volsky que conocí la semana pasada era desafiante y testaruda.

Esta mujer que me mira desde su silla parece intimidada y asustada.

Quizá follármela de verdad estropeó las cosas.

O quizá se pone así antes de cada gran golpe.

No lo sé.

—Sé que funcionará.

Doblo el mapa y me lo guardo de nuevo en el bolsillo.

—Pero solo si te comprometes. Sin dudas ni titubeos. Haces exactamente lo que te digo, cuando te lo digo, y no te desvías.

Asiente, aunque la tensión en su cuerpo no disminuye.

—Bien.

Miro mi reloj.

—El equipo llegará pronto. Hoy no te separes de mí. Observa cómo me muevo, con quién hablo, cómo manejo los problemas. No hablas

a menos que yo te lo diga. No haces preguntas delante de nadie más. ¿Entendido?

—Entendido.

Se le entrecorta la respiración, pero asiente.

—Bien.

La suelto y doy un paso atrás.

—Ahora tenemos que empezar. Hay más trabajo que hacer.

El plan está en marcha, cada detalle previsto, cada contingencia trazada.

Y yo no fallo.

Así que espero que mi elección de compañera para esta misión sea buena.

Si no, Katya podría encontrarse en una posición muy peligrosa y todo este trabajo de entrenarla será para nada.

Odiaría que eso sucediera, especialmente con lo dócil que es bajo mi tacto, pero si fracasamos, será su cabeza o la mía.

Y no será la mía.

11

KATYA

El mercado de Mytishchi está abarrotado a mediodía, los cuerpos se apretujan entre puestos que venden de todo, desde cigarrillos de contrabando hasta aparatos electrónicos robados.

Mantengo la cabeza gacha y las manos en los bolsillos mientras me abro paso entre la multitud, siguiendo al hombre que Dimitri me ha descrito.

Alto, de hombros estrechos, una chaqueta marrón con un parche en el codo izquierdo.

Lleva una bandolera cruzada sobre el pecho y se mueve con naturalidad, lo que sugiere que no tiene ni idea de que lo estoy siguiendo.

Lo localizo cerca de un puesto de verduras, regateando por una bolsa de patatas, y calculo el momento de mi acercamiento.

No es que sea la primera vez que hago de carterista, pero, por alguna razón, esta vez tengo los nervios a flor de piel.

Me sudan las palmas de las manos, el corazón se me acelera y, cuando se gira para marcharse, choco contra él con la fuerza

suficiente para hacerlo tropezar.

Probablemente ha sido un poco exagerado, pero tengo que apañármelas con eso.

—Cuidado —espeta, mientras recupera el equilibrio.

—Lo siento, Dios, lo siento mucho —mascullo, apartándome y bajando la mirada al suelo.

La vergüenza fingida surte efecto.

No me dedica una segunda mirada y contengo el aliento, aliviada.

El hombre se ajusta la bandolera y yo deslizo la mano en su bolsillo, notando el móvil con la punta de dos dedos.

Lo levanto mientras él camina, y el móvil se desliza fuera de su abrigo, firmemente sujeto entre mis dedos.

Pero la minicelebración y la descarga de endorfinas son secundarias a mi tarea.

Echo un vistazo a la multitud que sigue pasando a mi lado mientras me pongo en marcha.

Sesenta segundos.

Es todo lo que necesito.

Me dirijo al borde del mercado, donde el técnico de Dimitri espera en una furgoneta aparcada, y doy dos golpes en la puerta lateral.

Mi cuerpo sigue preparado para correr si es necesario cuando la puerta se abre.

Un chico joven con gafas y un portátil sobre las rodillas me hace un gesto para que se lo entregue, así que le paso el móvil y él lo conecta a un cable, con los dedos volando sobre el teclado.

—Cuarenta y cinco segundos —dice sin levantar la vista.

No hace falta que me lo recuerde.

Si ese capullo se entera de que le he robado el móvil, estoy muerta.

Todo esto no habrá servido de nada.

Observo a la multitud mientras mi pulso se acelera y el técnico trabaja.

El mensajero todavía es visible, moviéndose lentamente entre los puestos, y sé que tengo tiempo.

Pero ni siquiera respirar hondo me ayuda a calmarme.

Puede que lo haya hecho antes, pero nunca con un hombre tan peligroso.

Dimitri está loco por pedirme que participe en una de sus jugadas de este calibre y esperar que no falle.

El técnico trabaja rápido, copiando datos, sacando registros de llamadas, y cuando desenchufa el móvil y me lo devuelve, ya estoy en movimiento, abriéndome paso de nuevo por el mercado, siguiendo la chaqueta marrón del mensajero, y lo encuentro cerca de un puesto de pescado.

Se está metiendo la mano en el bolsillo, palpándose, y veo el momento en que se da cuenta de que el móvil ha desaparecido.

Se le tensa el rostro y se da la vuelta, escudriñando a la multitud con los ojos muy abiertos.

Me acerco a él, tendiéndole el móvil.

—Disculpe. Creo que se le ha caído esto.

Todavía tengo la mano tan sudada que juro que se me va a caer el maldito aparato, pero consigo mantenerlo sujeto y el rostro sereno.

Me mira a mí, luego al móvil, y me lo arrebata de la mano.

—¿Dónde lo ha encontrado?

—Junto a las patatas, donde me he chocado con usted. Estaba en el suelo.

Con un movimiento de cejas, una inclinación de cabeza, le doy la impresión de que soy inocente y que solo intento ayudar.

Pero bajo la superficie, mi pulso martillea y creo que voy a vomitar.

Comprueba la pantalla, desplazándose rápidamente por ella, y luego se lo vuelve a meter en el bolsillo.

—Gracias.

Asiento y me alejo, manteniendo un paso tranquilo.

Para cuando llego al borde del mercado, ya se ha olvidado de mí.

Todo ha durado menos de cinco minutos y salgo de allí antes de que nadie pueda relacionarme con el robo.

Cuando vuelvo a la furgoneta, el técnico está sonriendo.

—Un trabajo limpio, Katya. Dimitri no bromeaba. Eres buena.

No respondo.

Me subo al asiento del copiloto y me abrocho el cinturón mientras la furgoneta se aleja del bordillo, de vuelta a casa de Dimitri.

Siento cómo el ligero subidón de adrenalina se desvanece mientras conducimos, pero sé que esta no será la última tarea antes de que me deje ir.

Eso sería demasiado fácil para él.

Soy demasiado buena en lo que hago como para que me deje marchar hasta que termine su trabajo de localizar a este hombre.

Apoyando la cabeza en el reposacabezas, cierro los ojos y respiro hondo varias veces mientras el técnico conduce.

Los acontecimientos de las últimas semanas están todos revueltos y borrosos.

Me llevo la mano al pecho para agarrar el colgante que me dio mi madre.

Cuando empecé a timar, lo hacía para conseguir suficiente dinero para comprar algo de comida o pagar una noche en un albergue barato.

Ahora estoy ayudando a una organización criminal a eliminar a sus enemigos y arriesgando mi vida.

No parece correcto, pero no tengo elección.

Cuando llegamos al apartamento de Dimitri, es media tarde.

El técnico me deja y se marcha, dejándome de pie en la esquina de la calle.

Podría intentar huir, pero sé que me encontrarían.

Esto no acabará hasta que termine lo que prometí hacer y, después de eso, puede que todavía tenga que luchar para salir de aquí.

Dimitri está esperando dentro, apoyado en la encimera de la cocina con los brazos cruzados.

Levanta la vista cuando entro y su mirada me recorre de la cabeza a los pies.

—¿Algún problema? —pregunta.

—Ninguno —mascullo, y no menciono lo nerviosa que me he puesto esta vez.

No le importaría si mi corazón explotara literalmente durante un trabajo y muriera.

No soy más que un activo para él.

Este mundo es un lugar cruel, y él es un capataz cruel.

Asiente y me hace un gesto para que me siente.

Me dejo caer en una de las sillas de la cocina, y él se acerca a la encimera, sirviendo dos tazas de café.

Pone una delante de mí y se echa hacia atrás, observándome.

—¿Han copiado el teléfono? —pregunto.

—Lo han hecho. Patrones de llamadas, contactos, registros de mensajes. Todo.

Saca su propio móvil y se desplaza por él, luego gira la pantalla hacia mí.

—La mayoría de las llamadas son a miembros conocidos del equipo de Radich. Muchas de ellas se agrupan en torno a un local de juego en la zona este. Es un pequeño salón de cartas, partidas privadas, grandes apuestas.

Estudio la pantalla, observando la frecuencia y la hora.

—¿Lo están usando de tapadera?

—Quizá. O están blanqueando dinero a través de él. En cualquier caso, es donde su gente pasa el tiempo. Lo que significa que es adonde vas a ir ahora.

Dejo la taza después de un largo sorbo y me recuesto en la silla.

—¿Cuál es el plan?

Le pregunto, porque eso es lo que está a punto de decirme.

Me dará sus órdenes y se esperará que yo las cumpla y actúe como una marioneta.

Mejor saber ya qué tendré que hacer.

Cuanto antes termine con esto, antes podré irme de Moscú y volver a casa para intentar reparar la rota relación con mi madre.

—Entrarás haciéndote pasar por una jugadora. Recuerda, necesitas dinero rápido para cubrir tus deudas conmigo; esa es tu tapadera. Pierdes unas cuantas manos, te haces visible y dejas que sus ojeadores se te acerquen. Siempre están buscando a gente que debe dinero, gente que puedan utilizar.

—¿Y después?

—Entonces dejas que te recluten. Haces el papel de víctima desesperada, alguien dispuesto a hacer favores por dinero. Una vez que estés en su red, te acercas a la gente que dirige la operación. Y, al final, me consigues el nombre que necesito.

Me cruzo de brazos, mirando la mesa.

—No se me da bien el póquer.

—No necesitas que se te dé bien. Necesitas perder de forma convincente. Hacerles pensar que la situación te viene grande, que estás desesperada. Ese es el anzuelo.

—¿Y si se dan cuenta del engaño?

—No lo harán. Ya has demostrado que sabes manejarte. El trabajo del mercado ha sido limpio, sin errores. Sabes interpretar un papel.

Deja el móvil y se acerca, apartando la silla de enfrente.

—Pero no estarás sola. Llevarás un micro, estarás vigilada en todo momento. Si algo sale mal, te sacaré de allí.

La idea de llevar un micro, de que él escuche cada palabra que digo, cada respiración que tomo, hace que se me encoja el estómago, pero no discuto.

Esto es lo que he aceptado.

Este es el trabajo.

—¿Cuándo voy? —pregunto.

—Mañana por la noche. Yo lo prepararé.

Asiento y me levanto.

Hay comida en la encimera —pan, queso, embutido—, pero después de eso, se me revuelve el estómago.

Ahora mismo no me interesa comer.

—Voy a mi habitación.

Dimitri no me detiene, ni siquiera con una pizca de protesta.

Solo necesito tumbarme un momento para tomar un respiro, así que camino por el pasillo, pasando por su dormitorio de camino a la habitación de invitados donde me he estado quedando la última semana.

La puerta de su habitación está abierta, y miro dentro sin querer.

La cama está deshecha, las sábanas enredadas, y hay una camisa colgada en el respaldo de una silla.

Es simple, ordinario, pero verlo hace que se me acelere el pulso.

Pienso en cómo me folló, en cómo me empotró contra esa pared, su mano agarrando mi pelo, su voz justo en mi oído.

La forma en que me hizo correrme tan fuerte que apenas podía tenerme en pie después.

He estado anhelando ese subidón desde entonces.

La sensación de ser completamente poseída, completamente controlada, la forma en que me miró después como si le perteneciera.

Me asusta lo mucho que lo deseo de nuevo.

Que incluso ahora, mi centro late y siente el familiar dolor de la excitación.

Sigo mirando la cama cuando oigo pasos detrás de mí.

Me giro, y Dimitri está de pie en el pasillo, con sus ojos clavados en los míos.

Al principio no dice nada.

Camina hacia mí lentamente, y se me corta la respiración.

—¿Ves algo en lo que estés pensando? —pregunta, con voz grave.

No puedo responder.

Tengo la garganta demasiado apretada, y mi cuerpo ya está reaccionando a su proximidad, al calor que irradia, a la forma en que me está mirando.

Se detiene tan cerca que tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para encontrar su mirada.

—Has estado pasando mucho por delante de mi habitación esta semana. Probablemente fantaseando con cómo te hago sentir.

—No he…

—No me mientas.

Extiende la mano y me aparta un mechón de pelo detrás de la oreja, sus dedos deteniéndose en mi mandíbula.

—Lo quieres otra vez. Has estado pensando en ello. ¿A que sí?

Mi cara se sonroja, y odio la facilidad con la que me lee, lo transparente que soy para él.

Retrocedo, poniendo distancia entre nosotros, pero me sigue.

—Has sido una niña buena esta semana —dice, y hay un matiz oscuro en su voz que me revuelve el estómago.

—Haciendo exactamente lo que te digo que hagas. Sin quejas, sin discusiones. Creo que te mereces una recompensa.

—No necesito una recompensa.

—¿No?

Inclina la cabeza, estudiándome. —¿Entonces por qué estás aquí de pie mirando mi cama?

Abro la boca para responder, pero no me salen las palabras.

Está demasiado cerca, es demasiado abrumador, y puedo sentir la atracción entre nosotros.

Hace que el calor se arremoline en la parte inferior de mi cuerpo.

—Podría azotarte —dice, su voz bajando a casi un susurro.

—Doblarte sobre mi rodilla y recordarte exactamente a quién perteneces. ¿Te portarías bien por eso? ¿Serías una niña buena y lo aceptarías?

Las palabras envían una sacudida de calor a través de mi cuerpo para la que no estoy preparada.

Mis muslos se aprietan, y siento mi cara arder de vergüenza y excitación a partes iguales.

La imagen que ha pintado —yo sobre su regazo, su mano cayendo sobre mi culo, el escozor y el placer mezclándose— es demasiado vívida, demasiado visceral, y no puedo apartarla.

Me doy la vuelta y camino rápidamente por el pasillo con piernas temblorosas, y le oigo reír suavemente detrás de mí.

El sonido me sigue hasta la habitación de invitados, y cierro la puerta, apoyándome en ella y presionando las palmas de mis manos contra mis mejillas ardientes.

¿Qué demonios me pasa?

Cruzo hasta la cama y me siento, intentando calmar mi corazón desbocado.

Hace una semana, lo odiaba.

Odiaba todo de esta situación, la forma en que me controlaba, la forma en que me utilizaba.

Pero ahora, después de esa noche, después de que me desmontara y me volviera a montar, no puedo dejar de pensar en él y de desearle.

Y lo peor es que él lo sabe.

Me tumbo en la cama y miro al techo, repasando sus palabras en mi mente.

La forma en que me miró, el tono de su voz cuando se ofreció a azotarme.

La forma en que mi cuerpo respondió, dolorido y desesperado por que me tocara.

Estoy metida hasta el fondo.

Sé que lo estoy.

Se suponía que esto era un trabajo, una forma de ganar mi libertad, pero se ha convertido en otra cosa, y no sé cómo salir de ello.

Prometí follar con él y luego hacer el trabajo, pero me paso el día soñando despierta con él, despertándome con el centro tan tenso que podría explotar después de sueños eróticos en los que me empotra contra la pared agarrándome del cuello y me folla.

Está fuera de control.

Cierro los ojos e intento concentrarme en el plan.

Mañana por la noche, iré al salón de cartas.

Interpretaré el papel, perderé unas cuantas manos y dejaré que los ojeadores de Radich se me acerquen.

Haré exactamente lo que Dimitri me ha dicho y le conseguiré la información que necesita.

Y cuando todo termine, me marcharé.

Pero incluso mientras lo pienso, sé que es mentira.

No me marcharé cuando cada parte de mí se siente atraída por él, anhelando la forma en que me hace sentir.

Estoy atrapada, y lo peor de todo es que no estoy segura de querer escapar.

Oigo sus pasos en el pasillo y contengo la respiración.

Se detiene frente a mi puerta, y espero que llame, que la abra, que entre y termine lo que empezó.

Pero no lo hace.

Después de un momento, los pasos se desvanecen, y me quedo sola con mis pensamientos asquerosamente pervertidos.

Me giro sobre un costado, cubriéndome con la manta para tratar de aplastar los nervios que me recorren, pero solo puedo pensar en la forma en que me miró, en el tono de su voz cuando se ofreció a castigarme.

Y sé, con una certeza que me aterra, que la próxima vez que se ofrezca, no huiré.

La próxima vez, diré que sí.

12

DIMITRI

Los documentos están esparcidos sobre mi escritorio cuando Katya entra.

Libros de contabilidad, registros de pago, notas de deuda.

Todos ellos, por supuesto, han sido falsificados, y de forma tan convincente como para engañarme incluso a mí.

He pasado los últimos dos días construyendo su rastro de papel, creando un historial que resistirá cualquier escrutinio, todo con el fin de mantenerla a salvo.

—Siéntate —le digo sin levantar la vista.

Mis ojos examinan los documentos unos instantes más.

Siempre quiero que mis activos estén a salvo cuando los envío a un trabajo, pero me doy cuenta de que garantizar la seguridad de Katya me pesa más que la mayoría de las veces.

Es como si se me hubiera metido bajo la piel y me hubiera hecho imposible arriesgar su vida de una forma que, con uno de mis hombres, no me haría ni pestañear.

Así es como sé que me está jodiendo la cabeza.

Eso, y la forma en que se me pone dura la polla cada vez que pienso en la imagen mental de ponerla sobre mi rodilla para azotarla como la niña buena que es.

Se acomoda en la silla frente a mí mientras termino de marcar la última entrada en el libro de contabilidad y luego lo deslizo hacia ella.

—Este es tu registro de deudas —digo.

—Tres préstamos distintos. Uno de un corredor de apuestas llamado Timur que opera en un bar de Jamóvniki. Otro de un crupier de Arbat. Y otro mío.

Doy un golpecito en el escritorio y me reclino, seguro de que mi plan funcionará.

Coge el libro, recorriendo los números con la mirada.

—¿Son de verdad?

—Lo bastante reales.

Me reclino aún más en la silla, estirando el cuello.

—Timur es un contacto mío. Confirmará la deuda si alguien pregunta. El crupier ya está muerto, así que sus registros no pueden verificarse. Pero la deuda conmigo es de dominio público entre mi gente. Nadie lo dudará.

Deja el libro de contabilidad sobre la mesa.

—¿Cuánto se supone que debo?

Una ceja se alza en su rostro perfecto, y veo el sarcasmo bullir bajo la superficie.

Está disfrutando esto demasiado, pero yo también.

Quizá sea una de las razones por las que tengo tantas ganas de azotarla.

—Lo suficiente como para estar desesperada. No tanto como para que no valgas nada.

Doy un golpecito en la página esta vez.

—Cuarenta millones de rublos en total, con un interés que se acumula semanalmente. Si alguien del equipo de los Radich te pregunta, le dices que no puedes devolverlo. Le dices que te he amenazado con romperte las manos si te saltas otro pago.

—Así que el objetivo es que se ofrezcan a pagarlo…

Frunce el ceño con gesto sombrío y pregunta:

—¿Y si lo hacen?

—Al principio, te niegas. —Me levanto y rodeo el escritorio.

—Les dices que no te fías de los regalos. Les dices que prefieres encontrar una manera de ganar el dinero por ti misma. Eso les abrirá la puerta para que te ofrezcan trabajo.

Me observa acercarme, con la postura tensa.

—No se van a tragar esa sarta de gilipolleces.

Katya es lista, pero yo conozco a esta gente.

Esos idiotas se comerían pan envenenado si una anciana se lo diera.

—Sí que lo harán.

Me detengo frente a ella.

—Porque cada palabra que digas estará respaldada por documentación. Cada afirmación que hagas tendrá una prueba. Por eso estamos haciendo esto. Por eso no dejo nada al azar.

Katya suspira con fuerza y deja caer la mirada de nuevo sobre el libro de contabilidad.

Parece que todavía está lidiando con esto, y no tengo otra manera de convencerla de que funcionará que apretar el gatillo e ir a por ello.

Pero su trabajo no es creerme.

Es obedecerme.

Que es lo que hará, porque me dio su palabra.

—Ven —digo, girándome hacia la puerta.

—Tenemos que inspeccionar la sala de juego antes de esta noche.

Katya mira por la ventana con las manos cruzadas en el regazo mientras la llevo en coche al otro lado de la ciudad, hacia la sala de juego donde mis hombres ya han explorado y me han informado de que es segura y está vacía.

Me centro en la ruta, decidiendo salidas alternativas por si necesitamos sacarla rápidamente por seguridad, pero no tengo ninguna sensación de inquietud en las entrañas sobre esto.

Creo que confío plenamente en su capacidad más de lo que lo haría en algunos de mis propios hombres que llevan años conmigo.

Rolan me diría que eso es peligroso, que estoy pensando con la polla, pero mis entrañas nunca se equivocan.

Cuando llegamos, el edificio está vacío.

La sala de juego no abre hasta dentro de tres horas, lo que nos da tiempo a prepararnos.

Abro la puerta lateral y la conduzco al interior de la pequeña habitación.

Una sola mesa redonda se encuentra en el centro, con el fieltro verde desgastado por años de uso.

Hay cámaras montadas en dos esquinas, en ángulo para captar la mesa y la puerta, pero de momento están apagadas.

Una lámpara colgante deja que una luz fría se derrame sobre la superficie de juego, dejando los bordes de la sala en penumbra.

Es justo el tipo de lugar espeluznante en el que prosperan los criminales, y por el lenguaje corporal de Katya, puedo decir que la pone nerviosa.

—Aquí es donde te reunirás con ellos —le digo, recorriendo el perímetro.

—La partida empieza a las ocho. Llegarás a las siete y media, lo suficientemente temprano para parecer ansiosa pero no desesperada.

Se detiene en la mesa, pasando los dedos por el fieltro.

—¿Quién más estará aquí?

—Cuatro jugadores; dos de ellos son soldados de los Radich. Uno es un mensajero que trabaja para ambos bandos; básicamente, para cualquiera que necesite un trabajo en este mundo. El cuarto es una parte neutral, un jugador que no tiene lealtad a nadie.

Me dirijo a la primera cámara, comprobando el ángulo.

—Te sentarás entre el mensajero y el neutral. Eso te sitúa a la vista de los hombres de Radich sin que parezca obvio que quieres su atención.

Ella levanta la vista hacia las cámaras.

—Estarán observando.

—Sí.

Me muevo hacia la segunda cámara, ajustándola ligeramente.

—Pero no de la manera que crees. Las cámaras son para la casa, no para los Radich. Quieren asegurarse de que nadie haga trampas. Los hombres de Radich te estarán observando directamente. Eso es lo que importa.

Ella rodea la mesa, estudiando la disposición.

—¿Cómo me has metido? —pregunta mientras sus cejas se alzan, y siento que está poniendo a prueba mi paciencia.

—¿Acaso importa? Tienes un trabajo que hacer. Digamos que estoy dispuesto a pagar cualquier precio para asegurarme de que consigo lo que quiero.

Siento que se me acelera el pulso al pensar en otras cosas que quiero además de que la persona que ordenó mi asesinato me sea servida en bandeja.

Como tener a Katya en mi cama de nuevo.

Frunce el ceño y pregunta:

—¿Qué hago cuando empiecen a hablarme?

—Escuchas más de lo que hablas. No ofreces información voluntariamente. Esperas a que pregunten, y entonces respondes con la verdad. Tus deudas… Tus frustraciones… Tu miedo a mí.

Camino hacia la puerta, comprobando la cerradura.

—Si te ofrecen una copa, la aceptas, pero no bebas. Si te ofrecen un sitio en su círculo, dudas antes de aceptar. Haces que se esfuercen por ganarse tu confianza.

Se detiene en la mesa, con las manos apoyadas en el respaldo de una silla.

—¿Y si quieren que haga un trabajo para ellos para demostrar mi lealtad?

—Les dices que no te opones, pero que necesitas saber qué ofrecen a cambio.

Vuelvo a la mesa, situándome frente a ella.

—No digas que sí inmediatamente. Negocia. Hazles pensar que tienes principios, aunque esos principios sean bajos.

Asiente como si estuviera asimilándolo todo.

Si vale su peso en mierda de caballo, entonces aprende rápido y esto será sencillo.

En realidad, es solo interpretar un papel, y estoy seguro de que ya lo ha interpretado antes, el de una joven seductora pero desesperada que puede manipular a un hombre a su antojo.

Me hace ser escéptico mientras me pregunto si ha hecho eso conmigo de alguna manera.

—Bien.

Saco una silla y me siento.

—Ahora, a practicar.

Durante la siguiente hora, la taladro con respuestas.

Ella interpreta el papel de la mensajera desesperada y yo el del soldado de Radich que la pone a prueba.

Al principio, titubea.

Sus respuestas son demasiado pulidas, demasiado cuidadosas.

La corrijo cada vez, presionándola para que suene más cruda, más necesitada.

Al final de la hora, ha encontrado el ritmo.

Su voz transmite la cantidad justa de miedo y desafío.

Su lenguaje corporal es abierto, pero reservado.

Está lista.

—Mejor —digo, levantándome.

—Pero tienes que recordar una cosa. Te presionarán. Pondrán a prueba hasta dónde estás dispuesta a llegar. Si te echas atrás, si dudas, sabrán que estás mintiendo.

Ella también se levanta, encontrando mi mirada.

—Joder, Dimitri, no me echaré atrás.

—Bien.

Camino hacia la puerta, mirando mi reloj.

—Deberíamos irnos. Quiero estar de vuelta en la oficina antes de que llegue la gente.

Pero antes de que pueda siquiera salir por la puerta, mi móvil suena con una notificación de mensaje de texto.

Gavriil tiene más malas noticias para mí y ni siquiera oculto mi ceño cada vez más fruncido mientras leo sus palabras.

—¿Qué pasa?

Katya pregunta, con la tensión asomando en su tono.

—Es la puerta norte —le digo.

—El horario de los guardias se ha filtrado de nuevo. Alguien sabía cuándo se producía el cambio de turno.

Abro el archivo adjunto al texto, recorriendo los detalles.

La puerta se quedó sin vigilancia durante quince minutos.

Tiempo suficiente para que alguien se cuele sin ser visto.

Tiempo suficiente para que alguien envíe otro explorador o saque a escondidas algo importante como dinero en efectivo o información privilegiada para apuestas.

—Rodion está muerto —digo distraídamente.

Mi mente repasa cada matiz de mi vida laboral.

Estoy desconcertado.

—¿Quién más tiene acceso a los horarios?

Pero no se me ocurre ni una sola razón por la que alguien más pudiera tener acceso ahora que lo he eliminado.

Cierro el archivo e intento no darle demasiadas vueltas.

Ejecuté al topo yo mismo.

Pero esta filtración ocurrió después de su muerte, lo que significa que hay alguien más.

Alguien que aún no he identificado.

Katya está de pie cerca de la ventana, viéndome cavilar.

Se vuelve hacia mí con una expresión seria.

—Déjame averiguar quién es —dice.

La miro, sorprendido.

—¿Qué?

Algo se retuerce en mi pecho al darme cuenta de que se está ofreciendo a ayudar.

Mi primer instinto de dudar y protegerme es aplastado por otro instinto más profundo de acercarme a ella y descubrir el porqué de este cambio de actitud.

—De la misma manera que lo hice con Rodion.

Se acerca un paso.

—Puedo preguntar por ahí, hablar con la gente. Ver quién está nervioso, quién me evita. Dijiste que se me da bien leer a la gente.

Déjame usar eso.

Mueve las manos mientras habla, y todo en ella parece despreocupado y seguro.

No sabría decir si esto es una estafa o una oferta genuina.

La miro fijamente, procesando sus palabras.

Se está ofreciendo voluntaria, se está presentando ella misma.

Hace una semana, habría huido a la primera oportunidad.

Ahora se ofrece a ahondar más en el peligro.

Camino hacia ella lentamente, dejando ya que la idea de que se asocie conmigo cale en mí.

—¿Estás empezando a disfrutar trabajando para mí?

Siento que mi mundo cambia en torno a esta nueva idea de que Katya Volsky pueda elegir participar en cosas que no se ve obligada a hacer.

La misma curiosa sensación que tengo cuando la imagino viniendo voluntariamente a mi cama de nuevo.

Hace que el depredador que hay en mí sienta hambre de caza.

Su expresión cambia, la incertidumbre parpadea en su rostro, pero no responde.

Doy otro paso.

—Viniste aquí como una ladrona, mi prisionera. Ahora te ofreces a ponerte en riesgo por mi operación. Ese no es el comportamiento de alguien que me odia.

Ella retrocede, sus hombros chocando contra la pared.

—Es solo que…

—¿Lo es?

Acorto la distancia, deteniéndome a centímetros de ella.

—¿O es que estás empezando a entender que perteneces aquí, que me perteneces?

Su respiración se acelera.

Puedo ver el rubor subiendo por su cuello, oscureciendo sus mejillas.

Sus labios son de un rojo intenso, ligeramente entreabiertos.

Sus pupilas están dilatadas, engullendo el color de sus ojos.

—Tu cuerpo me está diciendo cosas que tu boca no dirá —gruño.

—Estás sonrojada. Tus pupilas están dilatadas. Tu respiración es superficial. ¿Sabes lo que eso significa?

Traga saliva con fuerza.

—Que eres un idiota.

—¿Lo soy? —Me acerco, sujetándole la mandíbula con suavidad.

—¿O es que te estás mintiendo a ti misma?

Intenta girar la cabeza, pero la sujeto con firmeza.

Mi otra mano baja, deslizándose sobre su cintura, su cadera.

Se pone rígida, conteniendo la respiración.

—Dime que pare —murmuro.

—Dime que no quieres esto.

Aun así, no dice nada, así que bajo más la mano, deslizándola bajo la cinturilla de sus pantalones.

Su cuerpo se tensa, pero no me aparta.

Su entrada está resbaladiza y lista, cubierta de sus jugos, y la confirmación me envía una oleada de calor.

—Mentirosa —susurro contra su mejilla, lo suficientemente cerca de sus oídos como para que se le erice el vello del brazo.

Sisea, sus manos subiendo para agarrar mi camisa.

—Solo porque mi cuerpo responda no significa que me gustes.

—¿Ah, no?

Presiono mis dedos contra su clítoris, sintiendo cómo reacciona.

Está hinchada, con los labios congestionados y goteando.

—Entonces, ¿qué significa?

Sus ojos brillan con ira y deseo.

—Significa que me gusta que me follen. Eso es todo.

—¿Eso es todo?

Me inclino más, mi boca ahora más cerca de su oreja.

—Entonces dímelo. ¿Me estás dando permiso para follarte de nuevo?

Su respiración se entrecorta.

Gira la cabeza hacia un lado, con la mandíbula apretada, los ojos cerrados.

Pero no responde.

No se niega, pero no consiente explícitamente, y yo le hice una promesa.

Le dije que no la tocaría sin su consentimiento.

Y no me lo está dando; aunque su cuerpo esté chorreando por mí.

Saco la mano.

Sus ojos se abren de golpe, desorbitados y sorprendidos.

Me llevo los dedos a la boca, probándola, manteniendo su mirada todo el tiempo.

—La próxima vez —digo, con voz firme—, me lo pedirás tú a mí, no al revés.

Su cara se sonroja más intensamente, sus labios se entreabren.

Pero no dice nada.

—Fuera. Ve a esperar en el coche mientras arreglo lo que has empezado… —Mi mano desabrocha mi cinturón mientras ella se queda paralizada un momento, y luego se dirige hacia la puerta.

La forma inestable en que camina es cómica mientras empiezo a sacarme la polla.

Mira hacia atrás, como si no pudiera creer que me la fuera a cascar aquí mismo por su culpa, pero no se da la vuelta del todo ni se detiene.

Cuando llega a la puerta, hace una pausa, pero se va, la puerta cerrándose suavemente tras ella, y yo me guardo de nuevo en los pantalones y me subo la cremallera.

Katya es una complicación que no necesito.

Pero también es una realidad que no puedo ignorar.

Es mía, en todos los sentidos que importan.

Y pronto, me lo admitirá abiertamente.

Es solo cuestión de tiempo.

13

KATYA

La sala de juego apesta a humo de puros y a una agobiante colonia masculina.

Entro por la puerta a las siete y media, puntual, y el camarero apenas levanta la vista.

Ya hay tres hombres sentados a la mesa.

Uno baraja las cartas con movimientos tan fluidos que se nota que lleva mucho tiempo haciéndolo.

Otro se reclina en su silla, con un cigarrillo colgando de los labios.

El tercero me observa entrar y sus ojos siguen mis movimientos por la sala.

Probablemente me está fichando.

Esta minifalda de tubo y esta camiseta de tirantes ajustada son horribles.

Me hacen parecer una fulana, pero si ayuda a vender la farsa, pues qué más da.

Estoy aquí para conseguir el contacto y largarme de una puta vez.

Nada más.

Y si no consigo hacerlo bien, seré una prisionera para siempre.

Me siento en el sitio que me dijo Dimitri, entre el mensajero y el jugador neutral.

El fieltro está pegajoso bajo las palmas de mis manos mientras deslizo algo de dinero sobre la mesa, asegurándome de echar una mirada nerviosa por la sala.

El micrófono pegado con cinta adhesiva entre mis tetas me hace cosquillas, pero no me atrevo a tocarlo y llamar la atención.

—Cara nueva —dice el hombre del cigarrillo.

Su voz es áspera, desgastada por años de humo y gritos.

Me recuerda a mi abuelo en Perm, pero eso fue hace años.

Probablemente ya esté muerto.

—Nueva para ti —respondo, manteniendo el tono un poco nervioso.

Cuanto mejor venda esto, más probable será que la gente de Radich se fije en mí.

Él sonríe con suficiencia pero no insiste, y nuestro último hombre entra dando tumbos, un poco piripi por lo que puedo deducir.

Se desploma en su silla y deja caer el dinero para entrar antes de que el que reparte empiece a distribuir las cartas y las fichas.

Cojo las mías lentamente, contando en voz baja.

Es una costumbre que he perfeccionado en los últimos dos días.

Lo bastante alto como para que se den cuenta.

Lo bastante bajo como para que parezca inconsciente.

La partida avanza rápido.

Gano la primera mano con una pareja de dieces, y luego pierdo las tres siguientes seguidas.

Mi montón de fichas disminuye.

Maldigo en voz baja, lo suficientemente alto como para que la mesa me oiga.

—Mala noche —dice uno de los soldados de Radich.

Es más joven que los demás, con el rostro liso y sin arrugas.

Lleva diez minutos seguidos fichándome y se cree que lo está disimulando.

Pero lo he estado calando.

Es un baboso de cuidado.

—Todas las noches son malas cuando tu jefe se lleva la mitad de tu parte —murmuro, apilando las fichas que me quedan.

El hombre del cigarrillo se inclina hacia delante.

—¿La mitad? Eso es una pasada.

—A mí me lo vas a contar. —Me meto de nuevo en la partida, observando las cartas—.

¿Pero qué voy a hacer? ¿Irme sin más? Me rompería las manos antes de que llegara a la puerta.

El mensajero intercambia una mirada con el hombre que tiene enfrente: el fumador.

Mantengo los ojos en mis cartas, fingiendo no darme cuenta.

—¿Trabajas para Vetrov? —pregunta el fumador, y han picado el anzuelo.

Me da un pequeño subidón.

No me siento ni de lejos tan nerviosa esta vez como la anterior.

Quizá sea por el micrófono, o quizá porque sé que Dimitri ha prometido tener hombres listos y esperando para entrar a mi orden.

O quizá me estoy adaptando a esta vida y no es tan mala como temía.

Asiento, sin levantar la vista.

—Recadera. Hago recados. Entregas. Lo que necesite.

—Y se lleva la mitad.

—Cada puta vez.

Tiro dos cartas y pido otras dos.

Una mano perdedora.

Me retiro antes de que las apuestas se pongan serias.

—Estoy perdiendo dinero a espuertas. Entre él y las deudas que tengo, nunca saldré adelante.

El fumador se reclina, estudiándome.

—A lo mejor trabajas para el hombre equivocado.

Levanto la vista y clavo mis ojos en los suyos.

—¿Y quién es el hombre adecuado?

Aquí es donde tengo que venderlo bien. Dejo que aflore un poco de esa energía de «ansiedad».

En realidad no estoy nerviosa, pero finjo que sí.

Me humedezco los labios, me froto la mano libre en la falda.

Parpadeo mucho, miro a mi alrededor, dejo que mi respiración se note más.

Él sonríe con una expresión torcida y siniestra que me repugna.

—Depende de en qué seas buena.

Le sostengo la mirada un momento y luego vuelvo a mirar mis cartas.

—Soy buena en muchas cosas. Pero no trabajo gratis.

—Nadie te lo está pidiendo.

Lanza la ceniza de su cigarrillo al suelo.

—Pero si te interesa ganar dinero de verdad, deberías hablar conmigo después de la partida.

Asiento, con cuidado de no parecer demasiado ansiosa.

—Quizá lo haga.

La partida continúa.

Pierdo más de lo que gano, pero aguanto lo suficiente para parecer comprometida.

Cuando se reparte la última mano, me retiro pronto y me aparto de la mesa.

—Me planto —digo, poniéndome de pie.

—Esta no es mi noche.

Me froto las manos en la falda de nuevo y suspiro profundamente, intentando parecer tan derrotada y disgustada como puedo, pero no me siento así en absoluto.

Siento un subidón de adrenalina al pensar que voy a engañar a este pringado en cualquier momento.

El fumador se levanta también.

—Acompáñame.

Lo sigo por la puerta lateral hasta el callejón de detrás del club.

El aire está helado contra mi piel y me abrazo la barriga con los brazos para intentar mantenerme un poco más caliente.

Enciende otro cigarrillo, dando una larga calada antes de hablar.

—Me llamo Daniil —dice—. Trabajo para gente que paga mejor que Vetrov.

—Me alegro por ti.

Me abrazo más fuerte, apoyándome en la pared.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Has dicho que eres buena en muchas cosas. Necesito que alguien haga un recado. Es un trabajo sencillo. Dejar un sobre en un gimnasio de boxeo e informar de quién abre la puerta. Haces eso y te pago dos mil rublos. Sin comisiones. Sin preguntas.

Enarco una ceja y finjo desinterés.

No dejo de oír la reprimenda de Dimitri en mi cabeza una y otra vez.

Hemos practicado esto muchísimo.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. —Saca un sobre de su chaqueta y me lo tiende—.

La dirección está escrita en el anverso. Vas ahora. Le entregas el sobre a quien responda, luego te vas, me llamas y me dices quién era. Dinero fácil.

Cojo el sobre y lo volteo en mis manos.

La dirección está garabateada en tinta negra.

Un gimnasio en Khamovniki, no muy lejos de aquí.

—¿Y si no quiero arriesgarme?

Se encoge de hombros.

—Entonces sigue perdiendo dinero para Vetrov. Tú eliges.

Me guardo el sobre en la chaqueta.

—Lo haré.

—Bien.

Da otra calada a su cigarrillo.

—Llama a este número cuando hayas terminado.

Me da una tarjeta con un número de teléfono escrito.

—No la cagues.

—Joder, colega, no lo haré —gruño mientras él me mira con el ceño fruncido.

Él asiente, se da la vuelta y vuelve a entrar en el club.

Me quedo en el callejón un momento, dejando que el aire frío me aclare la cabeza.

Luego empiezo a caminar hacia la calle, donde Gavriil me está esperando a tres manzanas en una berlina negra.

A él no le hace mucha gracia mi «tarea», pero sabe que es para Dimitri, así que no protesta.

El gimnasio está encajado entre una carnicería y un taller de reparaciones, con las ventanas empañadas por la condensación.

Llamo a la puerta exactamente a las diez en punto.

Una voz desde dentro me invita a pasar y, con una mirada a Gavriil, que está sentado en el coche, empujo la puerta y entro.

El viejo gimnasio huele mal, como a calcetines sucios y sudor, y un hombre mayor está sentado detrás del mostrador de la entrada, con los ojos en un periódico.

Levanta la vista cuando entro.

—¿Puedo ayudarla? —pregunta.

Le tiendo el sobre.

—Una entrega.

Lo coge sin decir palabra, lo deja en el mostrador, y yo memorizo su cara —ancha, curtida, con una cicatriz que le baja por la mejilla izquierda— y salgo del gimnasio.

Ni de coña esto es lo único que la gente de Radich quiere de mí.

Sé que es algún tipo de prueba, pero tengo la intención de superarla.

Cuando vuelvo a salir, Gavriil está aparcado a una manzana de distancia, con el motor en marcha.

Me deslizo en el asiento del copiloto y me abrocho el cinturón, mientras sigo memorizando la cara del anciano en mi mente.

En su placa de identificación ponía *Carl*, pero no tenía pinta de llamarse Carl en absoluto.

Aun así, haré lo que Daniil quería y, con suerte, eso me llevará a las respuestas que Dimitri necesita.

—¿Hecho? —pregunta Gavriil.

—Hecho.

Me lleva de vuelta al piso de Dimitri sin decir una palabra más, y llamo a Daniil desde un móvil de prepago que Dimitri me dio, informándole de que un hombre mayor con el pelo canoso ha cogido el sobre.

Está satisfecho con esa información y me dice que conteste al teléfono si llama.

Me dirá cuándo y dónde quedar para mi pago.

Sé que no puede ser tan sencillo, pero no conozco este mundo tan bien como Dimitri.

Tendré que pedirle su opinión sobre qué hacer.

Cuando llegamos al apartamento de Dimitri, me está esperando en el salón.

Tiene los brazos cruzados y una botella de vodka descansa sobre la mesa de centro frente a él.

—Lo has hecho bien —dice mientras me quito los ridículos tacones que me obligó a ponerme.

Me duelen los pies, mi cuerpo todavía está helado.

—He hecho lo que me dijiste que hiciera.

—Has hecho más que eso.

Se relaja un poco, estirando los brazos por el respaldo del sofá, sus ojos escrutando mi rostro.

—Eres mejor de lo que esperaba.

Me siento, manteniendo distancia entre nosotros.

—¿Significa eso que me gano una recompensa?

Pregunto con un poco de sarcasmo en mi tono, e instantáneamente me pregunto si ha sido la decisión correcta.

Sus ojos se clavan en los míos, oscuros y divertidos.

—¿Qué tipo de recompensa pides?

No respondo.

Mi pulso ya está acelerado, mi cuerpo respondiendo a la forma en que me está mirando.

Se reclina, estudiándome.

—Estás jugando a un juego peligroso, Katya. Ofreciéndote a ayudarme. Ofreciéndote voluntaria para más trabajo. Ese no es el comportamiento de alguien que quiere irse.

—Quiero irme —digo rápidamente—.

Quiero mi libertad. Ese es el trato.

—¿Lo es? —Ladea la cabeza—. Porque desde donde yo estoy sentado, te estás acomodando demasiado. Te está empezando a importar esta operación. A demostrarme tu valía.

—No es verdad —digo a la defensiva, arrancándome el micro del top y tirándolo sobre la mesa.

Rebota y se desliza, casi cayendo por el borde del otro lado.

—Sí lo es. —Se levanta y da un paso hacia mí—.

Y eso te aterroriza.

Al principio no me muevo, insegura de sus motivos.

Ayer fue tan excitante, la forma en que me acorraló contra la pared y me metió los dedos.

Y supe que mi cuerpo estaba listo.

Estaba mojadísima. Pero él se echó atrás, se negó a aceptarlo.

No era una prueba.

No estaba intentando provocarlo.

Las cosas simplemente se intensificaron.

Pero no puedo dejar de pensar en ello.

Lo deseaba.

—No sabes de lo que hablas.

Intentando que mis movimientos parezcan naturales para que no tenga la oportunidad de leerme de nuevo, me levanto despacio y alargo la mano hacia el vodka, pero él se mueve más rápido.

—Sé perfectamente de lo que hablo.

Acorta la distancia, deteniéndose frente a mí.

—Eres buena en esto: en mentir, en interpretar papeles, en leer a la gente. Y estás empezando a darte cuenta de que no odias trabajar para mí.

—Jódete —escupo, pero no hay verdadera rabia en mis palabras.

Dimitri es como un cachorrito en lo que a mí respecta.

Empiezo a pensar que nunca cumplirá sus amenazas de hacerme daño si intento huir.

Si lo he leído bien, y creo que sí, está obsesionado conmigo.

Por ahora, eso significa que vivo en una ventana de oportunidad para coger lo que quiero.

Si esa obsesión cambia, puede que corra peligro, pero no creo que haya salido aún de la zona segura.

—Ya lo hiciste.

Sus gruñidos me excitan.

—Y volverías a hacerlo si te lo pidiera.

La cara me arde.

—Era parte del trato. Algo que tenía que hacer para comprar mi libertad.

—¿Ah, sí?

Alarga la mano y me aparta un mechón de pelo de la cara.

—¿O lo deseabas tanto como yo?

Le aparto la mano de un manotazo.

—No me toques.

—No lo dices en serio.

Se inclina, su cuerpo invadiendo mi espacio.

—Quieres que te toque. Quieres que tome el control. Quieres que tome la decisión para que no tengas que admitir que deseas esto.

—No quiero esto —siseo, pero el pulso se me acelera.

Dios, quiero esto, y quiero que me obligue a decirlo.

Solo que no se lo admitiré a él.

—Mentirosa.

Nos quedamos ahí, clavados en el sitio, el aire entre nosotros chispeando de tensión.

El corazón me late tan fuerte que puedo oírlo en mis oídos.

—Tienes miedo —dice finalmente—, de lo que significa admitir que quieres quedarte. Miedo de lo que significa admitir que me deseas.

—No quiero quedarme —digo, con la voz temblorosa.

—Quiero mi libertad. Es todo lo que siempre he querido.

—¿Y qué pasa después? —pregunta.

—¿Sales por esa puerta y vuelves a robar y a estafar para abrirte paso en la vida? ¿Vuelves a los hostales y a los líos de una noche y a no quedarte nunca en ningún sitio el tiempo suficiente para que te vean?

Trago saliva con dificultad.

—Esa es mi vida.

—No tiene por qué serlo.

Me coge la mandíbula, inclinando mi cabeza hacia arriba para que no tenga más remedio que mirarlo a los ojos.

—Podrías quedarte. Podrías trabajar para mí. Podrías pertenecer a este lugar.

—Yo no pertenezco a ningún lugar.

—Me perteneces a mí.

Su pulgar me acaricia la mejilla.

—Me has pertenecido desde el momento en que te pillé en ese cubículo. Y si vuelves a romper mis reglas, si vuelves a arriesgarte sin mi permiso, puede que no te deje ir.

Se me corta la respiración.

—Lo prometiste.

—Lo hice.

Sus ojos están oscuros.

—Pero las promesas se pueden renegociar.

—Entonces me iré —le digo sin rodeos, alejándome.

Dimitri me persigue, siguiéndome mientras camino hacia la cocina.

Sus pisadas son fuertes.

Está enfadado, y lo tengo justo donde quiero.

Me agarra las muñecas y me las inmoviliza contra la isla de la cocina.

Su cuerpo se presiona contra el mío, todo músculo duro y calor implacable, su aliento caliente contra mi oreja.

—¿Crees que puedes irte sin más, Katya? ¿Después de todo?

Le devuelvo la mirada, con el corazón latiéndome con fuerza no solo por la ira, sino por esa emoción retorcida que se me enrosca en las entrañas cuando está tan cerca.

Es peligroso: letal, controlador, el tipo de hombre que podría partirme el cuello con la misma facilidad con la que da órdenes a su equipo.

Y, sin embargo, aquí estoy, con mi cuerpo traicionándome, arqueándose una mínima fracción hacia él.

¿Por qué quiero esto?

¿Por qué su dominio hace que se me acelere el pulso, que el calor se arremoline entre mis muslos mientras mi mente grita que corra?

Es una jaula que debería odiar, pero, joder, los barrotes parecen cadenas de terciopelo.

—¿Vas a intimidarme o a follarme?

Las palabras se me escapan en un tono desafiante, teñidas del reto que no puedo resistirme a lanzarle.

Sus ojos oscuros brillan, algo primario se enciende en sus profundidades.

Por una fracción de segundo, veo la guerra en él: el jefe que exige obediencia enfrentándose al hombre que se ha estado desmoronando desde que entré en su mundo.

Entonces su boca se estrella contra la mía, su lengua invadiéndome como si estuviera conquistando un territorio.

Le muerdo el labio, lo bastante fuerte como para saborear el regusto metálico de la sangre, y él gruñe un sonido que vibra a través de mí.

Me suelta las muñecas solo para abrirme la camisa de un tirón, los botones rebotando como disparos por el suelo.

Sus manos están por todas partes: sus ásperas palmas recorren mis costillas, sus pulgares rozan mis pezones hasta que están erectos y doloridos.

Jadeo en su boca, mis dedos se clavan en sus hombros, hundiéndose en la tela de su chaqueta.

Quiero arrancársela y dejar al descubierto los tatuajes que trazan un mapa de sus pecados.

¿Por qué él?

¿Por qué este monstruo que me pilló en plena estafa, que me obligó a entrar en sus juegos?

No es seguro.

Es una tormenta que podría ahogarme.

Pero ese es el subidón: el peligro lo agudiza todo, hace que cada toque sea eléctrico.

Odio cómo me controla, cómo es dueño de mis secretos, pero, joder, me pone la forma en que me mira como si fuera su premio, su obsesión.

Dimitri rompe el beso, sus labios dejando un rastro de fuego por mi cuello, sus dientes rozando mi clavícula.

—Quieres esto, ¿verdad? —murmura, su voz es un estruendo que me provoca escalofríos por toda la piel.

—Me provocas porque anhelas la pelea.

No respondo con palabras.

En cambio, engancho mi pierna alrededor de su cadera, frotándome contra su dura erección que se tensa a través de sus pantalones.

Él sisea, una mano se desliza hacia abajo para agarrar mi muslo, levantándolo más.

Sus dedos se clavan, magullándome, marcándome como suya.

Debería odiar su posesividad, la forma en que me trata como una propiedad en su imperio.

Pero enciende algo salvaje en mí, una necesidad de ser reclamada por el mismo peligro que podría destruirme.

De repente me gira y me dobla sobre la isla.

La superficie fría sorprende mi piel desnuda, mis pechos se presionan contra ella mientras él me sube la falda hasta la cintura.

Su mano chasquea contra mi culo una vez, dos, el escozor se convierte en un calor que me hace gemir.

—Dilo —exige, su voz teñida de ese acento que siempre me desarma.

—Dime que quieres que te folle.

Giro la cabeza para mirarlo, con la mejilla contra el mármol.

Su rostro está en sombras, sus ojos arden de hambre.

—Fóllame —susurro, y luego más alto—: Fóllame como si fuera tuya, Dimitri.

Es un subidón suplicarle, y un subidón aún mayor cuando me agarra del pelo, me levanta y luego me gira.

Antes de que me dé cuenta, estoy sobre su hombro y me lleva por la casa.

Me lanza sobre su cama y reboto tan fuerte que me saca el aire de los pulmones.

Luego está sobre mí, arrancándome la ropa del cuerpo como un loco mientras yo tiro de sus botones.

Todo son dientes, carne y calor hasta que ambos estamos desnudos, nuestros cuerpos retorciéndose uno contra el otro sobre las sedosas

sábanas.

Y cuando siento la punta roma de su polla presionando contra mi entrada, lubricada por lo desesperadamente mojada que estoy, dejo que mis rodillas se abran.

Empuja con fuerza, una embestida profunda que me llena por completo, estirándome hasta el límite del dolor y el placer.

Grito, mis uñas rasgando su pecho, mi cuerpo arqueándose hacia él.

Dios, es enorme, implacable, cada embestida golpeándome con la fuerza de su frustración, su necesidad.

¿Por qué siento que esto está tan bien?

Es un asesino, un rey en un mundo de sangre y traición, y yo solo soy la ladrona que atrapó.

Pero en momentos como este, cuando está enterrado dentro de mí, embistiéndome sin descanso, me siento viva, verdadera y peligrosamente viva.

Su control no es una prisión.

Es una droga que me vuelve adicta al juego de poder, a la forma en que me hace someterme y luchar a la vez.

Su mano se cuela entre nuestras caderas en lucha, sus dedos encuentran mi clítoris, rodeándolo con una presión experta que me hace jadear.

—Eres mía, Katya —gruñe, inclinándose sobre mí, su pecho aplastando mis tetas, sus dientes mordisqueando mi hombro.

—Se acabó lo de huir. Se acabaron los juegos.

Me empujo contra él, siguiendo su ritmo, el sonido de la piel contra la piel resonando en el apartamento.

—Entonces haz que me quede —lo desafío, incluso mientras las sensaciones de placer se acumulan, apretándose en mi vientre.

Está tan profundo, golpeando ese punto que hace que estallen estrellas detrás de mis párpados.

No debería desear su posesión.

Es tóxica, una cadena alrededor de mi libertad.

Pero, joder, el peligro me excita; la idea de que pudiera encerrarme, mantenerme como su arma secreta, su amante.

Me aterroriza y me excita a partes iguales, este hombre que podría acabar conmigo pero que en su lugar elige destrozarme de éxtasis.

Se retira de repente y engancha mis piernas sobre sus hombros, volviendo a embestir con una fuerza que me deja sin aliento.

Sus ojos se clavan en los míos mientras me penetra más fuerte, más rápido.

Extiendo la mano, mis dedos se enredan en su pelo, tirando de él hacia abajo para un beso desordenado.

Nuestras lenguas libran una guerra, reflejando el frenesí de abajo: él reclamando, yo cediendo y tomando.

El sudor humedece nuestra piel y el aire parece imposible de inhalar.

Me asfixio y cobro vida con cada aliento mientras sus dedos encuentran mi clítoris de nuevo.

Me tenso, enroscándome para una explosión, y él disfruta de ello.

Él es la muerte encarnada, y yo soy la tonta que florece bajo su toque.

¿Por qué? Porque en su mundo, el control es supervivencia, y someterme a él es como desafiar al destino.

Me pone esto de caminar por el filo, la forma en que su dominio me arranca las fachadas, me deja en carne viva y deseosa.

Su ritmo se entrecorta, sus dedos frotando mi clítoris en círculos apretados.

—Córrete para mí —ordena, y la forma ronca en que lo dice aprieta todos mis botones.

Me contraigo, esforzándome, arqueando las caderas en el ángulo correcto, y llega, con tal intensidad que no puedo respirar.

El orgasmo golpea como un maremoto, arrasándome, mis paredes apretándose a su alrededor mientras grito.

El placer estalla, candente, cegador; mi cuerpo tiembla, los dedos de los pies se me encrespan.

Él me sigue segundos después, embistiendo más profundo, derramándose dentro de mí con un gemido gutural, con el rostro enterrado en mi cuello.

Nos quedamos así, enredados y exhaustos, con la respiración agitada en la silenciosa calma posterior.

Su peso me inmoviliza, pero ahora es reconfortante, un manto de posesión que no debería anhelar.

Lentamente, levanta la cabeza, apartándome un mechón de pelo de la cara con una sorprendente gentileza mientras bajo las piernas una a una hasta que todo su peso descansa sobre mí.

Sus ojos buscan los míos, la vulnerabilidad parpadeando tras el acero.

Trazo su mandíbula con un dedo, sintiendo la barba incipiente, la fuerza.

¿Por qué él?

Porque en su peligro, encuentro mi fuego.

Es controlador, sí; obsesivo, letal.

Pero me ve, a la verdadera yo, la estafadora que se nutre de los riesgos.

Y eso me pone más que nada, la emoción de ser deseada por un hombre que podría tener a cualquiera y, sin embargo, elige luchar por mí.

Esta vez me besa suavemente, con demora, como sellando un pacto.

—No vas a ir a ninguna parte —murmura.

Y en este momento, exhausta y saciada, no quiero hacerlo.

—¿Lo prometes? —le pregunto en un susurro entrecortado.

—Lo digo en serio cuando te digo que eres mía, Katya. Nadie más volverá a tocarte. ¿Me entiendes?

—Mmm —musito, dejando que mis ojos se cierren y mi cuerpo se derrita bajo el suyo.

—Otra vez —digo, y sus dientes se hunden en mi cuello.

—Si soy tuya, hazlo otra vez.

14

DIMITRI

El paddock está abarrotado cuando acompaño a Katya fuera.

Es temprano, pero sé que aquí hay suficiente visibilidad para dar credibilidad a este momento.

Es esencial para su tapadera y tenemos que hacerlo creíble.

Los mozos de cuadra se mueven entre los boxes, los entrenadores gritan órdenes, el caos habitual de un día de carreras empieza a formarse, y eso es perfecto.

Necesito testigos.

Necesito que esto se vea.

Katya camina tres pasos por delante de mí, con los hombros en tensión.

Sabe lo que se avecina.

Lo ensayamos anoche en el apartamento, repasamos cada palabra, cada movimiento.

Pero el ensayo es diferente a la ejecución.

El ensayo no tiene público.

Localizo a tres hombres cerca de la valla más lejana que fingen mirar a los caballos.

Uno está apoyado en la valla, con el móvil en la mano.

Otro fuma un cigarrillo, con la mirada recorriendo el paddock.

El tercero está de brazos cruzados, con la mirada clavada en mí.

Uno de ellos estaba en la partida de póquer y no reconozco a los otros dos, pero por lo que sé del equipo de Radich, creo que esos hombres son el público objetivo.

—Para —le ladro, cogiéndola del brazo para hacerla girar.

Convierto mi rostro en una máscara de pura rabia.

Katya se detiene y se vuelve hacia mí.

Su expresión es desafiante, pero puedo ver el miedo que hay debajo.

Ha practicado para que esto sea absolutamente convincente, y podría follármela aquí mismo, de lo mucho que me pone.

Meto la mano en la chaqueta, saco un grueso fajo de rublos y se lo tiro a los pies.

Los billetes se dispersan por la tierra.

—Cógdelo —digo, con la voz lo bastante alta como para que se oiga.

—Coge tu dinero y lárgate de mi propiedad.

Ella mira el dinero y luego vuelve a mirarme a mí.

—¿Me estás despidiendo?

—Me has robado.

Me acerco más, cerniéndome sobre ella.

—¿Creías que no me daría cuenta? ¿Creías que lo dejaría pasar?

—No he robado nada —espeta, alzando la voz.

—Eres una mentirosa y una ladrona. Es lo único que has sido siempre.

Señalo hacia la puerta.

—Recoge el dinero y vete. Ahora.

Se agacha y recoge los billetes con manos temblorosas.

Tiene la cara sonrojada y los ojos brillantes de ira.

Ira de verdad, no actuada.

Lo veo en la forma en que aprieta la mandíbula, en la forma en que sus dedos se aferran a los rublos.

Katya debería haber sido actriz por cómo es capaz de recurrir a sus emociones reales a voluntad.

Es embriagador y me hechiza de tal manera que casi cometo un error.

—Eres un cabrón —sisea.

—Y tú estás acabada.

Saco la pistola de la cinturilla y le apunto a los pies.

—Vete. Antes de que decida que no vale la pena la molestia de dejarte marchar.

Sus ojos se abren de par en par.

Por un momento, creo que podría salirse del personaje.

Pero entonces retrocede a trompicones, aferrando el dinero contra su pecho.

Disparo tres veces a la tierra a sus pies.

El sonido retumba en todo el paddock, atrayendo la atención de todo el mundo.

Los caballos se encabritan en sus pesebreras.

Los mozos de cuadra gritan.

Katya tropieza, luego se da la vuelta y corre hacia la puerta.

Voy a tener que darle a Rolan una buena explicación para esto, pero el plan parece estar funcionando.

Bajo la pistola, viéndola marchar, al igual que mis tres observadores.

El corazón me late con fuerza, la adrenalina recorre mis venas.

Pero creo que ha funcionado.

La actuación ha sido convincente.

Ahora solo me queda esperar a ver si pican el anzuelo.

Miro hacia la valla más lejana.

Los tres hombres siguen allí, observando.

Uno de ellos está hablando por el móvil.

Los otros dos están concentrados en la figura de Katya que se aleja.

Enfundo la pistola y vuelvo hacia la oficina de entrenamiento, ignorando las miradas del personal.

Gavriil me espera junto a la puerta, mirándome fijamente.

Ahora mismo soy incapaz de descifrarlo, pero supongo que tiene sus dudas.

No he contado a ninguno de mis hombres el trabajo que estoy haciendo, pero él sabe que Katya se está quedando en mi casa.

Aun así, el hecho de que la haya despachado en público en lugar de matarla y hacer que él se deshiciera del cuerpo, en realidad juega a

mi favor.

Pensará que he roto con alguien que me importa.

Es más difícil matar a los que quieres.

El pensamiento me resulta irónico mientras él sale a mi encuentro.

—Eso ha sonado muy fuerte —dice.

—Cállate —espeto mientras paso a su lado para entrar en la oficina, cerrando la puerta tras nosotros.

—¿Has visto a los observadores?

—Tres de ellos. En la valla lejana. Uno al teléfono. ¿Por qué?

—¿Quiénes son?

Me acerco a la ventana, observando el paddock.

Katya ya se ha ido, la he perdido de vista, así que no puedo saber qué está pasando, pero ese chip de seguimiento en su colgante me llevará hasta ella si las cosas se tuercen.

—Uno de ellos es un Radich. Supongo que los otros son sus colegas… ¿Te ha robado? —pregunta, entrecerrando los ojos, y yo le frunzo el ceño.

O lo meto en esto o lo dejo fuera, pero si necesito ayuda con ella, Gavriil es el único en quien confío.

—Es un trabajo. ¿Vale? Es todo lo que necesitas saber. Limítate a hacer lo que te diga, no se lo cuentes a nadie y el trabajo saldrá sin problemas.

Gavriil asiente, pero su expresión muestra escepticismo.

No digo nada más, y él se va sin mediar palabra mientras yo me siento en mi escritorio.

El plan está en marcha.

Ahora solo puedo esperar.

Es una agonía, pero paso el día intentando no pensar en que está ahí fuera sola.

He comprobado el chip de seguimiento varias veces y funciona bien, sigue moviéndose de vez en cuando.

Ha estado en una panadería del centro, luego en una cafetería, ha pasado por una bolera y la última vez que lo he comprobado se dirigía hacia el sector industrial de la ciudad.

No tengo ni idea de si nuestro plan ha funcionado o si solo está deambulando por Moscú, y eso me pone de los nervios.

Estoy borde y seco con todos mis hombres y me centro en la tarea de investigar a mis propios empleados una y otra vez.

Ninguno de ellos ha tenido la oportunidad de volver a cambiar el programa, y no sé dónde buscar, así que empiezo a pensar que fue una secuela persistente de las cagadas de Rodion.

Pero nada de esto, por muy importante que sea, puede distraerme de la preocupación por ella.

Vuelvo a mirar la hora.

Falta una hora para que Katya se ponga en contacto, y mi móvil suena con una llamada de Gavriil.

—¿Qué? —espeto, completamente al límite.

—Hemos interceptado una llamada en ese teléfono que clonamos. Entre Daniil y alguien de más arriba. Te envío la grabación ahora, jefe. Te va a interesar oírla.

La línea se corta y un momento después, el archivo llega como un mensaje de texto.

Lo descargo y le doy al *play*.

El audio es granulado, distorsionado por la distancia o las interferencias.

Pero puedo distinguir voces.

Dos hombres.

Uno es Daniil.

El otro es mayor, su voz más grave.

—…la chica está limpia —está diciendo Daniil.

—Vetrov la ha despedido esta mañana. Todo el mundo lo ha visto. Tiene deudas y no tiene adónde ir.

—¿Y te fías de ella? —pregunta la voz más vieja.

—Confío en que está lo bastante desesperada.

Hay una pausa y luego la voz más vieja dice: —Sometedla a las pruebas habituales. Si las supera, traedla. Necesitamos a alguien dentro.

—¿Y qué hay del otro asunto? —pregunta Daniil.

—Seguimos investigando, pero si lo que hemos oído es cierto, la sangre tira más que el dinero. Es un nombre que vale más que el efectivo. Si ella es quien creen que es, lo usaremos.

Mi pecho se contrae.

Sangre.

Un nombre que vale más que el dinero.

Están hablando de Katya.

Pero ¿qué saben?

La grabación termina.

La reproduzco dos veces, buscando cualquier detalle que se me haya podido pasar.

Pero no hay nada.

Solo la críptica referencia a la sangre y a un nombre.

No le encuentro ningún sentido.

Vuelvo a llamar a Gavriil y, antes de que me salude, ya lo estoy interrogando.

—¿Quién es el otro hombre?

—No lo sé, jefe. La voz no coincide con nadie en nuestra base de datos.

Cuelgo y vuelvo a sentarme, con la mente a toda velocidad.

Saben algo sobre Katya y creen que es valioso.

Es algo que ni yo sé, y eso que hice que una fuente rebuscara todo lo que pudiera sobre ella.

¿Sangre?

¿Un nombre?

Repaso todo lo que sé de ella.

Es una ladrona, una estafadora.

No tiene lazos familiares que haya mencionado, aparte de su madre en Perm, pero eso lo descubrí por mi cuenta.

Ninguna conexión con la Bratva.

Vino a Moscú sola, pasando de un trabajo a otro, de un albergue a otro.

Pero ¿y si hay más?

¿Y si tiene un pasado?

Necesito respuestas, pero primero, necesito mantenerla a salvo.

Me levanto y me acerco a la ventana, descorriendo la cortina lo justo para ver la calle.

Está vacía y tranquila, pero eso no siempre significa nada.

Siempre confío en mi instinto, y ahora me da una mala sensación.

Se me encoge el estómago y me entran ganas de ir a buscarla y traerla de vuelta para hacerle estas importantes preguntas.

Dejo caer la cortina y vuelvo al escritorio.

Ahora la oficina parece más pequeña, las paredes se me echan encima.

Si la gente de Radich sabe algo de Katya que yo no sé, sé que lo utilizarán.

Y si es algo peligroso para ella, nunca me lo perdonaré.

Me paso una mano por la frente y abro mi ordenador.

Es hora de investigar.

Porque sea cual sea este asunto sobre un nombre y dinero antiguo, necesito saberlo.

Y espero que no sea tarde, porque no la voy a perder.

Si esos cabrones le ponen una mano encima…

15

KATYA

Llego al piso franco a las nueve, subiendo las escaleras con la mano aferrada al móvil de prepago que llevo en el bolsillo.

Dimitri ya está aquí, sentado a una mesita con el portátil abierto.

Levanta la vista cuando entro y me recorre con la mirada de la cabeza a los pies.

—¿Algún problema? —me pregunta, apartando un poco el portátil.

—No. —Cierro la puerta a mi espalda y echo la llave.

—Daniil ha enviado un mensaje. Quiere quedar mañana en un café.

Dimitri asiente y teclea algo en el portátil.

—¿A qué hora?

Sus ojos recorren la pantalla mientras me acerco, pero no parece dispuesto a compartir lo que sea que haya en ella.

—A mediodía —le digo, quitándome la chaqueta.

—Bien. —Cierra el portátil, se levanta y se acerca a mí.

—Enséñame el móvil.

Lo saco y se lo entrego, y luego dejo la chaqueta en el respaldo de una silla junto a la mesa.

Revisa los mensajes con los ojos entornados y niega con la cabeza.

Luego me lo devuelve.

—Hoy lo has hecho bien —dice.

—La actuación en el hipódromo ha sido convincente.

—A mí no me lo ha parecido.

Voy hacia el sofá y me dejo caer en los cojines gastados.

—Ha parecido real.

—Por eso ha funcionado.

Se sienta a mi lado, tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo.

—Los Radich creerán que has terminado conmigo. Eso es lo que necesitamos.

Apoyo la cabeza en el respaldo del sofá y me quedo mirando el techo.

—Dios, no dejo de sentir que esto es un error garrafal, que no van a aceptarme.

—Lo harán.

Su confianza debería tranquilizarme, pero no lo hace.

Solo puedo pensar en el sonido de aquellos disparos, en cómo la tierra explotó a mis pies.

Sabía que nunca me dispararía, pero mi sistema nervioso no lo sabía.

Mi cuerpo creyó que iba a morir.

—Duerme un poco —dice Dimitri, poniéndose en pie—. Mañana será más difícil.

No discuto.

Voy a la cama del rincón, me quito los zapatos de una patada y me meto bajo la fina manta.

Dimitri se queda en la mesa, de espaldas a mí, trabajando en su portátil.

El resplandor de la pantalla proyecta un brillo en la pared sobre mí, pero cierro los ojos con fuerza e intento descansar.

El sueño no llega fácilmente.

No intento luchar contra él, pero caigo en un sueño intermitente y agitado, lleno de pesadillas, hasta que finalmente pierdo el conocimiento y consigo descansar.

A la mañana siguiente, me despierto y descubro que Dimitri ya se ha ido.

Hay una nota sobre la mesa, escrita con su afilada caligrafía.

Informa cada hora. No te desvíes del plan. –D

Arrugo la nota y la tiro a la basura.

Luego me ducho, me visto y salgo del piso franco a las once y media.

El café está a veinte minutos en metro, escondido en una callejuela cerca de Arbat.

Cuando llego, Daniil ya está sentado en una mesa del rincón, con una taza de café delante.

Me deslizo en la silla frente a él y entrelazo las manos sobre la mesa.

—Quería verme.

—Así es.

Se echa hacia atrás, estudiándome.

—¿Cómo lo lleva?

—Estoy bien.

—No parece que esté bien. Tiene el aspecto de alguien que acaba de perder su trabajo.

Me encojo de hombros.

—Es que he perdido mi trabajo. Y las deudas no desaparecen solo porque Vetrov me haya despedido. Le debo dinero a él y a otra gente también...

Sigo intentando venderle el numerito, pero no creo que esté funcionando.

Este hombre rastrero me da miedo.

Daniil me sonríe con malicia mientras desliza un sobre por la mesa.

—Su pago.

Le cojo el dinero con las mejillas ardiendo.

Aceptarlo me parece maligno, pero si lo rechazo basándome en mi evidente superioridad moral sobre este monstruo, delataré mi tapadera.

—Gracias, pero esto apenas es suficiente para pagar a Vetrov.

—Por eso quería hablar con usted. Tengo una oportunidad... una forma de saldar su deuda y ganar dinero de verdad al mismo tiempo.

—Lo escucho.

—Mi jefe está buscando a alguien que pueda moverse con libertad. Alguien que sepa cómo opera Vetrov, pero que ya no esté atado a él. Alguien motivado por el dinero, no por la lealtad.

—¿Y cree que esa soy yo?

—Sé que lo es.

Se inclina hacia delante, con los codos sobre la mesa.

—Pero antes de seguir, necesito saber que va en serio. Necesito saber que está dispuesta a hacer lo que haga falta.

Se me revuelve el estómago.

—¿Qué significa eso?

—Significa que tiene que demostrarlo.

Se mete la mano en la chaqueta y saca una pequeña bolsa de plástico.

Dentro hay un fino polvo blanco.

—Esta es su prueba.

Miro fijamente la bolsa, con el pulso disparado.

—¿Quiere que venda esto?

Él suelta una risa sombría y abre la bolsita, metiendo un dedo en ella.

El polvo blanco se le pega a la piel, se lo lleva a la nariz y lo esnifa, y luego sonríe.

—No, querida. Quiero que lo consuma.

Se me revuelve el estómago y siento que la sangre se me va de la cara.

Dimitri no dijo nada sobre consumir drogas.

¿Hasta dónde se supone que debo llegar por él?

Es una locura.

No puedo hacer esto.

—Quiero que demuestre que no es policía ni confidente. O alguien que volverá corriendo con Vetrov en cuanto las cosas se pongan incómodas.

Pone la bolsa sobre la mesa, entre nosotros.

—Haga esto y seguimos adelante. Si se niega, cada uno por su lado. Así de simple.

Bajo la mirada hacia la bolsa, con la mente a toda velocidad.

Dimitri y yo nunca hablamos de esto.

Nunca nos preparamos para esto.

Mi mano se mueve hacia el móvil de prepago en mi bolsillo, pero me detengo.

Si lo saco ahora, si informo, Daniil lo verá.

Lo sabrá.

—No consumo drogas —digo, manteniendo la voz firme—.

Nunca lo he hecho.

—Entonces hoy es un buen día para empezar. —Empuja la bolsa hacia mí—. A no ser que tenga miedo.

—No tengo miedo.

Cojo la bolsa y le doy vueltas en las manos.

—Pero esto no es necesario. Puedo demostrar mi valía de otra manera.

No se lo está tragando.

Es un enfermo retorcido y a saber qué me hará hacer para demostrar que soy de fiar.

Siento el cuerpo como la cuerda de un piano a punto de romperse.

—Esta es la manera. —La sonrisa de Daniil se desvanece—. Lo hace ahora o se va. Esas son sus opciones.

Dejo la bolsa en la mesa, con la mandíbula apretada.

—¿Y si lo hago? ¿Qué pasa después?

—Entonces hablamos del trabajo. Del trabajo de verdad. El que paga cuarenta millones de rublos y la saca de deudas.

Cuarenta millones.

Exactamente lo que debo según el libro de cuentas falso de Dimitri.

Esto es demasiado oportuno.

Demasiado fácil.

Pero no puedo pensar con claridad.

Me da vueltas la cabeza, me tiemblan las manos.

Necesito ganar tiempo.

Necesito averiguar qué hacer.

—Necesito una superficie —digo finalmente.

—Y algo para cortarla.

Daniil vuelve a meterse la mano en el bolsillo y saca un pequeño espejo y una cuchilla de afeitar.

Los pone sobre la mesa y luego se echa hacia atrás, observando.

Abro la bolsa con dedos temblorosos y vierto una pequeña cantidad de polvo sobre el espejo.

Los cristales blancos reflejan la luz, brillando.

Cojo la cuchilla con mano temblorosa y empiezo a cortar rayas.

—Ya ha hecho esto antes —dice Daniil.

—No. —Mantengo la vista en el espejo.

—Pero he visto a gente hacerlo.

Termino de cortar las rayas y dejo la cuchilla.

El corazón me late tan fuerte que lo siento en la garganta.

Miro a Daniil, buscando en su rostro alguna señal de piedad.

Pero no la hay y me siento atrapada.

¿Hasta dónde estoy dispuesta a llegar por Dimitri?

No es que seamos nada el uno para el otro, ¿no?

Podría cortar por lo sano y largarme ahora mismo.

Tengo el colgante de mi madre.

Podría coger el dinero que me ha pagado Daniil, subirme a un autobús para irme de la ciudad y volver a Perm.

—Hágalo —dice él.

—Le he dicho que no consumo drogas.

Me sorprendería que el corazón no me explotara en los próximos cinco segundos.

Va tan deprisa que me estoy mareando.

—Y yo le he dicho que esto no es opcional.

Se lleva la mano a la espalda y saca una pistola.

No me apunta con ella.

Simplemente la deja sobre la mesa, junto al espejo.

—Hágalo. O daré por hecho que también miente sobre todo lo demás.

Se me hiela la sangre.

La pistola descansa ahí, entre nosotros, mientras yo estoy a punto de mearme encima.

Miro por la sala.

Hay otros dos hombres sentados cerca de la puerta.

Nos están observando.

Observándome a mí.

No hay ni puta forma de salir de esta.

Esto ya ha superado el cómo puedo ayudar a Dimitri y me encuentro de lleno en territorio de «sálvese quien pueda».

Literalmente, va a matarme si no esnifo esta coca.

Me inclino hacia delante, con las manos apoyadas en la mesa.

Siento los ojos de Daniil sobre mí, esperando. Cojo el espejo y me lo acerco.

—Necesito un rulo —digo, odiando cómo me tiembla la voz.

Tengo suerte de que el puto espejo no se me caiga de las manos por el temblor.

Daniil me entrega un billete enrollado.

Lo cojo, pero tengo los dedos entumecidos.

Esto está mal.

Todo esto está mal.

Pero si me niego, me matará.

O peor, sabrá que trabajo para Dimitri.

Y entonces me matará a mí y probablemente a Dimitri también.

Me llevo el billete a la fosa nasal y me inclino.

El polvo me quema al inhalar bruscamente y la nariz me empieza a moquear al instante.

Se me llenan los ojos de lágrimas y me echo hacia atrás, boqueando, con la cabeza dándome vueltas.

—Otra vez —dice Daniil.

Me meto la segunda raya.

Luego la tercera.

Para cuando termino, tengo la cara adormecida y el corazón me late más deprisa que hace unos segundos.

Dejo el espejo sobre la mesa, con las manos temblándome sin control.

Daniil aplaude lentamente, un sonido burlón que atraviesa el pitido de mis oídos.

—Bien hecho. Ha aprobado.

Me limpio la nariz con el dorso de la mano, intentando calmar la respiración.

El mundo se inclina.

Las luces son demasiado brillantes.

Todo parece nítido y está mal.

—Ahora hablemos de negocios —dice Daniil, guardándose la pistola en el bolsillo.

—Le va a entregar un mensaje de mi parte. A Dimitri Vetrov.

Parpadeo, intentando enfocar.

—¿Qué? ¿Por qué a él?

Mi cerebro no funciona bien. Soy hiperconsciente de todo: los colores de la sala, lo brillante que es la luz, el roce de mi ropa en la piel.

—Sí, Vetrov… ¿Hay algún problema? —pregunta, y ahora recoge el espejo y la bolsita.

—N-no… ¿Cuál es el mensaje?

—Va a decirle que se le ha acabado el tiempo. Que vamos a por nuestra venganza. Que puede correr, pero no se salvará.

Daniil se inclina hacia delante, con una mirada gélida.

—Entregue ese mensaje y le pagaremos cuarenta millones de rublos. Si lo hace bien, tendremos más trabajo para usted. Mejor trabajo. Un trabajo que paga aún más.

Me da vueltas la cabeza.

No puedo pensar con claridad, me vienen demasiados pensamientos a la vez.

Las cifras se desdibujan en mi mente.

Cuarenta millones.

Más trabajo.

Mejor paga.

Es demasiado fácil.

Demasiado sencillo.

Pero no consigo entender por qué.

Mis pensamientos están dispersos, mi concentración fragmentada.

—¿Por qué yo? —pregunto, con la voz pastosa.

—Porque lo odia. Porque la desechó. Porque quiere venganza tanto como nosotros. —Daniil se levanta y deja unos cuantos billetes sobre la mesa para pagar el café.

—Tiene hasta mañana por la noche. Entregue el mensaje y luego llámeme. Tendré su dinero preparado.

Camina hacia la puerta y se detiene para volverse a mirarme.

—No la cague, Katya. Es su única oportunidad.

Luego se va, y me quedo sola en la mesa con la cabeza palpitándome y el corazón latiéndome demasiado deprisa.

Saco el móvil de prepago, con los dedos torpes.

Necesito llamar a Dimitri y contarle lo que ha pasado.

Pero las manos no me responden.

El móvil se me escapa de las manos y cae sobre la mesa con un estrépito.

Lo vuelvo a coger, obligando a mis dedos a funcionar, y marco su número.

Suena una vez.

Dos.

Entonces su voz suena al otro lado de la línea, cortante y enfadada.

—¿Dónde estás?

—En la cafetería —consigo decir—. Daniil… me ha obligado a…

—¿A qué te ha obligado? —Su voz se vuelve más aguda.

—Habla conmigo, Katya.

—Drogas. Me ha obligado a drogarme. —Las palabras salen atropelladamente, apenas coherentes.

—Tenía una pistola. No podía…, no podía negarme.

Se produce un silencio y luego dice:

—¿Estás herida?

—No. Solo que… todo está mal. Mi cabeza no va bien.

—Quédate donde estás. Voy para allá.

—No. —Aprieto el móvil con más fuerza.

—Quiere que le entregue un mensaje. A ti. Dijo que tu tiempo se ha acabado. Que vienen a por su venganza.

Se produce otro silencio y parece cargado de significado.

—¿Y te paga por entregar este mensaje?

—Cuarenta millones de rublos.

—Eso es lo que debes…

—Lo sé. —Se me quiebra la voz.

—Sé que es demasiado fácil. Pero no puedo pensar. No puedo…

—Escúchame. —Su voz es firme ahora, me ancla a la realidad.

—Vas a salir de la cafetería y a caminar tres calles hacia el este hasta la farmacia de la esquina. Me reuniré contigo allí en quince minutos. ¿Entendido?

—Sí.

—Repítemelo.

—Tres calles al este. Farmacia. Quince minutos.

—Bien. Vete ya.

La línea se corta y me levanto, con las piernas inestables.

La sala se inclina mientras camino hacia la puerta.

Los dos hombres que están cerca de la entrada me ven marchar, y resulta un poco espeluznante.

Pero estoy empezando a sentirme más viva de lo que me he sentido en años.

Como si cada célula de mi cuerpo hormigueara de vida.

Fuera, el aire es fresco y ayuda un poco.

Empiezo a caminar, contando las calles hasta que la farmacia aparece en la esquina, con su cruz verde brillando bajo la luz de la tarde.

Empujo la puerta y me quedo cerca del fondo, fingiendo mirar las estanterías.

Todavía me tiemblan las manos y el corazón sigue acelerado.

Las sustancias químicas en mi organismo no se están desvaneciendo.

Se están acumulando, haciendo que todo sea demasiado.

Cuando la puerta se abre y Dimitri entra, sus ojos me encuentran inmediatamente.

Cruza el espacio en tres zancadas, me agarra del brazo y me dirige hacia la salida trasera.

Tropiezo tras él mientras me arrastra por el almacén de empleados, pasando junto a unas cuantas personas que parecen confusas y empiezan a gritarnos, y luego hacia un cartel que dice claramente *Salida*.

—Vamos —dice.

Salimos al callejón detrás de la farmacia, me suelta el brazo y se vuelve para mirarme con una expresión de preocupación en su rostro.

—¿Cuánta te has metido? —pregunta.

—No lo sé.

Maldice en voz baja, luego me acerca a él, inclinando mi cabeza hacia atrás para examinarme los ojos.

—Tienes las pupilas dilatadas. Necesitas agua. Y tiempo.

—No tengo tiempo. —Me aparto de él—. Dios, me encuentro mal.

—Tenemos tiempo, Katya.

Me coge de la mano, con un agarre firme.

—Pero primero, vamos a llevarte a un lugar seguro.

—¿Al piso franco?

—No. A otro sitio. Un sitio que no puedan rastrear.

Empieza a caminar, tirando de mí.

—Pégate a mí. No me sueltes la mano.

No discuto.

Dejo que me guíe por los callejones, por calles secundarias que no reconozco.

Siento las piernas pesadas, mis pensamientos dispersos.

Pero su mano es firme, y me aferro a ella.

Esto se ha descontrolado por completo y no creo que pueda seguir haciéndolo.

No le estoy consiguiendo información.

Solo me estoy poniendo en riesgo para nada.

Mi libertad no vale nada si estoy muerta, pero si no termino esto, uno de ellos acabará conmigo.

16

DIMITRI

No puedo dejar de imaginar a Katya con una aguja en el brazo o pastillas en la mano.

Daniil va a pagar muy caro por haberla obligado a hacer esto.

Debería haberla preparado mejor.

Debería haber sabido que intentarían ponerla a prueba u obligarla a hacer cosas que de otro modo nunca haría.

Tengo suerte de que no haya sufrido una sobredosis o de que no hayan intentado que matara a alguien.

Ahora está despatarrada en el sofá, con los ojos demasiado brillantes y los movimientos bruscos y descoordinados.

Las drogas siguen en su organismo y la tienen inquieta.

No para de tamborilear con los dedos en el muslo, un ritmo rápido que me saca de quicio.

—Para —le digo, pellizcándome el puente de la nariz.

Estoy de mal humor.

Mi plan no está saliendo bien.

No soy un hombre que pierda el control de las cosas, y esto se me está yendo completamente de las manos.

—¿Parar el qué? —Su voz es cortante y hostil.

—De moverte. De hablar. De existir en ese estado.

Se ríe con amargura mientras me mira entrecerrando los ojos.

—Tú me has puesto en este estado. Tú y tu puto plan brillante.

—Yo no te obligué a tomar las drogas —le espeto, porque estoy perdiendo los estribos.

Verla tan descontrolada me está destrozando por dentro.

Esto no está bien.

No se suponía que saliera así, y ella no es más que un puto activo.

No debería importarme, pero me destruye saber que casi la matan por mi culpa.

—No. Lo hizo Daniil. A punta de pistola.

Se levanta de golpe, tambaleándose.

—Pero tú me enviaste allí. Me enviaste a esa cafetería sabiendo lo que podrían hacer.

—No lo sabía...

—¡Pues deberías haberlo sabido! —grita ahora, con las manos apretadas en puños.

—¡Deberías haberlo sabido, joder!

Las lágrimas asoman a sus ojos, pero está tan enfadada que no creo que ni siquiera se dé cuenta.

Cruzo la habitación en dos zancadas y la agarro por los hombros.

Intenta zafarse, pero la sujeto con firmeza, obligándola a mirarme.

—Dime exactamente qué has tomado —digo.

—¿Cuánto?

—¿Por qué? ¿Para que puedas calcular cuánto tardaré en volver a ser útil?

—Para saber que no te vas a morir delante de mí.

Ahora me estoy poniendo sensible, y normalmente lo mantengo a raya.

—Dímelo ya.

Su desafío se resquebraja.

Se desploma entre mis brazos, con los ojos llenos de lágrimas.

—Tres rayas. Quizá cuatro. No lo sé. Todo pasó muy rápido. Tenía la pistola sobre la mesa y esos hombres estaban mirando y no pude... No se me ocurrió otra cosa.

—Mierda... ¿Coca? —le pregunto, y ella asiente mientras solloza.

Le suelto los hombros y le llevo las manos a la cara para secarle las lágrimas.

—¿Qué más dijeron?

—Quieren que te entregue el mensaje. A ti. Que se te ha acabado el tiempo. Que vienen a vengarse. —Sus palabras se atropellan, frenéticas.

—Me pagarán cuarenta millones de rublos. Han dicho que si lo hago bien, me darán más trabajo. Mejor trabajo.

—Sí, ya me lo has dicho... —Estoy frustrado, pero no es culpa suya que tenga la mente confusa.

—¿Y le crees?

—No sé qué creer. Tengo la cabeza hecha un lío. Todo es un puto lío.

Se aparta de mí, paseando por la pequeña habitación.

—Pero tengo que hacerlo. Tengo que entregar el mensaje o sabrán que miento.

Y ahora vuelve a decir cosas sin sentido.

Ya me ha entregado el mensaje, pero el pánico persiste, una señal segura de que era de la buena.

La he probado un par de veces y sé exactamente lo jodida que se siente.

La observo moverse, su andar es irregular, su respiración demasiado rápida.

Se va a venir abajo, y si la envío de vuelta con ellos ahora, se darán cuenta.

Sabrán que algo va mal.

—Te saco de esto —digo.

Se detiene y se gira para mirarme.

—¿Qué?

—Has terminado. Te saco de la operación.

—No.

Su voz es baja, peligrosa.

—No puedes.

—Sí que puedo. Y lo haré. —Avanzo hacia ella.

—Esto ha ido demasiado lejos. Te han obligado a drogarte. Te amenazaron con matarte si no lo hacías. No voy a enviarte de vuelta a eso.

—Tú no decides.

Da un paso adelante, acortando la distancia entre nosotros.

—Teníamos un trato. Yo hago el trabajo, tú me dejas ir. Ese era el acuerdo.

—El acuerdo no incluía que te envenenaran.

—Me da igual.

Vuelve a gritar, con la cara sonrojada.

—Quiero mi libertad. Me prometiste mi libertad.

—La tendrás. Después de que termine esto a mi manera.

—No. —Katya me escupe en la cara en un gesto tan chocante que casi le doy un guantazo.

Me quedo inmóvil.

La saliva me resbala por la mejilla.

No me muevo ni respiro mientras contengo mi rabia y me obligo a no reaccionar ante ella.

Está irracional por las drogas y nada más.

No lo dice en serio.

Pero entonces empieza a quitarse la ropa.

Su chaqueta cae al suelo.

Su camisa la sigue.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

—Terminar el trato. —Se quita las botas de un tirón y luego los pantalones.

Se queda de pie frente a mí, solo en ropa interior, con el cuerpo temblando.

—Dijiste que tenía que follar contigo para ganarme la libertad. Pues aquí estoy. Acabemos con esto de una vez.

—Eso no es...

—¿Me quieres? —Se lleva la mano al sujetador y lo desabrocha.

—Pues cógeme. Fóllame. Y luego déjame ir. No puedo terminar el trabajo de verdad, así que te follaré otra vez. ¿Te parece suficiente, Vetrov? Fóllame otra vez y déjame ir a casa.

El sujetador cae y ahora está desnuda de cintura para arriba, con la piel sonrojada y el pecho agitado.

Cuando sus dedos se deslizan por la cinturilla de sus bragas, empiezo a tensarme.

¿Va en serio?

—Lo haré otra vez —dice, con la voz quebrada.

—Dejaré que me folles ahora mismo si me dejas marchar esta noche. Ese es el trato, ¿no? ¿Mi cuerpo por mi libertad?

—Para.

La agarro por las muñecas antes de que pueda quitarse la última prenda.

—Para ya.

—¿Por qué?

Las lágrimas le corren por la cara, calientes y furiosas.

—¿No es esto lo que querías? ¿Yo tumbada boca arriba, haciendo lo que me digas?

—No. —La atraigo hacia mí, abrazándola con fuerza mientras ella se resiste.

—Eso no es lo que quiero.

—¿Entonces qué quieres?

Solloza, su cuerpo tiembla contra el mío.

—¿Qué coño quieres de mí?

El grito desgarrado sale de su pecho y no tengo una respuesta.

O quizá sí la tengo, pero no puedo decirla en voz alta.

La siento en el sofá y me arrodillo frente a ella.

Tiene la cara surcada de lágrimas, los ojos desorbitados y desesperados.

—Quiero que estés a salvo —digo.

—Katya, para mí no eres una puta barata.

—Mentiroso.

Pero su voz ha perdido el filo.

Levanto la mano y le seco las lágrimas de las mejillas.

—Te saco de esto porque hoy casi te matan por mi culpa. No porque no crea que puedas hacerlo, sino porque no puedo ver cómo te destruyes por mi venganza.

—Estás mintiendo. Eres un aprovechado y un cerdo, igual que ellos...

Las lágrimas no dejan de brotar y me estoy rompiendo por dentro.

Mi corazón nunca se ha sentido así.

Es tan pura, tan dispuesta, y yo casi la he destruido en el proceso de intentar liberarme de lo que me ha estado atormentando durante

décadas.

La estoy viendo con otros ojos y odio lo que veo ahora porque se ha convertido en algo completamente distinto al tesoro que vi en ella al principio.

—No miento, Katya. Quiero protegerte, y no puedo hacerlo si esto es lo que van a hacerte.

Le ahueco las mejillas con las manos y le paso los pulgares por los pómulos empapados.

Me mira fijamente, con la respiración todavía agitada.

—Necesito mi libertad.

—Lo sé.

—Necesito terminar esto para poder conseguir mi libertad.

—Sé que crees que…

—Entonces déjame. —Levanta las manos y me agarra la camisa.

—Por favor. Déjame terminarlo.

La miro… la miro de verdad.

Todavía tiene las drogas en el cuerpo, lo que la vuelve temeraria.

Pero debajo de eso, hay algo más.

Determinación.

Desesperación.

Una necesidad de demostrar su valía que va más allá de nuestro trato.

Quiere demostrarme lo que vale por alguna jodida y divina razón, y odio esa idea.

—Katya…

—¿Vale? —gimotea, pero es que no puedo.

No dejaré que se ponga en peligro otra vez.

Me pongo de pie, levantándola conmigo.

Se tambalea y la cojo para estabilizarla.

Su piel está caliente bajo mis manos; su cuerpo sigue temblando.

—Te odio —susurra.

—Lo sé.

—Odio lo mucho que te necesito.

—Lo sé.

Me mira, sus ojos escudriñan los míos.

—Y odio que seas la única persona que me hace sentir segura.

Sé que no lo dice en serio.

Y no me gusta que siga luchando contra mí.

—Odio lo mucho que te has metido bajo mi piel —admito—. Odio no poder dejarte marchar.

Se le corta la respiración.

Entonces me besa, desesperada y hambrienta.

Le devuelvo el beso y enredo las manos en su pelo.

Sus labios se estrellan contra los míos como una puta tormenta, todo dientes, lengua y el regusto amargo de la mierda que Daniil le ha metido en el cuerpo.

No puedo apartarme… Diablos, es que no quiero.

Hundo más los dedos en su pelo, echándole la cabeza hacia atrás para colocar su boca bajo la mía, devorándola como si fuera lo único

que me impidiera desmoronarme.

Está medio desnuda, sus tetas al aire se aprietan contra mi camisa, con los pezones duros.

Siento su calor, la forma en que su cuerpo sigue vibrando por la coca, haciendo que cada roce sea eléctrico.

Gime en mi boca, sus manos arañan mi camisa, clavando las uñas como si quisiera abrirme en canal.

—Dimitri —jadea cuando rompo el beso para arrastrar los dientes por su cuello, mordiendo lo bastante fuerte como para dejar marcas.

—Fóllame. Hazme daño.

Gruño contra su piel y la empujo de vuelta al sofá.

Aterriza con un golpe sordo, con las piernas abiertas de par en par, y sus bragas son lo único que se interpone entre nosotros.

Tiene los ojos desorbitados, las pupilas dilatadas por las drogas, pero hay fuego en ellos: pura necesidad sin filtros.

Me quito la camisa de un tirón, la lanzo a un lado y me arrodillo entre sus muslos.

Le agarro las caderas, hundiendo los pulgares en la carne blanda, amoratándola porque necesito marcarla como mía, aunque solo sea por este jodido momento.

—Abre más las piernas —ordeno.

Lo hace. Engancha una sobre el brazo del sofá, exponiéndose a través del fino encaje.

Veo la mancha de humedad, huelo su excitación mezclada con el sudor de su piel. Engancho los dedos en sus bragas y se las arranco; la tela se rasga con un chasquido seco.

Chilla, pero no de dolor.

Es de hambre.

Su coño está resbaladizo e hinchado, pidiéndolo a gritos.

No me ando con rodeos.

No estoy de humor para jueguecitos.

Me inclino y entierro la cara entre sus muslos, hundiendo la lengua profundamente en sus pliegues, lamiéndola como un hombre hambriento.

Sabe a pecado, salado y dulce. Sus jugos me cubren la barbilla mientras le chupo el clítoris.

Sus caderas se arquean hacia arriba, moliéndose contra mi boca, y entrelaza los dedos en mi pelo, atrayéndome más cerca.

—Oh, Dios, sí… ahí mismo, cabrón —sisea. Le meto dos dedos y los curvo para tocarle ese punto que la hace arquearse sobre los cojines.

Está mojada, apretándose a mi alrededor, sus paredes palpitan como si ya estuviera al borde.

Los bombeo más rápido, mi lengua chasqueando rítmicamente contra su clítoris, sintiendo cómo su cuerpo se tensa y tiembla.

Se corre con fuerza, gritando mi nombre, sus muslos se cierran alrededor de mi cabeza como un tornillo de banco.

No me detengo, la acompaño, succionando cada estremecimiento hasta que jadea y se queda lacia.

Cuando me aparto, tengo la cara manchada de ella y me mira como si quisiera devorarme entero.

—Levántate —ordeno mientras me pongo de pie y me desabrocho el cinturón.

Mi polla está tensa contra mis pantalones, deseando estar dentro de ella.

Se pone en pie a toda prisa, todavía temblorosa por el subidón y el orgasmo, pero no duda.

Sus manos buscan a tientas mi cremallera, la bajan y me quitan los pantalones y los calzoncillos de una sola vez.

Mi polla salta, dura como una roca, con una gota de preseminación en la punta.

Me la rodea con la mano, acariciándome con brusquedad, su agarre es lo bastante fuerte como para hacerme sisear.

—¿Quieres este coño? —se burla—. Pues cógelo. Fóllame como si fuera tuya.

La hago girar y la doblo sobre el brazo del sofá.

Su culo está en pompa, perfecto y redondo. Le doy un azote fuerte; el chasquido resuena en la habitación.

Jadea, empujando hacia atrás contra mí.

—Otra vez —exige.

La complazco con otra bofetada, viendo cómo su piel florece en rojo bajo mi palma.

Luego le cojo las caderas y alineo mi polla con su entrada.

Está chorreando, lista, y embisto con una estocada brutal, hundiéndome hasta la empuñadura.

Joder, está tan estrecha… caliente y aterciopelada a mi alrededor, apretando como si estuviera hecha para esto.

—Mierda, Dimitri… más fuerte —ruega.

Me retiro casi por completo y vuelvo a embestir, marcando un ritmo de castigo.

El sonido de la piel chocando contra la piel llena el aire, mezclado con sus gemidos y mis gruñidos.

La rodeo con el brazo, le pellizco el pezón entre los dedos, retorciéndolo lo justo para que grite.

—Estás jodidamente mojada por mí —gruño.

—¿Era esto lo que necesitabas? ¿Mi polla abriéndote de par en par?

—Sí… joder, sí —gimotea.

Le meto una mano en el pelo, lo enrosco en mi puño y le echo la cabeza hacia atrás.

Arquea el cuello, dejando al descubierto la columna de su garganta, y desearía poder morderla.

Se está apretando a mi alrededor, su cuerpo vuelve a temblar, se está gestando otro orgasmo.

Lo noto en cómo se pone rígida, en cómo su respiración se vuelve entrecortada.

Deslizo mi mano libre por su vientre, encuentro su clítoris y lo froto en círculos una y otra vez.

—Córrete para mí otra vez —exijo.

—Exprímeme, Katya.

Se hace añicos, su coño se contrae espasmódicamente a mi alrededor, atrayéndome más hacia dentro.

No bajo el ritmo, la follo mientras dura; los sonidos húmedos son obscenos y me están volviendo loco.

Cuando se desploma hacia delante, agotada, me retiro y la pongo boca arriba en el sofá.

Me subo a ella, le engancho las piernas sobre mis hombros, doblándola por la mitad.

Sus ojos se clavan en los míos mientras me hundo de nuevo, más profundo esta vez, golpeando ángulos que la hacen jadear.

—Mírate —murmuro.

—Aceptando mi polla como una buena guarrilla.

—Cállate y fóllame —espeta, pero sus uñas me arañan la espalda, sacando sangre, incitándome a seguir.

Acelero el ritmo, embistiéndola, el sofá cruje bajo nosotros.

El sudor de mi frente gotea sobre sus tetas y me inclino para lamerlo, succionando un pezón en mi boca mientras pellizco el otro.

Sus manos están por todas partes: arañándome los hombros, agarrándome el culo para que entre más profundo.

—Más profundo… Dios, Dimitri, destrózame —gime.

Y lo hago.

La follo como si fuera el fin del mundo, de forma cruda e implacable, nuestros cuerpos resbaladizos y chocando.

La presión aumenta en mis huevos y sé que estoy cerca.

Ella lo presiente y aprieta las piernas a mi alrededor.

—Dentro —susurra con ojos fieros.

—Llénname.

Eso es todo lo que hace falta.

Embisto una última vez, hundiéndome profundamente mientras me corro, derramándome caliente y espeso dentro de ella.

Chorro tras chorro, palpitando en su coño, marcándola de dentro hacia fuera.

Se contrae a mi alrededor, extrayéndolo todo; sus propias réplicas ordeñan cada gota.

Me derrumbo sobre ella, ambos jadeando, con los cuerpos enredados y pegajosos.

A medida que la neblina se disipa, la realidad vuelve a estrellarse contra mí. Estoy sin aliento, empapado en sudor mientras la sujeto, y ella sigue colocada hasta las cejas.

Pero los Radich han dejado las cosas claras.

Vienen a por mí y, de ahora en adelante, no se andarán con rodeos.

Y no puedo permitir que Katya quede atrapada en medio.

¿Qué coño voy a hacer?

17

KATYA

Tengo el cuerpo hecho polvo, deshidratada y dolorida.

El corazón no para de latirme demasiado deprisa y siento como si hubiera corrido una maratón.

Dimitri y yo estuvimos despiertos hasta tarde y nos dormimos aún más tarde.

Tengo el coño destrozado, pero se me escapa una sonrisa al pensar en lo increíblemente bien que me hace sentir ese hombre.

Casi me siento mal por seguir queriendo volver a casa, a Perm.

Estoy tumbada en la cama, aún desperezándome, mientras escucho los sonidos del piso franco.

Dimitri ha salido de la cama hace treinta minutos, pero ahora, cerca del mediodía, sé que tengo que levantarme o desperdiciaré todo el día.

Así que, cuando mi móvil vibra, me doy la vuelta, lo cojo y veo el mensaje de mi contacto de Radich.

Daniil 11:57: A las 14:00 h en el almacén de Volzhskaya. Trabajo más grande. Mejor paga.

Me quedo mirando el mensaje, con el pulgar suspendido sobre la pantalla.

Dimitri está en la ducha; oigo el agua correr en el baño.

Debería esperar y enseñarle el mensaje primero.

Pero una corazonada me dice que este es el momento por el que hemos estado trabajando.

Envío una respuesta rápida.

Katya 11:58: Allí estaré.

Cuando Dimitri sale, con una toalla alrededor de la cintura, yo ya estoy vestida y preparándome mentalmente para la reunión.

Le enseño el móvil y él entorna los ojos para leerlo.

—Daniil quiere quedar. A las dos. En un almacén en Volzhskaya.

Su expresión se ensombrece.

—Ese es territorio de Radich…, muy en el corazón del territorio de Radich.

Parece dudar, sobre todo después de lo que pasó ayer, y lo entiendo perfectamente.

Yo estuve paranoica todo el tiempo, pensando en cómo ese hombre podría haberme dado una sobredosis.

Pero no pasé por eso para nada.

Ahora estamos muy cerca.

—Lo sé —le digo—, y sé que vas a decir que no, pero no tienes elección. Puedo hacerlo, Dimitri. Estamos muy cerca de tener tu respuesta.

Me guardo el móvil en el bolsillo y observo cómo su rostro se contrae en un gesto sombrío.

—No vas a ir sola —gruñe, pero ahora no protesta.

Anoche todo era: «No vuelves nunca más, tengo que protegerte, vas a conseguir que te maten» y hoy, ¿ninguna protesta?

No me molesta en absoluto.

Soy mayorcita y esto es lo que elijo hacer.

No sé por qué estoy tan convencida ahora, sobre todo después de todo, pero en el fondo, sé que puedo hacerlo.

Y acepté el trato, así que, en cierto modo, me siento obligada.

Pero es más que eso.

Oír a Dimitri hablar de su pasado y sincerarse conmigo sobre cómo mató a uno de sus hombres y cómo lo han estado persiguiendo desde entonces me llegó.

Sentí que los dos teníamos mucho en común.

No siento lástima por él.

No es eso.

Es más bien que me importa…

Como si empezara a importarme de verdad lo que le pase y si es capaz de defenderse y vengarse de ellos por acosarlo y atacarlo durante tanto tiempo.

—Tengo que ir sola —gruño, poniéndome la chaqueta y revisando los bolsillos.

—Si aparezco con refuerzos, lo sabrán.

—Entonces te seguiré. Lo bastante cerca para intervenir si las cosas se tuercen.

—Vale.

Me dirijo hacia la puerta, pero él me agarra del brazo.

—Espera.

Desaparece en el armario y regresa con un pequeño micro.

—Levántate la camiseta —me ordena.

Lo hago, y me pega el micro a las costillas con cinta adhesiva. Sus dedos se mueven con cuidado sobre mi piel.

Cuando termina, me baja la camiseta y comprueba la conexión en su móvil.

—Di algo —me dice, así que balbuceo unos cuantos sonidos incoherentes y él pone los ojos en blanco.

—¿En serio?

Me río de él y levanto una ceja.

—Estaré bien —digo claramente, y él asiente.

—Bien. Te oigo alto y claro.

Me agarra por los hombros.

—Quédate en lugares públicos el mayor tiempo posible. No dejes que te lleven a ningún sitio aislado. Si lo intentan, corre. ¿Entendido?

—Entendido.

—Y si algo te parece raro…

—Joder, Dimitri… Corro. Ya lo sé.

Me aparto de él.

—Tengo que irme. Quiero llegar antes que ellos para poder verlos llegar. Ya sabes cómo va esto.

Tengo dos horas hasta que quieran quedar, pero reconocer el terreno es esencial para una buena jugada.

No me suelta de inmediato.

Sus ojos buscan los míos, y veo algo que no había visto antes.

Miedo.

Los hombres como Dimitri Vetrov no tienen miedo.

Pueden tener preocupaciones, pero sus rostros son siempre una máscara de seria concentración o de ira.

Me inquieta un poco, pero mantengo la calma.

—Estaré bien —le digo.

Él asiente, pero no parece convencido.

—Katya… —dice, pero yo ya voy de camino a la puerta.

—¿Mmm? —Me vuelvo para mirarlo, todavía envuelto en una toalla, con gotas de agua perlando su pecho.

Joder, es increíblemente sexi y me siento muy en conflicto cada vez que lo miro.

Él es fuego y hielo y yo soy una mujer embriagada de su sexo.

Haría cualquier cosa por la forma en que me hace sentir, incluso correr riesgos estúpidos como el que estoy a punto de tomar.

—Ten cuidado. Estaré justo detrás de ti.

—Sí —digo, forzando una sonrisa.

Luego salgo a parar un taxi.

El almacén está en las afueras de la ciudad, rodeado por una valla de tela metálica y solares vacíos.

Llego demasiado pronto y recorro el perímetro para hacerme una idea de dónde me meto.

Dos hombres están de pie cerca de la entrada, fumando.

Me ven acercarme, pero no se mueven.

Paso de largo y doy unas cuantas vueltas más antes de decidir que es hora de ir al grano.

—He venido a ver a Daniil —digo, acercándome a ellos directamente en lugar de andarme con más rodeos.

Uno de ellos hace un gesto con la cabeza hacia la puerta.

—Dentro.

Empujo la puerta de metal oxidado y entro en un espacio cavernoso.

El techo es alto, con claraboyas rotas que dejan pasar haces de luz polvorienta.

Hay cajas apiladas a lo largo de las paredes.

En el centro del suelo, Daniil está de pie con otros tres hombres.

Sonríe al verme.

—Has venido.

—¿Dijiste mejor paga? Me interesa.

Me meto las manos en los bolsillos de los vaqueros e intento actuar con naturalidad mientras estudio sus caras.

No reconozco a los hombres nuevos, pero el trabajo no se hará si no trabajo con extraños.

Puede que uno de estos hombres sepa quién ha estado persiguiendo a Dimitri y mi trabajo es averiguarlo.

—Bien. —Señala a los hombres a su lado—. Estos son mis socios. Querían conocerte antes de seguir adelante.

Asiento hacia ellos, manteniendo una expresión neutra.

Uno es mayor, con el rostro surcado de arrugas y duro.

Los otros dos son más jóvenes, de ojos fríos.

—Hablemos de negocios —digo.

—Por supuesto. —Daniil se acerca, con las manos en los bolsillos—. Pero primero, tenemos que asegurarnos de que estás limpia.

El estómago me da un vuelco.

—¿Qué?

—Procedimiento estándar. Lo entiendes.

Hace un gesto a los hombres más jóvenes.

—Cacheadla.

Se mueven rápido.

Uno me agarra de los brazos, sujetándomelos a la espalda.

El otro pasa las manos por mi cuerpo.

Me manosea las tetas, apretándolas con una brusquedad innecesaria, y me agarra la entrepierna también.

Cuando hago una mueca de dolor y le lanzo una mirada de desprecio, vuelve a mi pecho y encuentra el micro de inmediato.

—Lo tengo —dice, arrancándolo.

Un dolor intenso me recorre las costillas cuando la cinta adhesiva me arranca la piel.

Reprimo un grito, pero la situación cala lentamente en mí.

No tenía ni idea de que iban a buscarme un micro.

Nunca lo había hecho antes.

Daniil sostiene el micro en alto, examinándolo.

—Interesante. ¿A quién le estabas transmitiendo, Katya?

—A nadie. —Mi voz es firme, aunque el pulso se me acelera—. Solo estaba grabando para mis propios archivos. Por protección…

Incluso mientras digo las palabras, siento que me estoy quebrando.

No estaba preparada para esto en absoluto.

Pensaba que entraría aquí, conseguiría el trabajo y me iría, quizá haría algunas preguntas sobre la deuda de Dimitri con ellos y obtendría algunas respuestas.

No esto.

—Mentirosa.

Tira el micro al suelo y lo aplasta bajo su bota.

—Llevadla a la parte de atrás.

—Espera… —protesto, pero ya me están arrastrando.

Intento soltarme, pero me sujetan con demasiada fuerza.

Me arrastran por el almacén, más allá de pilas de cajas, hasta una habitación más pequeña en la parte trasera.

La puerta se cierra de golpe detrás de nosotros.

—¡Soltadme, cabrones de mierda! —gruño mientras intento patearlos.

Los hombres se ríen y se burlan de mí en ruso, y no puedo hacer nada contra ellos.

Incluso uno contra uno son demasiado fuertes, pero tres contra una es un suicidio a manos de matones. No puedo seguir luchando.

Dentro, el espacio está vacío, a excepción de una única silla en el centro y una mesa metálica contra la pared.

Sobre la mesa hay una linterna, con el haz de luz apuntando al techo.

Me empujan hacia la silla.

Intento levantarme, pero uno de ellos me obliga a sentarme de nuevo, con la mano en mi hombro.

—Quieta —gruñe.

—¡No podéis retenerme aquí, joder! ¡Soltadme! —grito, y el primer hombre sale.

Pero antes de que pueda volver a incorporarme, entra el hombre mayor con una carpeta.

La deja sobre la mesa y luego se gira para mirarme.

—¿Ekaterina Morozova? —pregunta, y su forma de enarcar una ceja me confunde.

—Ese no es mi nombre —le digo sin rodeos, pero él solo suelta una risita.

—¿No lo es? —Abre la carpeta y saca un documento—.

Tengo este certificado de nacimiento expedido en Perm. Nombre de la madre: Anzhela Volsky. Nombre del padre: Lyovik Morozov.

Miro fijamente el papel, con la mente hecha un lío.

—No sé de qué me habla.

Ese es el nombre de mi madre, pero me dijo que mi padre estaba muerto.

Dijo que había muerto antes de que yo naciera, en un trágico accidente.

—¿No lo sabe?

Saca otro documento.

Es la foto de un hombre que no he visto en mi vida, de pie junto a una mujer que es idéntica a mi madre.

—Este es su padre. Lyovik Morozov. El Pakhan de la familia Morozov. Ya está muerto, pero su linaje sigue vivo. A través de usted.

—Está loco.

Siento como si hubiera vuelto a tomar aquellas drogas y por un momento me pregunto si he soñado que estaba sobria, que he follado esta mañana con Dimitri antes de que se metiera en la ducha.

Pero sé que no es así.

Entonces me pregunto si me han drogado ellos, si de alguna manera, cuando no estaba prestando atención, me han soplado algún tipo de droga en la cara, o si me la han administrado mientras me registraban.

¿Es esto una alucinación?

—¿Lo estoy?

Deja la foto y se apoya en la mesa.

—Hemos sabido quién es usted desde el momento en que entró en esa sala de juego, Katerina. Hemos estado esperando a ver cuál sería la jugada de Dimitri. Si lo sabía. Si la estaba utilizando.

—No sé de qué me habla.

Mi voz se eleva, y el pánico se va apoderando de mí.

—Me llamo Katya Volsky. Soy una ladrona. Una estafadora. Nada más. Ya no trabajo para Vetrov.

—Usted es una Morozova.

Se acerca, su sombra se proyecta sobre mí, y niega con la cabeza como si no se creyera ni una palabra de lo que digo.

—Y eso la hace valiosa. Para nosotros. Para los Vetrov. Para cualquiera que quiera tener poder en esta ciudad.

Uno de los hombres más jóvenes que ha entrado con él avanza, sacando una cuerda del bolsillo.

Me agarra las muñecas, retorciéndomelas detrás de la silla.

Forcejeo, pero él es más fuerte.

La cuerda se me clava en la piel mientras me ata con fuerza.

—Suélteme —exijo.

—Todavía no.

El hombre mayor coge la linterna y la enciende.

Me apunta directamente a los ojos.

Me estremezco y giro la cabeza, pero él me agarra la mandíbula y me obliga a mirar la luz.

—Háblenos de los Vetrov —dice—.

¿Qué saben ellos de usted?

—Nada. No saben nada. ¿De qué coño me habla? No hay nada que saber…

—Respuesta equivocada.

Me suelta la mandíbula, asiente hacia uno de los más jóvenes, y el golpe llega rápido.

Su palma impacta contra mi mandíbula y me gira la cabeza hacia un lado.

El dolor explota en mi cara y saboreo la sangre.

—Inténtelo de nuevo —dice el hombre mayor—.

¿Qué sabe Dimitri?

—Nada —jadeo—.

No sabe nada. Por favor.

Otro golpe, esta vez en el otro lado.

Me pitan los oídos.

Se me nubla la vista.

—Miente.

El hombre mayor se agacha frente a mí, con su cara a la altura de la mía.

—La ha estado utilizando. Eso lo sabemos. Lo que no sabemos es si es consciente de quién es usted en realidad.

—Soy Katya —sollozo.

Mi voz es apenas un susurro.

—No lo sabía. No hasta que usted me lo acaba de decir. Por favor, tengo familia en Perm. Solo quiero irme a casa.

Me estudia durante un largo momento y luego se levanta.

—Quizá diga la verdad. Quizá no. De cualquier modo, tenemos lo que necesitamos.

Uno de los hombres más jóvenes me agarra un puñado de pelo, tirándome de la cabeza hacia atrás.

Grito, con las lágrimas corriendo por mi cara.

—Esto es lo que pasa cuando trabajas para la gente equivocada —dice el hombre mayor.

Saca un cuchillo del cinturón; el metal brilla bajo el haz de la linterna.

—Por favor —susurro.

Me apoya la hoja en la mejilla, justo debajo del ojo.

El metal está frío. Contengo la respiración, con cada músculo de mi cuerpo rígido.

Estoy a punto de mearme encima.

Solo puedo pensar en las pocas ganas que tengo de morir ahora mismo.

En que debería haber escuchado a Dimitri y haber dejado que enviara a alguien conmigo.

—Tiene suerte de que la necesitemos viva —dice—. Por ahora.

Arrastra el cuchillo hacia abajo por mi mejilla.

La piel se abre.

La sangre brota y forma gotas que caen por mi mandíbula.

No grito, pero los gemidos no cesan.

Da un paso atrás, limpiando la hoja en sus pantalones.

—Amordázala. Ya nos ocuparemos de ella más tarde.

Uno de los hombres saca un trapo y me lo mete en la boca.

Tengo arcadas, intento escupirlo, pero me lo ata con fuerza detrás de la cabeza mientras más lágrimas corren por mi cara.

Me arden las muñecas, pero no puedo hacer nada para liberarme.

—Vámonos —dice el hombre mayor—.

Tenemos otros asuntos que atender.

Los pasos se desvanecen.

La puerta se cierra de un portazo.

Y una cerradura encaja en su sitio.

Estoy sola.

La habitación está en silencio, salvo por mi respiración agitada.

La sangre de mi mejilla gotea sobre mi camisa.

Siento cómo la empapa y el escozor del corte.

Me arden las muñecas donde se clava la cuerda y me palpita la mandíbula por los golpes.

Pero estoy viva.

Pruebo la cuerda, tirando de mis muñecas.

Los nudos están apretados y se clavan más con cada movimiento.

El dolor se extiende por mis brazos, pero no me detengo.

Retuerzo las manos, intentando encontrar algo de holgura.

Hay un mínimo de juego en el lado izquierdo, así que trabajo en ello, en contra del miedo que crece en mi interior.

En contra de los pensamientos que se burlan de mí, diciéndome que voy a morir aquí.

En contra de las preguntas que me atormentan: «*¿Quién es Ekaterina Morozova?*».

Sigo intentándolo, ignorando la forma en que la cuerda sierra mi piel.

La sangre hace que la cuerda resbale.

Tiro con más fuerza, retorciendo la mano en un ángulo que me provoca una llamarada de fuego por el brazo y me hace sentir como si se me estuviera dislocando la muñeca.

La cuerda se afloja.

Solo una pizca.

Así que sigo, respirando entrecortadamente por la nariz.

La mordaza ahoga cualquier sonido.

Las lágrimas corren por mi cara, mezclándose con la sangre.

Mi mano izquierda resbala.

No está libre, pero está más cerca, así que la retuerzo de nuevo, mordiendo la mordaza para no gritar.

La piel de mi muñeca se abre.

Brota sangre fresca, pero la cuerda cede más.

Un tirón más.

Uno más… y mi mano se libera.

Me desplomo hacia delante, jadeando.

Mi mano derecha sigue atada, pero ahora puedo alcanzarla.

Manoseo los nudos, con los dedos torpes y resbaladizos por la sangre.

Tardo una eternidad, pero finalmente, la cuerda cae.

Me quito la mordaza de la boca, tosiendo y escupiendo.

El sabor a sangre y grasa me da arcadas.

El estómago se me revuelve y vomito sobre el hormigón bajo mis pies hasta que no me queda nada dentro.

Me quedo sentada un momento, temblando, tratando de recuperar el aliento.

Tengo las muñecas en carne viva, sangrando.

Siento la cara hinchada y el corte de la mejilla sigue supurando.

Pero estoy libre.

Me levanto con las piernas temblorosas, agarrándome al respaldo de la silla para apoyarme.

La habitación da vueltas, así que cierro los ojos, esperando a que pase el mareo.

Cuando los abro, me centro en la puerta, solo para descubrir que está cerrada con llave.

Tiene que haber otra salida.

Escaneo la habitación.

Las paredes son de hormigón, sin ventanas.

El único mobiliario es la silla y la mesa.

Me acerco a la mesa, buscando algo útil.

Un destornillador.

Un clip.

Cualquier cosa.

Pero no encuentro absolutamente nada.

Me vuelvo hacia la puerta, examinando la cerradura.

Es vieja, oxidada.

Del tipo que podría ceder con suficiente fuerza.

O del tipo que necesita ser forzada.

Joder, ¿por qué no le habré hecho caso?

Se me vuelven a llenar los ojos de lágrimas y apoyo la frente contra el frío metal.

Dijo que me seguiría y que estaría a mi alcance.

Y sé que ha oído lo que estaba pasando a través del micro, seguro que sí.

Así que lo único que puedo hacer ahora es esperar.

No tengo mi juego de ganzúas.

No tengo herramientas para escapar.

Y no soy lo bastante fuerte para dominarlos cuando vuelvan.

Porque algo me dice que van a volver, y que no me va a gustar lo que me hagan cuando lleguen.

18

DIMITRI

La comunicación se corta a las 2:15.

Estoy en mi coche, a tres manzanas del almacén.

El motor está al ralentí y la señal de audio se corta a media frase: la voz de alguien le dice a Katya que es el «procedimiento habitual».

Luego, la estática lo invade todo.

Luego, el silencio.

Miro fijamente el móvil.

Mi pulgar flota sobre la pantalla.

Todos mis instintos me gritan que actúe.

Quiero moverme, hacer algo, pero me obligo a esperar.

Si está consiguiendo salir de esta por sus propios medios, debo dejarla hacer.

Sé que irrumpir ahora podría significar caer en una emboscada. Me odiaría por arruinarle la jugada.

Abro la aplicación de seguimiento.

El punto parpadeante que representa su colgante sigue moviéndose.

Se desplaza lentamente desde la entrada del almacén hacia el interior.

Está viva y sigue moviéndose.

Me reclino en el asiento y observo cómo el punto se adentra en el edificio.

Esto es normal.

Es lo que se esperaba.

Ella entra, la ponen a prueba y ella demuestra su valía.

Ese es el plan.

El punto se detiene.

Está en la esquina suroeste, probablemente en un cuarto trasero.

Pasan cinco minutos y el punto en la aplicación de seguimiento permanece inmóvil.

Diez minutos después, sigue sin haber movimiento.

Vuelvo a comprobar la señal de audio, pero está muerta, completamente cortada.

Aprieto la mandíbula mientras la inquietud se apodera de mí.

Esto está tardando demasiado.

Una simple prueba no debería alargarse así.

Podrían estar siendo meticulosos, o tal vez la están presionando para que se pruebe a sí misma.

Peor aún, podrían haber encontrado el micro.

Pasan veinte minutos y el punto no se ha movido.

Marco el número de Gavriil, pero tarda varios tonos en contestar.

—El micro está muerto —digo cuando responde—. El localizador sigue activo. Está quieta en la esquina suroeste del edificio.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí? —pregunta él.

—Veinte minutos.

Se queda en silencio un momento. —¿Eso no es bueno?

—Lo sé.

Me paso una mano por la mandíbula.

La barba incipiente raspa contra mi palma. —Ve a la sala de control. Necesito ojos en ese almacén. Saca imágenes de satélite, cámaras de la calle…, cualquier cosa a la que podamos acceder. Necesito saber qué está pasando ahí dentro.

—¿Crees que han encontrado el micro? —dice él.

—Creo que algo va mal.

Le gruño las órdenes como si fuera mi enemigo, pero esto me está carcomiendo.

—Tú solo ve a la sala de control. Te veré allí.

Cuelgo y me quedo mirando la aplicación de seguimiento.

El punto parpadea una vez, y luego dos. Se burla de mí con su quietud.

Han pasado veinticinco minutos.

Nunca salió de ese almacén.

Sigue ahí dentro, en el mismo sitio.

No tengo ni idea de si está viva o muerta. No sé si les está tomando el pelo o si la están destrozando, pero si interrumpo prematuramente, pierdo mi ventaja.

Arranco el coche y conduzco hacia la finca de los Vetrov.

Mis manos se mantienen firmes en el volante, pero mi mente va a toda velocidad.

Podría estar bien.

Podría estar manejando esto exactamente como lo planeamos, o podría estar desangrándose en un suelo de hormigón.

La incertidumbre es peor que cualquier otra cosa.

Tardo dieciocho minutos en llegar.

Entro en la sala de control.

Gavriil ya está en la mesa principal.

Su portátil está abierto y varias pantallas muestran imágenes de cámaras de toda la ciudad.

—¿Qué tenemos? —pregunto.

Muestra un mapa del distrito de los almacenes.

—Tenemos una cobertura limitada en esa zona. Hay una cámara en la calle tres manzanas al norte. Ninguna tiene una vista directa del edificio.

Teclea rápidamente y muestra una vista cenital granulada.

Se ve el tejado del almacén, junto con los solares circundantes.

Hay dos vehículos aparcados en la parte de atrás.

—Un sedán negro y una furgoneta blanca. Ambos están registrados a nombre de empresas fantasma, probablemente de Radich.

Me inclino sobre la mesa y estudio la imagen.

—¿Puedes saber cuánta gente hay dentro?

—No. El satélite no puede atravesar el tejado.

Cambia a otra imagen.

—Pero el localizador muestra que sigue ahí, en el mismo sitio. No se ha movido en treinta y dos minutos.

Han pasado treinta y dos minutos.

—Prepara una misión de reconocimiento —digo.

—Necesito que alguien se acerque, compruebe el perímetro e informe de cualquier movimiento. Necesito saber si está respirando.

Gavriil asiente y saca su móvil.

Hace dos llamadas y habla en tonos secos.

Cuando termina, dice: —Dos hombres están en camino. Estarán en posición en quince minutos.

—Bien.

Me acerco a la ventana y contemplo los terrenos de la finca.

—Diles que no hagan ruido. Solo deben observar y no intervenir. Solo necesito saber qué está pasando ahí dentro.

—Entendido.

La puerta se abre a mi espalda.

Me giro y veo entrar a Rolan.

Su expresión muestra preocupación, y no estoy seguro de qué decirle.

Como Pakhan, podría ver esto como un riesgo, pero se acerca a la mesa sin decir una palabra y estudia las pantallas.

Analiza toda la situación antes de hablar.

—Gavriil me ha puesto al día —dice—. El micro de la chica está muerto. No se ha movido en más de treinta minutos.

—Estoy en ello —le digo, pero me siento tenso.

No me gusta tener que darle explicaciones a mi hermano.

—Ya lo veo.

Se apoya en la mesa y se cruza de brazos.

Mi hermano es un hombre duro, igual que nuestro padre.

Pero después de verlo con su mujer, sé que entiende lo que una mujer significa para un hombre.

—¿Qué necesitas de mí?

Su ofrecimiento me pilla por sorpresa.

No hay juicios, ni sermones, solo apoyo.

—Necesito saber que está viva —digo.

—Necesito saber que esto es solo parte de su prueba y no… —No puedo terminar la frase porque se me hace un nudo en el pecho.

Rolan asiente.

—Te has vinculado a esta chica más de lo que deberías para ser una informante.

Está más callado, pero no más blando.

Es como si me estuviera evaluando para ayudarme a tomar la mejor decisión.

—Sí.

No tiene sentido negarlo.

Se queda en silencio un momento y me estudia.

—Entonces nos aseguraremos de que vuelva.

Su rostro cambia y dice: —¿Cuál es tu plan?

—Primero, reconocimiento. Tengo a mis hombres posicionándose. Una vez que sepa a qué nos enfrentamos, decidiré los siguientes pasos.

Me vuelvo hacia las pantallas.

—Pero necesito información. Necesito saber si está ejecutando una jugada o si la han descubierto.

—Inteligente.

Rolan se pone a mi lado.

—Si necesitas hombres, los tendrás. Si necesitas armas o rutas de extracción… lo que sea necesario, estoy contigo en esto.

Sus palabras asientan algo en mi pecho.

No es alivio, pero sé que no estoy solo en esto.

—Gracias.

—Debe de ser importante para ti —dice.

—Estás arriesgando mucho por ella.

—Lo es.

Cuando pronuncio las palabras, se me hace un nudo en la garganta.

Es la primera vez que lo admito en voz alta a otra persona.

—No puedo dejarla ir, Rolan. Pensé que podría. Pensé que cuando esto terminara, la enviaría por su camino y eso sería todo. Pero no puedo.

—¿Por qué no?

Permanezco en silencio un buen rato, mirando el punto parpadeante en la pantalla.

—El vacío que dejaría en mi pecho si desapareciera me destruiría. Ya no se trata de la operación. No se trata de lo que sabe o de lo que puede hacer por mí. Se trata de ella.

Rolan procesa esto y asiente.

—Entonces nos aseguraremos de que sobreviva. Pero, Dimitri, tienes que entender algo. Si ella sabe que la quieres, se convierte en una baza para los Radich, para cualquiera que quiera hacerte daño.

—Lo sé.

Vuelvo a comprobar el localizador.

Han pasado cuarenta y siete minutos y sigue inmóvil.

—Pero no puedo cambiar lo que siento. Solo puedo controlar lo que hago al respecto.

—Justo.

Rolan se acerca a las pantallas y examina las imágenes del satélite.

—Por si sirve de algo, espero que salga de esta. Cualquiera que pueda ganarse tu lealtad, merece la mía.

Mi móvil vibra con un mensaje de uno de los hombres de Gavriil.

Están en posición y no hay movimiento fuera.

El edificio parece vacío.

Hay dos vehículos en el aparcamiento de atrás.

Y los hombres están esperando más instrucciones.

Le enseño el mensaje a Gavriil.

—Diles que esperen. Que sigan vigilando e informen de cualquier movimiento inmediatamente.

Él teclea una respuesta y me mira.

—¿Cuánto esperamos?

—El tiempo que haga falta.

Me siento a la mesa.

Mis ojos permanecen en las pantallas.

La espera es insoportable.

Cada segundo que pasa sin movimiento hace que se me oprima más el pecho.

Nunca salió de ese almacén.

Sigue ahí dentro, y no tengo ni idea de lo que le está pasando.

Rolan ocupa la silla de enfrente.

—Háblame de ella —dice—. ¿Quién es?

Lo miro, sorprendido por la pregunta, pero respondo.

—Es una ladrona y una estafadora. Creció sin nada y aprendió a sobrevivir por su cuenta. Es lista, ingeniosa y desafiante. Cuando la pillé intentando robar uno de nuestros caballos, me escupió en la cara en lugar de suplicar por su vida.

Rolan enarca una ceja.

—¿Y eso te impresionó?

—Sí.

Me reclino en la silla.

—No se quiebra fácilmente. Cuando le di este encargo, esperaba que huyera a la primera oportunidad, pero no lo hizo. Se quedó, hizo el trabajo y demostró su valía.

—La quieres —dice Rolan.

No es una pregunta, sino una afirmación.

No lo niego, pero bajo la cabeza al reconocerlo yo mismo.

—Sí. La idea de perderla me destruiría.

Rolan asiente con comprensión.

Me agarra el hombro y lo aprieta.

—Entonces nos aseguraremos de que no la pierdas.

Suena mi móvil.

Es el hombre de Gavriil.

—Informa —respondo.

—Sigue sin haber movimiento fuera, pero hemos oído algo hace unos minutos. Unas voces gritando dentro, y luego se hizo el silencio.

Se me hiela la sangre.

—¿Hace cuánto?

—Cinco minutos. No ha habido nada desde entonces.

—Permaneced en vuestra posición. Mantenedme informado de cualquier cosa que oigáis o veáis.

Cuelgo y miro a Gavriil.

—Siguen dentro. Algo ha pasado.

—¿Deberíamos entrar? —pregunta él.

—Todavía no.

Me obligo a mantener la calma.

—Si está ejecutando una jugada, no quiero arruinarla entrando demasiado pronto. Pero si le han hecho daño… —Me detengo.

Aprieto la mandíbula—. Esperamos, vigilamos y recopilamos información.

Han pasado cincuenta y cuatro minutos y el punto sigue inmóvil.

Paseo por la habitación mientras Rolan me observa con comprensión.

No me dice que me siente o que me calme. Simplemente me deja moverme.

—¿Qué harás cuando esto termine? —pregunta.

—No lo sé.

Dejo de pasear y le sostengo la mirada.

—Le prometí la libertad cuando el trabajo estuviera hecho, pero ya no sé si puedo mantener esa promesa.

—Entonces sé sincero con ella —dice Rolan.

—No la atrapes ni la manipules. Si la quieres, díselo. Dale la opción de elegir.

—¿Y si elige irse?

—Entonces la dejas ir.

Su voz es suave.

—Pero algo me dice que no lo hará.

Quiero creerle, pero ahora mismo, solo puedo pensar en que sigue en ese almacén.

Nunca salió, y algo va mal.

Mi móvil vuelve a vibrar y veo otro mensaje del equipo de reconocimiento.

Han oído el portazo de una puerta.

Unas voces masculinas se alejaron del edificio.

Arrancaron motores y dos vehículos abandonaron el aparcamiento.

Se lo enseño a Gavriil.

—Se están yendo.

—¿Entramos ya? —pregunta él.

Compruebo el localizador.

El punto sigue ahí, inmóvil.

—Ella sigue dentro, pero si los Radich se van…

Me paso una mano por el pelo.

—Quizá la hayan dejado allí. Quizá esté…

No puedo terminar la idea.

Rolan se levanta.

—Envía al equipo de reconocimiento, con cuidado. Que comprueben si está allí.

Asiento hacia Gavriil, que inmediatamente teclea instrucciones para sus hombres.

Esperamos.

Pasan cinco minutos, luego diez.

Son los minutos más largos de mi vida.

Suena mi móvil.

Es el equipo de reconocimiento.

—Hemos entrado y hemos tenido que retirarnos, jefe. Hay guardias por todas partes. Lo echaremos a perder…

Maldigo por lo bajo y frunzo el ceño.

—Retiraos. No podemos delatarla. La matarían en el acto.

Maldito sea mi corazón por preocuparse por ella, y maldito sea yo por haberla dejado ir sola.

Sabía que no debía, pero ella insistió.

Dios mío, no puedo soportar esto.

Rolan me agarra el hombro.

—La encontraremos.

Me quedo mirando el punto parpadeante en la pantalla.

Todo lo que puedo hacer ahora es rezar para que, cuando la encontremos, siga respirando.

Espero que todo esto fuera parte de su plan, que esté bien y que yo esté entrando en pánico por nada.

Pero en el fondo, sé que no es así.

Algo salió mal en ese almacén.

Ahora solo puedo esperar y desear no haberla perdido ya.

19

KATYA

Me arrastran por un pasillo estrecho mientras me tambaleo intentando seguirles el ritmo.

Tengo las muñecas en carne viva por la cuerda y me late la cara donde me han golpeado.

La sangre se me ha secado en la mejilla, tirándome de la piel cuando muevo la mandíbula, y los dos hombres que me sujetan de los brazos no hablan.

Me arrastran hacia delante, magullándome los brazos con su agarre.

Nos detenemos ante una puerta.

Uno de ellos abre la cerradura y me empuja dentro.

Me agarro al borde de un escritorio para no caerme.

La habitación es más cálida, iluminada por una lámpara en lugar de la bombilla desnuda de la otra habitación.

Huele ligeramente a café, lo que hace que se me haga la boca agua.

En una pared hay una estantería llena de libros y cerca de la puerta un radiador hace un suave tictac.

Sigue sin haber ventana, pero el calor me produce un hormigueo en la piel.

Resulta casi demasiado normal después de la helada jaula en la que me tenían.

Recuerdo el aire húmedo, las paredes de hormigón resbaladizas por la humedad.

El calor de aquí me resulta extraño, como si la propia comodidad fuera una amenaza.

Hay una silla frente al escritorio y me empujan hacia ella.

Entra el hombre mayor de antes, el que me cortó la mejilla.

Lleva la misma carpeta gruesa de papeles que intentó obligarme a entender la última vez que me interrogó.

La deja sobre la mesa y se sienta lentamente frente a mí.

Los dos hombres más jóvenes se quedan de pie detrás de mí, bloqueando la puerta.

—Ekaterina Morózova —repite, abriendo la gastada carpeta.

Su tono también conlleva la misma acusación, como si se supusiera que de repente tengo que tener una revelación y recordar un pasado que nunca he vivido.

Lo odio por ello, pero tengo que seguirle el juego el tiempo suficiente para que Dimitri venga a buscarme.

Se me dispara el pulso.

—Ya hemos pasado por esto —digo, negando con la cabeza—. Ese no es mi nombre.

—¿Sigues negándolo?

Desliza el documento sobre el escritorio como si estuviera actuando para un público.

—Este es un certificado de nacimiento expedido en Perm. Indica que tu madre es Anzhela Volsky y tu padre, Lyovik Morózov.

El papel es el mismo que me enseñó antes: tinta negra sobre pergamino amarillento, mi fecha de nacimiento, el nombre de mi madre y, a su lado, ese mismo nombre que no consigo entender. *Lyovik Morózov: Padre*.

Se me cierra la garganta.

—Ya se lo he dicho antes: no sé quién es. Me llamo Katya Volsky.

—Mentirosa.

Vuelve a sacar la foto, pero yo niego con la cabeza.

El hombre, la mujer que podría ser el reflejo de mi madre y la niña que está entre ellos.

Juro que también se parece a mí, pero no conozco a ese hombre, y no recuerdo si mi madre era así o si podría ser alguien que simplemente se le parece.

—Te criaste lejos de la familia Morózov —dice el hombre mayor.

—Tu madre te cogió y huyó antes de que tu padre muriera. No te dijo quién era él ni lo que eras tú. Pero eso no cambia la verdad.

Aparto los ojos de la foto, con las manos hechas puños sobre la mesa.

—Aunque eso sea cierto, no significa nada. No conozco a esa gente.

Sinceramente, no sé adónde quieren llegar.

Todo es tan confuso.

Se suponía que venía aquí para conseguir información para que Dimitri resolviera sus problemas, y esto, sea lo que sea, me parece abrumador y ajeno.

—Tú eres la conexión.

Se echa hacia atrás, estudiándome.

—Tu padre era Lyovik Morózov, el *pakhan* de la familia Morózov. Antes de morir, hizo un pacto con Serguéi Vetrov: una alianza para compartir territorio y recursos. Aquello cambió el equilibrio de poder en Moscú.

Se me revuelve el estómago.

No quiero oír esto, pero no puedo apartar la mirada.

Serguéi debe de ser un pariente mayor de Dimitri y de su hermano Rolan, pero eso no significa que yo sepa nada de esto.

—Tu padre murió cuando tenías cinco años —continúa—. Sus enemigos pensaron que el linaje de los Morózov terminaría con él. Pero no fue así. Tú sobreviviste. Mientras vivas tú, el pacto vive. Los Vetrov pueden reclamar lealtad a la familia Morózov a través de ti. Eres lo que hará a mis enemigos más poderosos, y no puedo permitirlo.

—No lo entiendo…

Mi voz es apenas un susurro mientras intento asimilar lo que todo esto significa para mí y para Dimitri.

Por qué quieren hacernos daño a cualquiera de los dos.

—Los aliados de tu padre tienen una deuda de sangre con los Morózov. Si reclamas tu derecho de nacimiento, te seguirán. Y si te alías con los Vetrov, también los seguirán a ellos.

Da un golpecito a la foto.

—Eres la última persona que podría tomar posesión de ese pacto. Si vives, los Vetrov tendrán la fuerza para destruirnos.

Lo miro fijamente, con la cabeza dándome vueltas.

Esto no puede ser real.

Solo soy una ladrona, una estafadora.

Me he pasado la vida robando migajas y huyendo del peligro.

No soy la hija de un *pakhan* ni un peón en una guerra de mafias.

Pero la foto me está mirando fijamente.

La niña con mis ojos.

El hombre con mis pómulos.

—¿Por qué me cuenta esto? —pregunto.

Siento como si estuviera en una de esas películas malas de serie B en las que el villano suelta su monólogo justo antes de matar a su víctima.

—Porque necesitas entender lo que eres —se inclina hacia delante—. No eres una chica cualquiera que Dimitri Vetrov ha recogido de la calle. Eres un arma. Una herramienta. Y te ha estado utilizando, Katerina. ¿Te gusta que los hombres te utilicen?

Sus palabras me producen un escalofrío que me recorre la espalda.

Me repugna hasta la más mínima insinuación de lo que está diciendo.

Se me encoge el estómago.

—Él no lo sabe —digo.

—Dimitri no sabe quién soy.

—Nosotros sí.

Sonríe, frío y cruel.

—Lo sabemos desde el momento en que entraste en esa sala de juego. Te dejamos seguir con tu jueguecito para ver qué hacían los Vetrov. ¿Se darían cuenta de lo que tenían? ¿Te utilizarían? Resulta que son tan ignorantes como tú.

Se me oprime el pecho.

Dimitri no tiene ni idea de lo que soy y ahora estos hombres usarán eso en su contra.

—Si soy tan valiosa, ¿por qué sigo viva? —pregunto—. ¿No acabaría con ese pacto el matarme para que ustedes puedan tomar el control?

Tiene un aspecto tan cruel y vengativo como cualquiera.

La sonrisa del hombre mayor se ensancha.

Extiende la mano sobre la mesa y me raspa un poco de sangre de la mejilla con el pulgar.

Me estremezco, pero no me aparto.

—Porque eres más útil viva —dice—. Por ahora.

—¿Qué significa eso?

—Significa que te usaremos para atraer a Dimitri. Le haremos saber que te tenemos. Haremos que venga a por ti. Cuando caiga en nuestra trampa, le revelaremos lo que eres. Y entonces te cortaremos el cuello delante de él.

Las palabras me golpean con fuerza.

No porque tema morir —he tenido miedo desde que me trajeron aquí—, sino por lo que le hará a Dimitri.

La expresión de su cara cuando se dé cuenta de lo que soy.

De lo que podría haber sido. De lo que ha perdido.

—No vendrá a por mí —digo, pero la mentira me sabe amarga.

—Lo hará.

El hombre mayor se levanta y cierra la carpeta.

—Ya está enamorado de ti. Lo hemos estado observando. La forma en que te mira. La forma en que reacciona cuando estás en peligro. Se ha atado a ti, y eso lo hace débil.

Quiero discutirlo, pero no puedo.

Porque yo también lo he visto.

La forma en que los ojos de Dimitri me siguen.

La forma en que sus manos se demoran cuando me toca.

La forma en que prometió protegerme.

Sí que le importo.

Más de lo que debería.

Y ahora eso va a hacer que lo maten.

—Está cometiendo un error —digo.

—Dimitri es más listo de lo que cree. No caerá en su trampa.

—Ya lo ha hecho.

El hombre mayor se dirige a la puerta.

—En el momento en que te dejó entrar en su operación, selló su destino… y el tuyo.

Se va y la puerta se cierra de golpe tras él, pero los dos hombres más jóvenes se quedan.

Uno me agarra del pelo y me echa la cabeza hacia atrás.

Grito y le araño la muñeca.

—Deberías haberte quedado en la alcantarilla de la que saliste — dice, con su aliento caliente contra mi oreja.

—Ahora morirás por una familia que nunca conociste.

Me suelta, empujándome la cabeza hacia delante.

Me desplomo en la silla y la vista se me nubla con lágrimas de rabia e impotencia.

No me parece nada justo.

Ni siquiera sabía quién era.

Voy a morir en este almacén y Dimitri caerá en una trampa pensando que está salvando a una ladrona.

Va a ser asesinado por mi culpa.

Me inclino hacia delante, apoyo los brazos en el escritorio y descanso la barbilla sobre ellos.

Me siento tan pesada que ni siquiera puedo llorar.

Cuando los hombres salen y cierran la puerta con llave, siento un pequeño alivio, aunque no me hago ilusiones de que estoy más segura o en mejor situación.

Volverán y harán exactamente lo que han dicho que harán.

Mis pensamientos se dirigen a mi madre, a lo que estará haciendo, a cómo se sentirá.

Ni siquiera sabía que me iba cuando me marché sin mirar atrás.

Sin duda, intentó encontrarme; probablemente, incluso lo denunció a la policía en algún momento cuando se preocupó.

Pero yo estaba enfadada y era independiente… y estúpida.

Jodidamente estúpida.

Nunca debí haberla dejado allí.

Claro, ella podía valerse por sí misma, pero ahora está completamente sola, y yo voy a morir aquí y ella nunca sabrá lo que realmente me pasó.

Casi me hace llorar, pero ya he llorado todas mis lágrimas, así que lo único que puedo hacer es quedarme sentada con esta pesadez e intentar no pensar en qué otra mierda podría pasar.

Cuando oigo gritos, me sacan de mis oscuros pensamientos.

Un estruendo de pasos pasa corriendo por delante de la puerta, luego estallan más gritos y juraría que oigo disparos.

Me pongo en pie de un salto y pego la oreja a la puerta.

El corazón me late tan deprisa que me cuesta oír algo por encima del zumbido de mi propio pulso en los oídos.

Pero cuando me esfuerzo por escuchar y respiro hondo para calmarme, sé que oigo disparos: fuertes detonaciones que resuenan junto con el tableteo de un rifle automático.

Hay alguien aquí y están peleando.

El corazón me martillea.

¿Es Dimitri?

¿Ha venido a por mí?

—¡Socorro!

Grito, golpeando la puerta con la palma de la mano hasta que me duele.

Luego cierro el puño y aporreo con más fuerza, con la esperanza de que me oigan por encima del estruendo de los disparos.

—¡Que alguien me ayude!

La imaginación se me desboca, con pensamientos de ellos capturando a Dimitri y obligándole a mirar mientras me cortan el cuello.

Eso me hace llorar ahora que una nueva oleada de adrenalina y emoción me embarga.

—¡Dimitri!

Grito, casi suplicándole que me oiga y huya.

Moriré por él si es necesario, pero no quiero que se acerque.

No soporto la idea de que lo capturen y lo maten.

—Por favor, Dios mío —gimoteo, apretando la frente contra la puerta.

—Por favor, Dios…

Mi suave plegaria es lo único que me ata a la última esperanza de ser rescatada.

Si es Dimitri y no lo consigue, se habrá acabado.

No quiero morir.

Y no quiero que él muera.

Lo único que puedo hacer es quedarme aquí, sollozando y temblando, rezando para que, de alguna manera, esas cosas no sucedan.

20

DIMITRI

La puerta del almacén estalla hacia dentro bajo una lluvia de balas y avanzo entre la madera astillada con la pistola en alto y el pulso firme en mis oídos.

Aprendí hace mucho tiempo que el pánico vuelve estúpidos a los hombres, y los hombres estúpidos mueren rápido en este negocio.

Los dos soldados que me flanquean se abren para cubrir los flancos mientras los fogonazos iluminan el cavernoso interior como relámpagos.

Los Radich han elegido mal el terreno.

El almacén se extiende hasta la profunda penumbra, pero las luces del techo crean una cruda iluminación que no deja lugar para esconderse.

Cuento cuatro hombres que se apresuran a buscar una posición tras pilas de cajas y maquinaria oxidada.

Recorro el espacio con la mirada, buscando cualquier señal de ella.

La planta principal está vacía, a excepción de los Radich y sus armas.

Debe de estar en una de las oficinas del fondo.

Aprieto la mandíbula.

La tienen en algún sitio donde no puedo verla, lo que significa que primero tengo que despejar esta sala.

—¡Has traído amigos, Volkov!

El grito proviene de detrás de una pila de palés a la izquierda.

Reconozco la voz de Oleg Moroz, el sobrino que se cree muy listo.

—Eso no cambiará cómo acaba esto.

Disparo tres veces contra los palés sin responder.

La madera estalla en astillas y oigo maldiciones mientras los hombres que están detrás se revuelven.

Mis soldados avanzan por ambos lados como la máquina bien engrasada que son.

Ya han hecho este trabajo antes en lugares como este.

—Deberías haberte mantenido al margen de los asuntos familiares —vuelve a gritar Oleg.

Su voz tiene ahora un deje de desesperación.

—¿Acaso sabes quién es ella?

La pregunta me revuelve las tripas, pero sigo adelante.

Un soldado de los Radich sale al descubierto por la derecha, apuntando con un fusil automático hacia donde mi hermano Sergei ha tomado posiciones.

Le meto dos balas en el pecho antes de que pueda apretar el gatillo y el cuerpo cae al suelo de hormigón con un sonido como el de un trozo de carne al caer.

—¡Es Ekaterina Morozova!

La voz de Oleg resuena en el almacén.

—Hija de Lyovik Morozov, el hombre con el que tu padre hizo un pacto hace veinticinco años.

Conozco la historia porque todo hombre de la organización Vetrov la conoce.

Lyovik Morozov fue un enemigo que proporcionó información y armas durante las guerras territoriales de los noventa con la esperanza de tender algún tipo de puente.

Cuando Morozov murió en 2003, el pacto murió con él.

En el acuerdo no se mencionaba a ningún hijo.

Nunca apareció un heredero.

Si lo que dice es verdad y no solo una treta para hacerme salir y que cometa errores, entonces el juego acaba de cambiar por completo. Avanzo sigilosamente, con ganas de analizar esto y hacer preguntas, pero no importa si es Ekaterina o Katya.

Es la razón por la que he venido aquí, y necesito despejar a estos hombres y encontrar en qué oficina la tienen encerrada.

Avanzo hacia el lado izquierdo, donde una fila de oficinas bordea la pared del almacén.

Sus ventanas están a oscuras, pero una puerta está cerrada mientras que las demás están abiertas.

Tiene que ser esa.

Un soldado de los Radich se mueve para cortarme el paso y lo derribo de un solo disparo en el pecho.

Sergei y mi otro hombre descargan una lluvia de fuego sobre las posiciones restantes, obligando a los Radich a mantener la cabeza agachada.

Oleg aparece por detrás de una carretilla elevadora con la pistola en alto.

Pero yo disparo primero y el tiro alcanza a Oleg en la garganta, y se desploma agarrándose la herida mientras la sangre brota entre sus dedos.

Otro soldado de los Radich sale de su escondite para arrastrar a Oleg hacia atrás, y también lo mato.

El cuerpo cae sobre las piernas de Oleg.

—El lado este está despejado —anuncia Sergei desde algún lugar en la penumbra.

—Dos objetivos más se retiran por el muelle de carga.

—Deja que corran —ordeno mientras llego a la puerta cerrada de la oficina y pruebo el pomo.

Está cerrada con llave, pero no me atrevo a dispararle para abrirla.

Me echo hacia atrás y le doy una fuerte patada justo debajo del pomo, haciendo que el marco se astille y la puerta se estrelle hacia dentro.

Katya está de pie, temblando en el centro de la habitación, con las manos temblorosas y las lágrimas corriéndole por las mejillas.

Un reguero de sangre le mancha la cara a causa de un corte en la mejilla, y su camisa cuelga rasgada a la altura del hombro.

Cuando me ve, todo su cuerpo se pone rígido.

Sus ojos se encuentran con los míos, y veo vergüenza y miedo en ellos.

Pero no se ha rendido ni se ha derrumbado.

Verla así hace que algo ardiente y violento me recorra el pecho.

Cruzo la habitación en tres zancadas y caigo de rodillas a su lado, rodeándole la cintura con mis brazos.

Ella me rodea la cabeza con sus brazos mientras yo la presiono contra su vientre y siento que años de estrés se desvanecen al oír su voz.

—Dimitri...

—Dios mío, Katya, creía que... —Me detengo, sin permitir que los pensamientos vayan más allá.

Cada uno de mis peores miedos ha sido silenciado.

No se ha ido, y todavía tengo que sacarla de aquí.

—Has venido —murmura, pero no podemos sentarnos aquí y tener un reencuentro feliz.

Tenemos que salir antes de que estalle la verdadera batalla.

—Tenemos que irnos, ¿vale? Ya hablaremos de esto luego.

Me levanto y la guío fuera de la oficina cogiéndole una mano y sosteniendo mi pistola con la otra.

Sergei se ha movido para cubrir la entrada, con su arma apuntando al muelle de carga por donde desaparecieron los dos últimos Radich.

El otro está en la planta principal, revisando los cuerpos.

—Estamos despejados —informa Sergei.

Mantengo a Katya cerca mientras avanzamos por el almacén, pasando por encima de casquillos y sangre que parecen charcos negros.

Mis hombres forman a nuestro alrededor al llegar a la puerta rota, y casi puedo volver a respirar.

Fuera, el aire de la noche es una bocanada de aire fresco después del hedor a cordita del interior del almacén.

Dos todoterrenos negros esperan en la calle con los motores en marcha, regalos de mi hermano mayor, que juró aceptar mis sentimientos por Katya y apoyarme.

Nunca le he estado más agradecido.

Corremos hacia ellos, nos metemos dentro, y pronto nos alejamos del territorio Radich y volvemos a casa, donde estaremos a salvo.

Katya se acurruca contra la puerta, observando el paisaje pasar borroso mientras pongo el seguro a mi arma y le quito el cargador.

Tiembla, un efecto secundario de toda la adrenalina y el terror.

No sé qué decirle ahora, sentados en la parte de atrás de este vehículo en movimiento, pero surgen muchas preguntas cuanto más tiempo estamos en silencio.

Si Oleg me decía la verdad, tenemos mucho de qué hablar.

—Entonces, ¿es verdad? —le pregunto, y ella me mira con miedo en los ojos.

—¿El qué? —pregunta, pero por su expresión sé que sabe a qué me refiero.

—¿Eres quien dicen que eres?

La pregunta no puede ser más directa.

Si lo sabe, nunca ha salido en nuestras conversaciones, y eso la convierte en una muy buena mentirosa o en una infiltrada de algún tipo.

No sé si mi corazón podría soportar ninguna de las dos opciones.

—No lo sé —susurra—. Creo que sí.

Su voz sale ronca y su cara se contrae en una expresión que no sé interpretar.

Entonces las lágrimas le corren por las mejillas.

—Me enseñaron fotos. Esa chica se parecía mucho a mí, pero... Pero yo no sabía nada de ningún pacto. Te juro por Dios que no lo sabía, Dimitri. No sé nada de esa vida. Solo soy Katya.

La creo, o al menos quiero creerla. Alargo la mano, la atraigo a mis brazos y la abrazo contra mi pecho.

Ha pasado por demasiado como para seguir presionándola, y tiembla entre mis brazos mientras solloza.

Si ha ocultado su identidad deliberadamente, sabiendo lo que su nombre significa, entonces todo lo que hay entre nosotros se ha construido sobre mentiras.

Simplemente no me cabe en la cabeza que sea posible. No mi Katya.

No puedo creer que hiciera algo así.

Además, si lo hubiera hecho, habría dicho algo sobre el pacto y habría hecho valer su derecho a la protección de mi familia.

El todoterreno entra en el garaje subterráneo junto a mi edificio de apartamentos.

Sergei apaga el motor, pero no se mueve para abrir las puertas.

Espera instrucciones mientras me da tiempo para procesarlo todo.

Después de unos largos minutos, Katya se aparta y se seca la cara con el dorso de las manos y yo me recompongo.

—Vete a casa —le digo.

—Estate preparado por si te llamo.

Estoy agradecido a mis hermanos por apoyarme, y estaré en deuda con ellos para siempre.

Sergei asiente y sale.

Luego se sube al segundo todoterreno con los otros soldados, y todos los hombres desaparecen en las sombras del garaje.

Observo cómo se desvanecen sus luces traseras antes de hablar.

—Vamos.

Abro mi puerta y salgo, y Katya me sigue hasta el ascensor en silencio.

No la suelto de mis brazos durante todo el trayecto hasta mi apartamento.

Puedo oler la sangre, el sudor y el residuo químico de la pólvora que ambos llevamos impregnado.

Mis manos están firmes cuando abro la puerta de mi apartamento, pero algo intranquilo todavía se retuerce en mi pecho, incluso después de cerrar la puerta tras nosotros y echar el cerrojo.

Cuando me vuelvo para mirarla, Katya se ha movido al centro de mi salón.

Está de pie, con los hombros caídos y la mano tocando ligeramente el corte de su mejilla.

—Cuéntamelo todo —digo, avanzando hacia ella.

Inspira aire con una mueca de dolor.

Algo le ha dañado las costillas.

—Al parecer, mi padre era Lyovik Morozov. Murió cuando yo tenía cinco o seis años, pero yo no estaba allí. Mi madre me dijo que había muerto antes de que yo naciera. Nunca lo conocí. Nunca hablaba de él. Quería que yo fuera feliz, pero nos mudábamos mucho, nunca nos quedábamos en un sitio por mucho tiempo. Te juro que no lo sabía, Dimitri.

—¿Dónde está tu madre ahora?

Estoy lo suficientemente cerca como para notar que Katya apesta a sudor y huele como si se hubiera orinado encima.

Hace que el corazón se me retuerza dolorosamente en el pecho.

—En Perm. Vive en un pequeño apartamento cerca de la universidad. —Katya se retuerce las manos—. Hace años que no la veo.

—Joder, Katya...

Respiro, sin saber siquiera qué pensar.

Rolan lo sabrá, y una vez que la vea, puede que sepa o no cómo responder a las acusaciones de que Katya es la heredera Morozov desaparecida.

Si ese es el caso, entonces desmantelar al clan Radich será sencillo.

Pero convencer a la familia Morozov de que se una a nosotros será más complicado.

Ahora tenemos una gran deuda con ellos, una que mi padre nunca pagó, y en veinte años, la relación se ha vuelto cada vez más agria.

—Creo que es hora de que me vaya de Moscú, Dimitri.

La miro a la cara y veo la resolución en sus ojos.

Es algo en lo que ha pensado mucho.

Está segura de su convicción.

—No... ¿Por qué?

Esto no es algo que esperaba.

La rescaté para estar con ella, para tenerla aquí.

No puedo dejar que se vaya ahora sin más.

No me importa quién sea.

Su valor para mí es el efecto que tiene en mi corazón, no lo que pueda significar estratégicamente para mi familia.

—¿Por qué no?

Ahora se acerca a mí con las manos abiertas de par en par.

—Tú mismo lo has dicho. Soy un lastre. No te he traído más que problemas desde el momento en que nos conocimos.

Las lágrimas vuelven a asomar a sus ojos, y eso me destroza por dentro.

La agarro por las muñecas y tiro de ella hacia mí con tanta fuerza que se queda sin aliento.

Inclino el rostro hacia el suyo y puedo ver mi propio reflejo en sus ojos.

—Entré en ese almacén sabiendo que podían matarme por ti. Porque le pegué un tiro en la cabeza a dos hombres y le pegaría veinte más si fuera lo necesario para sacarte de allí. Porque la idea de perderte me hizo cometer estupideces que deberían haberme costado la vida.

Su respiración es rápida y superficial.

—Dimitri...

—Eres mía, Katya.

Mis palabras son un juramento, sellado con sangre y permanente.

No voy a renunciar a ella.

—Me da igual cómo te llames o qué pacto hiciera tu padre. Ahora me perteneces y cualquiera que intente arrebatármela morirá por ello.

La beso entonces con toda la violencia y la desesperación de las últimas horas comprimidas en un único instante.

Ella me devuelve el beso con la misma ferocidad, sus manos aferradas a mi camisa mientras se pega a mí.

La sangre de su cara se me mancha en la mejilla.

No me importa.

Mis manos se deslizan por su espalda y le aprieto el culo con la fuerza suficiente para que se le escape un jadeo en mi boca.

La levanto del suelo, sus piernas se enroscan en mi cintura instintivamente mientras la llevo hacia el dormitorio.

Nuestras lenguas chocan y puedo saborear la sal de sus lágrimas mezclada con el regusto metálico de la sangre.

Es crudo y real, y hace que mi polla lata dolorosamente contra la cremallera.

—Joder, Katya —gruño contra sus labios mientras abro la puerta del dormitorio de una patada.

—Pensaba que no volvería a verte. Te necesito.

Ella gime, sus dedos se clavan en mis hombros.

—Mmm, yo también pensaba que iba a morir...

La dejo caer sobre la cama y rebota una vez antes de que yo esté sobre ella, tironeando de su camisa rasgada.

La tela se rasga fácilmente bajo mis manos, dejando al descubierto su sujetador y la piel suave de debajo.

Sus pechos se agitan con cada respiración, los pezones ya duros y tensos contra el encaje.

Tiro del sujetador hacia abajo, liberándolos, y mi boca desciende sobre un pezón, succionando con fuerza mientras pellizco el otro con la mano.

—Sí —gimotea, arqueando la espalda.

—Más.

La complazco, rozando su pezón con los dientes y luego mordiendo lo justo para que ella se queje.

Sus manos se enredan en mi pelo, atrayéndome hacia ella mientras sus caderas se restriegan contra mi muslo.

Puedo sentir el calor de su coño a través de los pantalones, y cuando su mano frota mi entrepierna a través de mis vaqueros, gruño contra su piel.

—Dámela —suplica, con la voz entrecortada y desesperada.

Me aparto, me quito la camisa y la tiro a un lado.

Sus ojos recorren mi pecho, deteniéndose en los tatuajes y las cicatrices. Me busca el cinturón, forcejeando con él, pero le aparto las manos para hacerlo yo mismo.

Pero me distrae lo mucho que la deseo y acabo desnudándola a ella en su lugar.

Engancho los dedos en la cinturilla de sus pantalones y se los bajo, junto con las bragas.

Está desnuda ante mí, su coño reluce por la excitación, rosado e hinchado.

Le abro las piernas de par en par, me acomodo entre ellas y deslizo los dedos por su hendidura en una caricia larga y lenta.

—¡Dimitri! —gime ella, arqueando las caderas.

—Oh, joder, no pares.

Sus gemidos llenan la habitación mientras me inclino sobre ella intentando tragarlos todos con mis besos.

—Sí, sí, justo ahí. Méteme los dedos más adentro. Oh, Dios, voy a correrme.

Encorvo los dedos, dándole en ese punto dentro de ella que hace que todo su cuerpo se tense mientras le froto el clítoris con el pulgar.

Explota, su coño palpita alrededor de mis dedos, sus gritos resuenan en las paredes.

La beso mientras dura, prolongando cada temblor hasta que está jadeante y sin fuerzas debajo de mí.

Y cuando nuestros besos se ralentizan y su cuerpo está lánguido y flexible, termino de desnudarla y salgo de la cama para desnudarme yo.

Katya me observa mientras me quito el resto de la ropa, dejándola en un montón en el suelo, y cuando me la meneo un par de veces, ella extiende la mano hacia mí.

Dejo que me coja de la mano y me lleve de vuelta a la cama, donde me coloco en su entrada, frotando la cabeza de mi polla contra su resbaladiza humedad.

Ella gimotea, enroscando sus piernas a mi alrededor.

—Me he dado cuenta de algo —dice mientras empiezo a balancear mis caderas, tentando su entrada.

—¿De qué?

Mi polla me duele por las ganas de estar dentro de ella, pero lo alargo, observando cómo se estremece cada vez que mi glande se hunde un poco.

—De que empecé a preocuparme por ti, y que cuando dijeron que me usarían para vengarse de ti, quise que huyeras, no que me rescataras.

Sus palabras son sinceras.

Lo veo en sus ojos y me inunda una emoción en el pecho.

—Jamás te habría dejado allí para que murieras sola.

De una sola embestida, me entierro dentro de ella hasta que ahoga un grito.

Está apretada, jodidamente apretada, me viene como un guante.

Ambos gemimos ante la sensación, sus uñas se clavan en mi espalda.

—Dios, eres perfecta —grazno, retirándome casi por completo antes de volver a deslizarme dentro.

—Este coño está hecho para mi polla.

—Sí —jadea, respondiendo a mis embestidas.

—Me das un placer increíble.

Mis embestidas se encuentran con cada vaivén y arqueo de sus caderas, y cada sacudida hace que sus tetas boten.

La veo arquear la cabeza hacia arriba y sus ojos se cierran.

Su boca está entreabierta por el placer mientras me clavo en ella.

—Joder, sí. Estás tan dentro.

El sudor resbala por nuestra piel y nuestros jadeos empañan el aire.

Engancho una de sus piernas en mi brazo, cambiando el ángulo, dándole aún más profundo.

—Ojalá pudiera llegar más adentro, estirarte hasta poder enterrarme en tu útero.

—Soy tuya —gime ella.

—Toda tuya. Estírame. Arruíname para cualquier otro.

Sus palabras pulsan un resorte que me hace querer correrme en el acto y nos doy la vuelta para que ella quede encima.

Se sienta a horcajadas sobre mí, hundiéndose en mi miembro con un jadeo.

Apoya las manos en mi pecho y empieza a cabalgarme, moviendo las caderas en círculos.

—Oh, joder, qué sensación tan increíble —dice, con la cabeza echada hacia atrás.

—Dios, cómo te he echado de menos.

—Cabalga más fuerte —le ordeno, agarrándola por las caderas y empujando hacia arriba para encontrarla.

—Bota sobre ella. Demuéstrame cuánto lo deseas.

Lo hace, su culo golpea contra mis muslos mientras acelera el ritmo.

Su coño se aprieta a mi alrededor con cada movimiento descendente y meto la mano entre nosotros, frotándole el clítoris en círculos cerrados.

—Córrete otra vez —le exijo.

—Apriétame la polla, Katya.

—¡Sí, Dimitri! Me estoy corriendo... ¡Oh, Dios, sí!

Ella estalla a mi alrededor, sus paredes tiemblan, atrayéndome más adentro.

Aprieto los dientes, conteniendo mi propia liberación mientras ella cabalga su orgasmo.

Sacudidas y convulsiones estallan en sus músculos, seguidas de jadeos y escupitajos entre dientes mientras las poderosas olas de placer la golpean una y otra vez.

Cuando se desploma hacia delante, vuelvo a girarnos, saliendo de ella y poniéndola a cuatro patas.

—Culo en pompa —digo, dándole una suave palmada en una nalga.

—Quiero follarte por detrás.

Ella obedece, arqueando la espalda y ofreciéndose a mí.

Su coño gotea con nuestra excitación combinada, y me deslizo de nuevo dentro fácilmente, gimiendo ante el nuevo ángulo.

—Qué apretada así —murmuro, agarrándola por las caderas.

—Te encanta, ¿verdad? Te encanta que mi polla se adueñe de tu coño.

—Joder... sí —grita, empujando hacia atrás contra mí.

—Eso... Cuando me azotas... Hazlo... —jadea, resoplando de nuevo.

Lo hago, asestándole un firme azote en el culo que la hace chillar y apretarse a mi alrededor.

Luego otro, la piel se vuelve rosada bajo mi mano, y siento que estoy a punto de perder el control.

—Me estás goteando encima —digo.

—Qué chica tan húmeda y necesitada.

—Más fuerte —suplica.

—Por favor... más rápido...

Esas palabras me empujan más cerca del borde.

Envuelvo una mano en su pelo, tirando de su cabeza hacia atrás mientras me clavo en ella.

—¿Quieres mi corrida? Pídemela.

—Por favor, Dimitri —gimotea.

—Córrete dentro de mí. La necesito tanto.

No puedo contenerme más.

Con un profundo gruñido de satisfacción, me entierro hasta el fondo y exploto, bombeando chorros de corrida caliente en su interior.

Ella gime, apretándose a mi alrededor, sacando hasta la última gota.

—Sí, llénаme... Oh, joder, está caliente.

Nos desplomamos juntos, respirando con dificultad, mi polla todavía palpitando dentro de ella.

Pero incluso cuando las réplicas se desvanecen, no estoy satisfecho.

Sé que nunca voy a estar satisfecho con esta mujer.

Voy a necesitarla más y más, cada día del resto de mi vida, pero todavía no sé cómo decírselo.

Katya se acurruca contra mi pecho, y la abrazo con fuerza con mis brazos cerrados a su alrededor como si pudiera mantenerla allí solo por la fuerza de mi voluntad.

Encaja perfectamente contra mí, su respiración se ralentiza gradualmente hasta igualar la mía.

—No volveré a perderte —digo en su pelo.

Las palabras son a la vez una promesa y una amenaza.

Sé que ella no las recibe así porque permanece lánguida y relajada contra mí, pero no dejaré que se marche ahora.

La necesito.

Aprieta la cara contra mi hombro.

—Entonces no me sueltes.

Aprieto mi agarre hasta que ella emite un pequeño sonido de protesta.

Solo entonces aflojo lo suficiente para dejarla respirar.

Mi mente ya está trabajando en los problemas que se avecinan.

Los Radich no se detendrán con un intento fallido.

Otras familias oirán hablar de Ekaterina Morozova y vendrán buscando formas de usar su nombre.

Tendré que moverme con cuidado, dejando claro que está bajo mi protección mientras gestiono las consecuencias políticas del antiguo pacto.

Y luego está el problema de encontrar a su familia, convencerlos de que los Vetrov no han incumplido el acuerdo.

Eso podría costar un poco de convicción.

Pero esos son problemas para mañana.

Esta noche, está viva y en mis brazos y puedo respirar sin que el peso de su ausencia me aplaste el pecho.

Paso la mano por su espalda y la siento estremecerse contra mí.

—Tu madre en Perm. ¿Sabe que estás aquí?

—No. Hace años que no hablo con ella. —La voz de Katya transmite culpabilidad.

—Pensé que si me mantenía alejada, sería más feliz...

—La traeremos a Moscú. La pondremos en un lugar seguro.

La siento tensarse y sigo hablando antes de que pueda protestar.

—Los Radich sabían quién eras, lo que significa que otros también lo sabrán. Tu madre es una baza que alguien intentará usar. No les daré la oportunidad.

Permanece en silencio durante un largo momento.

Luego asiente contra mi pecho.

—Vale. Pero tienes que prometer que estará a salvo.

—Estará más segura de lo que tú estabas esta noche.

El recuerdo de encontrarla encerrada y sangrando me provoca una nueva oleada de ira.

—Nadie volverá a tocarte. Nadie te apartará de mi lado. Antes quemaré toda esta ciudad.

Inclina la cabeza hacia atrás para mirarme.

Sus ojos buscan en mi cara algo que no puedo nombrar.

—Lo dices de verdad.

No es una pregunta, pero respondo de todos modos.

—Sí.

Me besa de nuevo, más suave esta vez pero no menos intenso.

La hago rodar debajo de mí y me pierdo en su calor, dejando que el mundo exterior se desvanezca hasta que no exista nada excepto nosotros dos y las promesas que nos hacemos en la oscuridad.

21

KATYA

Me despierta el sonido de unos pasos que recorren una y otra vez el suelo de madera.

Me duele el cuerpo en sitios que no sabía que podían doler y, cuando me muevo bajo las sábanas, un dolor agudo me recorre las costillas.

El corte de la mejilla late al ritmo de mi pulso y me arden las muñecas donde las cuerdas se me clavaron en la piel.

Alguien me ha vendado mientras dormía.

La gasa me rodea los antebrazos y un apósito más pequeño está pegado debajo del ojo.

No recuerdo nada de eso.

Dimitri se pasea a los pies de la cama con el móvil pegado a la oreja.

Habla en un inglés demasiado rápido para que pueda captar más que unas pocas palabras, pero parece que está dando órdenes.

Lleva la camisa desabrochada y arrugada, y unas ojeras oscuras le sombrean los ojos.

No ha dormido.

Me pregunto si se ha quedado despierto observándome respirar.

La idea hace que algo en mi pecho parezca demasiado grande para el espacio que ocupa.

Termina la llamada y se da cuenta de que estoy despierta.

Deja de pasearse y, por un momento, nos limitamos a mirarnos desde los extremos opuestos de su dormitorio.

La luz de la mañana se cuela por las ventanas y se enreda en su pelo oscuro, tiñendo los bordes de dorado.

Parece agotado y peligroso.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta.

—Como si me hubieran secuestrado y atado a una silla.

Intento forzar la broma, pero tengo la garganta irritada, probablemente de gritar pidiendo ayuda.

—Pero viva, que ya es algo.

Se acerca a la cama y se sienta en el borde, junto a mi cadera.

Su mano se extiende como si quisiera tocarme, pero se detiene a medio camino y la deja caer sobre el colchón.

—Necesito preguntarte más cosas sobre tu madre.

Acabo de despertarme. No estoy preparada para esto, pero me incorporo contra el cabecero a pesar de que mis costillas protestan por el movimiento.

—Ya te he contado todo lo que sé.

—Cuéntamelo otra vez.

Sus ojos escrutan mi cara con una intensidad que me hace querer apartar la mirada.

—Ahora los detalles importan. ¿Dónde vive exactamente? ¿A quién ve? ¿Qué nombre usa?

Respiro hondo y suelto el aire lentamente.

—No recuerdo la dirección exacta, pero está en la avenida Komsomolsky. Un tercer piso de un edificio amarillo con contraventanas azules. Se volvió a casar hace cinco años con un hombre llamado Arsenty Korovin. Por lo que sé, enseñaba literatura en la universidad.

—¿Hay algo más que deba saber? Tenemos que encontrarla.

La pregunta abre algo dentro de mí que he mantenido cuidadosamente sellado.

Afloran recuerdos de cajas de mudanza en mitad de la noche, del rostro de mi madre tenso por el miedo mientras me sacaba a toda prisa de pisos que apenas había empezado a llamar hogar.

—Me dijo que mi padre tenía socios peligrosos. Que teníamos que ser invisibles para estar a salvo aunque él estuviera muerto. Nos mudamos seis veces más en cuatro años. Dijo que era para asegurarse de que nadie pudiera encontrarnos.

Dimitri aprieta la mandíbula.

—Sabía perfectamente de qué te estaba protegiendo.

—Supongo que sí.

Me miro las muñecas vendadas.

—Nunca entendí por qué era tan paranoica. Por qué cambió nuestro apellido. Por qué me hizo prometer que nunca le diría a nadie mi verdadero nombre. Pensé que estaba traumatizada por haberlo perdido y que era su forma de lidiar con el dolor.

—Te estaba protegiendo de hombres como yo.

Lo dice sin emoción, como si se limitara a constatar un hecho.

—Tu padre hizo tratos que te habrían vinculado a la organización y a sus aliados si alguien hubiera sabido de tu existencia.

Solo ahora me estoy dando cuenta de lo retorcido que es todo esto.

Se levanta, se acerca a la ventana y pone distancia entre nosotros.

—Tu padre suministraba armas e información al mío durante las guerras territoriales. A cambio, mi padre garantizaba protección a la familia Morozov y una parte de los beneficios. Cuando tu padre murió, el pacto debería haberse transferido a su heredero.

—Pero nadie sabía que tenía un heredero.

—Nadie sabía que tenía una hija.

Se gira para mirarme, y algo en su expresión hace que se me encoja el estómago.

—Si las otras familias descubren quién eres, vendrán a por ti. Algunos intentarán usarte como baza contra mí. Otros reclamarán que les debes lealtad por viejas alianzas. Representas poder y legitimidad en un mundo donde ambos son constantemente cuestionados.

Aparto las sábanas y paso las piernas por el borde de la cama.

La cabeza me da vueltas un instante, pero me obligo a ponerme de pie. —¿Entonces, qué pasa ahora? ¿Me vas a encerrar en este piso para siempre? ¿Me vas a casar para afianzar alguna alianza? ¿Me vas a matar para eliminar el problema?

—Katya —gime él, y se acerca a mí.

—Anoche te dije que eres mía. Eso no ha cambiado.

—¿Qué significa eso? —pregunto con vacilación.

Quiero oírselo decir para dejar de darle vueltas.

Necesito que me diga que le importo.

—Significa que sé perfectamente lo que eres.

Se aproxima y se para tan cerca que me veo obligada a levantar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Yo no arriesgo mi vida para salvar activos.

Quiero preguntarle qué quiere decir con eso, qué espera de mí ahora que sabe quién soy en realidad.

Quiero decirle que yo siento la misma atracción imposible hacia él, que estar a su lado me hace sentir a la vez más segura y más temeraria que nunca en mi vida.

Pero las palabras se me atascan en la garganta, demasiado grandes y peligrosas para decirlas en voz alta.

Alargo la mano y le toco la cara.

Mis dedos recorren la dura línea de su mandíbula, sintiendo la tensión que vive justo bajo su piel.

—Te juro que no lo sabía —digo en voz baja.

—Vine a Moscú porque quería una vida que fuera mía. No de mi padre. No de mi madre. Mía.

Cubre mi mano con la suya, presionando mi palma contra su mejilla.

Luego, la acerca a sus labios y la besa con ternura.

—Te creo.

Me inclino hacia delante y él me reconforta con un brazo alrededor de mi cintura.

Su otra mano me ahueca la nuca, con cuidado de no tocarme las heridas, y me sujeta contra su pecho con una delicadeza que

contradice todo lo que sé de quién es en el mundo exterior a este piso.

—Necesitas descansar —dice en mi pelo antes de besarme en la coronilla.

—Tengo que reunirme con mis hombres, pero volveré en una hora. No salgas de este piso. No le abras la puerta a nadie. Ni siquiera te asomes a las ventanas.

—No estoy indefensa.

—Lo sé.

Se aparta lo justo para mirarme.

—Pero ahora mismo, todos los hombres de Moscú que quieran hacerme daño buscarán la forma de conseguirlo. Tú eres el blanco más evidente. Así que quédate aquí, donde sé que estás a salvo, y déjame encargarme del resto.

Quiero discutir, pero el agotamiento me detiene.

—Vale. Me quedaré.

Me besa en la frente y luego desaparece.

El piso está demasiado silencioso sin él.

Me quedo de pie en el centro de su dormitorio un buen rato, intentando poner orden en el caos de mis pensamientos.

¿Soy Ekaterina Morozova?

El nombre me resulta extraño incluso al pensarlo, como si me estuviera probando ropa que pertenece a otra persona.

Ahora recuerdo a un hombre a través de fragmentos: el olor a humo de cigarrillo y colonia, la forma en que me subía a sus hombros y me llevaba entre la multitud, el sonido de una risa de hombre que siempre parecía demasiado fuerte.

Esos recuerdos fragmentados son todo lo que tengo de él.

Pero nunca olvidaré la cara de mi madre cuando la policía vino a decirnos que había muerto.

Estaba destrozada y aterrorizada.

Y recuerdo que fue la primera vez que me sacaron a toda prisa de una casa sin nada más que una bolsa de lona.

Nos mudamos esa misma noche a un distrito diferente.

Me cortó el pelo y me lo tiñó más oscuro.

Me dijo que mi padre había muerto en un accidente de coche y, con el tiempo, los hechos se desdibujaron.

Empecé a usar el nombre de Katya, lo cual tiene sentido ahora que lo pienso.

Me siento a los pies de la cama de Dimitri mientras las piezas encajan en mi cabeza.

De Ekaterina a Katya, un simple apodo que se convirtió en mi identidad.

Y no recuerdo que me llamaran Morozova, pero fui una Sokolov y luego una Volsky, aunque nunca supe por qué me hizo cambiarlo.

Obedecí porque era joven y estaba aterrorizada, y porque el miedo de mi madre se había convertido en un ser vivo que llenaba nuestro apartamento como un humo espeso.

Pero nunca entendí por qué tuvimos que convertirnos en fantasmas de nosotras mismas, yendo a la deriva de un lugar a otro sin raíces ni historia.

Ahora lo sé.

Me estaba ocultando de las obligaciones que conllevaba ser la hija de Lyovik Morozov.

Intentaba darme una vida libre de la violencia y la política que habían definido el mundo de mi padre.

Intentaba mantenerme alejada de hombres como Dimitri, que viven y respiran el mismo aire peligroso que mi padre respiró una vez.

La ironía sería para reírse si no doliera tanto.

He acabado exactamente en el lugar del que me mantuvo alejada, como si fuera mi destino y no pudiera escapar de él.

Me muevo por el apartamento con el piloto automático, necesitando hacer algo para acallar la tormenta de mi cabeza.

El espejo del baño me devuelve el rostro de una desconocida, pálido y amoratado, con la mirada atormentada.

Me quito las vendas con cuidado, examinando el daño que hay debajo.

El corte de la mejilla es superficial pero está irritado, y mis muñecas están rodeadas de profundos moratones y costras de color púrpura.

Siento que sigo esperando a que caiga el siguiente golpe.

Abro la ducha con el agua tan caliente como puedo soportarla y me relajo bajo el chorro.

El agua golpea mi piel como una absolución, lavando la sangre, el sudor y el miedo de las últimas treinta y seis horas.

Permanezco bajo el calor hasta que mi piel se vuelve rosada y se me arrugan los dedos, dejando que el vapor llene mis pulmones y que el sonido del agua ahogue las preguntas que giran en mi mente.

Cuando por fin cierro el grifo y salgo, me siento una pizca más humana.

Encuentro un par de bóxeres de Dimitri y una de sus camisas en su armario y me los pongo.

La camisa me llega hasta los muslos y huele a él, a colonia cara y a ropa limpia.

El olor me oprime el pecho con una emoción que ni siquiera puedo admitir ahora mismo.

Me acurruco en su sofá con las rodillas pegadas al pecho y me permito pensar en todas las cosas que he estado evitando.

Mi madre sigue en Perm, viviendo bajo un nombre falso con un marido que probablemente no sabe nada de su verdadero pasado.

¿Piensa en mí?

¿Se pregunta si estoy a salvo o se ha convencido de que mantenerse alejada es lo más bondadoso que puede hacer?

No la he llamado desde que me mudé a Moscú.

Me dije que era mejor así, que era más estable sin ella, pero he resultado ser peor que ella.

Pero ahora me pregunto si ella sabía que esto pasaría.

Si vio la trayectoria de mi vida y reconoció los patrones de la suya.

Quizá por eso se esforzó tanto en esconderme, porque sabía que por mucho que huyéramos, el pasado acabaría por alcanzarnos.

Pienso en mi padre e intento recordarlo como algo más que fragmentos.

¿Qué clase de hombre hace pactos con gente como el padre de Dimitri?

¿Qué clase de hombre vive una vida tan peligrosa que su viuda tiene que borrar su nombre y desaparecer en los márgenes de la sociedad?

Quiero hacerle estas preguntas a mi madre, pero no estoy segura de que me vayan a gustar las respuestas.

Y luego está el propio Dimitri, paseándose por mis pensamientos como se pasea por su apartamento.

No sé qué hacer con los sentimientos que afloran cuando pienso en él.

Son demasiado grandes y complicados, enredados con el miedo y el deseo.

Me ha salvado la vida.

Ha matado por mí sin dudarlo.

Me abraza como si yo fuera algo precioso y raro, aunque no le he traído más que problemas.

No sé si lo que siento por él es real o si es solo la intensidad de nuestras circunstancias distorsionándolo todo hasta convertirlo en algo más grande de lo que debería ser.

No sé si él siente la misma atracción hacia mí o si solo soy otra obligación que tiene que gestionar, otra pieza de su mundo que necesita ser controlada y protegida.

Pero sé que cuando me mira, algo dentro de mí se serena.

Cuando me toca, el caos de mi cabeza se apacigua.

Cuando me dice que soy suya, quiero creerle, aunque sé que no debo fiarme de las promesas de los hombres que viven en las sombras.

El sonido de una llave en la cerradura me saca de mis pensamientos.

Dimitri entra con dos bolsas de comida que llenan el apartamento con olor a ajo y hierbas aromáticas.

Me mira, acurrucada en su sofá con su camisa puesta, и algo en su expresión se suaviza.

—Te has duchado —dice.

—Necesitaba quitarme de encima el almacén.

Me desenrosco del sofá y me dirijo a la cocina.

—Y me estaba cansando de oler a sudor.

Deja las bolsas en la encimera y empieza a sacar recipientes de comida.

Hay borsch y pan negro, pollo asado con patatas, verduras encurtidas y un recipiente de pastel de miel que se me hace la boca agua solo con mirarlo.

Se mueve por la cocina, sacando platos y cubiertos, sirviendo agua en los vasos.

Lo observo trabajar y siento que algo se mueve en mi pecho.

Este no es el hombre peligroso que asaltó un almacén y mató a dos personas sin pestañear.

Este es alguien que sabe cómo cuidar de la gente a la que quiere, aunque no pueda decirlo en voz alta.

Comemos en su pequeña mesa de comedor.

La comida es sustanciosa y está buena, y me doy cuenta de que llevo días sin comer.

Mi cuerpo responde al alimento con una ola de agotamiento que hace que se me cierren los párpados.

Dimitri me observa jugar con la comida en el plato y extiende la mano sobre la mesa para cubrir la mía con la suya.

—Necesitas dormir más —dice.

—Me acabo de despertar hace unas horas.

—Tu cuerpo está intentando sanar. Déjale.

Se levanta y recoge nuestros platos, luego se acerca a donde estoy sentada y me tiende la mano. —Vamos.

Dejo que me lleve de vuelta al dormitorio.

Me sienta en el borde de la cama y se arrodilla frente a mí, sacando el botiquín de su mesita de noche.

Sus manos son firmes mientras limpia el corte bajo mi pómulo y aplica una venda nueva.

Luego me cura las muñecas con los mismos dedos suaves sobre mi piel amoratada.

—¿Te duele? —pregunta.

—Me duele todo.

Observo su rostro mientras trabaja, estudiando la concentración de su mirada y el rictus de su mandíbula.

—Pero sobreviviré.

—Harás más que sobrevivir.

Termina con mis muñecas y me mira.

—Eres más fuerte de lo que crees.

Me hace sonreír.

Extiendo la mano y le toco la cara de nuevo, necesitando la conexión.

—Tengo miedo de lo que pueda pasar. De quién más pueda venir a buscarme.

—Lo sé.

Cubre mi mano con la suya y gira el rostro para depositar un beso en mi palma.

—Pero no estás sola en esto. Pase lo que pase, lo afrontaremos juntos.

Su promesa me tranquiliza, aunque la duda persiste.

Me inclino hacia delante y apoyo mi frente contra la suya, respirando el mismo aire, compartiendo el mismo espacio.

Permanecemos así un largo momento, sin hablar, aferrándonos a algo que no podemos nombrar pero que necesitamos desesperadamente.

Finalmente, se aparta y se levanta.

—Duerme. Estaré aquí cuando te despiertes.

Me acuesto y dejo que me arrope con las sábanas.

Mis ojos ya se están cerrando cuando le oigo acomodarse en la silla junto a la ventana.

Lo último que veo antes de que el sueño me venza es su silueta contra la luz de la mañana y una mirada que ardía de indignación por todo lo que me ha pasado.

22

DIMITRI

Me siento a la larga mesa de la sala de guerra de mi hermano, con mi tío a un lado, mi hermano enfrente y varios de nuestros hombres sentados en sillas a mi alrededor.

Un mapa de Moscú se extiende entre nosotros, marcado con una posible ubicación de dónde podría haberse retirado el imperio Morozov.

Rolan golpea con el dedo el distrito este, donde los Radich han estado consolidando su poder durante los últimos seis meses.

—Así que la chica es la hija de Morozov —dice Rolan.

No me mira al hablar, sus ojos fijos en el mapa como si la respuesta a nuestro problema actual pudiera estar oculta en las calles y los distritos que controlamos.

—Sí.

Mantengo la voz neutra y las manos relajadas sobre la mesa.

He aprendido con los años que mostrar tensión en estas reuniones solo invita a más preguntas.

—Ekaterina Morozova. Ha estado viviendo con nombres falsos desde que murió su padre. Su madre la mantuvo oculta.

—Una mujer lista.

Maxim se reclina en su silla. Es el hermano mediano, al que a menudo se pasa por alto.

Pero mis hermanos son hombres sabios y confío en ellos.

—Si las familias hubieran sabido que Lyovik tenía una heredera, habrían ido a por ella hace años.

—Ahora vienen a por ella.

Saco el móvil y lo deslizo sobre la mesa.

La pantalla muestra fotos de vigilancia que mis hombres tomaron del complejo de los Radich después de la redada en el almacén.

—Oleg sabía perfectamente quién era. Usó su nombre real. Esa información salió de alguna parte, lo que significa que alguien en Moscú ha estado rastreando a la familia Morozov.

Rolan coge el móvil y estudia las fotos.

Su expresión no cambia, pero veo los cálculos que se suceden tras sus ojos.

Está sopesando el riesgo y la recompensa, valorando lo que Katya representa frente a lo que costará protegerla.

—El pacto que Batya hizo con Lyovik era completo. Protección para su familia a cambio de armas e inteligencia. Cuando Lyovik murió, el acuerdo debería haberse transmitido.

—Pero no apareció ningún heredero —señala Misha, mi tío.

—El pacto murió con Lyovik. No le debemos nada a su hija.

—Legalmente, no.

Rolan deja el móvil y me mira directamente.

—Pero en nuestro mundo, estos acuerdos tienen un peso que va más allá de las personas que los firman. Si honramos el pacto, fortalecemos nuestra reputación. Otras familias sabrán que los Vetrov cumplen su palabra incluso cuando no conviene.

Se reclina y tamborilea con los dedos sobre la mesa.

—Y asegurar el pacto significa atraer a nuestro redil lo que queda de los Morozov, y los Volkov los seguirán, junto con muchos de los antiguos aliados de Morozov.

—¿Y si no lo hacemos? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Rolan extiende las manos sobre la mesa.

—Se llevarán a la chica de todos modos, probablemente la matarán para enviar un mensaje y habremos mostrado debilidad.

La idea de que alguien toque a Katya hace que algo violento se me revuelva en el pecho.

Lo reprimo y mantengo una expresión neutra.

—Así que honramos el pacto.

—Honramos el pacto. —Rolan asiente lentamente.

—Pero eso significa aceptar los términos que Batya acordó. Lyovik suministraba inteligencia y armas. A cambio, le dábamos protección y el veinte por ciento de los beneficios de los territorios del este.

Misha emite un sonido de protesta.

—Un veinte por ciento es una tajada enorme, Ro. Llevamos veinte años operando en esos territorios con el beneficio completo. Renunciar a esa parte ahora nos dolerá.

—Dolerá más si empezamos una guerra por un pacto roto.

Maxim se cruza de brazos sobre el pecho.

—Los Radich ya están buscando excusas para actuar contra nosotros. Esto se la da en bandeja de plata.

Me inclino hacia delante, con las manos abiertas y planas sobre la mesa.

—Katya no sabe nada de los negocios de su padre. No puede proporcionar inteligencia ni armas. No es un activo de la misma forma que lo era Lyovik.

—Es un activo por quién es.

La mirada de Rolan se encuentra con la mía con una intensidad que hace que el aire de la sala parezca más pesado.

Por mucho que no me guste lo que dice, él es mi Pakhan, mi líder.

Desafiarlo por un arrebato de emoción podría tener consecuencias.

—Su nombre confiere legitimidad. Si anunciamos que honramos el pacto con la familia Morozov, enviamos un mensaje a todas las demás familias de Moscú.

—Quieres usarla como un símbolo. —Las palabras me saben amargas en la boca.

—Quiero usarla como exactamente lo que dice el pacto que es: un miembro de una familia aliada bajo nuestra protección.

Soy capaz de ver la expresión de conflicto en su mirada mientras hace su declaración.

Entiende lo que ella significa para la familia en su conjunto.

—A menos que tengas otra sugerencia.

La tensión en la sala se espesa.

Todos en esta mesa saben lo que Katya significa para mí, aunque no lo haya dicho en voz alta.

Me vieron asaltar un almacén con un apoyo mínimo.

Oyeron hablar de los cadáveres que dejé atrás.

Saben que ahora mismo no estoy pensando como un soldado, y en nuestro mundo, eso es un riesgo peligroso.

—No la entregaré para que la usen como moneda de cambio —digo con cuidado.

—Ella no ha pedido nada de esto. No merece estar atrapada en acuerdos hechos antes de que naciera.

—Ninguno de nosotros pidió las vidas que tenemos.

El tono de Rolan se suaviza ligeramente y veo un destello de compasión en sus ojos.

—Pero jugamos con las cartas que nos han tocado, Dimitri. Tú lo sabes mejor que nadie.

Junta las manos frente a él con cuidado.

Sí que lo sé. He pasado toda mi vida navegando por las obligaciones y expectativas que conlleva ser un Vetrov, ser el hijo de Sergei Vetrov.

He tomado decisiones que me han mantenido despierto por la noche y he matado a hombres cuyos rostros todavía veo cuando cierro los ojos.

Pero esto es diferente.

No se trata de mí ni de mis obligaciones.

Se trata de Katya, que no quería nada más que vivir una vida tranquila lejos de toda esta violencia.

—¿Y si no quiere la protección? —pregunto.

—¿Y si prefiere desaparecer de nuevo, ir a un lugar donde las familias no puedan encontrarla?

—Entonces estará muerta en un mes.

Maxim solo está siendo sincero, pero es como un cuchillo en el pecho.

—Los Radich ya saben quién es. Otros lo sabrán pronto si no lo saben ya. No puede esconderse más, Dimitri. Su única oportunidad es estar bajo nuestra protección y esperar que sea suficiente.

La verdad de sus palabras se posa sobre mí como una pesada manta de la que no puedo desprenderme.

Yo metí a Katya en este mundo al negarme a dejarla marchar.

Ahora está atrapada en la misma red de obligaciones y violencia que ha definido toda mi existencia, y soy yo quien la ha puesto ahí.

—Tenemos que localizar al resto de la familia Morozov.

Rolan devuelve la conversación a asuntos prácticos.

—Si Katya es la heredera, podría haber otros con derecho al pacto. Necesitamos saber con quién estamos tratando.

—Su madre está en Perm —digo.

—Anzhela Volsky, vuelta a casar y viviendo con un nombre falso. Katya no ha hablado con ella en años.

—¿Alguien más?

—Su madre la mantuvo aislada de la familia.

Consulto las notas que tomé después de interrogar a Katya anoche.

—Pero también he hecho algunas averiguaciones. He descubierto algo de información sobre un primo llamado Artemy Morozov.

Misha se inclina hacia delante, con el interés afilando sus facciones.

—Si hay un heredero varón, podría disputarle a Katya su derecho sobre la familia. Eso podría jugar a nuestro favor si está dispuesto a negociar términos diferentes. Lyovik no especificó quién se haría

cargo de la familia cuando él muriera, y las cosas se desmoronaron justo después de su muerte.

—O podría complicarlo todo si decide aliarse con los Radich.

Maxim niega con la cabeza.

—Necesitamos más información antes de contactar con él.

—Enviaré hombres a Perm para localizar a la madre.

Rolan hace una anotación en la libreta que tiene delante.

—Encontraremos a este primo y averiguaremos qué sabe. Mientras tanto, Katya permanece bajo vigilancia. Nadie la toca sin pasar antes por nosotros.

—Yo me encargo personalmente de su seguridad —digo.

No es una petición y Rolan lo sabe.

Ahora me pertenece.

No se le tocará ni un pelo de la cabeza.

Me estudia durante un largo momento, y puedo ver cómo sopesa si replicar o dejarlo pasar.

Finalmente, asiente.

—Bien. Pero necesitas apoyo. Llévate a Gavriil y al menos a otros two contigo en todo momento. Si los Radich ya nos están vigilando, actuarán rápido.

—Entendido.

—Vamos a perder dinero con esto —dice Misha, a quien las implicaciones financieras siguen molestándole claramente.

—El veinte por ciento de los territorios del este es más de lo que deberíamos ceder por una chica que no puede demostrar su paternidad.

Se frota el puente de la nariz y frunce el ceño.

—Entonces encontraremos otras formas de compensar las pérdidas.

El tono severo de Rolan zanja la discusión.

—Honramos el pacto porque eso es lo que mantiene nuestra reputación. Protegemos a la chica porque eso es lo que el pacto exige. Quien tenga un problema con esto puede tratarlo directamente conmigo.

Nadie habla.

La palabra de Rolan es ley en la organización Vetrov, y desafiarlo abiertamente es una buena forma de acabar en el río.

Siento una oleada de gratitud hacia mi hermano a pesar de la tensión que hay entre nosotros.

Está eligiendo apoyarme incluso cuando le cuesta caro, y ese tipo de lealtad es rara en nuestro mundo.

La reunión se disuelve con el reparto de tareas.

Maxim coordinará la búsqueda del primo.

Misha se encargará de la reestructuración financiera para adaptarse al reparto de beneficios.

Rolan se pondrá en contacto con las demás familias para anunciar que honramos el pacto Morozov, presentándolo como una muestra de fuerza en lugar de debilidad.

Me levanto para irme, pero Rolan me coge del brazo.

—Acompáñame.

Salimos a grandes zancadas de la sala de mando y entramos en el pasillo principal de su casa.

Es una finca enorme en las afueras de Moscú, rodeada de muros, guardias y seguridad suficiente para resistir a un pequeño ejército.

Rolan me lleva a su despacho y cierra la puerta tras nosotros.

—Quererla te hace vulnerable.

Se acerca al bar y sirve dos vasos de vodka. Me desliza uno por el escritorio.

—Los hombres vulnerables cometen errores, y los errores en nuestro negocio hacen que maten a gente.

—Sé lo que hago.

—¿Ah, sí?

Bebe un trago y me estudia por encima del borde del vaso.

—No puedes quemarlo todo por una mujer, Dimitri. Si vamos a ver a su primo y este la rechaza, podríamos tener una guerra entre manos. Así que tienes que pensártelo muy bien. Si no quieren su influencia, podrían intentar matarla, y no voy a dejar que tires tu vida por la borda por una mujer cualquiera.

La acusación escuece porque hay algo de verdad en ella.

Conozco a Katya desde hace unas pocas semanas y ya he arriesgado mi vida y mi posición por ella.

He tomado decisiones basadas en las emociones en lugar de en la estrategia.

He estado actuando como un necio.

—No es una mujer cualquiera —digo en voz baja.

—Es lo único en mi vida que parece real. Todo lo demás es política, violencia y mantener el poder. Pero cuando estoy con ella, recuerdo lo que se siente al ser humano.

La expresión de Rolan se suaviza ligeramente.

—Batya dijo algo parecido sobre Mamochka una vez. Me dijo que quererla lo hacía débil y fuerte al mismo tiempo. Débil porque se

convirtió en un objetivo para sus enemigos. Fuerte porque le dio algo por lo que merecía la pena proteger más allá de su propia supervivencia.

Nunca antes había oído esta historia.

Mi madre murió cuando yo era pequeño, y Batya apenas hablaba de ella después de que se fuera.

Batya me crio para sobrevivir en un mundo que no muestra piedad, y ahora estoy intentando proteger a alguien que representa todo lo que él me enseñó a evitar.

El apego.

La vulnerabilidad.

El amor.

—No voy a renunciar a ella —digo.

—No te lo estoy pidiendo.

Rolan vuelve a coger su vaso y se lo bebe de un trago.

—Te estoy diciendo que seas inteligente a la hora de protegerla. No dejes que tus sentimientos te vuelvan descuidado. No dejes que los Radich ni nadie más vea lo mucho que significa para ti. Porque en el momento en que sepan que es tu debilidad, la usarán para destruirte.

—Entendido.

—Bien.

Se dirige hacia la puerta y se detiene con la mano en el pomo.

—Por si sirve de algo, espero que merezca la pena. Espero que te dé lo que Mamochka le dio a Batya.

Me deja solo en el despacho con mis pensamientos.

Me quedo de pie un buen rato, procesando todo lo que se ha dicho en la sala de mando y en esta conversación privada.

Estamos honrando el pacto con la familia Morozov, lo que significa aceptar a Katya como un activo aliado bajo nuestra protección.

Vamos a asumir un golpe financiero para mantener nuestra reputación.

Estamos buscando a su familia para comprender todo el alcance de lo que tenemos entre manos.

Y yo estoy en medio de todo esto, tratando de proteger a una mujer que se ha convertido en el centro de todo mi mundo en cuestión de semanas.

Salgo fuera, donde me espera mi coche.

Gavriil está junto a la puerta del conductor, y otros dos hombres esperan en un segundo vehículo detrás del nuestro.

El dispositivo de seguridad en el que Rolan insistió.

Estoy a punto de subir al asiento trasero cuando un movimiento al otro lado de la calle me llama la atención.

Una berlina negra está parada en el bordillo con el motor al ralentí y las ventanillas tintadas.

Está situada con una vista clara de la entrada principal del complejo Vetrov, y hay algo en la forma en que está ahí que no me gusta.

—Gavriil —digo en voz baja—, la berlina de enfrente.

Sigue mi mirada y su mano se dirige a la pistola enfundada bajo su chaqueta.

—La veo.

—Coge a dos hombres y sacad al conductor. Quiero saber quién lo ha enviado y qué ha visto.

Asiente y hace una señal a los otros soldados.

Se despliegan para acercarse a la berlina desde múltiples ángulos.

El conductor los ve venir e intenta arrancar, pero Gavriil es más rápido.

Abre la puerta de un tirón y saca al hombre a la calle antes de que el coche pueda coger velocidad, mientras que uno de sus hombres se lanza dentro para detener el vehículo.

Cruzo hasta donde lo tienen inmovilizado contra el capó.

Es joven, quizá de veintitantos años, con ese tipo de energía nerviosa que grita «aficionado».

La sangre le mana de la nariz por el golpe que le ha dado Gavriil, y sus ojos van y vienen entre los tres hombres que lo sujetan.

Reconozco al instante a Timofey Denisov, un matón de los Radich.

—¿Quién te envía? —pregunto.

No responde, solo intenta zafarse de las manos que lo sujetan.

Gavriil le golpea de nuevo, esta vez con más fuerza, y la cabeza del hombre se estrella contra el capó metálico con un sonido que me hace estremecer por dentro.

—No creo que necesite preguntar, pero seré educado —digo—.

»¿Quién te ha enviado a vigilarnos?

—Nadie —jadea—.

»Solo estoy aparcado aquí. No he hecho nada.

—Estás vigilando el complejo Vetrov con un teleobjetivo en el asiento del copiloto.

Señalo con la cabeza hacia donde uno de mis hombres ha recuperado la cámara del coche.

—No insultes mi inteligencia.

La nieve empieza a caer con más fuerza, copos gordos que se pegan a la cara ensangrentada de Timofey y se derriten en regueros rosados.

Ahora tiembla, ya sea de frío, de miedo o de ambas cosas.

No siento nada al verlo sufrir.

Esto es lo que le pasa a la gente que nos espía, que cree que puede reunir información sin consecuencias.

—Mira, soy de los Radich —dice finalmente—.

»¿Vale? Me enviaron a vigilar el complejo e informar de quién entra y sale.

—Oleg está muerto —señala Gavriil.

—Yo mismo vi a Dimitri matarlo.

—Su hermano, entonces. Quienquiera que esté al mando ahora. —El hombre escupe sangre sobre la nieve—. Solo quieren saber vuestros movimientos. No me dijeron por qué.

Intercambio una mirada con Gavriil.

Los Radich ya saben que estamos protegiendo a Katya, lo que significa que estarán planeando su próximo movimiento.

Nos están observando para averiguar nuestros protocolos de seguridad, para encontrar los puntos débiles que puedan explotar.

Este espía es solo el primer movimiento de una partida más grande.

—Lleváoslo dentro —le digo a Gavriil—.

»Sácale todo lo que sepa sobre quién lo contrató y lo que ha informado hasta ahora. Luego asegúrate de que no pueda informar de nada más.

Timofey empieza a forcejear de nuevo, suplicando en un ruso demasiado rápido para que pueda entender cada palabra.

Pero yo ya vuelvo a mi coche.

He visto esta escena docenas de veces.

El espía le dirá a Gavriil todo lo que sabe, y luego desaparecerá.

Así funciona este mundo.

Así es como mantenemos el control.

Saco el móvil y llamo al apartamento.

Katya contesta al tercer tono, con la voz todavía teñida de sueño.

—¿Dimitri?

—Voy a duplicar tu dispositivo de seguridad —le digo con brusquedad—.

»Las cosas no pintan bien, ¿vale? Recuerda lo que te dije de quedarte dentro y lejos de las ventanas.

—¿Qué ha pasado?

—Los Radich nos están vigilando. Saben dónde estás y están planeando algo.

Subo al asiento trasero y le hago una señal al conductor para que arranque.

—Ya estoy de vuelta. Tú quédate dentro y aléjate de las ventanas.

—Vale.

Suena asustada, y odio no poder alcanzarla a través del teléfono y estrecharla entre mis brazos.

—Ve con cuidado.

—Lo haré. —Finalizo la llamada y contemplo las calles cubiertas de nieve mientras avanzamos.

Mi mente ya está trabajando en los escenarios, planeando cada posible movimiento que los Radich puedan hacer.

Se nos acaba el tiempo, y los muros se cierran por todas partes.

Pero antes de permitir que alguien me la arrebate, prenderé fuego a toda esta ciudad.

23

KATYA

Dimitri vuelve al apartamento con la tensión marcada en cada línea de su cuerpo.

Lo observo cerrar la puerta con llave tras de sí y echar los dos cerrojos antes de volverse hacia mí.

La nieve se derrite en su pelo oscuro y su abrigo huele a aire frío y a humo de cigarrillos.

Me mira, de pie en medio de su salón, y algo en su expresión hace que se me encoja el estómago.

—Tenemos que hablar —dice.

He aprendido que esas tres palabras nunca significan nada bueno.

Me siento en el borde del sofá y espero mientras él se quita el abrigo y lo cuelga con cuidado junto a la puerta.

Está ganando tiempo, me doy cuenta.

Intenta averiguar cómo decirme algo que me va a doler.

—Dilo sin más —le digo—. Sea lo que sea, dilo.

Se acerca al sofá, se sienta, y yo lo sigo y me acomodo a su lado.

—Los Radich planean matarte antes de que podamos reafirmar públicamente el pacto que tu padre hizo con los Vetrov. Han retirado a un espía que vigilaba el complejo de Rolan esta tarde. Ha confirmado que están siguiendo nuestros movimientos y buscando una oportunidad.

Sabía que estaba en peligro.

Sabía que los Radich intentarían ir a por Dimitri, y probablemente también a por mí.

Pero oírlo dicho con tanta claridad, oír que hay hombres planeando activamente mi muerte, hace que de repente todo parezca demasiado real.

—¿Cuánto tiempo me queda?

Fuerzo una firmeza en mi voz que no siento, porque eso es lo que hago.

Parte del engaño.

—No lo sé.

Se pasa una mano por el pelo y veo la frustración y el miedo luchar en sus ojos.

—Actuarán cuando crean que tienen más posibilidades de éxito. Podrían ser días. Podrían ser horas.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Esta noche te traslado a un piso franco a las afueras de la ciudad. Un lugar que los Radich no conocen, donde puedo controlar quién entra y sale.

Por fin, alarga la mano y coge la mía.

Sus dedos son cálidos y ásperos contra los míos.

—Allí estarás más segura mientras decidimos nuestro próximo movimiento.

Quiero preguntarle cuál es el próximo movimiento, pero me da miedo la respuesta.

En lugar de eso, me centro en la sensación de su mano sujetando la mía, en la forma en que su pulgar traza pequeños círculos en mi palma.

Es un gesto muy simple, pero me ancla cuando todo lo demás parece estar fuera de control.

—Rolan y yo nos hemos reunido hoy con sus lugartenientes —continúa Dimitri—. Vamos a respetar el pacto que mi padre hizo con el tuyo. Eso significa que estás bajo la protección de los Vetrov oficialmente. Nos quedamos con un veinte por ciento de los territorios del este para cubrir los términos del acuerdo, y vamos a contactar con las demás familias para hacerlo público.

—Un veinte por ciento.

Intento hacerme a la idea de lo que eso significa.

—Es mucho dinero al que renunciar por alguien a quien apenas conoces.

—No es por el dinero.

Su mano aprieta la mía.

—Es por la reputación y por mantener nuestra palabra. Si rompemos el pacto, todas las demás familias de Moscú sabrán que no se puede confiar en los Vetrov. Eso vale más que cualquier margen de beneficios.

Oigo lo que no dice.

También es por mí, por mantenerme con vida, por no dejar que los Radich ganen.

Pero esa parte no la dirá en voz alta, porque admitirlo lo haría vulnerable.

—¿Y qué hay de su vendetta contra ti, porque mataste a su soldado?

Toda la jugada conmigo era para obtener información que le ayudara a descubrir quién había ordenado matarlo.

Parece que todo el mundo se ha olvidado de eso en esta locura que ha puesto mi vida patas arriba.

—No creo que ahora les importe. Están más preocupados por matarte antes de que podamos localizar a tu familia para realinear a las familias.

La brutal honestidad de sus palabras acaba con cualquier ilusión a la que pudiera haberme aferrado.

No puedo volver a mi vida tranquila de timadora.

No puedo volver al anonimato y fingir que nada de esto ha pasado.

El nombre de mi padre me ha marcado de formas que solo ahora empiezo a comprender, y el único camino que tengo es el que me mantiene en medio de una violencia que nunca pedí.

—Necesito una ducha —dice Dimitri, levantándose lentamente.

Veo cómo le duele el cuerpo, aunque nunca lo admitirá.

—Nos vamos en una hora. Prepara lo que necesites, pero viaja con poco equipaje. No volveremos aquí en un tiempo.

Desaparece en el cuarto de baño y, un momento después, oigo correr el agua.

Me quedo sentada en el sofá un buen rato, con la mirada perdida, tratando de procesar todo lo que me acaba de decir.

Los Radich me quieren muerta.

Los Vetrov arriesgan su reputación y sus beneficios para mantenerme con vida.

Dimitri me va a trasladar a un piso franco como si fuera un activo que necesita protección.

Y en algún lugar de Perm, mi madre vive su vida tranquila, probablemente sin esperar nunca que la hija que tanto se esforzó por esconder acabara de vuelta en el mundo del que huyó.

Pero aquí estoy, sabiendo que tengo una diana en la espalda.

Sabiendo que esa gente sabe quién soy y de dónde vengo.

La encontrarán y la usarán para atraerme. Lo sé.

Y no puedo permitir que mi madre pase por la misma tortura que yo.

Mi instinto de protegerla y de sobrevivir se activa y, antes de darme cuenta de lo que hago, me pongo en pie y me dirijo hacia la puerta.

Mi mano busca los cerrojos, y una parte racional de mi cerebro me grita que me detenga.

Pero el miedo es más fuerte que la racionalidad en este momento.

El miedo a morir sin respuestas.

El miedo a no volver a ver a mi madre.

El miedo a que le hagan daño.

Abro el primer cerrojo.

Luego el segundo.

La puerta se abre hacia dentro y una corriente de aire frío entra desde el pasillo.

Salgo al pasillo, con el corazón martilleándome en las costillas.

El ascensor está a seis metros.

Podría estar dentro y haberme ido antes de que Dimitri termine de ducharse.

Podría desaparecer en la ciudad, encontrar la forma de llegar a Perm, hablar con mi madre y convencerla de que las dos tenemos que huir, a San Petersburgo quizá, o incluso fuera del país.

Llego al ascensor y pulso el botón.

Los números sobre las puertas se iluminan mientras sube hacia este piso.

Me abrazo a mí misma con las manos temblorosas. Solo llevo una camisa de Dimitri y unos bóxeres prestados, y empiezo a dudar de mi decisión.

No tengo el móvil, ni la cartera, ni nada que me ayude a sobrevivir sola.

Soy impulsiva y estúpida y necesito volver y coger mi ropa.

Pero quizá eso no importe.

Quizá solo necesito salir antes de que los Radich me encuentren aquí.

El ascensor suena y las puertas se abren.

Miro la cabina vacía, con los pies anclados a la moqueta.

Esta es mi oportunidad.

Este es el momento en el que elijo huir o quedarme.

Si entro en ese ascensor, elijo a mi madre y la vida que solía tener.

Si me doy la vuelta y vuelvo al apartamento, elijo a Dimitri y la violencia y el peligro que conlleva ser Ekaterina Morozova.

Pienso en mi madre en ese edificio amarillo con contraventanas azules.

Imagino llamar a su puerta y ver su cara cuando se dé cuenta de que soy yo.

¿Se alegraría?

¿Se aterrorizaría?

¿Me diría por fin la verdad sobre por qué se pasó toda mi infancia huyendo, sobre lo que mi padre hizo realmente para ganarse un pacto con los Vetrov, sobre si tengo familia por ahí que nunca he conocido?

Las preguntas se acumulan en mi mente hasta que siento que me ahogan.

Quiero respuestas.

Quiero entender de dónde vengo y por qué mi nombre tiene tanto poder en un mundo que no sabía que existía.

Pero, más que eso, quiero sobrevivir.

Quiero despertarme mañana, y pasado mañana, y al día siguiente.

Y huir a Perm no me dará eso.

Las puertas del ascensor empiezan a cerrarse.

Me detengo y dejo que se cierren.

La cabina baja sin mí, y me quedo sola en el pasillo, con mi decisión tomada.

Me doy la vuelta y regreso al apartamento de Dimitri.

La puerta está abierta, tal y como la dejé. Entro y echo los dos cerrojos detrás de mí.

Me tiemblan las piernas mientras voy al sofá y me siento.

Casi he huido.

Casi he tirado por la borda la única protección que tengo porque el miedo me ha vuelto estúpida.

Soy una idiota, y ahora estoy atrapada.

Sin salida.

Lo único que puedo hacer es confiar en que un hombre al que apenas conozco me proteja.

El agua del baño se detiene.

Oigo a Dimitri moverse, probablemente secándose y vistiéndose.

Cuando sale unos minutos más tarde, con el pelo húmedo y una camisa limpia, me mira sentada en el sofá y no parece notar nada raro.

—¿Has hecho la maleta? —pregunta.

—Todavía no.

Me levanto y me dirijo al dormitorio.

—La haré ahora.

Meto ropa en una bolsa sin prestar mucha atención a lo que elijo.

Luego, me pongo ropa más abrigada.

Mi mente todavía da vueltas por lo que casi ha ocurrido en el pasillo.

Me siento culpable, confusa y triste.

Podría haberlo dejado atrás sin pensarlo mucho porque el miedo me convierte en una necia.

Cuando vuelvo a salir con mi bolsa, Dimitri está hablando por teléfono. Al verme, cuelga.

—El coche está esperando abajo. Tenemos que irnos ya.

Lo sigo fuera del apartamento y entramos en el ascensor.

Esta vez, cuando las puertas se cierran, no estoy sola.

Dimitri está a mi lado con una mano apoyada en la parte baja de mi espalda, un gesto que parece a la vez protector y posesivo.

El ascensor baja y veo los números descender, pensando en lo aterrador que fue estar enjaulada con esos monstruos como mis captores.

Rezo para que mi madre no tenga que soportar eso nunca.

El garaje está frío y casi vacío.

Un todoterreno negro está al ralentí cerca de la salida con las luces encendidas.

Reconozco al conductor como uno de los hombres que estuvieron con nosotros en el almacén.

Dimitri abre la puerta trasera y me ayuda a entrar, y luego sube detrás de mí.

Lanza nuestras bolsas por encima del asiento a la parte de atrás y el todoterreno se adentra en las calles nevadas de Moscú.

Observo la ciudad pasar a través de las ventanillas tintadas, preguntándome si la volveré a ver.

Dimitri se sienta a mi lado en silencio durante un buen rato, su mano encuentra la mía en el espacio que nos separa.

Observo cómo la ciudad se va dispersando a medida que nos alejamos del centro.

Los edificios dan paso a espacios abiertos y luego al bosque.

La nieve lo cubre todo con un manto blanco que parece apacible en la oscuridad.

—Casi he huido esta noche —digo en voz baja.

La confesión se me escapa antes de que pueda detenerla.

La mano de Dimitri se detiene sobre su teléfono.

Me mira con una expresión que no puedo descifrar.

—¿Qué te detuvo?

—No lo sé.

Es la verdad.

No estoy segura de entender mi propio razonamiento.

—Llegué hasta el ascensor. Iba a ir a Perm a buscar a mi madre. Quería respuestas sobre quién era mi padre y por qué nos pasamos mi infancia huyendo.

—Pero volviste.

—Volví.

Miro nuestras manos unidas.

—Me he pasado toda la vida sola. Mi madre y yo nos mudábamos tanto que nunca tuve amigos que duraran más de unos meses. Venir a Moscú se suponía que era mi oportunidad de empezar una vida de la que no tuviera que huir.

—Y en lugar de eso, me encontraste a mí.

Lo dice sin emoción, pero oigo la culpa por debajo.

—En lugar de eso, te encontré a ti —convengo.

—Y ahora estoy atrapada en un mundo que no entiendo, con gente que intenta matarme por un nombre que ni siquiera sabía que era importante.

El todoterreno se mete por una carretera estrecha que atraviesa un denso bosque.

Los árboles nos rodean por ambos lados, con las ramas cargadas de nieve.

Conducimos otros diez minutos en silencio antes de que Dimitri vuelva a hablar.

—Me alegro de que volvieras…

Me apoyo en él, descansando la cabeza en su hombro.

Me rodea con un brazo y me abraza mientras el todoterreno se adentra más en el bosque.

El piso franco aparece entre los árboles como salido de un cuento de hadas.

Es una gran cabaña de madera oscura con humo saliendo de la chimenea.

Las luces brillan en las ventanas y puedo ver guardias apostados por el perímetro.

—Hogar, dulce hogar —dice Dimitri, pero hay poca calidez en su tono.

»Al menos por ahora.

El conductor para delante de la cabaña y sale para abrirnos la puerta.

Dimitri sale primero y me ofrece la mano.

La cojo y dejo que me ayude a salir a la nieve.

El aire frío me muerde la cara, pero la cabaña parece cálida y acogedora.

—Vamos —dice Dimitri, guiándome hacia la puerta principal.

»Entremos.

Lo sigo por los escalones y entro en la cabaña, dejando mi antigua vida cada vez más atrás con cada paso que doy.

24

DIMITRI

El piso franco se ha convertido en una jaula.

Llevamos tres días encerrados en estas habitaciones, planeando y creando estrategias, viendo a Katya dar vueltas por el mismo espacio una y otra vez.

Está inquieta.

Lo veo en su forma de moverse, en cómo sus ojos se desvían hacia las ventanas, en el modo en que tamborilea con los dedos sobre los muslos cuando cree que no la miro.

Quiere salir de aquí y hacer algo, pero no puedo dárselo.

Pero sí puedo darle otra cosa.

—Ven —le digo, levantándome de la mesa desde donde he estado recibiendo mensajes de Rolan.

—Vamos a salir.

Ella levanta la vista, sorprendida.

—¿A salir?

—Al patio. Necesito ver qué tal te manejas con un arma.

Me dirijo al armario y saco una pistola y una caja de munición.

—Si vas a formar parte de esto, tienes que saber cómo defenderte.

Las dejo a un lado mientras cojo una chaqueta y me la pongo, luego saco una segunda para ella y se la lanzo.

La coge al vuelo, pero se me queda mirando.

Su expresión cambia, pone los ojos en blanco y frunce el ceño.

—Sé cómo defenderme.

—No con una pistola, desde luego que no.

Compruebo la recámara y le entrego el arma.

—Vamos.

Katya refunfuña mientras se pone la chaqueta, cambiándose la pistola a la otra mano cuando tiene que meter el brazo en la manga.

Luego resopla mientras me sigue a través de la cabaña hasta la puerta trasera, por donde entra una brisa fresca en cuanto la abro.

El patio de detrás del piso franco es pequeño, rodeado por una arboleda que linda con la propiedad.

Coloco una fila de botellas sobre una caja de madera en el otro extremo y me vuelvo hacia ella.

Sostiene la pistola con torpeza, la agarra con demasiada flojera y su postura es completamente errónea.

—Sujétala bien —le digo, colocándome detrás de ella.

Le corrijo el agarre, envolviendo sus dedos alrededor de la empuñadura.

—Firme, pero sin tensión. El dedo fuera del gatillo hasta que estés lista para disparar.

Ella asiente, pero siento la tensión en su cuerpo.

No quiere estar aquí.

No quiere que le enseñe esto.

Pero lo necesita.

Si hubiera tenido un arma y entrenamiento cuando fue a esa reunión, quizá nunca le habrían ganado la partida.

—Los pies separados a la altura de los hombros —continúo, empujando su pie izquierdo hacia atrás con el mío—.

Flexiona un poco las rodillas. Necesitas equilibrio.

Me coloco detrás de ella y le rodeo el torso con los brazos mientras estiro los míos para guiarle las manos en el arma.

Intenta agarrar la pistola poniendo la mano izquierda muy arriba, en la muñeca, y la corrijo, deslizándola más abajo, bajo la empuñadura del arma para darle estabilidad.

Ajusta su postura, con la mandíbula tensa, y yo retrocedo, cruzándome de brazos.

—Ahora apunta. Concéntrate en el objetivo. Alinea las miras. Cuando estés lista, aprieta el gatillo. No le des un tirón.

Levanta la pistola, con los brazos temblándole ligeramente.

Entorna los ojos para mirar por el cañón y aprieta el gatillo.

El disparo se desvía, sin acertar a ninguna botella, y ella se sobresalta por el ruido, dejando que el retroceso del arma la levante mucho y haciendo una mueca.

Baja la pistola, con la cara sonrojada.

—Otra vez —digo.

—Pero... —protesta ella, con aspecto intimidado.

Odio ser duro con ella, pero es por su propio bien.

—Otra vez.

Respira hondo, se estabiliza y dispara.

La botella de la izquierda estalla y los añicos de cristal se esparcen por el suelo.

Esta vez no baja el arma inmediatamente.

Siento que algo se afloja en mi pecho.

—Mejor. Le estás pillando el truco —le digo, pero sé que estamos lejos de donde debería estar.

Me mira, con la sorpresa reflejada en su rostro.

Luego vuelve a levantar la pistola, esta vez con más confianza.

Dispara dos veces, acertando a otras dos botellas en rápida sucesión.

Cuando baja el arma, una pequeña sonrisa asoma a sus labios.

—Bien —le digo—. Estás aprendiendo.

Katya suspira y lo intenta una y otra vez.

Falla unas cuantas veces más, lo cual es de esperar, pero para cuando ha vaciado el cargador, todas las botellas que he colocado menos una están hechas pedazos sobre la hierba.

Me devuelve la pistola y se limpia las manos en los pantalones.

—¿Podemos entrar ya?

—Sí.

Recargo el arma y me la guardo en la cinturilla del pantalón.

—Pero mañana lo haremos otra vez, y pasado mañana también. Hasta que puedas acertar a todos los blancos sin dudar.

No discute.

Solo asiente y vuelve a la casa.

La sigo, observando cómo se le han relajado ligeramente los hombros.

La práctica ha ayudado.

No solo con el arma, sino con sus nervios.

Necesitaba algo en lo que concentrarse además de las paredes que se cernían sobre ella.

Dentro, nos sentamos uno frente al otro a la mesa.

Sirvo dos vasos de agua y le deslizo uno.

Se bebe la mitad de un trago y deja el vaso.

—Rolan ha llamado esta mañana —le digo—. Mientras dormías.

Levanta la vista, con expresión recelosa.

—¿Qué ha dicho?

—Ha estado haciendo llamadas. A lo que queda de la familia de tu padre. Los aliados de Lyovik, la familia Turov y otros que tenían deudas con él.

Me recuesto en la silla, observando su cara.

—Les ha hablado de ti y de que estás viva. La mayoría ni siquiera sabía que existías.

Sus manos se cierran en puños sobre la mesa.

—¿Y qué han dicho?

—Quieren conocerte. Quieren pruebas de que eres quien decimos que eres. Probablemente una prueba de ADN o algo así. —Hago una pausa, escogiendo mis palabras con cuidado—.

Pero están interesados. Sobre todo la familia Turov. Tienen una deuda de sangre con los Morozov. Si reclamas tu apellido, la honrarán.

Permanece en silencio un buen rato, con la mirada fija en sus manos.

—No soy una Morozova.

—Lo eres —le digo.

—Lo supieras o no. Y esto es algo bueno, Katya, algo muy bueno.

—Nunca pedí esto —dice en voz baja y vuelve a agachar la cabeza.

No puedo ni imaginar lo que está sintiendo ahora mismo.

Que todo esto le haya caído encima debe de ser traumático, quizá una crisis de identidad.

—No, pero ahora es tuyo.

Me inclino hacia delante, con los codos sobre la mesa.

—Los Radich saben lo que eres. Van a usarlo en tu contra y en la de todos nosotros. La única forma de sobrevivir es reclamarlo primero. Ponerte de nuestro lado y usar tu apellido para atraer a los aliados de tu padre a nuestro bando.

Katya agarra la botella de agua que tiene en la mano y la hace girar una y otra vez lentamente.

Observo el escepticismo en sus ojos y cómo se ensimisma en sus propios pensamientos.

Me duele físicamente verla así.

—No sé cómo ser lo que necesitan —dice finalmente.

—No sé cómo ser la hija de un Pakhan.

—No tienes que saberlo.

Me vuelvo para mirarla.

—Solo tienes que ser tú misma. ¿Cuánto tiempo llevas por tu cuenta? Eres una superviviente. Eso es lo que verán. Eso es lo que seguirán.

Me mira, sus ojos escrutando los míos.

—¿Y tú? ¿Qué ves tú?

La verdad aflora en mi pecho, exigiendo ser pronunciada.

Veo a la mujer de la que me enamoré.

La mujer que me escupió en la cara y se negó a suplicar.

La mujer que se lanzó al peligro sin dudarlo.

La mujer que me hace sentir cosas que juré que nunca sentiría.

Pero antes de que pueda responder, ella se aparta.

—Necesito tiempo para pensar.

—Katya, se están preparando para la guerra. No podemos permitirnos el lujo de perder el tiempo.

Permanece en silencio un buen rato.

Luego levanta la cabeza para mirarme.

—¿Qué pasará si reclamo ese apellido? Tengo miedo. No quiero hacerlo sola. ¿Estarás a mi lado?

—Sí.

Tengo las palabras en la punta de la lengua, para decirle que la quiero.

Para confesarle cuánto la querría aunque rechazara su apellido.

Que aun así me la quedaría.

Pero no quiero que su decisión se vea influida por mi afecto por ella.

Tienen que ser sus propios sentimientos.

—¿Aunque signifique arriesgarlo todo? ¿Aunque signifique ir a la guerra?

—Sí. —Me acerco más, deteniéndome a centímetros de ella.

—Estaré a tu lado... siempre.

Lo digo con total sinceridad y ella ni siquiera sabe por qué.

Respira hondo y asiente lentamente.

—Vale, entonces...

Inspira profundamente y dice:

—Dile a Rolan que lo haré. Si de verdad soy el nexo que une todo esto, no puedo simplemente dar la espalda.

Sus ojos se encuentran con los míos y veo esa vena desafiante que tiene y que hizo que me obsesionara con ella al instante.

—Seré Ekaterina Morozova.

El alivio me inunda, tan fuerte que es casi doloroso.

Daba por hecho que acabaría entrando en razón, pero una parte de mí siempre contempló la posibilidad de que se negara.

Nunca podría obligarla a hacerlo.

Tenía que ser su elección, y ahora lo es.

Y ahora sé por qué no puedo dejar que se aleje de mí.

Me encanta cómo me desafía.

La forma en que se niega a doblegarse.

Amo su fuerza y su vulnerabilidad.

Amo el fuego en sus ojos cuando está enfadada y la suavidad de su voz cuando tiene miedo.

La amo.

Y necesito decírselo.

—Katya... —empiezo, pero mi teléfono suena, interrumpiéndome.

Maldigo en voz baja y lo saco del bolsillo.

El nombre de Rolan parpadea en la pantalla.

—Tengo que cogerlo —le digo.

Ella asiente y vuelve a la mesa. Yo me voy al pasillo y contesto la llamada.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Hay movimiento —dice Rolan—. Los Radich se están movilizando. Se están reuniendo en uno de sus almacenes en la zona sur. Parece que están preparando algo gordo.

—¿Cuántos hombres?

—Al menos veinte. Quizá más. Están trayendo refuerzos de fuera de la ciudad.

—¿Y la familia de Katya? ¿Han respondido?

—Sí. Quieren verla mañana por la noche en su finca a las afueras de la ciudad. Y no podría llegar en mejor momento. —Rolan parece tenso y entiendo por qué.

Esto podría estallar por los aires en muy poco tiempo.

No podemos quedarnos de brazos cruzados mientras nuestro mayor enemigo se prepara para atacar.

Echo un vistazo hacia la mesa donde está sentada Katya, con la cabeza entre las manos.

—Ha aceptado estar con nosotros.

—Bien. —La voz de Rolan es firme—.

Entonces seguimos adelante. Me coordinaré con la familia. Prepara a Katya para la reunión. Tiene que estar lista.

—Lo estará.

—¿Y, Dimitri? —Rolan hace una pausa—.

Ten cuidado. La gente de Radich irá a por ella. Con más saña que antes.

—Lo sé. —Mi voz es seca—. Pero no la conseguirán. No lo permitiré.

—Espero que tengas razón.

Cuelga.

Me quedo ahí un momento, con el teléfono aún en la mano.

Luego vuelvo a entrar en la habitación. Katya levanta la vista, con expresión tensa.

—¿Qué ha dicho? —pregunta.

—La familia Morozov quiere conocerte.

Me siento frente a ella.

—Ha llegado el momento. Una vez que los conozcas, una vez que te vean y te reconozcan, no habrá vuelta atrás. Serás Ekaterina Morozova. Total y permanentemente.

Asiente lentamente.

—Lo sé.

—¿Estás lista?

—No lo sé.

Se mira las manos.

—Pero no tengo otra opción, ¿verdad?

—Siempre tienes una opción.

Estiro la mano sobre la mesa y cubro la suya con la mía.

—Pero necesito que entiendas algo. Una vez que reclames tu apellido, te convertirás en un objetivo. No solo para los Radich, sino para cualquiera que quiera utilizarte. Nunca volverás a ser anónima. Nunca podrás desaparecer.

—Lo entiendo.

—¿De verdad?

Le aprieto la mano suavemente.

—Porque una vez que esto empiece, no podré protegerte de todo. No podré protegerte de las consecuencias de ser quien eres.

Levanta la cabeza, encontrándose con mi mirada.

—No te pido que me protejas. Te pido que estés a mi lado.

Su feroz determinación enciende una chispa en mi pecho y siento que el orgullo me embarga.

—Lo haré —le digo.

—Te lo prometo.

Sonríe, una sonrisa pequeña y vacilante.

—Entonces estoy lista.

25

KATYA

Me despierto con el sonido de voces alteradas en el exterior.

Al principio, creo que estoy soñando.

Pero entonces oigo el seco chasquido de un disparo y abro los ojos de golpe.

Echo la manta a un lado y corro hacia la ventana, pegándome a la pared mientras miro a través del cristal.

Dos coches han parado delante de la casa de seguridad, con las puertas abiertas de par en par.

De ellos salen hombres en tropel con armas en las manos.

Cuento seis, quizá siete.

Se mueven rápido, desplegándose por el jardín y usando los árboles para cubrirse.

Tras ellos, más faros rasgan la oscuridad y sé que esta media docena no está sola.

Las alarmas suenan a todo volumen dentro de la casa.

Los guardias de Vetrov corren hacia las ventanas y devuelven el fuego.

Las balas atraviesan los cristales y me tiro al suelo, con el corazón martilleándome en el pecho.

Oigo la voz de Dimitri en algún lugar de la casa, ladrando órdenes, y luego sus pasos resonando por el pasillo.

La puerta de mi habitación se abre de golpe.

Él está ahí, pistola en mano, con el rostro ensombrecido por la furia.

—Levántate —espeta.

—Ahora.

Me pongo en pie como puedo y él me agarra del brazo, arrastrándome fuera de la habitación.

Ahora hay disparos por todas partes, un estruendo constante que me hace zumbar los oídos.

El yeso salta de las paredes mientras las balas atraviesan la casa.

Los cristales se hacen añicos y llueven a nuestro alrededor.

—¿Cómo nos han encontrado? —grito por encima del ruido.

—No lo sé. —Tira de mí por el pasillo, manteniéndose agachado.

—Pero tenemos que movernos. Ya.

Llegamos a la sala principal, donde dos de sus hombres están agazapados detrás de muebles volcados, disparando a través de las ventanas rotas.

Uno de ellos se vuelve, con la cara cubierta de sudor y sangre.

—Vienen también por el lado sur —grita—. Al menos cuatro más.

Dimitri maldice y tira de mí hacia la parte trasera de la casa.

—Quédate detrás de mí. No te muevas a menos que yo te lo diga.

Me empuja a un rincón detrás de una pesada estantería y se coloca delante de mí.

Puedo ver la tensión en sus hombros, la forma en que su mano agarra la pistola.

Está dispuesto a matar a cualquiera que se acerque y yo tiemblo de miedo y adrenalina.

Ni siquiera llevo zapatos.

El tiroteo se intensifica.

Oigo gritos desde fuera, hombres coordinando su ataque, y luego un estruendo.

La puerta lateral se abre con un estrépito y un hombre irrumpe, con el arma en alto.

Explora la habitación con la mirada y sus ojos se clavan en mí.

La atención de Dimitri está puesta en los hombres que nos disparan desde el patio trasero.

El hombre levanta su arma, y sé que tengo segundos antes de que apriete el gatillo.

Sin pensar, alargo la mano hacia la pistola que Dimitri lleva en la cintura.

Me tiemblan las manos, pero la agarro como él me enseñó sin pensar y la levanto, alineo la mira y aprieto el gatillo.

El disparo retumba.

El hombre se tambalea unos pasos hacia atrás y la sangre brota de su pecho.

Cae al suelo convulsionando.

Lo miro fijamente, con la pistola aún en alto y en estado de *shock* total.

Mi cuerpo tiembla peor que el del muerto que ha tenido un ataque epiléptico al morir, mientras la nauseabunda certeza de que le he disparado a alguien y lo he matado se hunde en mí.

Dimitri se vuelve, con los ojos desorbitados por la sorpresa, y me empuja de nuevo contra la pared.

—¡Agáchate! —me grita, pero no me quita la pistola, y no estoy segura de qué hacer con ella.

He matado a alguien.

Le he disparado en el puto pecho y se está desangrando justo delante de mí y no puedo apartar los ojos de él.

Me dejo caer detrás de la estantería, pegándome a la pared.

Las rodillas me han fallado del mismo modo que mi consciencia acaba de encogerse.

No puedo parar de temblar.

Es como si viniera de mi interior, donde los nervios se disparan demasiado rápido para tener sentido.

La pistola cae al suelo con un ruido metálico mientras estallan más disparos y empiezo a sollozar.

Instintivamente me tapo los oídos con las manos mientras me mezo, intentando consolarme y bloquearlo todo, pero el trauma está haciendo efecto de todos modos.

El asalto parece interminable.

Las balas atraviesan las paredes, destrozando los muebles y haciendo volar los escombros.

Mantengo la cabeza gacha, las manos sobre las orejas, intentando ahogar el ruido.

Pero no puedo ahogar el miedo.

La certeza de que en cualquier momento, una de esas balas podría encontrarme.

Entonces, de repente, el tiroteo amaina.

Oigo a Dimitri gritar órdenes, y sus hombres avanzan, empujando hacia la puerta rota.

Luego oigo el sonido de botas en el porche.

Más disparos.

Luego el silencio.

Levanto la cabeza con cautela, asomándome por el borde de la estantería.

Dimitri está de pie cerca de la puerta, con la pistola todavía en alto y el pecho agitado.

Dos de sus hombres están a su lado, ambos vivos, ambos respirando con dificultad.

Desde donde estoy, puedo ver cadáveres en el suelo del exterior, y agradezco que los hombres me oculten la mayor parte de esa visión.

Dimitri se vuelve, sus ojos me encuentran inmediatamente.

—¿Estás herida?

Niego con la cabeza, con un nudo en la garganta.

Pero que no tenga una bala en el cuerpo no significa que esté bien.

Cruza la habitación rápidamente y me levanta, pero mis rodillas siguen obstinadamente débiles.

Me pone las manos en la cara, buscando heridas.

—Estás sangrando.

Me llevo la mano a la cara y noto el goteo caliente en la mejilla, pero sé que no es mi sangre.

Es horrible, pero me trago esa emoción hacia el vacío entumecido de mi estómago.

—Estoy bien.

—No estás bien. —Su voz es un gruñido salvaje.

—Se suponía que debías mantenerte a cubierto.

—Lo hice. —Me aparto de él, con las manos todavía temblorosas.

Me atrae hacia sí, rodeándome con sus brazos.

Siento su corazón golpear contra mi mejilla, su aliento caliente contra mi pelo.

—Katya —susurra con voz ronca.

—Yo… lo he matado…

—Hiciste lo que tenías que hacer —dice en voz baja—.

De acuerdo. Eras tú o él. Y estás viva.

Quiero creerle.

Pero cuando cierro los ojos, todo lo que veo es al hombre cayendo, la sangre extendiéndose por su pecho.

Yo hice eso.

Le quité la vida.

Uno de los hombres de Dimitri llama desde la puerta.

—Se retiran. Dos coches se dirigen hacia la ciudad.

Dimitri me suelta y se acerca a la ventana.

Lo sigo y miro al jardín.

Dos coches se alejan a toda velocidad, sus luces traseras desaparecen por el camino.

Pero ahora que saben que estamos aquí, sé que no estamos a salvo.

—¿Cuántos hemos perdido? —pregunta Dimitri.

—Ninguno. Dos heridos, pero sobrevivirán.

Dimitri asiente, con la mandíbula tensa.

—Asegurad el perímetro. Quiero vigilancia en todos los accesos. Si vuelven, quiero saberlo antes de que se acerquen a un kilómetro de este lugar.

El hombre asiente y desaparece.

Dimitri se vuelve hacia mí con una expresión sombría.

—Tenemos que sacarte de aquí. Esta casa de seguridad está comprometida. Tenemos que irnos.

—¿Adónde? —pregunto, dejando que me guíe por el pasillo.

Esquivo los cristales rotos mientras caminamos hacia el dormitorio.

—Todavía no lo sé. —Marca un número y se lleva el móvil a la oreja—.

Pero lo resolveremos.

Lo observo pasearse por la habitación, hablando en voz baja con quienquiera que esté al otro lado mientras me visto rápidamente y encuentro mis zapatos.

Mi cuerpo todavía vibra por la adrenalina, mi mente va a toda velocidad.

A esto me apunté cuando le dije que estaría a su lado, pero vivir con la realidad de ello es mucho más difícil que confesarle mi lealtad.

No sé si estoy preparada para esto.

He matado a alguien.

Dimitri termina la llamada y se vuelve hacia mí.

—Rolan envía un convoy. Estarán aquí en veinte minutos. Recogemos lo que podamos y nos vamos.

—¿Adónde vamos?

—A la ciudad. A la finca.

Se acerca, sus ojos escrutando los míos.

—Tienes que conocer a tu primo Artemy. Es el único Morozov varón vivo. Si vas a reclamar tu apellido, necesitas su apoyo.

Se me retuerce el estómago.

—Pero probablemente ha estado liderando la familia. ¿Y si no me quiere?

—Entonces tendremos que apañárnoslas solos. —La voz de Dimitri es fría.

—Pero lo hará. Tiene que hacerlo. Eres la última del linaje de Lyovik. El resto de la familia sabrá que eso significa que eres la heredera y que el pacto se mantiene. Incluso si no te dan el liderazgo de la familia. Mantendrán el pacto para guardar las apariencias, igual que Rolan.

Asiento, pero el miedo no desaparece.

No tengo ni idea de lo que va a pasar ni de cómo procesar lo que acabo de hacer.

—He matado a ese hombre —digo en voz baja.

—Le disparé y lo vi morir.

Dimitri se acerca más, ahuecando mi mandíbula con su mano.

—Te defendiste, cariño. —Es la primera vez que creo que le oigo decirme eso.

—No tenías otra opción. No eres una asesina, ¿vale?

—No lo parece.

—Lo es. —Su pulgar roza mi mejilla, limpiando la sangre.

—Hiciste lo que tenías que hacer. Y lo volverás a hacer si es necesario.

Con un pequeño beso en mis labios me siento un poco mejor.

—Ve a hacer la maleta —dice Dimitri, soltándome.

Asiento, me dirijo al armario y cojo mis pocas pertenencias, metiéndolas en una bolsa.

Todavía me tiemblan las manos.

No puedo dejar de ver la cara del hombre.

La forma en que sus ojos se abrieron cuando la bala le alcanzó.

La forma en que cayó.

No sé cuánto tiempo voy a pensar en eso, pero estoy segura de que voy a tener pesadillas al respecto.

Cuando vuelvo a la sala principal, Dimitri está de pie junto a la ventana, hablando con uno de sus hombres.

Me mira y luego señala hacia la puerta.

—El convoy está aquí. Vámonos.

Salimos al aire frío.

El jardín parece una zona de guerra.

Hay cuerpos tendidos en la nieve.

Un coche en llamas se ha derrumbado sobre sí mismo, las llamas todavía parpadean.

Los hombres de Dimitri están cargando suministros en la parte trasera de dos todoterrenos negros, moviéndose rápida y eficientemente.

Dimitri me guía hasta el primer vehículo y abre la puerta.

Subo y me deslizo por el asiento.

Él me sigue, sentándose a mi lado.

La puerta se cierra de golpe y el conductor arranca el motor.

Mientras nos alejamos de la casa de seguridad, miro hacia atrás por la ventanilla trasera.

El edificio está oscuro ahora, con las ventanas destrozadas y las paredes llenas de agujeros de bala.

Siento que mi mundo se ha puesto patas arriba y que ahora me está aplastando.

Me siento enferma y asustada de cómo será cuando le diga a Artemy —mi supuesto primo— que creo que soy Ekaterina.

Estoy aterrorizada de que mi vida vaya a ser así.

Desde que conozco a Dimitri, no ha tenido más que problemas, estrés e incluso derramamiento de sangre.

Y no es así como imaginaba mi vida.

Quizá por eso mi madre me mantuvo alejada de todo esto.

Me estaba protegiendo de esto.

No de los hombres mentirosos ni de los robos y el crimen.

Era el derramamiento de sangre y la violencia.

Miro por la ventana mientras Dimitri me sujeta la mano con una de las suyas y revisa los mensajes en su móvil con la otra.

Está acostumbrado a esto.

Se crio en un mundo de represalias y ataques, y yo me crie en lo que ahora me parece un lujo.

En ese momento no tenía ni idea de lo mala o aterradora que podía ser la vida.

Y odiaba a mi madre por huir y mudarse.

Ahora desearía haberme quedado con ella y haber permanecido oculta de todo esto.

A toro pasado, todo se ve más fácil.

Fui terca, furiosa y orgullosa, y ojalá, por Dios, pudiera volver atrás y deshacerlo.

Quiero ir a casa.

Y quiero volver a sentirme segura.

26

DIMITRI

De camino a Zarechye, Katya está sentada, mirando por la ventanilla el paisaje helado.

Lleva casi una hora en silencio, perdida en sus pensamientos, y no la presiono para que hable.

Gavriil nos sigue en el segundo vehículo, con tres hombres armados.

El viaje durará otros cuarenta minutos desde aquí, y aprovecho el tiempo para pensar en nuestra estrategia para cuando lleguemos.

—Dime cómo funciona esto —dice Katya, por fin después de tanto tiempo.

Su voz es tranquila, pero supongo que por dentro está de todo menos tranquila.

Le ha caído todo esto encima en las últimas semanas e incluso el más fuerte de los hombres se sentiría abrumado.

La miro brevemente antes de volver a centrar mi atención en la carretera.

—Cuando nos reunamos con Artemy, hable con claridad y directamente. Responda a sus preguntas con sinceridad. No se disculpe por quién es ni de dónde viene. No se menosprecie a sí misma ni su experiencia.

No conozco al hombre, pero si el honor es algo que prioriza, al menos la escuchará.

—¿Qué harás tú? —pregunta, y es entonces cuando oigo el matiz de aprensión en su tono.

Me está tanteando para asegurarse de que no la voy a dejar sola.

—Les recordaré los términos de nuestra alianza. Si es un hombre sabio, verá la sensatez en ello… —ajusto mi agarre en el volante.

—Pero no hablaré por ti a menos que me lo pidas. Esta es tu familia, no la mía. Estoy aquí para apoyar la alianza, pero tú eres la que lleva su sangre. A él no le importará que le recuerde un pacto que su tío hizo hace años. Tendrá que ver pruebas.

Ella asiente lentamente, procesando la información.

—Así que Artemy nos pondrá a prueba a los dos. Querrá ver si me respetas como a una igual o si simplemente me usas como una herramienta para promover tus propios objetivos.

—Lo espero —digo.

—Sería un necio si no me pusiera a prueba. Cualquier líder que valga su posición protege a su familia con fiereza. Así que sí, presionará y observará. Intentará encontrar grietas en mi compromiso.

Ella suspira y se abraza a sí misma, volviendo a contemplar el paisaje que pasamos.

—No estoy aquí porque te esté utilizando, Katya. Estoy aquí porque me niego a dejar que te enfrentes a esto sola. Y si quieres darte la vuelta ahora mismo, solo tienes que decirlo. No eres un peón.

No responde, pero veo que su mano se relaja sobre la rodilla.

La tensión no la abandona por completo, pero disminuye.

Entiende lo que estoy diciendo y, lo que es más importante, se lo cree.

Atravesamos un pequeño pueblo, sus edificios agrupados a lo largo de la carretera como animales dormidos.

Algunas personas se mueven a pesar del frío, abrigadas con pesados abrigos y bufandas, pero nadie nos presta atención.

Los todoterrenos no tienen marcas, son lo bastante genéricos como para pertenecer a cualquier familia que viaje por el campo.

Miro por el espejo retrovisor.

Gavriil sigue detrás de nosotros, manteniendo la distancia pero sin perdernos de vista.

—¿Qué puedes contarme de mi primo? —pregunta Katya.

Sus dedos tamborilean un ligero ritmo en su rodilla, un hábito nervioso que probablemente no se da cuenta de que ha desarrollado.

—Bueno, tomó el control de la familia Morozov a los quince años, poco después de la muerte de tu padre. Por la información que tenemos, sabemos que la familia tenía enemigos que veían debilidad en que un niño los liderara, y Artemy tuvo que demostrar su valía a través de mucho derramamiento de sangre, parte de él dentro de su propia familia.

Tomo una curva en la carretera, los neumáticos se agarran al asfalto helado.

—Perdió territorio. Perdió hombres. Perdió influencia. Pero mantuvo el núcleo. Esta alianza le beneficiaría enormemente.

—Eso suena como tú… todo el derramamiento de sangre —dice ella, con un ligero filo en la voz.

Y aunque puede que tenga razón hasta cierto punto, nunca he sido en mi vida lo que Artemy Morozov es hoy.

No puedo evitar la ligera sonrisa que se dibuja en mi boca.

—Él no es yo. Somos parecidos en algunos aspectos, pero operamos desde filosofías diferentes. Aun así, si demuestras que eres la hija de Lyovik, te aceptará. Pero también tendrá expectativas sobre cómo llevas ese nombre.

—¿Qué tipo de expectativas?

Se vuelve para mirarme de lleno ahora, con ojos serios.

Parece un poco insegura y asustada cuando la miro.

—Que actúes como una Morozova. Que te comportes con el peso de ese nombre. Que no avergüences a la familia con debilidad o malas decisiones —hago una pausa, eligiendo mis siguientes palabras con cuidado—. Pero ya sabes cómo hacer estas cosas, te des cuenta o no. Has estado sobreviviendo por tu cuenta durante años, aprendiendo a leer situaciones y personas, aprendiendo a adaptarte. Sabes cómo ser fuerte cuando las circunstancias lo exigen. Estarás bien.

Salimos de la carretera principal para tomar un camino más estrecho bordeado de árboles esqueléticos a ambos lados.

La grava cruje bajo los neumáticos mientras nos adentramos en el campo, alejándonos de la civilización.

El paisaje se vuelve más remoto a cada kilómetro que pasa.

Tras aproximadamente diez minutos conduciendo por este camino más pequeño, nos acercamos a una verja flanqueada por dos hombres armados.

Ambos observan nuestra llegada con ojos agudos.

Uno de ellos usa un *walkie* para comunicarse con alguien.

Este es el lugar.

Reduzco la velocidad del todoterreno hasta detenerlo y bajo la ventanilla.

El aire frío entra de golpe, con el mordisco del invierno.

Uno de los hombres se acerca al lado del conductor y puedo ver su AR presentado con orgullo sobre su pecho, a la vista de todos.

—¿Dimitri Vetrov? —pregunta con voz ronca.

Su aliento se cristaliza en el aire y se lo lleva la brisa.

—Sí. Tenemos una cita con Artemy Morozov.

El hombre retrocede y asiente a su compañero, que dice algo más por su radio.

La verja se abre y atravieso sin dudarlo.

Por el espejo retrovisor, veo cómo se cierra la verja tras nosotros mientras el vehículo de Gavriil nos sigue.

El camino de entrada serpentea entre los árboles, revelando más de la propiedad a cada curva.

La casa de campo aparece gradualmente a la vista, una estructura de dos pisos con un amplio porche y guardias armados situados en puntos estratégicos alrededor del perímetro.

La piedra está desgastada pero es sólida; el edificio, claramente antiguo pero bien mantenido.

Este es un lugar donde reside el poder.

Aparco el todoterreno en el patio, posicionándolo con cuidado.

Gavriil se detiene a mi lado y para su motor momentos después que el mío.

Salgo al frío y Katya me sigue.

Mis ojos recorren el perímetro, contando guardias, evaluando salidas, buscando posibles amenazas.

Viejos hábitos que nunca morirán.

—Quedaos junto a los vehículos —le digo a Gavriil en voz baja al pasar a su lado.

—No ataquéis a menos que ellos se muevan primero. Si algo sale mal, la sacamos de aquí.

Mantengo un tono tan bajo que espero que Katya no me oiga porque no quiero que tenga miedo.

Él asiente sin hablar, comprendiendo la gravedad del momento.

Él y sus hombres se posicionan cerca de los vehículos, pero no de forma amenazante.

Están aquí como respaldo, pero idealmente su presencia no será más que una muestra de respeto a la familia Morozov.

Katya se acerca a mi lado y la observo respirar hondo y centrarse.

Su rostro está tranquilo, su postura es recta.

Parece en cada centímetro la mujer fuerte que ha sobrevivido a circunstancias imposibles.

Exactamente la mujer desafiante y endurecida que conocí en aquel granero cuando intentó robar mi caballo.

—¿Lista? —pregunto y ella asiente.

Así que nos dirigimos hacia la casa.

La puerta principal se abre y un hombre sale al porche.

Es alto y delgado, con pelo oscuro y rasgos afilados que recuerdan a la propia cara de Katya.

Cuando sus ojos se fijan en ella, veo un reconocimiento instantáneo cruzar sus facciones como un relámpago.

Su mirada es intensa, inquisitiva, analítica.

Este es Artemy Morozov, y sabe inmediatamente lo que está viendo.

Baja lentamente las escaleras del porche y sus ojos nunca se apartan del rostro de Katya.

Su expresión no cambia del asombro y la admiración.

—Se parece a él —dice con calma, casi con asombro—, tiene sus ojos. Su boca. Incluso la forma en que se para…

Katya no se inmuta.

—Nunca conocí a mi padre, así que no puedo decir si eso es exacto o no. Pero acepto lo que me está diciendo.

Mientras habla, le asiente con la cabeza y luego se inclina por los hombros.

—Mi nombre es Katya Volsky, pero he descubierto recientemente que soy Ekaterina Morozova.

Artemy nos rodea lentamente, como un depredador evaluando a su presa.

—¿Dónde se ha estado escondiendo el linaje Morozov?

—En Perm… Luego en Moscú… en cualquier lugar donde mi madre pudiera mantenernos con vida y sin ser vistos.

La voz de Katya permanece firme y, joder, estoy orgulloso de ella.

Ni el más mínimo indicio de nervios en su tono.

—Quería protegerme de este mundo. Fracasó.

Artemy se detiene ahora justo delante de ella, sus ojos estudian cada centímetro de su rostro.

—¿Sabe lo que es ahora? ¿Entiende lo que significa su sangre en esta ciudad?

Su mano se eleva y le pellizca la barbilla entre el índice y el pulgar y gira suavemente su cabeza como si no creyera lo que ve.

—Empiezo a entenderlo —dice Katya.

—Y estoy aquí para reclamar el imperio robado de mi padre.

Veo que la expresión de Artemy cambia.

Algo parecido al respeto parpadea en sus rasgos antes de que su rostro vuelva a su máscara neutra.

Entiende su posición como la verdadera heredera y, por tanto, líder de esta familia, y no la ve como una amenaza.

Esto es respeto, su sangre corre espesa con los lazos familiares Morozov.

Es una buena señal.

—Palabras audaces para alguien que creció sin saber quién es —dice con un tono irónico.

—Sobreviví por mi cuenta. Aprendí a luchar, a robar, a leer a la gente. Aprendí a no depender de nadie más que de mí misma. No necesité el imperio para aprender a ser fuerte —Katya se inclina ligeramente hacia delante y ahora hay fuego en sus ojos—. Pero ahora reclamo lo que es mío por sangre. Y necesito su apoyo para hacerlo.

La mirada de Artemy se desplaza hacia mí.

—Entonces, ¿por qué está usted aquí, Vetrov? ¿Es su perrito faldero, o esto también sirve a los intereses de su familia?

Entrecierra los ojos como si no tuviera ni idea de por qué estoy aquí, pero sé muy bien que Rolan ha hablado con él.

Su resistencia no funcionará conmigo.

Tenemos una alianza de la que se beneficia y si quiere a Katya, aceptará mantenerla.

—Ambas cosas —digo.

No aparto la mirada de él.

El acero en su espalda se doblegará ante el fuego en mis venas.

—La protejo porque me importa. Y ofrezco recursos, hombres y estrategia porque la familia Vetrov se beneficia de esta alianza. No olvide el pacto de Lyovik, muchacho. Le beneficia tanto a usted como a nosotros.

—Poético —dice Artemy.

No está siendo elogioso.

—Háble me de esta alianza.

—Su tío discutió los términos con mi padre, lo selló con sangre. Usted sabe de qué se trata. Deje de jugar conmigo.

Me hormiguean los dedos, listos para coger mi pistola en cualquier segundo.

Reuniones como esta siempre son tensas y nunca le habría dicho a Katya que yo también estaba nervioso por ello.

Si lo hubiera sabido, habría tenido demasiado miedo para presentarse.

Artemy camina hasta el borde del porche y enciende un cigarrillo.

Fuma en silencio por un momento, sus ojos se mueven entre Katya y yo.

—Se preocupa por ella —dice finalmente mientras expulsa el humo en el aire helado.

—Sí.

—Eso lo hace vulnerable.

—Me hace comprometido —lo corrijo.

—Haré lo que sea necesario para mantenerla con vida. Si eso se alinea con sus intereses y los objetivos de su familia, entonces trabajaremos juntos. Si no, entonces encontraremos otro camino. Pero no la abandonaré, independientemente de la decisión que tome.

Artemy da otra calada a su cigarrillo, luego lo tira al suelo y lo aplasta bajo su bota.

—Entren. Hablaremos como es debido.

Se da la vuelta y camina hacia la casa. Katya y yo lo seguimos.

Los guardias del porche se apartan a nuestro paso, sus armas visibles pero no amenazantes.

Dentro, el pasillo es estrecho y frío.

Nos conducen a un comedor donde una larga mesa de madera domina el espacio, rodeada de sillas vacías.

Artemy toma asiento a un lado y nos hace un gesto a Katya y a mí para que nos sentemos frente a él.

Nos sentamos y hablamos durante unas horas, sobre la crianza de Katya, sus recuerdos.

Artemy le muestra fotos de lugares que ella recuerda, pero solo después de que se los describe con todo detalle, especialmente características de esos lugares que no aparecen en las fotos, y cuando todo está dicho y hecho, solo puede aceptar amablemente que es su prima.

La conversación es tensa y termina con una severa advertencia de Artemy de mantener a Katya a salvo o será mi sangre, y luego una

renovación del pacto con un apretón de manos.

Nos respaldará, pero no perderá hombres por ello.

Y con la reunión terminada, salimos de nuevo a la fría tarde.

Gavriil y sus hombres permanecen alerta junto a los vehículos y le hago un gesto con la cabeza mientras nos acercamos.

Katya se sube al asiento del copiloto y yo me deslizo detrás del volante.

Mientras arranco el motor y me preparo para marchar, Artemy permanece en el porche, observándonos.

Se parece a como debía de parecerse Lyovik, si las pocas descripciones que he oído son exactas.

Nos alejamos de la casa de campo y, por el espejo retrovisor, veo cómo la casa desaparece tras los árboles.

—Te ha aceptado —digo mientras volvemos a la carretera principal.

—Ha aceptado el lazo de sangre —corrige Katya—, eso no es lo mismo que aceptación. Pero es suficiente para seguir adelante.

La alianza se renueva gracias a ella y no podría amarla más.

Pero aquí y ahora no es el momento de decírselo.

Llegará, a su debido tiempo.

Y cuando llegue, me aseguraré de que entienda lo que significa.

Que me pertenece para siempre y que nadie me la arrebatará jamás.

27

KATYA

El ramal ferroviario abandonado no es más que asfalto agrietado, con esqueletos metálicos oxidados de una vieja infraestructura que sobresalen del suelo en ángulos extraños.

Árboles muertos y yermos rodean el perímetro, con sus ramas desnudas alzándose hacia el cielo gris de la tarde.

Voy en el asiento del copiloto del todoterreno de Dimitri y siento el grosor del chaleco antibalas bajo la ropa.

—No tienes por qué hacer esto —dice Dimitri, pero sé que solo intenta tranquilizarme.

Sí que tengo que hacerlo.

—Podemos encontrar otra manera.

—No, no podemos.

Mantengo la vista fija en la carretera.

—Necesita creer que me tiene. Es la única forma de que se muestre.

Hay que detener a Savely Koval, uno de los miembros de más alto rango del clan Radich.

No solo es el responsable de haberle puesto precio a la cabeza de Dimitri, sino que no para de presionar y forzar la situación.

Quiere dividir a la familia Morozov y a los Vetrov, y cree que soy lo único que los mantiene unidos.

El convoy de los Morozov ha llegado hace treinta minutos.

Observé desde la distancia cómo Artemy posicionaba a sus hombres a lo largo de la linde del bosque, al norte.

Cincuenta soldados como mínimo, todos armados y listos.

Y Artemy nos dio una única regla: los Morozov mandan a los suyos.

Después, llegaron los Vetrov desde la linde opuesta y la familia de Dimitri tomó posiciones en el bosque.

Ahora, los dos bandos mantienen una formación compacta, con las armas preparadas, pero sin alzarlas aún.

Les hemos tendido la trampa perfecta a nuestros enemigos y a mí me toca hacer de cebo.

Todos y cada uno de ellos saben que, si muero, estallará la guerra entre todas las familias.

Los Vetrov culparán a los Radich y a los Morozov por permitirlo, y mi primo hará llover fuego sobre Dimitri y cualquiera que le sea leal.

Pero nada de eso aplaca los nervios que se me retuercen en el pecho.

Dimitri detiene el todoterreno a doscientos metros del centro del ramal.

Apaga el motor y nos quedamos en silencio un instante.

La tarde está en calma, una calma casi sobrenatural.

No se oye cantar a los pájaros.

El viento no mece los árboles.

Es como si el mundo entero contuviera la respiración.

—Recuerda lo que hemos hablado —dice él.

—Lo llamas por su nombre y dejas que te vea. Hazle creer que estás sola. Cuando se decida a matarte, daré la señal.

—Lo sé —refunfuño, completamente insegura de todo esto.

Estoy arriesgando mi vida por todos estos hombres en su partida de ajedrez, y todavía no sé si mi madre está a salvo.

Me desabrocho el cinturón de seguridad y mi mano se mueve para comprobar el chaleco una vez más.

Las placas de cerámica están sólidas bajo la yema de mis dedos.

—Vendrá a por mí.

—Sí, y cuando lo haga, te tiras al suelo. En el momento en que toques el suelo, te quedas ahí. Pase lo que pase, no te levantes ni intentes correr. Te tiras al suelo y te quedas quieta con las manos sobre la cabeza. ¿Me has entendido?

Lo miro y veo el conflicto en sus ojos.

No quiere que salga ahí fuera.

Todos sus instintos le gritan que me mantenga cerca, que me proteja, que lo haga de otra manera.

Pero ambos sabemos que no hay otra manera.

Savely Koval no se creerá ni por un segundo que los Vetrov me tienen y quieren intercambiarme, y nadie en el mundo se creería que Artemy Morozov traicionaría a alguien de su propia sangre.

Tengo que hacer esto sola.

—Te entiendo —le digo—.

Estaré bien.

Se inclina y me sujeta la mandíbula, obligándome a mirarlo.

—Vuelve a mí. Dilo.

—Volveré a ti —le digo, pero el labio inferior me tiembla un poco al pronunciar las palabras.

Su mano me acuna la cara y la aprieta, y siento el repentino impulso de decirle que lo quiero.

De soltarlo todo por si no vuelvo a tener la oportunidad, pero si lo hago y muero, a él le destrozará que nunca hayamos tenido la ocasión de estar juntos.

Me suelta y se recuesta en su asiento.

—Venga.

Abro la puerta y salgo a la fría tarde.

El viento me golpea de inmediato, trayendo consigo el olor a nieve.

Cierro la puerta a mi espalda y empiezo a caminar hacia el centro del ramal.

Tengo los nervios destrozados.

Esto es paralizante, pero aquí estoy, avanzando e intentando aferrarme a un hilo de esperanza de que este sea el final.

De que después de esto pueda encontrar un lugar seguro donde la violencia no pueda alcanzarme.

Mis pasos resuenan sobre el asfalto y puedo sentir las miradas sobre mí desde ambas lindes del bosque.

Hay todo un ejército de hombres esperando a cada lado, listos para entrar en acción en cualquier momento.

Ninguno de ellos tiene ninguna obligación conmigo, salvo Dimitri.

Artemy podría negar mi existencia y seguir con su vida como si yo nunca hubiera aparecido, y la familia de Dimitri no tendría que seguir soltando el veinte por ciento de sus beneficios.

Pero están aquí, listos para luchar por mí.

Es un movimiento audaz, y no puedo decepcionarlos.

Tres furgonetas blindadas aparecen en la distancia, avanzando lentamente por el camino de acceso.

Son de color gris oscuro, muy modificadas, con las ventanillas tintadas de negro.

Las furgonetas se detienen en el extremo del ramal, a unos doscientos metros de donde estoy.

Las puertas se abren y empiezan a salir hombres. Soldados de los Radich.

Cuento doce, quizá más.

Se despliegan en una formación dispersa, con las armas a la vista y la postura tensa.

Entonces sale Savely Koval.

Lo reconozco por el expediente que me enseñó Dimitri.

Es alto, de hombros anchos, con la cara llena de cicatrices y una mirada glacial.

No es uno de los hombres que me secuestraron en aquel almacén, pero también veo a uno de esos tres, junto con varios otros que no reconozco.

Sus ojos me encuentran, y veo el momento en que me reconoce.

Sonríe, y es la sonrisa de un depredador que ha encontrado a su presa.

Tomo aire y lo llamo por su nombre.

—Savely Koval.

Les dice algo a los hombres que tiene al lado y se ríen.

Empieza a caminar hacia mí, con la mano apoyada en la pistola que lleva en la cadera.

A cada paso, siento que se me acelera el corazón.

De repente, el chaleco parece muy fino.

La protección que ofrece parece teórica, y no tan firme o tranquilizadora como hace unos momentos en el coche.

—Ekaterina Morozova —dice, con la voz áspera y divertida—.

Te he estado buscando.

—Lo sé.

Sigo avanzando hacia el punto intermedio, acortando la distancia entre nosotros.

Los soldados de ambas lindes permanecen inmóviles, observando.

Esperando.

—Por eso estoy aquí.

—¿Al final Vetrov te ha soltado la correa?

Se ríe de nuevo.

—¿O has venido corriendo a nosotros en busca de protección?

—Ninguna de las dos —le digo—.

He venido a acabar con esto.

Mis palabras lo enfurecen.

Veo cómo su expresión se contrae en un odio oscuro y echa mano a su arma.

De repente, no recuerdo qué se supone que tengo que hacer, si hay una palabra clave o un gesto con la mano.

El mundo parece moverse a cámara lenta y veo cómo saca el arma y empieza a levantarla; y lo único en lo que puedo pensar es que tengo que tirarme al suelo.

Dejo que me fallen las rodillas y levanto las manos para cubrirme la cabeza.

Entonces, el mundo explota.

Su disparo resuena en el aire y me da en la espalda, y el impacto me deja sin aliento.

El chaleco absorbe la bala, pero la fuerza del impacto me lanza hacia delante mientras sigo cayendo al suelo como me enseñó Dimitri, y golpeo el asfalto con fuerza.

El dolor se irradia por mi pecho y costillas, pero no me muevo.

Me retuerzo, incapaz de cubrirme la cabeza para protegerme mientras lucho contra la sensación asfixiante del golpe.

Pero no siento tanto dolor como disforia.

Las lindes del bosque estallan.

Los disparos de los Morozov y los Vetrov se superponen en un patrón disciplinado que es casi hermoso en su coordinación.

Las balas surcan el aire sobre mí, creando un fuego cruzado que no deja a los soldados Radich por dónde huir.

Intentan devolver el fuego, pero están atrapados, acorralados en una caja mortal sin escapatoria.

Caen hombres.

La sangre se extiende por el asfalto agrietado.

El sonido es ensordecedor, un asalto de disparos y gritos y el agudo sonido metálico de las balas al golpear sus furgonetas.

Koval está ahora de pie sobre mí, agachándose, intentando agarrarme del brazo para levantarme.

Pretende utilizarme como escudo, esconderse detrás de mi cuerpo mientras devuelve el fuego.

Veo su mano acercarse y me aparto de él, obligando a mi cuerpo a permanecer abajo, aunque mi instinto me grita que corra.

Dimitri sale de la linde, corriendo a toda velocidad.

Acorta la distancia que lo separa de Koval con una velocidad aterradora y lo veo levantar su arma.

Dos disparos, en rápida sucesión.

Ambos alcanzan a Koval en el pecho, y este se desploma como una marioneta a la que le han cortado los hilos.

Cae al suelo a mi lado, con los ojos ya vidriosos.

El contrato por la cabeza de Dimitri termina ahí mismo, con la sangre de Koval extendiéndose por el asfalto junto a mi cuerpo.

Grito y retrocedo arrastrándome en un movimiento que podría costarme la vida, pero ya he visto suficiente derramamiento de sangre para toda una vida.

No quiero su sangre sobre mí.

La familia Radich se desmorona e intenta huir.

Los soldados que siguen con vida se giran hacia sus furgonetas, desesperados por escapar, pero Artemy lo había previsto.

Una unidad de flanqueo les corta la ruta de escape, formando un muro impenetrable.

Los soldados Radich están ahora atrapados entre dos fuegos, sin salida.

La mayoría de ellos eligen la rendición antes que la muerte, soltando sus armas y cayendo de rodillas.

Los disparos empiezan a disminuir y luego cesan por completo.

El zumbido en mis oídos es tan fuerte que no puedo oír nada durante un largo momento.

Me arde la espalda donde la bala de Koval golpeó el chaleco, y no estoy segura de si estoy respirando o si el impacto me ha dejado sin aire para siempre.

Entonces unas manos me agarran y me levantan.

Veo la cara de Dimitri tan cerca de la mía que todo lo demás se vuelve borroso.

Me está examinando en busca de heridas, sus manos recorriendo mi cuerpo, buscando lesiones más allá del punto de impacto.

—¿Estás herida? —exige, sacudiéndome.

Pero no puedo responder de inmediato.

—¡Maldita sea, Katya! ¿¡Estás herida!?

—No.

Mi voz sale entrecortada.

—No puedo respirar bien, pero no tengo nada roto.

Me aprieta contra él, sus brazos envolviéndome con tanta fuerza que me pregunto si podría romperme él mismo.

Pero me apoyo en él, dejando que me abrace, dejando que la realidad de lo que acaba de suceder me inunde.

Estoy viva.

Ambos hemos sobrevivido.

La batalla ha terminado.

Artemy entra en el centro del ramal y me mira, luego a Dimitri.

—El contrato ha sido roto —dice—.

Savely Koval está muerto. Los Radich tomarán represalias, pero la amenaza inmediata a tu vida ha terminado.

Asiento, todavía respirando con dificultad, todavía intentando procesar la violencia de lo que acaba de ocurrir.

Pero no me aparto de Dimitri.

Él es mi ancla ahora mismo, lo único que me impide entrar en shock.

El brazo de Dimitri permanece alrededor de mi cintura, manteniéndome cerca.

—Gracias —le dice a Artemy—.

No tenías por qué comprometer a tus soldados en esta lucha.

—No, no tenía por qué.

Artemy enciende un cigarrillo con manos firmes a pesar del caos que nos rodea.

—Pero Savely Koval representaba una amenaza para nuestras dos familias. Y mi prima ha actuado admirablemente. Se ha metido en el fuego y no ha pestañeado.

Miro a Artemy y me sostiene la mirada.

Hay algo diferente en su expresión ahora.

Me está mostrando que ahora me respeta.

Hoy me he probado a mí misma, no solo como la hija de Lyovik, sino como alguien que podía estar a su altura.

Alguien que podía luchar a su lado.

Me apoyo en Dimitri, sintiendo que el agotamiento se apodera de mí.

La adrenalina está desapareciendo, dejando atrás solo dolor y un cansancio que me cala hasta los huesos.

Esta parte ha terminado por ahora, y no tengo forma de saber si la guerra continuará, pero rezo para que esta sea la última vez que tenga que exponerme a tanto peligro.

—Tenemos que irnos —dice Dimitri en voz baja—.

La familia Radich se enterará de esto en menos de una hora. Querrán tomar represalias.

Estoy demasiado aturdida para discutir, e incluso si tuviera energía para hacerlo, no lo haría.

Lo único que quiero ahora mismo es quitarme este chaleco y sumergirme en un baño caliente.

Dimitri se despide de Artemy, le da las gracias de nuevo y luego me mete en su todoterreno mientras sus hombres empiezan a limpiar la escena.

—¿Adónde vamos ahora?

Le pregunto mientras me abrocha el cinturón y me mima.

Sus manos me acarician las mejillas, y parece incapaz de apartarse de mí ni un segundo.

—A la cabaña de los Morozov. Los hombres quieren reagruparse y planear el siguiente movimiento, y yo quiero que tengas un lugar seguro donde asearte y descansar. Lo has hecho muy bien hoy, Katya. Estoy orgulloso de ti.

Cuando sus labios rozan mi frente es mágico.

La sensación parece abrirse paso por todo mi cuerpo hasta cada punto que me duele y la siento como un hogar.

Dimitri se siente como mi hogar.

Y en cuanto tengamos un segundo libre, se lo voy a decir.

28

DIMITRI

Artemy nos recibe en su casa de campo, y lo primero en lo que me fijo es que no nos trata como a subordinados.

Está de pie a la cabeza de una larga mesa de madera que ha visto días mejores, desgastada pero robusta, y nos saluda a Rolan y a mí con el mismo respeto que le daría a hombres de su mismo rango.

Es un gran honor y una muestra de respeto que sé que significa que nuestra alianza será fuerte.

—Las furgonetas se están inventariando ahora —dice, señalando hacia el patio, donde sus hombres ya están descargando la mercancía encontrada en los vehículos de los Radich tras el tiroteo—.

—Ha sido una batalla dura, pero hemos ganado.

Rolan da un paso al frente, pero su postura es relajada.

Es el momento de aclarar de verdad cuál va a ser el futuro de esta alianza.

—No hemos venido a entregar el botín y marcharnos. Queremos condiciones. Un mando conjunto temporal para desmantelar lo que

queda de las redes de los Radich. Están tocados, pero no hundidos. Tenemos que acabar con ellos juntos, o volverán más fuertes.

Artemy lo sopesa, tamborileando con los dedos sobre la mesa.

Entonces asiente mientras me mira a los ojos y dice:

—De acuerdo, pero quiero claridad. ¿Cómo dividimos los beneficios? ¿Cómo gestionamos la información? Y si los Radich toman represalias, ¿quién mueve ficha primero?

Hablo antes de que Rolan pueda hacerlo.

—Los beneficios, divididos según los libros de cuentas. Llevaremos un registro y repartiremos en función de lo que cada uno haya aportado. La información se compartirá de inmediato, sin guardárnosla como baza. Y si toman represalias, responderemos conjuntamente. Nadie actuará por su cuenta y dejará al otro al descubierto.

La boca de Artemy se tuerce en casi una sonrisa.

—Son unos términos claros con los que puedo trabajar.

Extiende la mano, primero hacia Rolan y luego hacia mí.

Su apretón es firme, y cuando me suelta, siento el cambio en el ambiente.

Es una asociación basada en el beneficio y el respeto mutuos.

Es el tipo de alianza que puede mantenerse, y sé que nuestro padre estaría orgulloso de saber que hemos resucitado lo que él y Lióvik empezaron hace décadas.

—Hay una cosa más —dice Artemy, apartándose de la mesa.

—Un gesto de buena fe por mi parte.

Miro a Rolan, que parece tan confundido como yo.

Artemy no da explicaciones.

Camina hacia el ala de invitados, indicándonos que lo sigamos, y yo me pongo a su zaga.

Mi mente baraja todas las posibilidades —dinero, armas, más información—, pero nada me prepara para lo que veo cuando abre la puerta.

Una mujer está sentada en una cama estrecha en una de las habitaciones de invitados.

Es menuda, su cuerpo delgado y desgastado por años de penurias, y tiene las manos cruzadas en el regazo.

Cuando levanta la vista, veo los ojos de Katya devolviéndome la mirada.

El mismo gris verdoso, la misma forma, el mismo agotamiento cauteloso.

Ni en un millón de años habría pensado que un miembro de la familia Morozov querría localizar y reunirse con la madre de la hija ilegítima de Lióvik.

Parece tan asustada y abrumada, y sé que en el instante en que Katya la vea, habrá lágrimas.

—Esta es Anzhela Volsky —dice Artemy con confianza.

Ahora su sonrisa es genuina, pero suave.

—He organizado su traslado desde Perm al amanecer. He pensado que Ekaterina querría verla.

El mundo se reduce a ese momento.

La mujer que crio a Katya lejos de todo esto, que la mantuvo oculta y a salvo hasta que las circunstancias la arrastraron de nuevo a este mundo, está sentada aquí.

Artemy la ha traído, lo que no hace más que demostrar que entiende la importancia de los lazos familiares, y quizás hasta dónde llegará

para asegurarse de que decimos la verdad.

Oigo movimiento en el pasillo detrás de mí y miro por encima del hombro para ver a Katya acercándose, así que retrocedo, permitiéndole entrar en la habitación y asintiendo al guardia que la ha escoltado hasta aquí, probablemente por orden de Artemy.

En el momento en que lo hace, su rostro cambia.

Se queda helada.

Se le corta la respiración y, por un segundo, no se mueve.

Luego, cruza la habitación, cayendo de rodillas frente a su madre, y los brazos de Anzhela se levantan para rodearla.

Katya se pliega contra ella, con la cara hundida en el hombro de su madre, y el sonido que emite es desgarrador y roto.

Les doy su espacio, y Artemy me sigue al pasillo.

Cierra la puerta silenciosamente detrás de nosotros y nos quedamos allí, en el corredor, escuchando el sonido ahogado de los sollozos de Katya.

—¿Por qué? —pregunto en voz baja.

—Porque es sangre Morozov —dice Artemy simplemente—.

—Y porque me la trajo usted de una pieza. Tenía que demostrar que usted… —Entrecierra los ojos y luego su expresión se ensombrece—. Y Ekaterina necesita a su madre en un momento como este.

Me apoyo en la pared con los brazos cruzados y miro la puerta cerrada con absoluta conmoción y asombro.

Todo este tiempo, pensé que Artemy podría ver a Katya como una amenaza para su imperio, pero estaba muy equivocado.

Hay más lealtad y fuerza en su vínculo familiar de lo que jamás podría haber imaginado.

Puedo oír la voz de Katya, ahogada y cargada de lágrimas, y pienso en todo por lo que ha pasado.

Todo por lo que yo la he hecho pasar.

La arrastré a este mundo, la forcé a exponerse al peligro, la usé como una herramienta para conseguir lo que necesitaba.

Y ahora, de pie aquí, escuchándola llorar en los brazos de su madre, siento todo el peso de ello.

La amo de una manera que me consume, peligrosa e imposible de ignorar.

Y quiero dárselo todo.

Quiero darle seguridad, estabilidad, una vida en la que no tenga que mirar por encima del hombro ni preguntarse si el día siguiente será el último.

Quiero darle un hogar, una familia, un futuro que no implique sangre, violencia y traición.

Pero no sé si puedo.

No sé si soy capaz de ser el hombre que ella se merece.

La puerta se abre y Rolan sale, con el rostro tenso.

Me mira a mí, luego a Artemy, y asiente una vez antes de alejarse por el pasillo.

Artemy lo sigue, dejándome solo, y respiro hondo antes de entrar en la habitación.

Katya sigue de rodillas, con los brazos alrededor de su madre, y Anzhela le acaricia el pelo con una mano.

Ahora ambas lloran, pero me quedo en el umbral, sin querer entrometerme.

Pero Katya debe de sentir mi presencia, porque se aparta ligeramente y mira por encima del hombro.

Tiene la cara mojada, los ojos enrojecidos e hinchados, y cuando me ve, su expresión cambia.

Hay gratitud ahí que me absorbe en esas profundidades en las que me encanta perderme.

Lo siento, y sé que ella también me quiere, aunque ninguno de los dos lo ha dicho, y no se me ocurre un momento mejor para decírselo.

Se levanta lentamente, ayudando a su madre a ponerse de pie, y luego se gira para mirarme.

Anzhela también me mira, con los ojos cautelosos e inciertos, y sé que está tratando de averiguar quién soy y qué significo para su hija.

Katya respira hondo y dice:

—Mamá, este es Dimitri Vetrov.

Hace una pausa, y veo la vacilación en sus ojos, el miedo a decir demasiado.

Pero cuando sus ojos se llenan de lágrimas de nuevo y dice: «Es el hombre al que amo», tiende la mano hacia mí.

Su cruda honestidad desata algo en mi corazón que creía perdido para siempre entre guerras y violencia.

Es una vulnerabilidad que me siento honrado de ofrecerle.

No es solo que sea mía.

Ella también es dueña de mí, y si no fuera por ese maldito caballo y los dedos largos de Katya, nunca nos habríamos encontrado, y ella nunca se habría reunido con su madre.

Y ahora está aquí, frente a su madre, reclamándome como suyo.

Anzhela nos mira, alternando la vista entre los dos, con el rostro pálido, y puedo ver el miedo allí.

No me conoce.

No sabe lo que he hecho, quién soy o de lo que soy capaz.

Todo lo que ve es a un hombre con las manos manchadas de sangre y a su hija a su lado.

Entro en la habitación, acortando la distancia entre nosotros, y sostengo la mirada de Anzhela.

—Soy Dimitri Vetrov —digo en voz baja—. Y amo a su hija.

29

KATYA

La casa de campo resulta extraña a la luz del día.

Las ventanas dan a campos abiertos que parecen increíblemente tranquilos después de todo por lo que he pasado.

Estoy sentada a la mesa del comedor con mi madre y Artemy, con una tetera humeante entre nosotros, y me doy cuenta de que no recuerdo la última vez que me sentí tan en calma.

Mi madre ha envejecido desde la última vez que la vi. Su pelo está más plateado y tiene más arrugas, pero su voz tiene el mismo tono suave que recuerdo y, cuando habla, siento que los años se desvanecen.

—Nunca he dejado de pensar en ti —dice, con los ojos fijos en los míos.

—Cada día, me preguntaba dónde estabas. Si estabas a salvo. Si eras feliz.

—No lo era —admito, y ser tan brutalmente honesta resulta descarnado.

—Estuve enfadada contigo durante mucho tiempo. Por todas las mudanzas y la inestabilidad.

Su rostro se descompone y deja la taza sobre la mesa.

—Hice lo que creí correcto. El mundo de tu padre era peligroso y yo quería que tuvieras una vida buena y segura. Pensé que si te mantenía alejada, si te criaba como una Volsky en lugar de como una Morozova, estarías mejor.

—Pero no era libre —digo, con la voz quebrada.

—Estaba sola. No tenía a nadie y no sabía por qué. Pensaba que era culpa mía, que no merecía la pena que nadie se quedara por mí.

Las lágrimas le corren por las mejillas y alarga la mano por encima de la mesa para cogerme la mía.

—Nunca fue culpa tuya. Intentaba protegerte, pero ahora veo que en lugar de eso te hice daño. Lo siento, Katya. Lo siento mucho.

Le aprieto la mano y la ira que he arrastrado durante tanto tiempo empieza a disolverse.

No desaparece del todo, pero se suaviza, y por fin puedo verla como es: una mujer que hizo lo que pudo con lo que tenía.

Artemy ha permanecido en silencio durante casi toda la conversación, observándonos con una expresión que no logro descifrar.

Cuando lo miro, se aclara la garganta y se recuesta en la silla.

—Crecí sabiendo que tenía una prima en alguna parte —dice, con voz neutra—. Mi padre lo mencionó una o dos veces, pero nunca me dijo dónde estabas ni siquiera tu nombre. Y al no saberlo, la familia recayó sobre mí. Él quería que tuviera la ventaja en la familia que él nunca tuvo por culpa de Lyovik, y así fue, pero esta familia nunca ha sido mía para dirigirla. Era tuya.

—No supe que era una Morozova hasta hace unas semanas —digo.

—No tenía ni idea de que todo esto existiera.

Él asiente despacio.

—Se nota. No te comportas como alguien que se ha criado en este mundo. Y no pasa nada. Eres más blanda porque la vida no te ha endurecido, y lo has hecho bien.

—¿Lo he hecho bien?

—Y ahora estás aquí.

Le echa un vistazo a mi madre y luego vuelve a mirarme.

—Formas parte de una familia.

Su calidez es inesperada, y no sé qué significa formar parte de esta familia, llevar el apellido Morozov, pero sentada aquí con Artemy y mi madre me siento como en casa.

No estoy segura de poder echar raíces en este lugar, pero al menos sé de dónde vengo y qué me une a este mundo.

Hablamos durante horas, compartiendo historias que rellenan los huecos que hay entre nosotros.

Mi madre me habla de los años posteriores a dejar a mi padre, de cómo se mudaba de ciudad en ciudad, siempre mirando por encima del hombro.

Artemy me habla de cómo creció a la sombra de su padre, aprendiendo a moverse en un mundo de tantos peligros.

Y yo les hablo de mi vida: los robos, las estafas, la soledad que me seguía a todas partes.

Cuando el sol empieza a ponerse, tengo la garganta ronca y los ojos secos de tanto llorar.

Mi madre parece agotada, con el rostro pálido, y Artemy le sugiere que descanse.

Ella accede, apretándome la mano una vez más antes de retirarse a la habitación de invitados que Artemy le ha cedido.

Cuando se va, Artemy me hace una generosa oferta que no estoy segura de poder aceptar.

—Podéis quedaros aquí todo el tiempo que necesitéis. Las dos.

—Gracias —digo, y lo digo de verdad.

Si fuera tan sencillo.

Pero hay otro asunto que me preocupa y que no sé muy bien cómo explicarle a nadie que no sea Dimitri.

Él asiente y se levanta, dejándome sola en el comedor.

Me quedo sentada un rato, mirando las tazas de té vacías mientras intento procesar todo lo que ha pasado.

Mi madre está aquí.

Tengo un primo que me ha aceptado como familia.

La guerra con el clan Radich casi ha terminado.

Y Dimitri me quiere.

Ese último pensamiento me oprime el pecho y me pongo en pie de un salto.

Necesito encontrarlo.

Recorro la casa, mirando en las habitaciones, hasta que encuentro el balcón que da al patio.

Dimitri está allí, con las manos apoyadas en la barandilla, contemplando los campos nevados.

Parece cansado y tenso.

Salgo y me estremezco al instante; él mira por encima del hombro.

Cuando me ve, su expresión se suaviza y se gira para mirarme de frente.

—¿Cómo estás?

—Abrumada —admito, acercándome para ponerme a su lado.

—Pero en el buen sentido.

Él asiente y vuelve a mirar los campos.

Nos quedamos así un rato y me permito disfrutar del momento.

Parece frágil, valioso, y tengo miedo de romperlo.

—Lo decía en serio —digo en voz baja, pensando en el momento en que se lo presenté a mi madre.

Espero que me pregunte qué quiero decir o a qué me refiero.

Pero él simplemente desliza la mano por la barandilla para rodear la mía.

—Yo también lo digo en serio, Katya.

Hay una ternura en su tono que me atrae.

Apoyo la cabeza en su hombro y él me rodea con su brazo.

—Te quiero, y no es una palabra que diga a la ligera.

Suspiro plácidamente, inspirando su olor.

Es fuerte en muchos aspectos y tierno en todos los que debe serlo.

Cuando me raptó por primera vez, me pregunté a qué me enfrentaba, y ahora sé que la verdad es que siempre estuve a salvo con él.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

Mi pregunta se dirige más bien a la guerra con los Radich.

Quiero saber si se ha acabado o si vamos a acabar enfrascados en más batallas.

Pero la mente de Dimitri va por otro lado y me pilla por grata sorpresa.

—Bueno, mi cama está solitaria y quiero que estés en ella todas las noches. Y luego está la cuestión de nuestro futuro y de cómo criaremos a los niños en este mundo. Pero todas esas son preguntas que se pueden tratar en el futuro, cuando lleguemos a ellas.

Me encuentro sonriendo mientras me doy la vuelta en sus brazos y le miro a la cara.

Tiene barba de un día y ojos cansados, pero para mí sigue siendo guapísimo.

—¿Es esa la forma que tiene un asesino de invitarme a que me mude con él? —pregunto juguetonamente, apoyando las manos en su pecho.

—Yo no pregunto. Yo ordeno —dice, pero esboza una sonrisa mientras inclina la cabeza y me besa.

Es un beso lento y apasionado que me calienta por dentro a pesar de que el aire es gélido.

Entonces suspiro y digo:

—Supongo que tengo que declinar la oferta, entonces, porque yo no acepto órdenes. O soy tu igual o lo nuestro no va a funcionar.

Dimitri me hace cosquillas en el costado y me río tan fuerte que creo que alguien vendrá a ver qué pasa, pero cuando jadeo un «¡Para! ¡Para!», él cede y recupero el aliento.

—Claro que me mudaré contigo, Dimitri. Te quiero. Pero lo de ser iguales va en serio. No quiero quedarme al margen. Tengo habilidades. Quiero usarlas para ti, para nosotros. Y ya me pensaré eso de los «niños».

Le guiño un ojo y me vuelve a besar, esta vez con más fuerza.

—Estoy deseando tenerte de vuelta en mi cama —gruñe contra mi boca mientras sus caderas se mueven contra las mías.

—¡Ah, ah! Podría haber gente mirando, señor Vetrov… Modérese.

Me aparto, llevándome mi calor conmigo.

—Voy a acostarme. Te guardaré caliente tu lado de la cama —le digo, entrando en la casa.

Mientras me retiro a la habitación que Artemy nos ha dado a Dimitri y a mí para pasar la noche, sonrío para mis adentros pensando ya en el maravilloso mundo que este podría llegar a ser.

Mi madre está aquí, mi familia está más completa de lo que lo ha estado en años y tengo un hombre al que amo desesperadamente y que me corresponde de la misma manera.

Eso suena como el paraíso comparado con lo que ha sido mi vida.

Que alguien me pellizque.

30

EPÍLOGO

DIMITRI

Rolan está en una plataforma elevada, con una copa de vodka en alto en una reunión entre los Vetrov y los Morozov para celebrar nuestra victoria y nuestra alianza.

Tras unos meses de lucha, la guerra ha terminado y, como era de esperar, hemos vencido.

La multitud guarda silencio y yo observo a mi hermano desde mi posición, cerca del fondo.

Tiene la cara sonrojada por la bebida, pero sus ojos están tan agudos como siempre.

—Por la familia Morozov —anuncia Rolan en voz alta, para que todos los presentes en el salón de banquetes del hipódromo esta noche puedan oírlo.

—¡Por mucho tiempo se la creyó destruida, y ahora se revela más fuerte que nunca!

Hay una pequeña ronda de aplausos antes de que Rolan se aclare la garganta.

—Y por Artemy Morozov, un estratega digno de su linaje, y por Ekaterina Morozova, que se enfrentó al fuego y demostró que el coraje corre por cada generación de su familia.

La multitud estalla en una ovación, y los soldados de ambas familias levantan sus copas.

El brindis es bastante sincero, pero entiendo las capas que se esconden debajo.

Rolan está consolidando la alianza públicamente, dejando claro a cualquiera que nos observe que los Vetrov están con los Morozov.

Esto no es solo una asociación militar.

Ahora somos familia.

Recorro la multitud con la mirada hasta que encuentro a Katya de pie junto a Artemy, con la mano apoyada en su brazo.

Su madre está cerca, con aspecto abrumado por el espectáculo que la rodea.

Anzhela lleva en Moscú solo unos días, aunque promete mudarse aquí de forma permanente en cuanto su nuevo marido encuentre trabajo.

Y es bueno verlos a los tres juntos por fin.

Katya la ha echado de menos más de lo que admitiría ante nadie, salvo ante mí.

Me abro paso entre la multitud, asintiendo a los soldados que reconozco, hasta que llego junto a la madre de Katya.

Me ve acercarme y se endereza, juntando las manos con nerviosismo delante de ella.

Es frágil de una manera que Katya no lo es, y quizá eso fue lo que le gustó a Lyovik de ella: la dulzura y la delicadeza.

Pero al mirarle la cara, veo de dónde procede la fuerza de Katya.

Hay hierro bajo la delicadeza.

—Anzhela —digo, haciendo una inclinación con la cabeza.

—Quería hablar con usted.

—Por supuesto.

Le echa un vistazo a Katya, que sigue absorta en la conversación con Artemy.

—¿Ocurre algo?

—No, en absoluto.

Señalo hacia una zona más tranquila del pabellón, lejos del gentío.

Ella me sigue, y puedo sentir cómo su ansiedad crece a cada paso.

—Quería pedirle algo.

Se detiene y todo su cuerpo se tensa.

—Va a enviarnos lejos. Quiere que Katya se vaya de Moscú.

—No.

Me río con calidez.

Su instinto protector está más fuerte que nunca.

—Quiero que se quede. Las dos.

Yo también me detengo, ahora que estamos fuera del alcance de oídos indiscretos.

—Katya no tiene un padre al que pedírselo… Así que yo…

Las palabras se me atascan en la garganta y, tal vez por primera vez en mi vida, me quedo sin saber qué decir.

—¿Podría…?

Anzhela me mira fijamente durante un largo momento, escudriñando mi rostro.

Veo cómo empiezan a formarse lágrimas en el rabillo de sus ojos y parpadea furiosamente para contenerlas.

—He pasado toda mi vida intentando protegerla de esto…

—E hizo un trabajo maravilloso, *Mamochka*. Pero ya es mayorcita, y ahora yo puedo protegerla.

Hago una pausa, eligiendo mis palabras con cuidado.

—Lo respeto. Respeto lo que hizo por ella, mantenerla a salvo. Pero ya no es una niña. Es una Morozova. Y es mía. Y quiero casarme con ella.

La forma en que digo la última parte es deliberada, y veo que Anzhela entiende las capas de esa declaración.

No estoy reclamando a Katya de una manera posesiva que la menosprecie.

La reclamo como compañera, como alguien a quien he elegido y que me ha elegido a mí a cambio.

—¿Se quedará? —le pregunto.

—¿Dejará que tenga a sus dos familias: el linaje en el que nació y la vida que ha construido aquí?

Anzhela asiente lentamente, mientras las lágrimas le corren ahora libremente por el rostro.

—Sí. Si ella quiere que me quede, me quedaré.

—Eso es lo que quiere.

Lo sé con certeza.

—La quiere. Incluso cuando odia las decisiones que tomó, la quiere.

Se seca los ojos con el pulgar y el índice mientras yo digo: —¿Y la otra parte…?

Enarco las cejas y espero, y ella me coge la mano con las suyas.

Su agarre es sorprendentemente fuerte.

—Cuide de ella… Y que no se le ocurra dejar que le pase algo a mi pequeña.

—Siempre —le digo—. Es una promesa.

La dejo de pie en el pabellón y vuelvo a meterme entre la multitud.

La celebración continúa, la música suena, los soldados ríen y hablan.

Me abro paso a través del caos hacia el perímetro del hipódromo, donde los focos lo iluminan todo, haciendo que parezca una noche de carreras.

Le pedí a Katya que se reuniera conmigo aquí cuando la multitud se volviera demasiado ruidosa para ella, y ya la encuentro allí.

Está de pie junto a la barandilla, mirando hacia la pista vacía.

La tierra está oscura bajo la luz nocturna, y la estructura parece casi pacífica en ausencia de caballos y cuidadores.

Oye que me acerco y me sonríe por encima del hombro mientras espera que me aproxime.

—He hablado con tu madre —le digo, acercándome a ella con paso decidido.

Apoyo las manos en sus caderas y me inclino para besarla suavemente en los labios.

—¿Sobre qué? —pregunta en voz baja mientras me arregla la corbata.

—Sobre ti, tontita. Y, por supuesto, para confirmarle que quiero que se quede y mantenga a la familia unida por tu bien.

Me acerco más hasta que su espalda queda aprisionada contra la barandilla y tiene que estirar el cuello para mirarme a los ojos.

Los ojos de Katya se llenan de lágrimas y se las seca rápidamente.

—Eso es lo que quiero. Lo he querido desde el momento en que me di cuenta de lo que me estaba pasando.

—Entonces se quedará.

Bajo la mano y le cojo la suya, apretándola contra mi corazón.

—Y le he pedido otra cosa.

Me encanta la sensación de su cuerpo contra el mío, y no solo por el sexo.

Entre sus brazos me siento seguro, y sé que suena ridículo viniendo de un hombre como yo.

Pero aquí por fin he encontrado a mi igual.

Sé que Katya es un tesoro precioso que debo proteger, pero también es feroz y fuerte por derecho propio.

Y sé que nunca me traicionará ni me fallará.

—Dimitri, tengo que decirte algo —dice, como si no me hubiera oído cuando he dicho que le había pedido otra cosa a su madre.

Su voz es firme, pero puedo oír el nerviosismo que se esconde debajo.

—¿Qué?

—Creo que podría estar embarazada.

Esas palabras detienen mi mundo por completo.

Le cojo la barbilla con la mano cuando baja la cabeza y la obligo a mirarme a los ojos.

—¿Estás segura?

La oleada de alegría en mi pecho es tan potente que tengo que reprimir un grito.

—No. Todavía no —dice, y su sonrisa refleja la mía.

—Pero llevo unos días sintiéndome rara. Y se me ha retrasado el periodo.

Se muerde el labio inferior, un tic nervioso.

Pero eso no le resta ni un ápice de adorable a su sonrisa.

—Iba a hacerme una prueba mañana, pero quería que tú lo supieras primero.

Mi mente da vueltas a la información.

Si está embarazada significa familia, un lazo familiar más fuerte de lo que jamás hubiera esperado.

Y significa que voy a ser padre.

Mi cuerpo pulsa con energía.

Quiero correr y gritar a pleno pulmón, pero me obligo a mantener la calma para no asustarla.

—¿Qué sientes al respecto? —le pregunto.

—Asustada… emocionada. Confundida a veces.

Aparta la mirada, de nuevo hacia la pista vacía.

—No voy a quedarme de brazos cruzados, descalza y embarazada, que lo sepas.

Me acerco a ella, cerrando la distancia entre nosotros.

Le cojo ambas manos, obligándola a mirarme.

—No te quiero como un adorno, Katya. Nunca te he querido así. Desde el momento en que me escupiste en la cara aquella noche en

los establos, te he deseado. Eso no cambiará si llevas a mi hijo. Solo se hará más profundo.

—¿Cómo puedo hacer ambas cosas? —pregunta, y hay un dolor real en su voz.

—¿Cómo puedo estar embarazada y luchar? ¿Cómo puedo ser madre y formar parte de este mundo?

—De la misma manera que lo hizo mi madre. De la misma manera que lo hizo Anzhela. De la misma manera que lo han hecho innumerables mujeres a lo largo de la historia.

La atraigo hacia mí, rodeándola con mis brazos.

—Lo harás porque eres lo suficientemente fuerte. Porque eres lo suficientemente testaruda como para negarte a que las circunstancias te menoscaben.

Se apoya en mí, con la frente descansando en mi pecho.

Siento cómo su respiración se calma.

—¿Puedo darte ahora mi noticia? —le pregunto, y sé exactamente cómo sacarla de quicio.

Se queja, luego se aparta y apoya las palmas de las manos en la barandilla tras ella.

—¿Ahora qué? ¿Más problemas?

—Bueno, sí. Vas a tener las manos ocupadas. Vas a casarte conmigo, así que necesitaremos un lugar para la boda, un florista, un servicio de catering y…

Katya me da un puñetazo en el estómago, y yo gruño y le sonrío.

—¿Qué?

—Dimitri Vetrov, así no se le pide matrimonio a una dama. Ahora hazlo bien o no lo hagas.

Se cruza de brazos sobre el pecho mientras las lágrimas asoman a sus ojos, y veo lo mucho que me quiere.

Poniéndome lentamente sobre una rodilla, meto la mano en el bolsillo y saco un anillo.

Después de todo lo que hemos pasado, este es el último lugar en el que pensé que estaríamos, pero no lo cambiaría por todas las riquezas del mundo.

—Katya Volsky —empiezo, usando el nombre que ella eligió—, has puesto todo mi mundo patas arriba. Me has hecho un hombre mejor, un hombre más fuerte, y ya no puedo seguir en esta vida sin una buena compañera a mi lado. ¿Serás mi esposa y unirás oficialmente a nuestras familias?

Levanto el anillo, y ella me ahueca las mejillas con ambas manos, ignorándolo, mientras asiente y deja caer las lágrimas.

—Sí… Aunque te juro que es la última vez que me cambio el apellido.

Suelta una carcajada profunda mientras me inclino y le beso el vientre, y luego le deslizo el anillo en el dedo.

Vamos a tener días difíciles por delante a veces, pero sé que si pudimos superar todo lo que hemos pasado en los últimos meses, podemos sobrevivir a cualquier cosa.

Juntos.

TAMBIÉN POR ARIANA COOPER

Doce Días de Sangre y Pecado

Doce Días de Venganza || Doce Pecados de Navidad

Las Crónicas de los Vetrov

Atada a la Bratva || El Juramento del Sicario || Riendas Salvajes || Apuesta de Pecado || Imperio Robado

Pecados del Imperio O'Rourke

La Cautiva del Jefe || La Redención del Ejecutor || El Precio del Diablo || La Salvación del Guerrero || El Desafío del Heredero

Relaciones Festivas de Medianoche

Un Regalo Prohibido por Navidad || Una Ganga Navideña || Un bebé escandaloso para el multimillonario || Christmas with the Baby Daddy (SPANISH Edition)

Arreglos ejecutivos

La Falsa Prometida del Jefe Millonario || Una Segunda Oportunidad para el Papi || Una Noche con Mi Jefe Multimillonario

Libros independientes

Encuentros Picantes en la Oficina || Nunca Te Olvidaré
